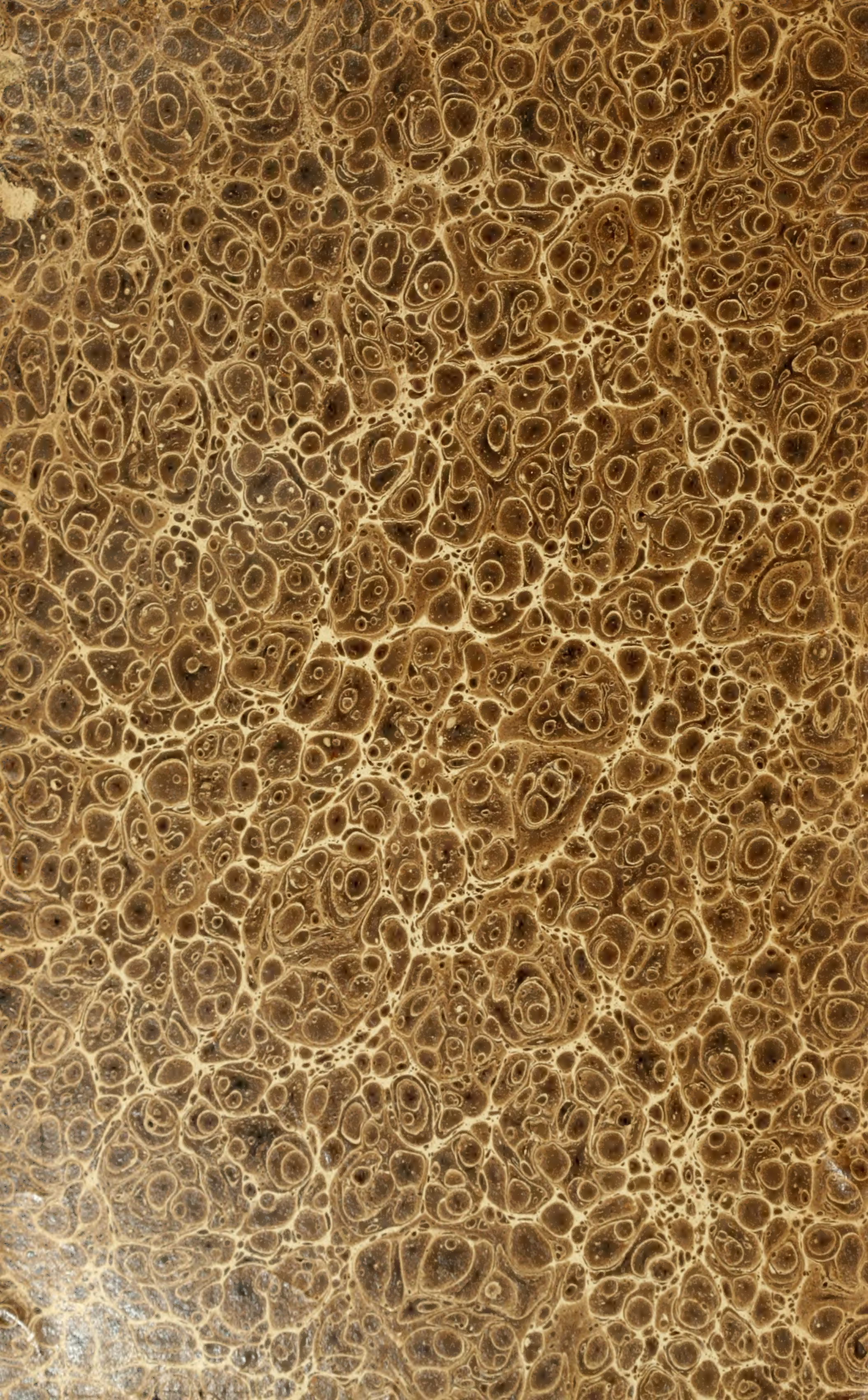
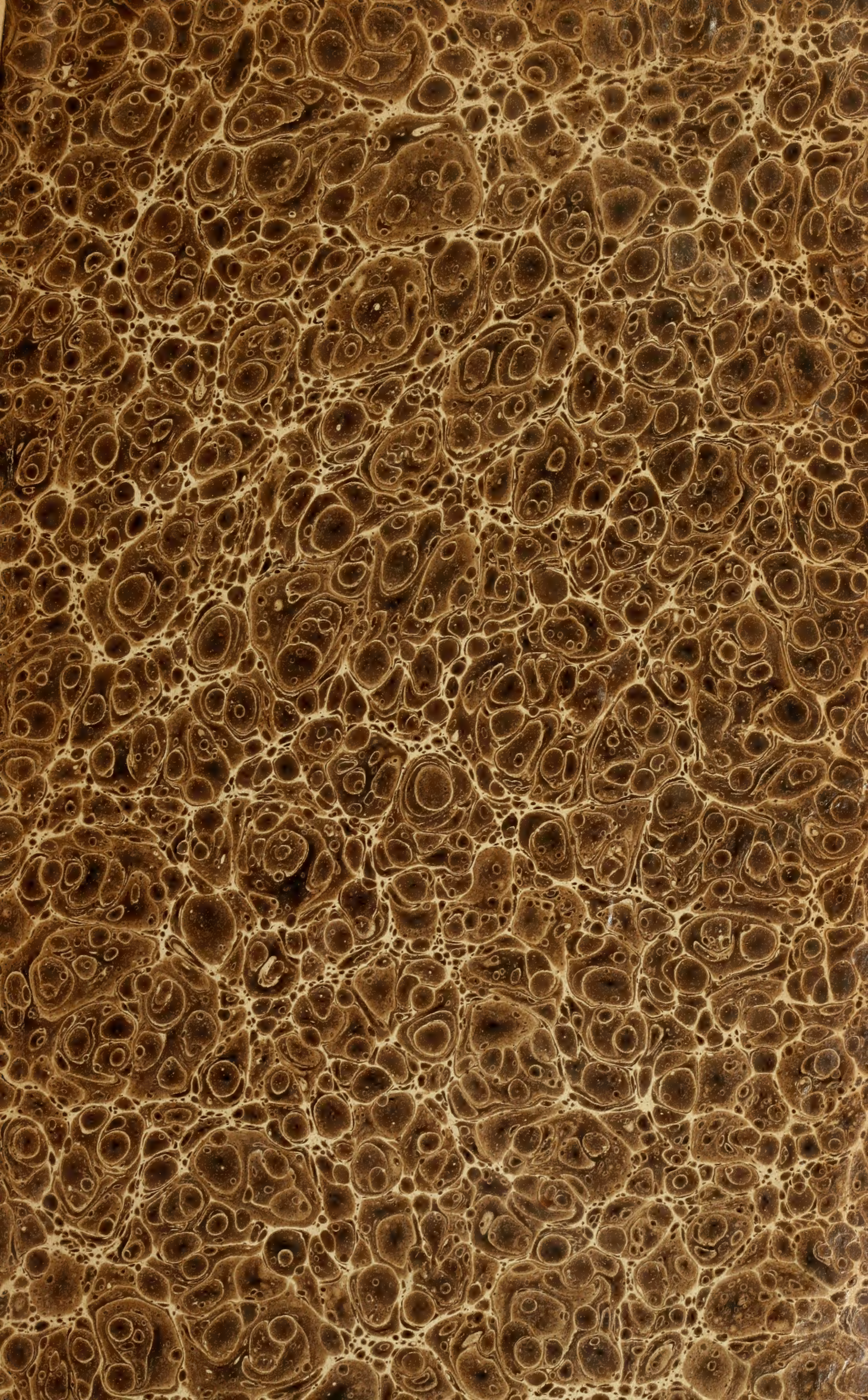

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00317552 8



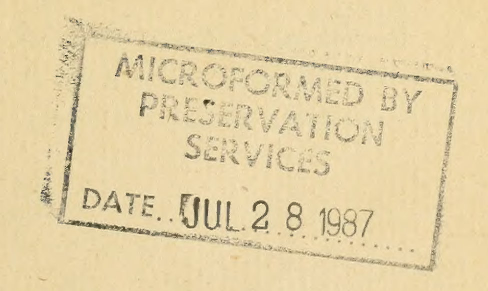


OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

VI



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. GUÍA DE PECADORES.

II. LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN.

III. MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

IV. ADICIONES AL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

V-IX. INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE.

X. GUÍA DE PECADORES *(texto primitivo).*
TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN *(compendio).*

XI. MANUAL DE ORACIONES.
MANUAL DE ORACIONES *(ampliado).*
MEMORIAL DE LO QUE DEBE HACER EL CRISTIANO.
TRATADO DE ALGUNAS ORACIONES.
VITA CHRISTI.
TRATADO DE MEDITACIÓN.
RECOPILACIÓN DEL LIBRO DE LA ORACIÓN.

XII. IMITACIÓN DE CRISTO.
ESCALA ESPIRITUAL.
ORACIONES Y EJERCICIOS ESPIRITUALES.

XIII. COMPENDIO DE DOCTRINA CRISTIANA *(trad. del P. Cuervo)*

XIV. DOCTRINA ESPIRITUAL.
DIÁLOGO DE LA ENCARNACIÓN.
SERMÓN DE LA REDENCIÓN.
VIDA DEL B. JUAN DE AVILA.
VIDA DEL V. D. FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES.
VIDA DEL CARDENAL D. ENRIQUE, REY DE PORTUGAL.
VIDA DE SOR ANA DE LA CONCEPCIÓN, FRANCISCANA.
VIDA DE DOÑA ELVIRA DE MENDOZA.
VIDA DE MELICIA HERNÁNDEZ.
CARTAS.
SERMÓN EN LAS CAÍDAS PÚBLICAS.

VIDA DE FR. LUIS DE GRANADA, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

BIBLIOGRAFÍA GRANADINA, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

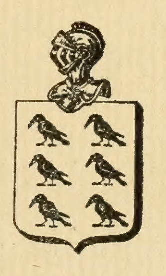
EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

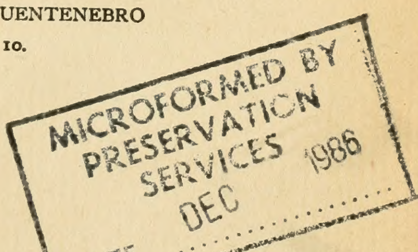
FR. JUSTO CUERVO

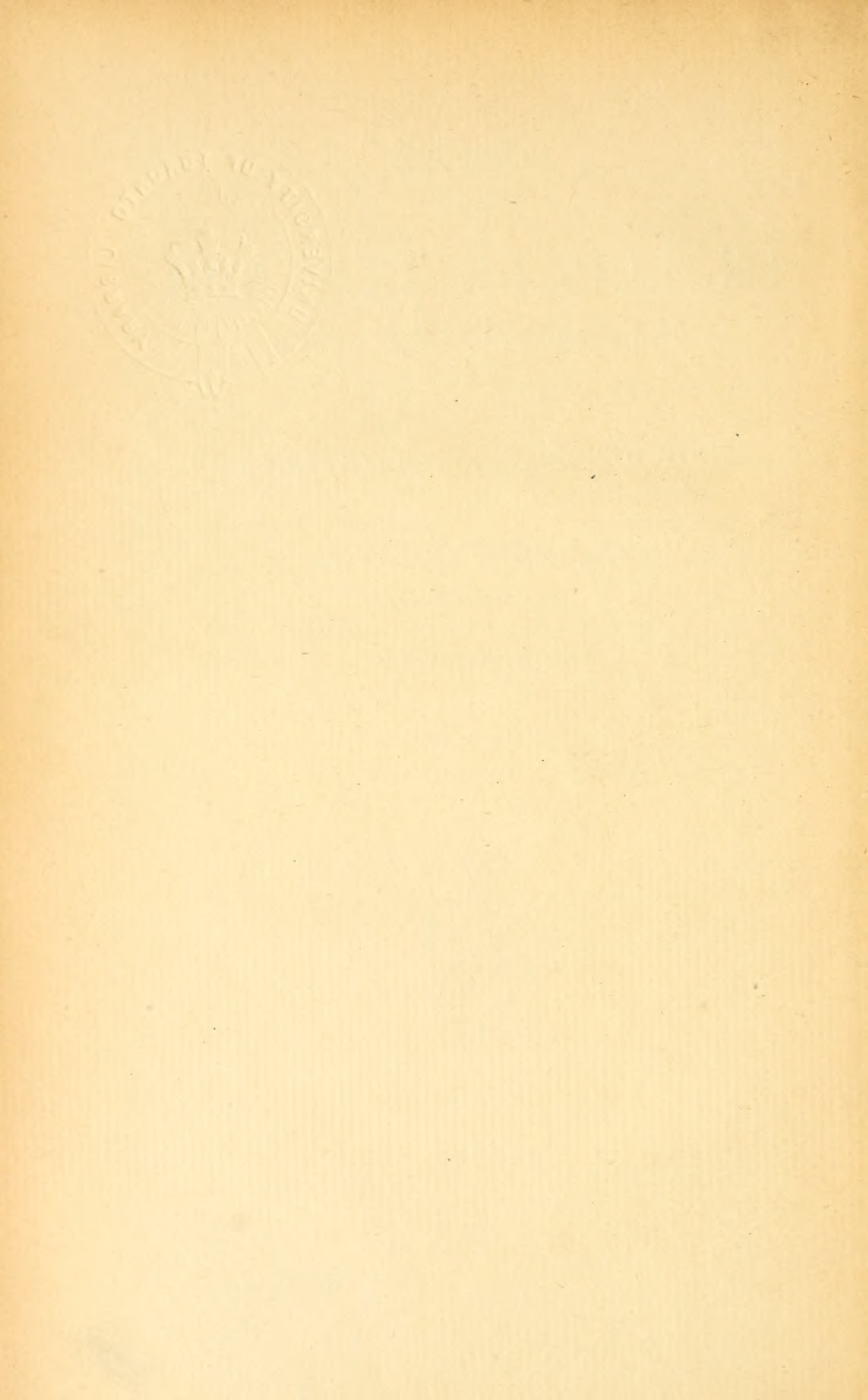
DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO VI



MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.
1908





SEGVNDA PARTE DE LA INTRODVCTION del Symbolo de la Fe: en la qual ſe trata de las excelencias de nueſtra ſanctiſsima Fe, y religion Chriſtiana.

Compueſta por el R. P. Maeſtro F. Luys de Granada de la orden de Sancto Domingo.

Teſtimonia tua credibilia facta ſunt nimis. *Pſal. 92.*

Deus autem ſpei repleat vos omni gaudio & pace in credendo. *Rom. 15.*



EN SALAMANCA

Por los herederos de Mathias Gaſt.

M. D. LXXXIII.

SEGUNDA PARTE
DE LA INTRODUCCIÓN
DEL SÍMBOLO DE LA FE

EN LA CUAL SE TRATA
DE LAS EXCELENCIAS DE NUESTRA SANCTÍSIMA FE
Y RELIGIÓN CRISTIANA

PREÁMBULO

EN QUE SE TRATA DE LA NECESIDAD QUE HAY DE SABER LA DOCTRINA CRISTIANA, Y DE LOS GRANDES FRUCTOS Y PROVECHOS DELLA.

UNA de las cosas más para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana, es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón della. Mas entre los cristianos (que por haber recebido la doctrina del cielo, la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aún los hombres de edad apenas saben los primeros elementos de esta celestial filosofía. Y si es verdad que de decir á hacer hay mucha distancia, ¡cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aún no saben ni les pasa por el pensamiento lo que manda! ¿Qué pueden esperar éstos sino aquella maldición del Profeta que dice (1) que el niño de cien años será maldito, esto es, el que después de tener edad y juicio perfecto, todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pue-

---

(1) Esai. 65.

den esperar sino el fin de aquéllos de quien dice el mesmo Profeta: Por tanto fué llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo sciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed? Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra ánima, sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda de un reloj (que trae todas las otras) está parada, necesariamente han de parar todas las otras. Pues si la primera rueda deste espiritual reloj (que es el conocimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demás. Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron á Sansón en su poder, fué sacarle los ojos (1), y hecho esto, no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron, hasta hacerle moler como bestia en una atahona. De ellos mismos se escribe (2) que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa deste menester ir á la tierra dellos, y servirse de sus oficinas, para que estando el pueblo desproveído y desarmado, fácilmente se apoderasen dél. Pues ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo á cada tentación una palabra de la Escriptura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar dellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profafanos, atizadores de vicios.

Y demás de lo dicho, es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia habemos recebido, que fué declararnos por palabra su sanctísima voluntad (que es, lo que le agrada y le ofende) para que siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos á ser participantes de su gloria. Pues cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moisén al pueblo diciendo (3): ¿Qué gente hay tan noble que tenga las cerimonias y

(1) Judic. 16. (2) I Reg. 13. (3) Deut. 4.

juicios y las leyes de Dios que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos? Y en el Psalmo 147 alaba á Dios el Profeta Real diciendo que había denunciado su palabra á Jacob, y sus juicios á Israel: la cual merced á ninguno otro pueblo del mundo había sido concedida. Pues si ésta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho della, si no la leo, si no la platico, si no la traigo en el corazón y en las manos, si no clarifico con ella mis ignorancias, si no castigo con ella mis culpas, si no enfreno con ella mis apetitos, si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar della? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso dellas, para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir (1), él mandó hacer un tabernáculo, y dentro dél mandó que se pusiese una arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneración della (2). Él mandó á Josué (3) que nunca apartase el libro desta ley de su boca para leer siempre en él y enseñarlo á los otros. Él mandó á quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese á par de sí este libro escrito de su propria mano, si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra (4). Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escriptor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el Rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino quiso que él mismo lo escribiese por la suya propria, para que con esto quedasen más impresas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra de espacio, y para que más estimase lo que él por su propria mano (siendo rey) hubiese escrito (teniendo muchos escribanos y oficiales á quien pudiera encomendar este trabajo) y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios viendo que la primera vez se había escrito ella con el dedo de Dios, y después se escribía, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes. Y por que no pudie-

(1) Exod. 34, 31. (2) Exod. 25. (3) Josue 1. (4) Deut. 17.

se caber olvido de cosa tan necesaria, mandó á Moisén (1) que cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promisión, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino, viesen aquellas letras, y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme á este tenor aconseja Salomón á aquel espiritual hijo que instruye en el libro de los Proverbios, diciendo (2): Guarda, hijo mío, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada á tu corazón, y colgada como una joya á tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo, y cuando durmieres, esté á tu cabecera, y cuando despertares, platica con ella, porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida. Mil lugares déstos se pudieran traer aquí, tomados así destos libros como de todos los otros que llaman Sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra sino día y noche leer, oir, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María, la cual asentada á los pies de Cristo, oía con silencio su palabra (3). Pues ¿qué diré de las virtudes y efectos maravillosos desta palabra? Cuando Dios quiso revocar su pueblo de sus pecados, mandó á Hieremías (4) que escribiese todas las profecías que contra él le había revelado, y que las leyese públicamente. La cual lección dejó tan atónitos y pasmados á los oyentes, que se miraban á las caras unos á otros, llenos de espanto y confusión. Pues cuando el rey Josafat (5) quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndolo al pueblo, y declarando la doctrina dél? Y para dar Dios á entender el fructo que desta maravillosa invención había resultado, añade luego estas palabras: Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío. Todo esto se escribe en el capítulo 17 del segundo libro del Paralipómenon, el cual capítulo deseo yo que tuviesen escrito en su corazón todos

---

(1) Deut. 27. (2) Prov. 6. (3) Lucæ 10. (4) Hier. 36. (5) IV Reg. 22.

los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo deste sancto rey. Porque si ellos hiciesen lo que éste hizo, sin duda no florecería menos agora el imperio de los cristianos que entonces floreció este reino, pues es agora el mismo Dios que entonces, para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

§ I

Mas sobre todos los ejemplos que se pueden traer para declarar el fructo de la buena doctrina, es digno de perpetua recordación el del sanctísimo rey Josías, el cual me pareció engerir aquí de la manera que está escrito en los libros de los Reyes (1). Pues este buen Rey comenzó á reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amón y de su abuelo Manasés, que fueron perversísimos hombres y derramadores de sangre de profetas. Mas á los doce años de su reinado le fué enviado por mandado del sumo sacerdote Helquías el libro de la ley de Dios, que halló en el templo: el cual no sólo contenía lo que Dios mandaba, sino también los grandes galardones que prometía á los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaba á los quebrantadores della. Pues como este libro se leyese en presencia del Rey, fué tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al Sumo Sacerdote susodicho con otros hombres principales á una sancta mujer profetisa, que moraba en Jerusalem, para que hiciese oración á Dios por ellos, y supiese su determinación y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual le respondió desta manera: Esto dice el Señor: Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del Rey, porque ellos me desampararon, y sacrificaron á dioses ajenos. Y á el Rey que os envió á mí para que rogase á Dios por esta necesidad, diréis: Esto dice el Señor Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras dese libro, y se enterneció tu corazón

(1) II Paral. 34.

con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento, y con el temor y reverencia que de mí concebiste, rasgaste tus vestiduras y derramaste lágrimas delante de mí, yo también oí tu oración, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél. Dieron pues los embajadores esta respuesta al Rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los Sacerdotes y Levitas y con todo el pueblo, dende el menor hasta el mayor, y mandó leer aquel libro delante de todos, y él juntamente con ellos se ofrecieron al servicio y culto de Dios, sobre lo cual el Rey pidió juramento á todos. Y no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en ella había, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban, y quemándolos sobre sus altares. Y este Rey fué tan sancto, que según dice la Escritura, ni antes ni después dél hubo otro mayor. Pues ¿qué más grave argumento se puede traer para declarar el fruto de la buena doctrina que éste, del cual tantos y tan admirables frutos se siguieron? Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma, que viendo tales frutos no se ofrezca á gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina, para gozar de tan grandes bienes?

Pues con este memorable ejemplo se juntan otros muchos. Porque cuando el profeta Baruch (1) quiso provocar á penitencia al pueblo que fuera llevado cautivo á Babilonia, deste mesmo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los cautivos, y leyéndoles un pedazo desta doctrina. La cual leción, dice la Escritura divina que les hizo llorar, y orar, y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados, y juntar todos en común sus limosnas, y enviarlas á Jerusalem para ofrecer sacrificios en el templo por sus pecados: con las cuales también enviaron el libro que se les había leído, para que también ellos le leyesen, creyendo que aquella lectura obraría en aquéllos que la leyesen, lo que en ellos había obrado.

Pues acabado este cautiverio después de los setenta años, ¿con qué se comenzó á fundar otra vez la ciudad, el templo y la

(1) Baruch 1.

religión, sino con esta misma leción de la ley de Dios? Y así se escribe en el segundo libro de Esdras (1) que en el séptimo mes concurrió todo el pueblo de sus ciudades á Jerusalem con un ánima y un corazón. Y ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete días arreo clara y distinctamente el libro de la ley y mandamientos de Dios, y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leía. Y á los veinte y cuatro días de aquel mes tornaron á continuar su leción cuatro veces al día, en los cuales también oraban y loaban á Dios: y con estos dos ejercicios se movieron á penitencia, y renovaron la religión, que estaba caída, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fué despedir las mujeres extranjeras con que se habían casado, para que no quedáse el pueblo de Dios mezclado con el linaje de los gentiles.

Finalmente la palabra de Dios todas las cosas óbra y puede como el mismo Dios, pues es instrumento suyo, y así con mucha razón se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así la palabra de Dios resuscita los muertos, reengendra los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos, y anima los desconfiados. Finalmente ella es aquel manna celestial que tenía los sabores de todos los manjares, porque no hay gusto ni afecto que una ánima desee tener, que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste, y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado, y se mueve á penitencia el duro, y se derrite más el que está blando. Muchos de estos efectos explicó en pocas palabras el Profeta cuando dijo (2): La ley del Señor es limpia y sin mácula, la cual convierte las ánimas: el testimonio del Señor es fiel y verdadero, el cual da sabiduría á los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas, las cuales alegran los corazones. El mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, y alumbra los ojos del ánima. El temor del Señor permanece sancto en los siglos de los siglos, y los juicios de Dios (que son los decretos de sus leyes) son verdaderos y justificados en sí mismos. Los cuales son más para desear que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que el panar y la miel. En las cuales palabras el Profeta explicó muchos efectos y

(1) II Esdr. 8. (2) Psalm. 18

virtudes de la ley y de las palabras de Dios, y en cabo declaró no sólo el precio y dignidad dellas, sino también la grande suavidad que el ánima religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro Psalmo: ¡Cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánima vuestras palabras! Más dulces son para mí que la miel. Y no contento con estas alabanzas, declara también en otro Psalmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina lección se ejercitan, diciendo así (1): ¡Cuán enamorado estoy, Señor, de vuestra ley! Todo el día se me pasa en meditar en ella. Ella me hizo más prudente que todos mis enemigos, ella me hizo más sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideración della: ella me hizo más discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardarla.

§ II

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos óbra en las ánimas esta luz, ¿qué cosa más para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo, que ver tantas y tan palpables tinieblas, tanta ignorancia en los hijos, tanto descuido en los padres, y tanta rudeza y ceguedad en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida que la ley de Dios, y qué cosa más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y qué más despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religión para movernos á este amor? ¿Quién comprehende la fealdad y malicia de un pecado, para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste á la misa y á los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién sanctifica las fiestas con la devoción y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos

(1) Psalm. 118.

alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas, sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna dellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno dellos, y no poco principal, es la leción de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas subtiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los Sanctos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio y estudio de esta leción. S. Jerónimo escribiendo á una virgen nobilísima por nombre Demetria, la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres, la primera cosa que le encomienda es la leción de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazón la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme á ella. Y después de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo á exhortarla á la misma leción. Y á Santa Paula (porque era muy continua en derramar lágrimas de devoción) aconseja que tiemple este ejercicio, por guardar la vista para la leción de la buena doctrina (1). A un amigo escribe pidiéndole ciertos libros sanctos, dando por razón que el verdadero pasto del ánima es pensar en la ley del Señor día y noche. S. Bernardo escribiendo á una hermana suya le aconseja este mismo estudio (2), declarándole muy por menudo los frutos y efectos de la buena leción. Y lo que más es, el apóstol S. Pablo aconseja á su discípulo Timoteo (3), que estaba lleno del Espíritu Santo, que entretanto que él venía, se ocupase en la leción de las sanctas Escrituras, las cuales dende niño había Timoteo aprendido. Mas sobre todos estos testimonios es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos el de Moisén, el cual después de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así (4): Estarán estas palabras que yo agora te propongo, en tu corazón, y enseñarlas has á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa y andando camino, y cuando te acostares y levantares de dormir. Y atarlas has como una señal en tu mano, y estarán y

(1) Hieron. in Epit. Paulæ. (2) Bern. in li. ad soror. (3) I Tim. 4. (4) Deut. 6.

moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los lumbrales y en las puertas de tu casa. No sé con qué otras palabras se pudiera más encarecer la consideración y estudio de la ley y mandamientos de Dios, que con éstas. Y como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo 11 del mismo libro (1) á repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras, que es cosa que pocas veces se hace en la Escritura. Tan grande era el cuidado que este divino hombre (que hablaba con Dios cara á cara) quería que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tan bien conocía la obligación que á esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que desto se siguen. Pues ¿quién no ve cuánto ayudará para esta consideración tan continua que este Profeta nos pide, la lección de los libros de buena doctrina, que aunque por diversos medios siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligación que tenemos á cumplirla? Porque sin la doctrina de la leción, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditación, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí, que son, leción y meditación, pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastiga y digere y traspasa en los senos del ánima?

Pudiera junto con lo dicho probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida movidos por la leción de buenos libros, y de otras que he oído, y de otras también que he leído, de las cuales algunas crecieron tanto en sanctidad y pureza de vida (tomando ocasión de este principio) que vinieron á ser fundadores de religiones y órdenes en que otros también se salvasen como ellos. Entendió esto muy bien Enrique VIII, rey de Inglaterra, el cual pretendiendo traer á su error ciertos Padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacía, no los podía inducir á su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que quitadas estas espirituales armas con que se defendían, fácilmente los podría rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las quería quitar quien pretendía engañar. Pues si tal es la virtud de estas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas al pueblo cristiano?

---

(1) Deut. 11.

Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres, ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no seremos nosotros más diligentes en usar destos y de otros semejantes medios para salvarlas?

Declárase en particular la necesidad de la doctrina.

§ III

Y dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento, pero todavía quiero pasar adelante y probar con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me pareció necesario por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina escritos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latín. Los cuales en una materia tienen razón, mas en otra no la alcanzamos. Porque razón tienen, si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y escuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes, aunque sea para confundirlos, ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología, las cuales ni aun en los sermones populares consiente S. Augustín que se traten (1). Pues ¿cuánto menos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del Apóstol, pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique. Asimismo libros de la Sagrada Escritura no conviene andar en lengua común, porque hay en ellos muchas cosas escuras, que tienen necesidad de declaración. Así que cuanto á esto razón tienen los que no quieren que haya estos libros. Mas que-

(1) Aug. lib. 4 de Doctr. Christiana.

rer que no haya libros en esta común lengua, que nos enseñen á vivir conforme á la religión cristiana que en el sancto baptismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente como obligar á un hombre á la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della, pues no menos obliga al cristiano esta primera profesión que al religioso la segunda. Y cuan culpado sería el religioso, si se descuidase en aprender las leyes de su religión, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas aunque los ejemplos y autoridades de la sancta Escritura que aquí habemos alegado, sean suficientísima prueba de lo dicho, pero todavía me pareció mostrar esto por tal medio, que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazón ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes á esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no sólo en la fe de los mayores, sino explícita y distinctamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del Credo como las diría un papagayo, sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga á formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree, como escribe S. Augustín de Alipio, su familiar amigo (1). Del cual dice que antes que le fuese declarado el misterio de la Encarnación, tenía para sí que nuestro Salvador no había tomado de nuestra humanidad más que solo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba, hacía el oficio del ánima. Asímesmo en el misterio de la Sanctísima Trinidad conviene que cuando el cristiano oye los nombres de Padre y Hijo, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generación es toda espiritual, aunque natural. Y asimesmo entienda que este misterio ha de ser creído y adorado, y no escudriñado, considerando en esto por una parte la majestad de aquella altísima Substancia, que es inefable y incomprehensible, y por otra la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual para entender la alteza de las cosas divinas, es (según dicen los filósofos) como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano, para no hacer argumento de su no entender para no creer. Asimismo ha

(1) Aug. in lib. Confes.

de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razón, no por eso implica contradición, como algunos simples y ignorantes imaginaron. Pues siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demás desto también está obligado á saber los mandamientos así de Dios como de la Iglesia, que es la ley en que ha de vivir, y entender que no sólo se quebrantan por sola obra, sino también por pensamiento, que es, por consentimiento en la mala obra. Y aún más debe entender que no sólo con el mal propósito de la voluntad, sino también con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo (que es lo que los teólogos llaman delectación morosa) se comete pecado mortal, en materia de pecado mortal. Allende desto, el buen cristiano está obligado á confesarse por lo menos una vez en el año, lo cual debría hacer muchas otras veces, si quiere vivir más religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su conciencia, discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra, ó palabra, ó pensamiento, porque no sea como algunos brutos que puestos á los pies del confesor, apenas saben decir una culpa á cabo de un año, donde han cometido tantas, sino dicen: Padre, preguntame vos. Y no basta confesar los pecados, si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y sobre todo cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios habemos recebido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque dado caso que la contrición sea muy especial don de Dios, pero éste suele él dar á los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden para alcanzarlo. Y porque á esta contrición pertenece que esté con ella un muy firme propósito de no volver más á pecar (y sea señal de poco arrepentimiento, si luego se repiten los pecados) conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son, evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oración, y la frecuencia de los sacramentos, y la lección de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantan culpas: y no menos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas. Y

sobre todo esto es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos con la memoria de la pasión de Cristo, &c. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo (donde tantas ocasiones hay para pecar) y estando cercados por una parte de una carne tan mal inclinada, y por otra de tantos demonios y de algunos hombres perversos (que á veces nos hacen más cruda guerra que los demonios) sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues cuando el cristiano se llega á comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel sacramento, la grandeza de aquel beneficio y la soberanía de la Majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y con cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recebir en su pobre chozuela al Señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel sacramento, y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es, como dice el Apóstol (1), comer y beber juicio para quien así lo recibe, como parece que comulgan el día de hoy muchas personas, pues ninguna emienda vemos en sus vidas.

Es también oficio proprio del cristiano hacer oración (que es cosa grandemente encomendada en las sanctas Escrituras) en la cual pida á nuestro Señor remedio para todas sus necesidades así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues para que su oración sea eficaz, ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar, las cuales (contándolas brevemente) son atención, devoción, humildad y perseverancia, y sobre todas fe y confianza, según aquello del Salvador que dice (2): Cualquier cosa que pidiéredes, creed que la recibiréis, y dárseos ha.

Con la oración quiere el Apóstol (3) que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recebidos, que es el sacrificio de las alabanzas divinas que Dios tan encarecidamente pide en el Psalmo 49. Pues ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la

---

(1) I Cor. 11. (2) Marc. 11. (3) I Tim. 2.

devoción y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demás de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar, pues como dice el sancto Job (1), toda la vida es una tentación prolija. Y Sant Pedro dice (2) que nuestro adversario como león rabioso nos cerca por todas partes, buscando á quién trague. Y el apóstol S. Pablo encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo. El cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos, unas veces con pensamientos de blasfemias, otras con tentaciones de la fe, otras con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales, y otras veces más disimuladamente, dándonos á beber la ponzoña azucarada, que es, representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos (donde suele peligrar la navecica de la inocencia) y no supiere siquiera medianamente los remedios destos peligros, ¿qué puede esperar sino dar al través á cada paso, y caer en el abismo de los pecados?

Navegamos también en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta y otras con bonanza, quiero decir, unas veces con prosperidades y otras con adversidades. De las cuales las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan y hacen olvidar de Dios, mas las otras como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces á impaciencia, otras á desconfianza, otras á tristeza desordenada, otras á quejarnos de la divina Providencia, y otras á deseos de venganza. Pues si el que procura ser buen cristiano, no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destos dos tan ordinarios peligros? Y ¿quién le proveerá más fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son también para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandememente necesarias, que son, amor de Dios, aborrecimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia, y temor de su justicia, en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvación. Y llámanse estas virtudes afectivas, porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues

(1) Job 7. (2) I Petri 5.

como ésta sea una potencia ciega (que no se mueve á ninguno destos afectos sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ellos) de aquí es que ha menester el buen cristiano saber lo que á cada cosa déstas le puede mover. Porque aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, mas debe el hombre ayudarse por su parte y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le pueden mover. Y pues esta materia es muy copiosa, cuánto aprovechará á un buen cristiano saber algunas consideraciones que á cada una destas virtudes lo puedan mover: lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina.

Mas dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. Á lo cual respondo que á quien parece que basta ser cristiano con sola fe y sin tener cuenta con la vida, todo esto parecerá mucho: mas quien lo quiere ser en la pureza de la consciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no sólo esto no parecerá mucho, mas antes la experiencia de los peligros y tentaciones y ocasiones deste mundo le enseñarán que todo esto, y más, le es necesario, pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso todas estas cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

Respóndese á algunas objecciones.

§ IV

Mas alguno por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya leción de buenos libros. Á lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones, y según dice S. Gregorio, así como los sermones cuando son muchos, se desestiman, así cuando son muy pocos, aprovechan poco. Y demás desto, los predicadores comúnmente no descienden á estas particularidades susodichas, sino cuando mucho tratan en común de las virtudes. Y la doctrina moral es poco provechosa, cuando es común y general. Y allende desto, muchos sermones hay que más son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que de leer buenos libros toman motivo algunos

para desestimar los sermones, ó para no oirlos. Á esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y si algunos hacen eso, más será culpa de su soberbia que de la buena doctrina: y por la culpa de unos pocos soberbios no es razón que sean defraudados de la buena lición los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lición para entregarse tanto á los ejercicios espirituales, que vienen á descuidarse de la gobernación de sus casas y familias y del servicio que deben á sus padres ó maridos. Á esto se responde que ninguna cosa condena más la buena doctrina que esta desorden, porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligación á las de devoción, y las de precepto á las de consejo, y las necesarias á las voluntarias, y las que Dios manda, á las que el hombre por su devoción propone. De manera que esta desorden más procede de la persona que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lición toman muchos ocasión para algunos errores. Á esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina más perfecta que la de los Evangelios y Epístolas de S. Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido, presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por dónde el apóstol Sant Pedro (1), haciendo mención de las Epístolas de Sant Pablo, dice que hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender, de que tomaron ocasión algunos malos hombres para fundar sus errores. Y añade más, que de todas las sanctas Escrituras pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas para dar color á sus errores.

Y allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéremos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas, pues muchas mujeres mueren de parto, y otras á manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas, pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas, porque cada día se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar, pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padecen en ella. No haya estudios de teología, pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus here-

(1) II Petri 3.

jías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa más necesaria para el gobierno deste mundo que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y ¿qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia y de la pasión de Cristo nuestro Salvador (que son las causas principales de todo nuestro bien) toman ocasión los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose á estas prendas? Á todo esto añado una cosa de mucha consideración. Pregunto: ¿qué cosa más poderosa para convencer todos los entendimientos y traerlos á la fe, que la resurrección de Lázaro, de cuatro días enterrado y hediondo, al cual resucitó el Salvador con estas palabras: Lázaro, sal fuera? Y esto bastó para que ni las fuerzas de la muerte, ni las ataduras de pies y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues ¿qué corazón pudiera haber tan obstinado, que con esta tan grande maravilla no quedara asombrado y rendido á la fe de aquel Señor? Mas ¡oh increíble malicia del corazón humano! esta tan espantosa maravilla no sólo no bastó para convencer el corazón de los pontífices y fariseos, mas antes de aquí tomaron ocasión para condenar á muerte al obrador de tan gran milagro. Y no contentos con esto, trataban de matar á Lázaro, porque muchos por esto venían á creer en el Salvador. Pues si la malicia humana es tan grande, que de aquí sacó motivo para tan grande mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los hombres pervierten las cosas buenas, y las tuercen y aplican á sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena, que carezca de inconvenientes, más ocasionados por el abuso de los hombres que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razón que por la desorden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fruto de la buena doctrina. Lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en la parábola de la cizania, donde dice (1) que preguntando los criados al Padre de la familia si arrancarían aquella mala yerba por que no hiciese daño á la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podría ser que arrancando la mala yerba, á vueltas della arran-

(1) Matth. 13.

casen la buena. En la cual parábola nos enseña que ha de ser tan privilegiada la condición de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar á cuenta de no ser ellos agraviados.

A todo esto añado que la doctrina sana no sólo no da motivos para errores, mas antes ella es la que más nos ayuda á la firmeza y confirmación de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo General de la Sancta Inquisición destos reinos de Portugal, la cual sirve grandemente para conocer el fruto de la buena leción, y el daño de la mala. Contó pues este señor que vino á pedir misericordia al Sancto Oficio por su propria voluntad sin ser acusado un hombre, el cual confesó que dándose á leer malos libros, vino á perder de tal manera la fe, que tenía para sí que no había más que nacer y morir. Mas que después por cierta ocasión que se ofreció, ó porque la divina Providencia lo ordenó, comenzó á leer por libros de buena doctrina, y dándose mucho á esta leción, vino á salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdón della, y lo alcanzó. Esto quíselo escribir aquí en favor y testimonio del fruto de la buena leción.

Otra cosa no menos verdadera ni menos digna de ser notada me contó Don Fernando Carrillo siendo embajador en este reino, el cual me dijo que un moro cautivo por nombre creo que Hamete, tenía el Libro de la Oración y Meditación, y leía muchas veces por él. De lo cual se reían los criados de casa, y le preguntaban: Hamete, ¿qué lees tú ahí? Y él respondió: Dejar á mí. Finalmente continuando la leción, aquel Señor que alumbró al eunuco de la Reina de Etiopía leyendo por Esaías, alumbró también á éste, y él mismo finalmente vino á pedir el sancto bautismo y á hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos y lo demás que está dicho, claramente nos dan á entender cuánto ayuda la buena doctrina no menos á la confirmación de la fe que á toda otra virtud.

La conclusión de todo este discurso es que las leyes y el buen juicio no mira lo particular, sino lo común y general, conviene á saber, no lo que acaesce á personas particulares, sino lo que toca generalmente al común de todos, los cuales no es razón que pierdan por el abuso y desorden de los pocos. Ni tampoco mira á los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños, como se ve en la navegación de la mar, por-

que si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegación.

Mas pido aquí perdón al cristiano lector de haber extendídome tanto en esta materia, porque esto hice para que se viese claro la necesidad que tenemos de buena leción, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos que sienten lo contrario. Y allende desto, poco nos podía aprovechar esto que aquí agora determino escrebir, si se tuviese por inútil ó dañosa la leción de la doctrina escrita en lengua común. Servirá este nuestro Preámbulo como el Prólogo de S. Hierónimo que llaman Galeato (en el cual aprueba su trasladación de las sanctas Escrituras) para defensión no sólo del libro presente, sino también de los que nos y otros autores han escrito en lengua vulgar.

QUE NO PUEDEN LOS HOMBRES VIVIR SIN FE,
Y DE DOS MANERAS DE FE, UNA ACQUISITA Y OTRA INFUSA

CAPÍTULO I

ESTA es (dice el Salvador hablando con su Eterno Padre) la vida eterna, que conozcan á ti solo verdadero Dios, y á Jesucristo que tú enviaste al mundo. Esta breve sentencia es como un sumario de toda la filosofía cristiana. Mas es aquí de saber que las dos principales obras por donde venimos en conocimiento así del Padre como del Hijo, son la obra de la creación del mundo y de la redempción del género humano. Las cuales dos obras son los principales artículos de nuestra fe, y los principales fundamentos de toda la doctrina cristiana, para cuyo conocimiento se ordena toda la presente escritura. Mas porque el conocimiento destas dos obras ha de ser por fe (porque déste habla el Salvador) será necesario tratar primero de la fe, que también es el primer fundamento desta doctrina, y así ella es la primera palabra del Símbolo de la Fe, que comienza, CREO.

Mas antes que tratemos de la fe, será necesario declarar primero cómo en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto, ni sabido la razón dellas. Lo cual testifica S. Augustín en el libro sexto de sus Confesiones, declarando el estado miserable en que su ánima estaba antes que recibiese la fe, por estas palabras: Así como el que cayó en manos de algún mal médico, no se osa fiar ni aun del bueno, así mi ánima, que tantos malos médicos y maestros había experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe la había de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima poco á poco comenzaste á tratar y componer mi corazón, haciéndome que considerase cuántas cosas creía que no había visto, ni halládome presente cuando se hacían, como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles, y muchas de los lugares y ciudades que yo no había visto, y muchas otras, en las cuales daba crédito á los amigos y á los médicos, y á unos y á otros hombres: las cuales cosas si no

fuesen creídas, no se podría gobernar la vida humana. Y sobre todo esto, por cuán cierto tenía quién eran los padres que me engendraron, lo cual no podía yo saber sino oyéndolo á otros. Con estas cosas, Señor, me persuadiste no solamente que diese crédito á las sanctas Escrituras, las cuales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, mas aun que tuviese por muy culpados á los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razón, y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las Letras sagradas, comencé luego á creer que no era posible que tú dieses tan grande dignidad á estas Letras en el mundo, sino porque mediante ellas querías ser creído y por ellas buscado. Hasta aquí son palabras de S. Augustín.

Presupuesto pues ya este fundamento, que no se puede pasar esta vida sin alguna manera de fe, decendiremos á tratar en particular de la fe cristiana. Para lo cual será necesario declarar qué cosa sea fe, y cuántas maneras hay de fe.

Pues para lo primero es de saber que hay dos maneras de fe, una que llaman acquisita, y otra infusa. La acquisita es la que se acquiere por muchos actos de creer, cual es la que tiene el moro ó el hereje, que por la costumbre que tiene de dar crédito á sus errores, viene á afirmarse tanto en ellos, que apenas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprehendido. Mas fe infusa es la que el Espíritu Sancto infunde en el ánima del cristiano, lo cual comúnmente se hace en el sancto bautismo, donde juntamente con la gracia se infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Ésta es una especial y sobrenatural lumbre del Espíritu Sancto infundida en el entendimiento del cristiano, la cual lo inclina eficacísimamente á creer lo que la Iglesia le propone, sin ver la razón en que se funda. Porque lo que hubiera de obrar la razón, si la hubiera, eso mismo óbra por más excelente manera aquella invisible lumbre del Espíritu Sancto. Lo cual se ve en la constancia de los sanctos mártires, y particularmente en muchas mujercicas simples y mozos de poca edad, los cuales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe, estaban tan firmes en ella, que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesión della. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenían, obraba en ellos esta lumbre de fe que decimos.

Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos) con todo eso no tiene claridad y prueba de razón, porque es de cosas que sobrepujan toda razón, como es el misterio de la Sanctísima Trinidad, y de la encarnación del Hijo de Dios, con todos los otros artículos de la fe que nuestro Señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin la cual no era posible que la razón humana los pudiese comprehender. Y por esto dice el Apóstol (1) que la fe es de las cosas que no se ven, esto es, de las que no se alcanzan por sola razón, sino por revelación de Dios. Y en subjectarse el entendimiento á que crea por fe lo que no alcanza por razón, está el merecimiento della. Lo cual declara el mismo Apóstol por ejemplo de Abraham, al cual siendo de edad de cien años, y su mujer Sara de noventa, y estéril, prometió Dios que daría un hijo (2), lo cual por vía de naturaleza era imposible. Mas el sancto Patriarca, aunque no veía razón para esperar tal fruto, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia, y así lo será á todos los que con semejante fe y devoción creyeren lo que Dios nos ha revelado, de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere más remontada y encumbrada sobre toda razón, tanto será mayor el merecimiento de la fe. En la cual dice S. Crisóstomo que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer. Y pone por ejemplo la fe deste mismo Patriarca, al cual (habiendo Dios prometido que de su hijo Isaac nacería gran número de gentes) mandó que lo sacrificase antes que el mozo tuviese hijos (3). Pues ¿qué cosa pudiera ser á juicio humano más contraria una á otra? Pero ni aun por eso el sancto varón perdió la fe de la promesa divina, creyendo que después de muerto el hijo, Dios lo resucitaría para que se cumpliese su promesa.

Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios, que es el autor della, sin procurar más razón. Pitágoras (como refiere Valerio Máximo) era tenido de sus dicípulos en tanta veneración, que tenían por grande culpa poner en disputa las cosas que dél habían aprendido. Y si alguno los obligaba á

(1) Hebr. 2. (2) Gen. 15. (3) Gen. 21.

dar razón de lo que defendían, no daban otra más que la autoridad de su maestro, diciendo: Él lo dice. Y otros añaden que este estilo conservaban por espacio de siete años, según el número de las siete artes liberales, porque ya entonces les era lícito disputar. Pues si esta reverencia se tenía á un filósofo, ¿cuánto más se debe tener á aquella primera y suma Verdad, para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fe que él nos enseñó? Lo cual quiso él figurar mandando en la ley que cuando los sacerdotes ó levitas envolviesen las alhajas del Sanctuario para mudarse de un lugar á otro, no las mirasen con curiosidad antes que las envolviesen, porque haciendo lo contrario morirían por ello (1). En otras cosas que vedaba, decía: Porque por ventura no mueran los que lo contrario hicieren: mas aquí resolutamente dice que morirían. Lo cual á costa suya experimentaron los betsamitas (2), porque llegando el Arca del Testamento de la tierra de los filisteos á la suya, quisieron mirar con atrevida curiosidad lo que en ella había, por el cual pecado mató Dios gran número dellos. Esto pues nos sea escarmiento para no dar lugar á que en nuestras ánimas haya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razón humana las cosas que están sobre toda razón. Porque donde Dios habla, habemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento, como lo hacían aquellos sanctos animales de Ecequiel (3), cuando sonaba la voz del cielo.

Mas no piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razón, nos movemos livianamente y sin fundamento á creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razón, y ser muy conforme á razón que las creamos, cuando vemos la verdad dellas confirmada con algún milagro, ó cosa equivalente. Porque los que creyeron en Cristo nuestro Señor, cuando le vieron resucitar á Lázaro, justísima causa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodemus, viendo los milagros que el Salvador hacía. Porque como los milagros sean obra de solo Dios, cuando se hacen en testimonio de alguna verdad, Dios es el testigo della, cuyo testimonio es infalible. Pues la fe y religión cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros (y lo que más es, con la verificación y cumplimiento de tan claras y evidentes profecías, y con

(1) Num. 4. (2) I Reg. 6. (3) Ezech. 1.

otros testimonios así de innumerables mártires como de doctísimos y sanctísimos varones, que pudo con mucha razón decir Ricardo de S. Víctor: Plugiese á Dios que mirasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad podemos los cristianos presentarnos en el juicio divino) ¿no os parece que podríamos confiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, vos sois la causa dél, porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas sino por Vos? Así que por estas causas no se puede decir que ligera ó livianamente creemos, sino con gravísimos fundamentos. Por lo cual dicen muy bien los teólogos que la verdad de los misterios de nuestra fe no es clara y evidente (pues la fe es de las cosas que no se ven) mas es cosa clara y evidente que deben ser creídos.

También es aquí de advertir que esta fe infusa de que hablamos, no quiere Dios que se pierda por cualquier pecado mortal, si no es contrario á la misma fe, como es herejía ó apostasía. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, así como derribada la casa, todavía quedan los cimientos enteros, así derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavía queda el fundamento de la fe entero, y junto con él la esperanza, compañera de la fe, aunque quedan informes, que es, sin la vida y perfección que la caridad les da. Mas aquí también es de notar que la más firme y segura guarda que tiene la fe, es la pureza de la vida y la buena consciencia. Porque como la fe mueva los hombres á bien vivir, si la tenemos ociosa y no la empleamos en éste, viene á ser della lo que se suele decir del caballo que se manca en la caballeriza, y del hierro que si no se usa, se cubre de orín, y él mismo se consume. Porque por la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos desta lumbre del cielo, ni querer granjear con este talento que el Señor nos entregó, permite él que vengamos á caer en alguna ceguera con que perdamos este grande beneficio. Por lo cual nos aconseja el Apóstol (1) que juntemos con la fe la buena consciencia, porque por falta della muchos vinieron á perderla.

(1) I Tim. 1.

DE LA DIVISIÓN DE LA FE EN FE FORMADA Y INFORME, QUE ES, CON CARIDAD Y SIN CARIDAD, Y DE LAS EXCELENCIAS Y PROPRIEDADES DE LA FE

CAPÍTULO II

Agora es de saber que la fe unas veces está acompañada con caridad (y llámase entonces fe formada ó fe viva, porque recibe vida de la caridad, que es como ánima de la fe) y otras veces está sin caridad, y llámase entonces fe informe y fe muerta, no porque no sea verdadera fe, sino porque le falta el lustre y la vida y la perfección y hermosura que le viene, cuando está encendida y abrasada con la caridad. Dicen que el ámbar por sí solo no tiene olor suave, mas juntándolo con almizcle, recibe dél la suavidad y olor tan afamado que tiene: y lo mismo podemos decir en su manera de la fe, cuando está acompañada con caridad, sino que la caridad es más excelente virtud que esa fe, como el Apóstol dice (1).

Es pues agora de saber que esta fe que está acompañada con la caridad, tiene también annexa consigo la obediencia de los mandamientos divinos, á la cual nos inclina esa misma fe. Porque lo proprio della (cuando está formada) es inclinar al hombre á que viva conforme á lo que ella le enseña. Y así cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (2), si no hiciéredes penitencia, todos juntamente pereceréis, esfuérzase á hacer penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (3): No todo aquél que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando el mismo dice (4): Si no os humilláredes y hiciéredes pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, trabaja por imitar la humildad y simplicidad destos pequeñuelos. Y lo mismo hace en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fué la fe de aquéllos que oyeron la predicación de Sant Pedro, los

(1) I Cor. 13. (2) Luc. 13. (3) Matth. 7. (4) Matth. 18.

cuales renunciaron todas las cosas que tenían, y pusieron el precio dellas á los pies de los Apóstoles (1). Y tal fué también la de los ninivitas, porque de tal manera creyeron lo que el profeta Jonás predicaba (2), que se convirtieron á Dios, y desistieron de sus malas obras. De manera que bien mirado, la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera del vivir. La fe es una candela resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos, y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras ánimas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles á dónde y por dónde han de caminar. La fe son aquellos ojos que como dice Salomón (3), están en la cabeza del sabio, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriéndonos las celadas de los enemigos, y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oración, con las cuales sube hasta la presencia de Dios, y alcanza dél lo que pide, pues dice el Señor (4): Cualquier cosa que pidiéredes en la oración, creed que la alcanzaréis, y dárseos ha. Y sobre todos estos títulos y excelencias, dice S. Bernardo que no hay cosa escondida á la fe. ¿Qué cosa hay (dice él) que no alcance la fe? La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razón no alcanza, comprehende las cosas escuras, abraza las inmensas, entiende las futuras, traspasa los fines de la razón humana, y los términos de la experiencia, y el uso de la naturaleza, y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de S. Bernardo.

La fe otrosí es, como dice S Juan (5), la victoria que vence el mundo. Ésta es la que (según S. Pablo) justifica las ánimas, porque es la raíz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justificación: y como él mismo dice en otro lugor (6), por esta fe los sanctos vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerra-

(1) Actuum 4. (2) Jonæ 3. (3) Eccle. 2. (4) Marc. 11. (5) I Joan. 5 (6) Hebr. 11.

ron las bocas de los leones, apagaron las llamas del fuego, pusieron en huída las haces de los enemigos, hiciéronse fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios, y restituyeron á sus madres los hijos muertos. Y ésta es (como el mismo Apóstol dice) la fe que tuvieron todos los sanctos patriarcas dende el principio del mundo, y por ella rigieron todos los pasos de su vida, fiándose de las palabras y promesas de Dios, creyendo lo que no veían, y esperando lo que no poseían, levantándose sobre toda la facultad de la razón humana y gobernándose por esta luz de la palabra divina. Lo cual es vivir por fe, como viven todos los justos, según el Profeta dice (1). Porque la fe es para ellos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen. Y según esto, la fe levanta al hombre á otro estado más alto que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la lumbre del Espíritu Sancto, ya tiene dentro de sí una cosa más que humana, y comienza á entrar en la región y orden de las cosas divinas.

Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser trabajar todo lo posible por perfecionar y acrecentar esta fe Porque así como la caridad y la esperanza y todas las otras virtudes crecen con el uso y ejercicio dellas y con el mérito de las buenas obras, así también crece la fe.

Y es aquí de notar que no solamente la caridad, mas también el don del entendimiento (que es uno de los siete dones del Espíritu Sancto) esclarece y perfecciona grandemente la fe. Y cuanto el hombre más participa deste don del entendimiento, tanto cree con mayor claridad, despidiendo poco á poco de sí mucha parte de la escuridad que está annexa á la fe. Y esto á veces en tanto grado, que á algunos que tienen la fe muy confirmada y ilustrada con este don, parece que ya no tienen fe, sino otra lumbre más clara que ella. Mas no es así, sino que aquella misma fe que tenían, está más esclarecida con este susodicho don del entendimiento, que es como otra forma de esa misma fe. Y este don se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fe, la cual declara la hermosura y excelencia de la fe y la conveniencia y consonancia suavísima de sus misterios. Y por esta humilde inquisi-

---

(1) Abac. 2.

ción y estudio de la verdad merece el hombre que el Espíritu Sancto acreciente en él así la lumbre de la fe como este don del entendimiento, cuyo oficio es penetrar la verdad y conveniencia de los misterios que creemos. Y cuanto más los penetra tanto más firmemente los cree y tanto más se mueve á obrar y conformar con ellos su vida. Y como entre estos misterios el de la encarnación y pasión del Salvador, y la pena y gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos eficacísimos para movernos al amor y temor de Dios y á la guarda de sus mandamientos, síguese que cuanto más firme y más palpablemente (si decir se puede) cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve á lo dicho. Y en este sentido se declara también aquella sentencia del Profeta (1), que poco antes alegamos, la cual dice que el justo vive por fe, porque con la consideración y fe destos tan grandes motivos que tenemos para bien vivir, ordenamos más religiosamente nuestra vida. De dónde se sigue que cuanto más crecida fuere la fe, tanto serán mayores los estímulos que tendremos para caminar por este camino del cielo.

De lo cual todo se concluye que así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles (porque esto hecho, el beneficio de la raíz redunda luego en todas las ramas que della proceden) así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes, que es la fe, porque estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán más abundosamente.

Pues para esto servirá en mucha parte la doctrina deste libro, que es como preámbulo y introducción del Símbolo de la Fe, que contiene los artículos y misterios della. Mas aquí no se trata de probar la fe por razones (pues ella no se funda en razones humanas, sino en la lumbre del Espíritu Sancto, como ya dijimos) sino solamente procuramos declarar las excelencias de la fe, así para conseguir los efectos susodichos della, como para que el cristiano vea la hermosura y alteza de la fe que profesa, y juntamente trabaje por aprovecharse deste talento y dar á Dios gracias por

(1) Abac. 2.

este beneficio (que á tantas naciones se ha negado) para que con este agradescimiento y con el buen uso del beneficio merezca que Dios se lo conserve y acreciente en tiempo que tantos naufragios ha padescido y padece hoy día la fe.

DE LA PRIMERA EXCELENCIA DE LA DOCTRINA DE NUESTRA FE, QUE ES HABER SIDO ENSEÑADA Y REVELADA POR DIOS, LO CUAL SE ENTIENDE POR LOS GRANDES ERRORES DE LOS FILÓSOFOS, MAYORMENTE ACERCA DEL ÚLTIMO FIN DEL HOMBRE

CAPITULO III

La primera dignidad y excelencia que ha de tener la doctrina de la verdadera fe, es que ha de ser dada y enseñada por Dios. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, y el fundamento haya de ser fijo y firme (porque de otra manera todo lo que sobre él se edificare, se arruinaría) esta firmeza no se puede alcanzar, ni por la lumbre de la razón humana, ni por la doctrina y estudio de la filosofía. Y que la lumbre de la razón no baste para esto, vese claro por la infinidad de sectas y de dioses que había en el mundo antes de la predicación del Evangelio, como adelante veremos. Lo cual todo duró por millares de años, sin que el tiempo (que todas las cosas descubre) fuese parte para desengañar los hombres y sacarlos de tan pestilenciales errores. Pues por esta experiencia se ve cuán insuficiente sea por sí sola la razón humana para el conocimiento de las cosas divinas y de la verdadera religión.

Tampoco la razón ayudada con los estudios de la filosofía era bastante para esto. Lo cual se ve por la infinita variedad y contradición que los filósofos tuvieron en sus doctrinas. Lo cual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tulio escribió de la Naturaleza de los Dioses, y otro que Plutarco escribió de las opiniones diversas que los filósofos tuvieron en todas las materias que trataron. S. Augustín en el décimo octavo libro de la Ciudad de Dios refiere algo desta variedad, y así dice que entre los filósofos unos había que afirmaban no haber más que un solo mundo, otros decían que había innumerables, y deste mundo

unos decían que tuvo principio, otros que fué *ab æterno* y sin principio, otros que se había de acabar, otros que había de durar para siempre, unos afirmaban gobernarse por la Providencia divina, y otros que todo se hacía acaso. Unos decían que nuestras ánimas eran inmortales, otros mortales, y los que decían que eran inmortales, afirmaban convertirse en ánimas de bestias, mas otros defendían lo contrario. Y los que las tenían por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan, otros que vivían un poco después de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponían el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo, otros en el ánima, otros en ambas partes, y otros añadían á los bienes del cuerpo y del ánima los bienes temporales. Unos decían que habíamos siempre de creer á lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente, tanta era la contradición que había entre ellos, que se levantó al cabo otra nueva secta de los filósofos que llamaban académicos nuevos, los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decían que nada se podía saber averiguadamente, sino con alguna verisimilitud y aparencia, y así su oficio era probar con razones la una parte y la otra su contraria, y dejar la cosa indeterminada. Por la cual causa dice Teodoreto, en el libro primero de la Providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de filósofos, porque ellas mismas con su contrariedad se deshacen unas á otras, pues la verdad no es más que una sola, mas las falsedades que se desvían del blanco de la verdad, pueden ser infinitas.

Mas allende lo dicho, la cosa que más claramente prueba la insuficiencia de la filosofía para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fueron y serán, nacen con un apetito y deseo natural de llegar á un estado, en el cual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear, y así cese la rueda viva de nuestro apetito, el cual siempre padece una hambre canina, deseando más de lo que tiene para llegar á este estado. El cual llamaban felicidad, bienaventuranza, sumo bien del hombre y su último fin. Y no dudaban ser posible llegar á tal estado, pues no era razón que el autor de la naturaleza imprimiese en nuestros corazones apetito y deseo natural de cosa imposible, pues

es cierto que ninguna cosa hace de balde y sin propósito. Convencidos pues los filósofos por esta razón, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué género de bienes consistía esta felicidad y último fin, por entender que no podían ordenar bien su vida, sino entendido el fin á que se ordenaba. Ca en las cosas que se ordenan para algún fin, la regla de lo que se ha de hacer, se toma del mismo fin. Desta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que conforme á él enderece su camino. Y el médico que ha de curar un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme á ella aplique las medicinas. Pues según esto, para enderezar bien la vida del hombre, es necesario saber primero el último fin del hombre, para que conforme á él se enderecen todos los pasos della. Y por esta causa Aristóteles, queriendo en el libro de sus Éticas dar á los hombres reglas y orden de bien vivir, trató primero del último fin del hombre, porque de aquí había de tomar el tino para acertar á darle avisos y reglas y orden de vida, por la cual lo había de alcanzar.

De los errores de los filósofos acerca del último fin.

§ I

PUES entendiendo esto los filósofos, que profesaban ser maestros de bien vivir, todo su estudio pusieron (como dijimos) en querer saber en qué linaje de bienes consistía este fin. En lo cual anduvieron tan desvariados, que Marco Varrón (según refiere y declara S. Augustín en el libro décimo nono de la Ciudad de Dios) cuenta docientas y ochenta opiniones diversas, en que unos y otros ponían este último fin. Lo cual no pareciera cosa creíble, si no lo dijera un hombre de tanta autoridad.

Este mismo Marco Varrón (que así entre autores griegos como latinos fué muy afamado) quiso también determinar en qué linaje de bienes consistía esta tan deseada felicidad. Para lo cual presupone que el hombre ni es el ánima sola, ni el cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente. Y según esto, pone esta felicidad en la posesión de los bienes del cuerpo y del ánima juntamente. Y como en el ánima haya dos partes principales, que son enten-

dimiento y voluntad, en el entendimiento quiere que haya perfecta sabiduría (porque ésta es su proprio bien) y en la voluntad quiere que haya consumada virtud, domadas ya y mortificadas las pasiones que le hacen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, buena disposición y buena complexión. Y á estas cosas añade Aristóteles conveniente porción de bienes temporales, de que se sirva la virtud. De dónde se sigue que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la posesión de todos los bienes, ha de tener una bula de general exempción de todos los males y miserias desta vida, pues éstos por una parte inquietan el ánima, y por otra prejudican á los bienes del cuerpo, que también se requieren para esta bienaventuranza.

Después de haber referido S. Augustín la opinión deste filósofo, escarnece de tan gran desvarío como era poner bienaventuranza en una vida cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adán, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado. Porque si esta bienaventuranza consiste en la posesión de todos estos bienes del cuerpo y del ánima, y en la exempción de males destas dos partes del hombre, ¿qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes, y tan exempto de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones, un valle de lágrimas, una cárcel de condenados, donde son muchas más las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza, donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del ánima, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las invidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos, tantas las sinjusticias de los malos jueces, donde hay tan poca verdad, tan poca fe, tan poca lealtad, donde la malicia y ambición reina, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale más ni puede más que el dinero, donde el hijo á veces desea la muerte á su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano, por venir á ser su heredero? Pues ¿qué diré de la continua guerra de la carne contra el espíritu? ¿Qué de las tentaciones del enemigo? ¿Qué

de las batallas crueles y sangrientas que por mar y por tierra perturban la paz y sosiego de los mortales? ¿Qué de las asechanzas y falsos testimonios y pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos? ¿Qué de la tiranía y soberbia de los poderosos? ¿Qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomón tenía por tan grande mal (1), que por esto alababa más á los muertos que á los vivos, y que tenía por más dichoso al que no había nacido ni visto los males que pasan debajo del sol. Pues ya los desastres y acaescimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las cárceles, los partos revesados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y males de los viejos, y las pobrezas y falta de lo necesario que generalmente padecen los hombres miserables, ¿quién las contará? Tal es finalmente esta vida, que el santo Job (como hombre tan experimentado en las miserias della) dice ser toda ella batalla ó tentación (2). Cuyas miserias á veces llegan á tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus proprias manos, por librarse dellas. Pues ¿quién será tan ciego que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tanta infinidad de miserias hay que la agüen y encuentren? Las cuales no sólo nos dan este desengaño, mas también nos avisan que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso, sin llevar á Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal, porque nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen á él, y nos declarasen que no podíamos navegar seguros entre tantos bajos, sino llevando él el gobernalle de nuestra vida, y librándonos dellos, ó dándonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos, pues (como S. Gregorio dice) mejor libra cuando da paciencia.

Y tornando al propósito, si demás de lo dicho se requiere para esta felicidad cumplida sabiduría, ¡cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla, pues dijo Platón que eran dichosos aquéllos que habían llegado á ser sabios aun en la vejez! Y si junto con la sabiduría se requiere perfecta virtud, y para ésta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones, ¿quién será tan dichoso que sin el socorro de la divina gracia

(1) Eccle. 4. (2) Job 7.

pueda llegar aquí? Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar, pedían tantas otras para el bien del cuerpo, como ya dijimos, ¿cuándo ó dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dijo Tulio (1) que apenas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerían para ser uno perfecto orador, las cuales por maravilla se hallaban en una persona. Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, ¿cuánto más lo serán las que se requieren para hacer un hombre bienaventurado, de las cuales una sola que le falte, basta para escurecer toda su felicidad? Porque más parte es ésta sola para hacerle miserable, que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró á la clara aquel gran privado del rey Asuero Amán (2), el cual siendo uno de los más bien afortunados hombres del mundo, confesó que con toda su privanza y riquezas le parecía no tener nada, porque Mardoqueo no le hacía la reverencia que él quería.

§ II

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un hombre, ¿quién será feliz? Y ¿qué mayor inconveniente podía ser que consiguiendo todos los brutos animales ordinariamente sus proprios fines, solo el hombre (para quien todo este inferior mundo fué criado) esté tan lejos de poderlo alcanzar? Mas con todo esto, los filósofos que así se engañaron, en parte merecen perdón, y en parte no. Merecen perdón, porque considerando el apetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendían que podía llegar á serlo (como ya dijimos) y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados á buscarla en ésta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes della había, unos ponían la felicidad en un linaje de bienes, y otros en otros, según la afición y gusto de cada uno. Mas por otra parte no merecen perdón, pues apretados con tantas angustias, no pidieron luz á su Criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida, sino fia-

(1) Cicer. de Oratore. (2) Esther 3.

dos vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podían comprehender en qué consistía esta felicidad, mas también que por sus fuerzas naturales la podían alcanzar, que era otro desvarío no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una es, que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito, y ésta no se halla en esta vida, síguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra, por que no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento desta verdad es de tanta importancia, que lo pone el Apóstol por el primer fundamento de la cristiandad, diciendo (1) que el que se llega á Dios, ha de creer que hay Dios, y que es remunerador de los que le sirven. Lo segundo (cuanto á nuestro propósito pertenece) de aquí se infiere que no era suficiente la filosofía humana, ni para enseñarnos la verdadera religión y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir, porque pues no pudieron alcanzar cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podían enseñarnos por qué medios habíamos de conseguirlo, pues la razón de los medios se toma del fin, como dijimos.

De donde se infiere que la divina Providencia (la cual como toda la filosofía confiesa, no falta en las cosas necesarias) no era razón que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia á ninguno de todos los animales (por pequeños que sean, aunque sea una hormiga) falta, proveyéndolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo había de faltar á la más noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es que la cosa más necesaria al hombre es saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, y junto con esta conocer el fin para que el mismo Dios lo crió, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quien la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y virtud más que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad, de que pende el gobernalle de nuestra vida. Por tanto no era razón que el Criador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su ánima, pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque

(1) Hebr. 11.

contra todo el orden de su sabiduría y providencia era tener tanto cuidado de lo que era menos, y olvidarse de lo que era más, y tanto más. Y pues esta desorden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduría, síguese que á ella pertenecía revelarnos esta verdad, de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparta de lo otro, pues como dice Eucerio, quiso él que nuestro remedio fuese también su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho, no se concluye otra cosa más de que á la perfección de la divina Providencia pertenece revelar y enseñar á los hombres el camino de su felicidad y salvación.

Mas aquí es de notar que no sólo la necesidad, sino la amistad de Dios para con los buenos confirma esta susodicha verdad. Para lo cual presuponemos lo que adelante se declara, que en la Iglesia cristiana ha habido innumerables varones sanctísimos, así mártires como confesores, monjes y vírgines, en cuya comparación toda la virtud de los otros hombres, aunque sea de muchos grandes filósofos, era como sombra en comparación désta. Pues es cierto que así como no falta Dios á sus criaturas en las cosas necesarias, así también lo es que ama á los buenos, pues él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, halos de ayudar y socorrer en sus necesidades: y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas, y ésta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si él no les da este conocimiento. Y pues todo esto es verdad, síguese que á los buenos habrá dado Dios este conocimiento. Y pues éstos presuponemos que señaladamente han florecido en la Iglesia cristiana más que en otra parte alguna, síguese que en ella está el verdadero conocimiento de Dios, dado por el mismo Dios. Y para confirmación desta verdad sirve todo lo que en esta segunda parte se trata. De donde se infiere que en sola la Religión cristiana está el conocimiento de la verdadera fe dado por Dios, pues en sola ella ha habido gran número de buenos y amigos de Dios.

DE LA SEGUNDA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SENTIR ALTAMENTE DE DIOS

CAPÍTULO IV

La primera y más principal cosa que ha de tener la verdadera religión, es sentir alta y magníficamente de la majestad de Dios, atribuyéndole todo aquello que pertenece á la omnipotencia y gloria de su divinidad, no quitándole cosa que le pertenezca. Porque quitarle algo de lo que le pertenece, ó atribuirle algo que no le convenga, es blasfemia, que es un gravísimo pecado, porque no es injuria hecha contra hombres, sino contra la persona y honra de Dios. Pues cuanto á este punto, ninguna cosa se puede atribuir más á Dios de lo que la Religión cristiana le atribuye, porque confiesa ser él una cosa tan grande, que ninguna se puede pensar mayor. Confiesa que es infinito, inmenso, incomprehensible, inefable, sin principio, sin fin, sin pender de nadie sino de sí solo, como quiera que todas las cosas estén como colgadas y pendientes dél. Ca él solo tiene ser por sí mismo, sin dependencia de nadie, mas todas las otras criaturas así del cielo como de la tierra lo tienen por él. Y si él no quisiere que sean, no serán.

Confiesa también nuestra sanctísima Religión que este omnipotente Señor con sola su palabra crió de nada esta tan grande máquina del mundo, así las cosas visibles como las invisibles, y que por su providencia, sin trabajo y sin cansancio, la gobierna. Confiesa ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, misericordioso, amigo y galardonador de los buenos, y justísimo castigador de los malos. Confiesa ser él acto puro, significando por este nombre que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, y que para él no hay cosa nueva ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Y así como para él no hay cosa nueva, así tampoco la hay imposible, pues como dijo el Profeta (1) todo

(1) Psalm. 134.

lo que quiso el Señor, hizo así en el cielo como en la tierra y en todos los abismos. Por lo cual un insigne teólogo decía que llegando la disputa á tratar del poder de Dios, no quería pasar adelante, porque sabía que ninguna cosa había imposible á su omnipotencia. Lo cual sirve grandemente para creer los misterios de nuestra fe, aunque sobrepujen toda la facultad de la naturaleza criada, pues como dijo el ángel á la Virgen (1), no hay á Dios cosa imposible.

Confiesa otrosí ser él la primera verdad de donde proceden todas las otras verdades, y la primera causa que influye virtud y mueve todas las otras causas, y la primera bondad de donde tiene origen todo lo que es bueno, y la primera hermosura de donde procedieron todas las cosas hermosas, y la primera y suma perfección de donde tuvieron principio todas las otras perfecciones de sus criaturas, las cuales todas están en solo él por muy más alta manera, con otras infinitas que son proprias suyas. Él es el que hinche los cielos y la tierra, el que está en todo lugar presente, el que está más dentro de todas las cosas que ellas dentro de sí mismas, conservándolas en el ser que tienen: él es el que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre, y á quien están presentes todos los corazones y pensamientos de todos los hombres que son, fueron y serán. Porque como dice el Eclesiástico (2), su vista alcanza del primer siglo hasta el postrero, y en sus ojos ninguna cosa hay nueva ni admirable.

Mas entre todas estas perfecciones (las cuales en él todas son iguales, porque todas son una simplicísima y infinita perfección) de la que él más se precia, y por la cual quiere ser más conocido y alabado, es la bondad y sanctidad: la cual perpetuamente alaban y glorifican todos los espíritus soberanos, la cual es el primer principio de todas sus obras, y á la cual pertenece comunicarse á todas sus criaturas, y dar parte de sí á todas, á cada una en su grado, como dice S. Dionisio. De modo que así como es proprio del sol alumbrar, y del fuego calentar, y del agua enfriar, así, y mucho más, es proprio de aquella incomprehensible bondad hacer bien y comunicarse á todas las cosas, sin perder él nada de lo que tiene, y de aquí procede la magnificencia de su liberalidad. Porque los hombres suelen ser escasos, porque pierden lo

(1) Lucae 1. (2) Eccli. 39.

que dan, mas aquel infinito abismo de riquezas no pierde nada de lo que da. Por dónde así como la consideración de su omnipotencia sirve para confirmarnos en la fe (como dijimos) así la de esta bondad para encender nuestra caridad y esforzar nuestra esperanza.

Todas estas grandezas y perfecciones confiesa S. Augustín hablando con Dios en esta manera (1): Misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable y incomprehensible, inmovible y que muda todas las cosas, nunca nuevo y nunca viejo, siempre obrando y siempre quieto, recoges y no tienes necesidad, buscas todas las cosas sin que te falte nada, amas y no te congojas, tienes celos y estás seguro, tienes pesar y no tienes dolor, estás airado y con eso estás quieto, mudas las obras y no mudas el consejo, recibes lo que hallas, y no pierdes nada, nunca pobre, y huelgas con la ganancia, nunca avaro, y pides usuras, dante algo para que tú debas, y ¿quién, Señor, tiene cosa que no sea tuya? Pagas lo que debes, y á nadie debes, y perdonas las deudas, sin por eso perder nada. Y el mismo Sancto en otra meditación dice así: Confieso, Señor, que vos sois rey y universal señor de cielos y tierra. Vos sois perfecto sin deformidad, grande sin cuantidad, bueno sin cualidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, y verdadero sin falsedad. Vos estáis en todo lugar presente sin ocupar lugar, y estáis dentro de todas las cosas sin estar fijo en alguna dellas. Criastes todas las cosas sin necesidad, y todas las regís sin trabajo. De todas sois principio, sin tener vos principio, y todas las mudáis, sin ser vos mudado. Sois infinito en la grandeza, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, secretísimo en los pensamientos, verdadero en las palabras, sancto en las obras, copioso en las misericordias, pacientísimo con los pecadores y clementísimo con los penitentes. Siempre sois el mismo sin alguna mudanza, eterno, inmortal, inconmutable, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad dellos estrecha, á quien ni la voluntad muda, ni la necesidad corrompe, ni la tristeza turba, ni el alegría altera: á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las venideras suceden: á quien ni el origen dió principio, ni la sucesión de los tiempos crecimiento, ni el término dará fin. Y así vivís an-

(1) August. in Medit.

tes de los siglos, y en los siglos, y después de los siglos, con perpetua alabanza, eterna gloria y reino sin fin. Hasta aquí son palabras de S. Augustín, aprendidas en la escuela de la Iglesia cristiana, en las cuales se ve cuán magníficamente siente ella de las grandezas de Dios.

No así los filósofos, no así, de los cuales unos le quitaron la providencia de las cosas humanas, otros la libertad, pareciéndoles que era agente natural y que no podía dejar de hacer lo que hacía, otros el ser principio y hacedor de las cosas corporales: otros no querían que fuese uno solo, sino muchos dioses. Y quitada la providencia, quitaban el galardón de los buenos y el castigo de los malos: y ésta quitada, también quitaban la religión y el culto de Dios: y negado esto, era luego pervertida toda la orden y concierto de la vida humana. Lo cual confesó Tulio, aunque gentil, por estas palabras (1): Quitada la religión y reverencia de los dioses, juntamente se quita con ella la fe y la compañía del género humano, y una excelentísima virtud, que es la justicia. La razón desto da en el tercero libro de los Oficios, diciendo: ¿Cuántos hombres se hallarán, que no recelando castigo de Dios, dejen de hacer á otro injuria, cuando entendieren que la pueden hacer á su salvo? Concluyendo pues esta parte, digo que cuanto toca al reconocimiento y estima que se debe á aquella inmensa Majestad, no es posible tenerse mayor de lo que la Religión cristiana profesa y tiene.

---

(1) Cicer. lib. 1 de Nat. Deor.

DE LA TERCERA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA RECTITUD Y SANCTIDAD DE LAS LEYES Y DE LA DOCTRINA QUE PROFESA

CAPÍTULO V

La tercera cosa que ha de tener la perfecta religión, es la rectitud y sanctidad de las leyes y doctrina que profesa, sin consentir cosa contraria á la lumbre de la razón. Esto guarda la Religión cristiana con tanta perfección, que no es posible imaginarse otra mayor. Porque primeramente no admite cosa contraria ni á la lumbre de la razón (como dijimos) ni á la gloria de Dios, ni al bien del prójimo. En la ley antigua (como no había tanta abundancia de gracia) permitía la ley algunas larguezas. Porque primeramente dispensaba con ellos tener muchas mujeres. Y permitíales dar libelo de repudio á la que les descontentase, porque por la mala voluntad ó descontentamiento que della tuviesen, no le procurasen la muerte. Permitíales también dar su dinero á logro á los extraños. Mas la Religión cristiana nada desto consiente, ni otra cosa alguna que sea contra la lumbre y ley natural que Dios imprimió en nuestros entendimientos.

Mándanos amar á Dios sobre todo lo que se puede amar, y aborrecer al pecado y ofensa de su Majestad sobre todo lo que se puede aborrecer. Al prójimo manda amar como á sí mismo, y no querer para él lo que no quiere para sí, gozarse de sus bienes, pesarle de sus males, y socorrerle en sus necesidades, como él querría ser socorrido. Defiende todo género de agravio, todo hurto, toda mentira, todo engaño, toda falsedad, y toda deshonestidad, y toda injuria, y todo género de pecado cometido no sólo por obra sino también por pensamiento. De modo que ata las manos para no hacer mal á nadie, y enfrena el corazón para no desearlo, rige la lengua para no hablar palabra en perjuicio de nadie, y cierra los ojos para no codiciar cosa de nadie.

Demás de las leyes y mandamientos que caen debajo de precepto, y obligan á todos y bastan para la salvación de las ánimas, enseña también esta sanctísima Religión consejos admirables para los que quieren caminar á la perfección, y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

I. Entre los cuales el primero es de perpetua castidad, que es una celestial virtud, y propria de los moradores del cielo, por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias, y cuidados, y congojas, y desasosiegos que están annexos al estado del matrimonio, y son impedimento de la perfección. De modo que el hombre casto no tiene más que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo, mas siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de mujer, hijos y hijas, cuyas enfermedades, necesidades, muertes y desastres no siente menos que los suyos proprios. Lo cual en pocas palabras, alegadas por S. Augustín (1), declaró aquel cómico, diciendo: Caséme y tomé mujer, ¿qué género de miserias no experimenté en este estado? Nascieron hijos: veis aquí otro nuevo cuidado. Pues de todas estas molestias y cargas que llaman del matrimonio, está libre el que vive fuera dél, y así está más hábil y desembarazado para entregarse todo á Dios, y al estudio de la sabiduría, y al ejercicio de la oración y consideración de las cosas divinas, como dice el Apóstol (2).

II. El segundo consejo, no menos saludable, es el que el Salvador dió á un virtuoso mancebo, diciendo (3): Si quieres ser perfecto, ve, y vende toda tu hacienda, y repártela con los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo. Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados y negocios y pleitos que comúnmente son necesarios para administrar la hacienda, que es, para conservarla, acrecentarla, defenderla, que los primeros fieles de Jerusalem (4), y también los que moraban fuera de la ciudad de Alejandría, par de el lago llamado Marián (según refiere Filón, nobilísimo historiador) la primera cosa que hacían, era desposeerse de todas sus haciendas, y con ellas de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplación y de las sanctas Escrituras.

III. El tercer consejo es hacer bien á los que nos hacen mal, y rogar á Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que

(1) Aug. de Civ. Dei. (2) I Cor. 7. (3) Matth. 19. (4) Act. 2.

desta manera seamos hijos de nuestro Padre celestial, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1). En esta virtud quiere Dios que le imitemos, porque es propria condición suya usar de misericordia con los pecadores, no sólo comunicándoles estos comunes beneficios de naturaleza, sino también sufriéndolos con paciencia, y esperándolos á penitencia, y provocándolos á ella, ya con beneficios, ya con azotes, y de otras muchas maneras. Pues en esta grandeza de ánimo quiere este Señor que le imitemos, y que provocados con injurias no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni demos maldiciones por maldiciones, ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contención y porfía con nuestros contrarios, que cuanto ellos más perseveraren en hacernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hacerles beneficios, porque no seamos vencidos con el mal ajeno, sino quedemos vencedores con el beneficio proprio, que es muy gloriosa victoria, porque desta manera juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos (2), para hacerlos amigos.

IV. Semejante consejo al pasado es no traer pleitos, sino antes dejar la capa á quien nos pidiere el sayo, por excusar con esta liberalidad todos los odios y pasiones y cuidados y desasosiegos que traen consigo los pleitos.

V. Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazón, que es, perdonar las injurias: de modo que si setenta veces errare el prójimo contra mí, tantas me halle manso y blando para le perdonar.

VI. Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no sólo en los casos que son de precepto, sino también fuera dellos. Lo cual es tan proprio de la vida cristiana, que cuasi toda la doctrina que nos dió aquel Maestro que vino del cielo, se endereza á los oficios de la benignidad y misericordia. Y apenas hay virtud que más veces nos encomiende, ni vicio que más agramente reprehenda, que la inhumanidad y crueldad. Lo cual es en tanto grado verdad, que declarando las causas por las cuales en aquel temeroso día del juicio ha de dar sentencia final en favor de los buenos, y castigo de los malos, no señala otras causas sino las obras de misericordia de los buenos, y la inhumanidad y falta de-

(1) Matth. 5. (2) Rom. 12. Matth. 5.

llas en los malos (1), añadiendo á esta sentencia que lo que se hizo á cada uno de los pobres, se hizo á él, y lo que no se hizo con ellos, se dejó de hacer á él. Esto dice él así, no porque no se deba galardón á las otras obras virtuosas, y castigo á las viciosas, sino para dar á entender cuánto aborrece el pecado de la inhumanidad, y cuánto ama la virtud de la misericordia, que es tan propria suya, pues ella es la que va delante de todas sus obras, porque es cosa muy propria de Dios apiadarse de los miserables, socorrer los afligidos, usar de misericordia con los maltratados, ayudar á muchos, y generalmente procurar el bien de todos. Y apenas hay medicina más eficaz para curar las enfermedades del ánima, ni medio más proporcionado para alcanzar la misericordia de Dios, pues él tiene dicho: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Y por el contrario, dice Sanctiago que se hará juicio sin misericordia al que no hubiere usado della (2). Por lo cual los amadores de la perfección de la vida cristiana todo su estudio ponen en esta obra, y todo lo que tienen, emplean en ella. Los cristianos de la vida común no se alargan mucho en esta virtud: conténtanse con dar de lo que les sobra, ó cuando dan á sus deudos ó amigos, ó á aquéllos de quien esperan retorno del bien que hacen. Mas los amadores de la perfección, de lo necesario para sí parten con los pobres, y á aquéllos dan de mejor voluntad de quien por su gran pobreza y desamparo ninguna cosa pueden esperar. Finalmente, algunos sanctos ha habido que leyendo en las Escripturas las excelencias desta virtud, vinieron á estimarla y á amarla tanto, que cuando no tuvieron que dar, quisieron vender á sí mismos para socorrer á los necesitados con el precio de su libertad. Pues ¿cuán excelente es la religión que da un consejo tan piadoso, tan provechoso y tan necesario para la vida humana y para el remedio de las continuas miserias della?

§ I

VII. Otro consejo muy proprio de la vida cristiana (del cual apenas hallamos rastro en la doctrina de los filósofos) es la frecuencia y continuación de la oración, la cual tantas veces nos es

(1) Matth. 25. (2) Jacobi 2.

encomendada así en el sancto Evangelio como en las sagradas Epístolas. S. Pablo quiere que los hombres hagan oración en todo lugar, levantando las manos puras á Dios. Y entre las armas que nos da para defendernos del enemigo, una de las más principales es orar siempre en espíritu. Asimismo el Salvador nos dice que conviene orar sin cesar (1). Y para persuadirnos esto, nos pone tres singulares ejemplos: uno del padre carnal, que como tal no negará al hijo lo que pidiere para su necesidad, otro del amigo que por importunidad de las voces del amigo se levantó de la cama, y le dió todo lo que le pedía: y otro admirable ejemplo trae del mal juez, que ni temía á Dios ni á los hombres, y con todo esto, por ser muchas veces importunado de una pobre vieja, hizo cuanto le pedía (2). Pues con este tal juez tuvo por bien compararse aquella inmensa Bondad para vencer nuestra desconfianza, diciendo que si aquél con ser tan malo, por ser importunado no pudo negar lo que se le pedía, ¿cuánto menos lo negará aquella infinita Bondad, si fuere con humildes y devotas oraciones importunada? De dónde se infiere un motivo de gran consolación y confianza, el cual es, que tiene grande voluntad de dar quien con tantas palabras y ejemplos nos manda pedir.

Deste ejercicio sabían poco y escribieron menos los filósofos. Porque como ellos (según dijimos) esperaban alcanzar la felicidad y bienaventuranza y los medios que para ella eran necesarios, por sus fuerzas naturales (como dijeron después dellos los herejes pelagianos) no tenían por qué levantar los ojos al cielo y pedir el favor y socorro de la divina gracia. Mas el cristiano, conociendo por la fe la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel común pecado, y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal y tan inhábil para el bien, que no puede por sí tener un pensamiento que agrade á Dios, todo su estudio pone en dar continuas voces á su Criador para que cure las dolencias y pasiones de su ánima, y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus sanctos mandamientos, diciendo con el Profeta (3): Levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar (4): Mis ojos (dice él) tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos.

(1) Lucae 18. (2) Ibidem. (3) Psalm. 120. (4) Psalm. 24.

Éste fué el principal ejercicio de aquellos primeros fieles que creyeron en Jerusalem, de quien escribe S. Lucas que cada día perseveraban en oración en el templo (1). Este mismo ejemplo siguieron los que después le sucedieron, como lo escribió aun Plinio segundo al emperador Trajano, diciendo que no hallaba otra culpa en los cristianos sino juntarse muy de mañana á alabar á Cristo, á quien tenían por Dios. Éste finalmente ha sido hasta hoy el ejercicio muy frecuentado de todos los amadores de la perfección, al cual los mueven dos causas entre otras muchas: la una, porque no hallan otro mejor medio para huir de sí que llegarse á Dios, porque en cuanto están en él, no están en sí (pues dice el Apóstol (2) que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él) y lo otro, por estar pidiendo muy continuadamente socorro á Dios para que puedan obrar con el favor de su gracia lo que no puede por sí la naturaleza corrupta. Conforme á esto, el glorioso Augustino, hablando con Dios en una de sus meditaciones, dice estas devotísimas palabras (3): En ti, Señor, piense yo de día, en ti sueñe durmiendo de noche, contigo hable mi espíritu, contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquéllos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra buscan, y ninguna otra saben pensar sino á ti. Dichosos aquéllos que toda su esperanza tienen puesta en ti, y toda su vida es una continua oración. Hasta aquí son palabras de Augustino. Por esta causa el apóstol S. Pedro, entre otros títulos muy honrosos que da al pueblo cristiano, uno dellos es llamarle sacerdocio real (4). Porque así como el oficio de los sacerdotes es ocuparse en oraciones y alabanzas divinas, así quiere él que el cristiano, según la disposición y cualidad de su estado, ejercite este mismo oficio.

De lo dicho se colige que la vida cristiana, cuando es perfecta, es toda celestial y divina. Lo primero, porque esta manera de vida fué enseñada por Dios, como arriba dijimos. Lo segundo porque su principal estudio y ejercicio es tratar y conversar con Dios, pensando en las maravillas de sus obras y beneficios. Lo tercero, porque todo lo que el tal cristiano hace, endereza á sola la gloria de Dios. Lo cuarto, y muy principal, porque esta manera de vida no se vive con solas fuerzas humanas, sino con el favor y socorro de la divina gracia y con la asistencia del Espíritu

(1) Act. 2. (2) I Cor. 6. (3) Aug. in Medit. (4) I Petr. 2.

Sancto. Y por esto uno de los principales oficios del cristiano es pedir este favor y socorro para el ejercicio de las virtudes, como el Real Profeta lo pide á cada paso en sus Psalmos. Y así dice en uno dellos (1): Dame, Señor, entendimiento, y escudriñaré lo que mandas en tu ley, y guardarla he con todo mi corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque éste es mi deseo. Inclina mi corazón á la guarda de tus mandamientos, y no á la avaricia. Cierra mis ojos para que no vean la vanidad, y esfuérzame en tu camino. Desta manera el santo varón, conociendo su flaqueza, pide particular favor de Dios para vivir esta vida. Y sobre todas estas cosas, así como esta vida es sobrenatural y celestial, así también lo es el galardón que en la otra se le promete, que es la visión gloriosa y beatífica del sumo Bien. En lo cual se ve cómo esta manera de vida por todas partes es celestial y divina. De lo cual todo estuvieron ayunos los filósofos, cuyas virtudes y felicidad estribaba en solas fuerzas humanas. Pues según esto, ¿qué cosa se podrá hallar más excelente, más alta y más divina que la Religión cristiana, que tal manera de vida nos enseña, y tales consejos nos da?

(1) Psalm. 118

DE LA CUARTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SOLA ELLA TENER SACRAMENTOS QUE DEN GRACIA

CAPÍTULO VI

La cuarta excelencia que es propria de la Religión cristiana, es que sola ella tiene sacramentos que dan gracia. Para lo cual conviene presuponer aquí la común dolencia que la naturaleza humana (como ya dijimos) padesce por el pecado. La cual es tan grande y tan universal, que con ningún género de palabras se puede explicar. Basta para entender algo della tender los ojos por todo el universo mundo, y ver de la manera que viven los hombres. Porque siendo el hombre criatura racional, y siendo la cosa más natural y más propria dél vivir á ley de razón (que es vivir conforme á virtud) vemos cuán poquitos hombres, aun entre cristianos, vivan conforme á esta ley, y cuán innumerables sean los que, despreciada esta ley, se rijan por sus apetitos, que es proprio de bestias. La causa desto es haberse perdido por el pecado la orden y concierto con que Dios crió al hombre, la cual consistía en una perfecta subjección de nuestro apetito á la razón, como cosa menos perfecta á la más perfecta. Pues perdido este concierto, quedó nuestro apetito tan rebelde, tan furioso y tan inclinado á todos sus gustos y provechos, que lleva todo el hombre tras sí. Y aunque el hombre tenga entendimiento y voluntad, que son potencias espirituales, y así contradicen á los deseos viciosos y sensuales, mas es tan grande la fuerza y violencia deste apetito, que así como el primer cielo arrebata todos los otros cielos inferiores, y los lleva tras sí, aunque ellos tengan otros movimientos contrarios, así el apetito de nuestra carne (si no es enfrenado con la gracia divina) toda esta máquina del hombre interior lleva tras sí de tal manera que la misma razón que le había de contrastar, se pasa á su bando, empleando todos sus filos y aceros en buscar y granjear por mil invenciones y artes todo lo que pertenece al gusto y provecho

y contentamiento del apetito de su carne, haciéndose sierva de su esclava, habiendo de ser señora.

Es pues agora de saber que esta tan grave dolencia no se cura con sola la doctrina de la virtud, porque no pecan comúnmente los hombres por la ignorancia del bien ó del mal, sino por la desorden de su apetito. Por dónde dijo un sabio: Veo lo mejor, y apruébolo, y con todo eso sigo lo peor. Y otro asimismo dijo: La virtud es alabada, mas con eso no hay quien la siga. Lo cual es en tanto grado verdad, que la misma ley de Dios dada en el monte Sinaí con tanta majestad y con tan grande espanto, y sobre todo esto con tan magníficas promesas para los guardadores della, y tan terribles amenazas para los quebrantadores, fué tan poca parte para reformar las costumbres de aquel pueblo á quien se dió, que de doce tribus que eran, los diez se apartaron después de la muerte de Salomón del culto de Dios, y se entregaron al de los ídolos, y perseveraron en esto muchos años, hasta que fueron desamparados de Dios, y destruídos y llevados cautivos á diversas tierras: y los dos que quedaban, no escarmentando en cabeza ajena, siguieron los mismos pasos de los otros, y por esto fueron llevados cautivos como ellos. La razón desto es, porque la ley escripta no hace más que alumbrar el entendimiento para conocer el bien y el mal, pero ni me da amor de ese bien, ni aborrecimiento de ese mal. Alumbra mi entendimiento, mas no sana mi apetito. La dolencia está en una parte, mas la ley, que es la medicina, está en otra. La ley enséñame el camino del cielo, mas no me da fuerzas para andarlo. Póneme el manjar de la buena doctrina delante, mas no me da gana de comerlo. Y no sólo no bastaba aquella ley escrita para curar la dolencia de nuestro apetito (que es el atizador de los pecados) mas en parte la acrecentaba, porque es tal su naturaleza, que la prohibición de las cosas le acrecienta más el deseo dellas. Y así dijo aquella mala mujer en los Proverbios (1): Lo que se bebe á hurto, es más sabroso, y el pan que se come en escondido, más suave. Y por esta causa dice el Apóstol que aquella ley escrita no sólo no era remedio de los pecados, mas antes era atizadora dellos, no por culpa de la ley, que era sancta, sino por la perversidad de nuestro apetito, el cual tomaba ocasión del bien para cre-

(1) Prov. 9.

cer en el mal. En lo cual se ve cuán grave y cuán mortal era la dolencia del género humano. Porque el peor estado á que puede llegar una dolencia, es cuando no solamente no recibe mejoría con los remedios, sino antes empeora. Pues tal era la dolencia espiritual del género humano, la cual hacía de la medicina ponzoña, y acrecentaba el mal con el remedio dél, pues de la ley que fué dada para remedio de pecados, se siguía por ocasión de la prohibición mayor deseo dellos.

§ I

Pues por esta causa, como las obras de Dios sean perfectas, y su providencia no falte en las cosas necesarias á sus criaturas, y mucho menos al hombre criado á su semejanza, no era razón faltase á una tan grande necesidad como ésta: sin lo cual por demás había sido criada una tan noble criatura, pues sin el remedio deste mal no viviera por razón como hombre, sino por apetito como bestia. Pues este remedio prometió Dios al mundo por clarísimas palabras, diciendo por Hieremías (1): Llegarse ha un tiempo, en el cual haré un nuevo pacto y asiento con la casa de Judá y de Israel, no como aquél que hice con sus padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto. Mas este concierto será que pondré mi ley en sus corazones, y escribirla he en sus entrañas, y serán los hombres enseñados por Dios. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Éste era pues el principal remedio que tenía nuestra dolencia, que era venir á ser enseñados por el espíritu de Dios, el cual mediante su gracia y sus dones purifica nuestras ánimas, ablanda la dureza de nuestros corazones, y esfuerza nuestra flaqueza, y no sólo nos enseña lo que debemos hacer, sino (lo que hace más al caso) danos voluntad y fuerzas para lo hacer. Y esto es lo que significa el escribir Dios su ley en nuestros corazones, criando en ellos un entrañable amor de Dios y de sus mandamientos, y juntamente con esto, odio capital contra los pecados. Esta tan grande gracia se guardaba para el tiempo de la venida del Salvador al mundo, la cual él nos mereció por aquel grande sacrificio de su pasión. Por lo cual dijo

(1) Hierem. 31.

S. Juan que la ley fué dada por Moisén, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo (1).

Pues viniendo á nuestro propósito, ésta es una propria y singular excelencia de la Religión cristiana, que ella sola tiene sacramentos, que son los instrumentos por los cuales se da este nuevo espíritu y esta gracia. Y porque son diversas las necesidades del ánima, son también diversos los sacramentos que las remedian. Porque así como el cuerpo humano primero nace, y después de nacido crece y se mantiene, y muchas veces enferma y adolece, así también en las ánimas se hallan estas mundanzas. Porque primero nacen en la vida nueva despidiendo la vieja, y para este nacimiento sirve el sacramento del sancto Bautismo, donde se nos infunde aquella agua limpia de la gracia, que purifica tan perfectamente todas las inmundicias y pecados de la vida pasada, que no queda della cosa que tenga razón de culpa, así como en la cosa que se engendra de otra (como el pollo del huevo) no queda nada de aquello de que se engendró. Y por eso este sacramento quita juntamente con la culpa la pena que por ella se debía.

Otro sacramento hay para cobrar fuerzas espirituales y ser constante en la confesión de la fe. Otro hay para mantener y sustentar el ánima en la buena vida, y también para crecer y aprovechar en ella, que es el Sacramento del altar, el cual es pasto y mantenimiento, no para engrosar los cuerpos sino las ánimas, no de la vida corporal sino de la espiritual, que es vida divina, y no de vida temporal (como la que da el manjar corporal) sino de vida eterna. Porque tal manjar tal vida nos había de dar. Por dónde, así como un niño crece y va cada día tomando carnes y fuerzas con el mantenimiento de la leche, así el ánima religiosa aprovecha y crece en las virtudes y fuerzas de la vida espiritual con el uso deste divino manjar. Mas de las virtudes y efectos deste divinísimo Sacramento adelante se tratará.

Otro sacramento hay que es como medicina de las ánimas, las cuales también enferman en su manera de vida, como los cuerpos en la suya. Y para curar estas dolencias ordenó el médico del cielo con gran misericordia y providencia el sacramento de la Confesión, dejando poder á los ministros de su Iglesia para la

(1) Ioan. 1.

cura destas enfermedades. Y porque después de las graves dolencias suelen quedar algunas reliquias del mal pasado, para remedio déstas se ordenó el sacramento de la Extrema Unción, y para ayudar á los hombres en aquel paso postrero y peligroso de la muerte. Los otros dos sacramentos sirven para dos órdenes de estados que hay en la Iglesia, uno de casados, y otro de eclesiásticos: y porque en ambos estados hay sus proprias cargas y obligaciones, y también sus peligros, ordenó el Salvador dos diferencias de sacramentos para dar especial favor y socorro de gracia, acomodada y proporcionada al remedio de las necesidades y obligaciones destos dos estados. Porque no quiso el autor de nuestra salud que hubiese necesidad que careciese de remedio particular en su Iglesia. En lo cual se ve ser esta religión perfecta y instituída por Dios, y todas las otras mancas y imperfectas, pues sola ésta comprehende todo lo necesario para nuestra salvación. Mas la eficacia y virtud destos sacramentos adelante se verá, cuando trataremos de los efectos que óbra en las ánimas esta sanctísima Religión.

DE LA QUINTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES EL FAVOR GRANDE QUE PROMETE Á LA VIRTUD, Y EL DISFAVOR Y CASTIGOS GRANDES QUE AMENAZA Á LOS VICIOS

CAPITULO VII

ENTRE las cosas principales que ha de tener la verdadera y perfecta ley, es dar grandes favores á los buenos, y grandes disfavores y castigos á los malos. Porque como el fin de la ley sea refrenar y extirpar los vicios, y hacer á los hombres virtuosos, para esto conviene que la virtud sea muy privilegiada y favorescida y galardonada, y el vicio muy aviltado y desfavorecido, para que así los hombres con amor de lo uno y temor de lo otro aborrezcan el vicio y amen la virtud. Por lo cual dijeron muchos sabios que pena y premio eran las dos pesas con que el reloj de la república humana andaba concertado, cuando ni á los malos faltaba castigo, ni á los buenos galardón. Por dónde cuanto una ley tuviere más desto, tanto será más perfecta. Pues cuanto á este punto tan principal, ¿qué río de elocuencia bastará para declarar los favores y galardones y motivos grandes que la religión y ley de los cristianos propone á los buenos, así en esta vida como en la otra, y los disfavores y castigos con que amenaza á los malos? Quien esto quisiere saber de raíz, lea la sancta Escriptura, y hallará que toda ella se resuelve en tres cosas, que son, mandar, prometer y amenazar. Manda ó aconseja lo que debemos hacer, promete galardón al que lo cumpliere, y amenaza castigo á quien lo quebrantare, y destas tres cosas lo que manda es poco, mas lo que promete ó amenaza es mucho. Y las historias sagradas son la verificación de lo uno y de lo otro. En el libro que escribimos de Guía de Pecadores, están escritos doce singulares privilegios que tiene nuestro Señor concedidos á los buenos en esta vida, demás de la bienaventuranza de la gloria que les tiene aparejada en la otra, á donde remito al que los quisiere saber.

Pues ¿qué diré de las palabras tan dulces con que el mismo

Señor en las sanctas Escripturas promete su favor y amparo á los buenos? En ellas dice que quien á ellos toca, toca á él en la lumbre de los ojos (1), y que sus ojos tiene siempre puestos sobre ellos, y sus oídos en las oraciones dellos (2). Y que él mismo los trae en su seno y en sus brazos. En ellas dice que á sus ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen sus pies en alguna piedra (3), y que si cayeren en tierra, no se lastimarán, porque él pondrá su mano debajo, sobre que caigan (4). Y que muy bien puede la madre olvidarse de su hijo chiquito, mas que en él nunca cairá olvido de los suyos (5), y que él tiene contados uno por uno todos sus huesos, y ninguno dellos será quebrantado (6). Y aún más añade en el santo Evangelio (7), que tiene contados todos los cabellos de su cabeza, y que ni uno dellos les faltará. Pues ¿quién no ve cuán grandes sean estos favores que aquí se proponen de presente á la virtud? Y esto es lo que el mismo Señor promete en el Evangelio diciendo (8) que quien por él dejare los bienes temporales desta vida, recebirá en ella ciento tanto más de lo que dejó, y después la vida eterna. Preguntará alguno cómo sea esto posible, pues muchos de los que mucho dejaron por Dios, vivieron y murieron pobres en esta vida. Á esto se responde que no paga Dios los servicios que se le hacen, en esta tan baja moneda de metal que usan los hombres, sino en otra moneda espiritual y divina, conforme á su grandeza, que es con tales mercedes y dones de gracia, que pudo con mucha verdad decir el Profeta (9): Más vale un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Lo cual no sólo es verdad por razón de la ventaja que hacen las cosas espirituales á las temporales, sino también porque dan al hombre mayor contentamiento, mayor descanso, mayor paz y alegría que la posesión de todos los bienes del mundo, de tal modo que el que estos favores recibiere, pueda con verdad decir que vale cien veces más esto que recibió, que todo lo que por amor de Dios dejó. Esto respondió un discípulo de Sant Bernardo, que por su predicación dejó un grande estado, y á la hora de la muerte confesó que estimaba cien veces más que todo cuanto había dejado, el alegría de la esperanza de su

(1) Zachar. 2. (2) Psalm. 33. (3) Psalm. 90. (4) Psalm. 36. (5) Isai 49. (6) Psalm. 33. (7) Lucæ 21. (8) Matth. 19. (9) Psalm. 36.

salvación que Dios entonces le diera. Esto también responderá S. Francisco con toda su desnudez y pobreza. Y así andando él en medio del invierno muy mal vestido y desabrigado, y diciéndole un hermano suyo por escarnio: Francisco, véndeme una gota de ese sudor, el Sancto respondió: Yo lo tengo muy bien vendido á mi Señor.

Estos y otros muchos favores (que no se pueden en pocas palabras referir) son dones y gracias prometidas á los buenos para esta vida: mas el galardón de la otra, ¿quién lo explicará, pues el Apóstol que lo vió, no se atrevió á declararlo? Mas sabemos que él será conforme á la magnificencia de aquel Rey soberano, cuyas riquezas no se pueden estimar, el cual galardón es tan digno de ser deseado, que como dice S. Augustín (1), si fuese necesario sufrir cada día nuevos tormentos, y padecer por largo tiempo las mismas penas del infierno, todo esto sería bien empleado por gozar de tan grande bien.

Pues allende deste galardón, ¿quién tendrá palabras para explicar otros motivos que los cristianos tienen para aborrecer el pecado y amar la virtud? Porque aquí entran innumerables ejemplos de sanctos, de vírgines, de confesores y de mártires, los cuales se dejaron hacer mil pedazos por no estar una sola hora en pecado y en desgracia de su Criador. Y sobre todo esto, qué tan grande sea el motivo que tenemos, así para amar á este Señor como para aborrecer el pecado, en la sagrada Pasión, ¿qué entendimiento lo podrá comprehender, y qué elocuencia bastará para lo explicar? Por lo cual todo se ve cuán grandes sean, no sólo los favores, sino también los motivos que los cristianos tienen para abrazar la virtud.

Mas por el contrario, cuán grandes sean los disfavores con que abate y condena los vicios, no se puede ni con muchas palabras declarar. Quien algo desto quisiere saber, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio, donde hallará tan terribles y espantosas maldiciones y azotes con que amenaza Dios á los quebrantadores de su ley, que le dejarán atónito y espantado, y le darán á conocer cuán grande mal sea el pecado, y cuán grande el odio que Dios le tiene, y cuán grande el rigor con que lo castiga, Y lo mismo hallará en el capítulo 5 y 6 de Ecequiel. Y demás desto,

(1) August. in Manuali.

traiga á la memoria los extraños castigos que dende el principio del mundo tiene Dios hechos contra los pecados (de que están llenas todas las historias sagradas) pues vemos que un pecado de desconfianza de su pueblo castigó Dios trayéndolo desterrado cuarenta años por un desierto, donde no había cosa en que poner los ojos, sin que la oración de Moisés ni el arrepentimiento del mismo pueblo bastase para revocar esta sentencia. Callo aquí el castigo de la desobediencia de nuestros primeros padres, callo el castigo de aquel diluvio universal enviado por los pecados, y el de la soberbia de aquel hermosísimo ángel, por el cual se hizo el peor de los demonios, y también la destruición de Jerusalem que hasta hoy día dura, y la de Babilonia, de Nínive y de otras grandes ciudades que por pecados fueron asoladas, porque esto sería nunca acabar. Basta decir que sobre todos estos castigos les está guardada la pena del infierno, que durará para siempre, en la cual eternalmente estarán privados de un bien infinito, que es la visión beatífica de Dios. Y allende desta pena que llaman de daño, padecerán en el cuerpo y ánima tormentos de fuego, no fuego espiritual (como algunos ignorantes podrían imaginar) sino verdadero fuego material como éste nuestro, aunque tiene otras propriedades, porque no mata como éste, mas atormenta las ánimas, lo cual no hace éste. Pues según esto, ¿qué mayores favores se pudieran prometer á la virtud, y qué mayores disfavores al vicio que los susodichos? Lo cual todo declara cuán grande sea en esta parte la excelencia de la Religión cristiana, que tan grandes bienes propone á la virtud, y tan grandes amenazas y y disfavores al vicio.

DE LA SEXTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA PERPETUIDAD Y CONSTANCIA DELLA EN TODOS LOS SIGLOS DENDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO

CAPÍTULO VIII

La sexta excelencia de la Religión cristiana es la antigüedad y perpetuidad y constancia de ella, la cual dende el principio del mundo fué profetizada, figurada, y persevera hasta hoy. Porque dado caso que en la ley de gracia nos explicó muchos misterios aquel Señor que vino á este mundo á ser no sólo redemptor, sino también nuestro doctor y maestro, como los Profetas lo testifican (1), mas todavía ellos también creyeron y profetizaron todo lo que este celestial Maestro más claramente nos enseñó, junto con los misterios de la nueva ley de gracia. Y por esto siempre fué una la fe que corrió por todas las edades del mundo, habiendo sido por tantas vías combatida. Porque ¿quién podrá explicar con cuántas máquinas de tormentos nunca vistos ni imaginados pretendieron los monarcas del mundo derribar y desterrar de los corazones de los hombres esta fe? Y después déstos, ¿por cuántas vías los herejes con razones humanas pretendieron corromperla? Mas ella siempre perseveró en su misma pureza, como una firme roca en medio de la mar, que desprecia todos los combates de los vientos y ondas. Y todos los herejes con sus herejías se desvanecieron y deshicieron como humo, y ella siempre quedó entera, porque estaba fundada sobre firme piedra, que es el amparo y la protección divina. Y por esto las puertas del infierno (que son todas las fuerzas y artes de los demonios, y todo el poder del mundo) no prevalecieron contra ella. Lo cual es un grande argumento y indicio de su verdad. Porque (como ya dijimos) la verdad es siempre una y de una manera, mas la mentira que se desvía del blanco de la verdad, puede ser de infinitas maneras. Lo cual se ve claro en los desventurados herejes de nuestros tiempos, entre los cuales (con no haber mu-

(1) Esai. 5. Joel. 2.

chos años que comenzaron) se han levantado ya ciento y diez y ocho sectas diferentes, que son ya más que las lenguas de Babilonia. Y de aquí es lo que se cuenta de un señor de Alemaña, el cual siendo preguntado qué fe tenían ciertos pueblos sus vecinos, respondió que el año pasado habían tenido tal manera de fe, mas no sabía la que tenían el año presente. Ésta es pues la condición de la mentira, ser inconstante y varia: lo cual se ve cuán ajeno sea de nuestra sanctísima Religión.

Y es cosa maravillosa ver el celo que en todas las edades han tenido los Padres de la Iglesia en conservar esta pureza y sinceridad de la fe. Porque por una duda que se levante acerca de algún artículo della, procuran juntar un Concilio universal de todos los prelados, y todos en común, invocada primero la gracia del Espíritu Sancto, tratan con grande peso y acuerdo esta duda, y determinan lo que se debe tener y creer. Y no contentos con esto, tiene la Iglesia diputados jueces para las cosas tocantes á la fe, los cuales en ninguna otra cosa entienden, ni de otras causas tratan sino de las que tocan á la fe. Lo cual todo procede, no sólo de la divina Providencia, que por medios tan convenientes gobierna su Iglesia, sino también porque la fuerza y hermosura de la verdad echa fuera sus resplandecientes rayos, con los cuales aprueba y justifica á sí misma, y enamora tanto á sus guardadores, que los hace tener estos tan grandes celos de su pureza virginal.

No vemos estos celos ni esta manera de providencia en las sectas ó religiones falsas que se han levantado en el mundo. Y así se maravilla S. Augustín (1) viendo cómo entre los gentiles cada filósofo pintaba á Dios y á la religión como se le antojaba, y no por eso había prohibición ni castigo dello. Solo Sócrates fué sentenciado á muerte, porque confesaba un solo Dios y negaba los otros. Y Anaxágoras fué desterrado de Atenas por haber dicho que el sol era una piedra resplandeciente. De lo cual se maravilla mucho S. Augustín, porque en esa ciudad estuvo en gran reputación el Epicuro, el cual quitando la inmortalidad de las ánimas, y con ella la divina providencia, y poniendo la felicidad del hombre en el deleite, totalmente pervirtió toda manera de religión. Porque ¿á qué propósito había de ser un hombre

(1) August. de Civ. Dei.

virtuoso, si Dios ninguna cuenta tenía con la virtud, y el ánima moría juntamente con el cuerpo? Mas con ser este error tan pestilencial, nunca por eso este bestial filósofo perdió un cabello, antes tenía muchos fautores y seguidores desta blasfemia. Pues ¿qué diré de Plinio? El cual en la Historia Natural dirigida al emperador Vespasiano, luego en el principio niega la providencia, y adelante la inmortalidad del ánima, con lo cual totalmente destruyó la religión y culto de Dios, porque si en esta vida ni en la otra espero nada de Dios, ¿para qué lo tengo de honrar? Y con todo esto, publicado un libro con esta tan gran blasfemia, nadie le dijo: Mal dices, ni por eso perdió nada. En lo cual se ve la vanidad de aquella secta, y lo poco en que sus seguidores la tenían, pues tan mal la celaban. Los grandes tesoros guárdanse con gran diligencia, mas los que así no se guardan, indicio es que no son tenidos por tales.

Tampoco los judíos tenían estos celos de la verdad de su religión, porque entre ellos era tenida en veneración la secta de los saduceos, los cuales eran tan materiales y groseros, que no creían que había más que lo que se conocía por los sentidos, y así decían que ni había ángeles ni espíritus, y sobre todo negaban la resurrección, la cual negada, síguese lo que concluye el Apóstol (1): Si no se espera resurrección de los muertos, comamamos y bebamos, porque mañana moriremos.

Tampoco los moros tuvieron estos celos de la verdad de su secta. Porque Averrois, comentador de Aristóteles, que era moro, niega la inmortalidad del ánima: lo cual destruye totalmente la religión. Y asimismo dice que mejor trató Aristóteles del último fin y felicidad del hombre que Mahoma. Porque Aristóteles puso la felicidad del hombre en la más excelente de sus obras, que es, en la contemplación de Dios, y Mahoma la puso en la más sucia obra que puede hacer, que es, en comer y beber y mozas vírgines, haciendo del paraíso un lugar de malas mujeres. Y porque este engañador vió que donde había comer y beber, había de haber excrementos y superfluidades del vientre, por no poner en el cielo muladar para esto, dijo que por vía de sudor se despidirían estas superfluidades. Pues ¿qué cosa más para reir? En lo cual se ve que no habla en esta materia por metáforas (como

(1) I Cor. 15.

algunos moros más discretos dicen, avergonzados con la deshonestidad deste su paraíso) sino que realmente lo entendió como las palabras suenan, pareciéndole que no había otro cebo más sabroso para atraer á sí los hombres carnales y deshonestos que éste. El cual yerro es tan bestial y tan contrario á toda filosofía, que necesariamente había de creer este tan grande filósofo que no era verdadero profeta, sino engañador, quien puso en su Alcorán un tan sucio paraíso como éste. Mas ni estos filósofos fueron por esto acusados ó condenados. Lo contrario de lo cual vemos en la Religión cristiana, pues no consiente menoscabarse una tilde de la fe que profesa, sin que pase por el fuego quien la quisiere alterar. Lo cual es grande argumento de la verdad, pues ella, según dijimos, con su propria dignidad y hermosura así se hace celar y estimar.

DE LA SÉPTIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA DIGNIDAD DE LA SAGRADA ESCRIPTURA, EN QUE ELLA SE FUNDA

CAPITULO IX

La séptima excelencia de la Religión cristiana es la dignidad y pureza de la sagrada Escriptura, que nos persuade y exhorta á la buena vida, y nos da reglas y avisos para saber agradar á Dios. Para tratar del fructo y de las alabanzas desta Escriptura, eran menester tantos libros cuantos ella tiene, porque cada uno merecía su propria alabanza. Mas pasando de corrida por esta materia, y comenzando por los cinco libros de la ley, entre otras muchas cosas que hay de mucha consideración, una dellas es ver de cuántas invenciones usó este gran Profeta, que hablaba con Dios cara á cara, para inducir á los hombres á la guarda de la ley divina. Porque primeramente él ayunó cuarenta días, estando con Dios en el monte, y alcanzó dél esta ley escripta en unas tablas de piedra con el dedo del mismo Dios, para mayor autoridad y estima della. Después mandó guardar estas dos tablas dentro del arca del Testamento, sobre la cual estaba el Propiciatorio, que era el lugar de mayor veneración que había en aquel pueblo. Tras de esto prometió inestimables favores y prosperidades á los guardadores de la ley, y tan grandes maldiciones y amenazas á los quebrantadores della, que hacen temblar las carnes de quien las lee. Allende desto, mandó al pueblo que entrado en la tierra de promisión levantase unas grandes piedras en el monte Hebal y las allanasen con cal, y edificase [junto] á ellas un altar, y escribiese en estas piedras clara y distinctamente las palabras de la ley de Dios, para que cuantos hombres por allí pasasen, viesen escriptas las leyes que habían de guardar. Y á esta diligencia añadió otra muy principal, mandando que todos ellos trajesen en sus vestiduras unas fajas azules, las cuales les sirviesen de despertadores y memoriales de la ley que habían de guardar. Y sobre todo esto acrecentó otra diligencia, mandando que se repartiesen los doce

tribus en dos montes que estaban juntos, los seis tribus en el uno, y los otros seis en el otro, y que los levitas pronunciasen en particular las maldiciones de los quebrantadores de la ley, y todo el pueblo á cada maldición respondiese, Amén, en esta forma: Maldito el que hace algún ídolo, y lo tiene escondido en su casa, y el pueblo responderá: Amén. Maldito el que no honra á su padre ó madre, y el pueblo responderá: Amén. Maldito el que duerme con la mujer de su prójimo, y el pueblo responderá: Amén. Desta manera prosigue las maldiciones de los quebrantadores de los otros mandamientos con esta tan grande solennidad y concurso de todos los doce tribus, para que con el miedo destas maldiciones y deste Amén, Amén, de todo el pueblo, temblasen los hombres de cometer culpas subjectas á tantos temores. Y como si todo esto fuera poco, encomienda el estudio y la guarda destos mandamientos con las más encarecidas palabras que se pudieran encomendar, porque dice así (1): Traerás estas palabras que yo te mando hoy, escriptas en tu corazón, y enseñarlas has á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa, y andando camino, y cuando durmieres y despertares del sueño, y atarlas has por señal en tu mano, y estarán y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los lumbrales y puertas de tu casa. Hasta aquí son las palabras del Profeta. Pues ¿quién no entenderá por todas estas cosas de cuánta importancia sea la guarda de la ley de Dios, la cual un hombre tan lleno del Espíritu Sancto por tantas vías y maneras la encomendaba? Porque no cargara él tanto la mano en esta encomienda, quien tanto sabía, si no viera clarísimamente lo mucho que ella nos importaba, porque sabía él muy bien que guardada esta ley, todas las prosperidades y bienes se nos entrarían por las puertas, y haciendo lo contrario, todos los males. En estos mismos libros de la ley se verán claramente aquellas dos tan celebradas perfecciones de Dios, que son, misericordia y justicia. La misericordia se declara con los favores inestimables que hizo á este pueblo, así en la salida de Egipto, como en todo el camino hasta conquistar la tierra de promisión. Por lo cual dijo Moisén (2) que Dios había guiado aquel pueblo y llevádolo de la manera que un padre lleva en los brazos un hijo chiquito. Mas por el contrario, la justicia se ve en los grandes azotes con

(1) Deut. 6. (2) Deut. 1.

que los castigaba cuando se desmandaban, sin dejar culpa sin castigo: tanto, que una vez, porque adoraron el ídolo de Fogor (1), fueron muertos á hierro en un día veinte y cuatro mil hombres. Y como si esto fuera poco, mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo, porque no estorbaron aquel pecado. En lo cual se ve claramente la grandeza destas dos tan señaladas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia, sin que la misericordia sea parte para impedir la justicia, ni la justicia á la misericordia. En lo cual se ve cuán admirable y cuán perfecto sea Dios así en la una virtud como en la otra.

Pues si el hombre pasare de aquí á las historias sagradas, en ellas verá el cumplimiento desta verdad. Porque en ellas hallará tan grandes prosperidades y favores hechas por Dios á los buenos, y tan grandes azotes y calamidades enviadas para castigo de los malos, que le causarán grande admiración y espanto, y le darán á entender cuán grande sea el amor que Dios tiene á los buenos, y cuánto el aborrecimiento á los malos, en cuanto malos, cuán grande el precio en que tiene la virtud, y cuánto el odio que tiene á los vicios. Y por no traer desto muchos ejemplos, en solo el rey David se ve lo uno y lo otro. Porque los favores que le hizo siendo él fiel á Dios, las victorias y señoríos y riquezas que le dió, las mercedes grandes que para todos sus decendientes le prometió, ¿quién las encarecerá? Mas por el contrario, cuando se desmandó en tomar la mujer ajena, ¿con qué azotes lo castigó? Porque primeramente, así como él desobedeció á Dios, así permitió que todo su reino se rebelase contra él, y tomasen las armas para quitarle juntamente el reino con la vida, que es la postrera calamidad que á un rey le puede venir. Por dónde le fué forzado salir de Jerusalem (2), y subir por una ladera de un monte él y todos los suyos, los pies descalzos, cubiertas las cabezas y llorando: donde un enemigo suyo dende lo alto del monte le deshonraba llamándole tirano, y usurpador del reino ajeno, y derramador de sangre, y que por sus pecados le enviaba Dios aquel azote. Y demás desto, por una mujer que él deshonró en secreto, de su vasallo, permitió que su proprio hijo en presencia de todo el mundo le deshonrase diez mujeres suyas, y por el vasallo que mandó matar, demás de la muerte del hijo adulterino,

(1) Num. 25. (2) II Reg. 15.

murieron tres hijos suyos á hierro: y la muerte del uno (que fué el levantado contra él) sintió tanto (por ver que moría en pecado mortal y se iba al infierno) que con muchas lágrimas y llantos protestó que mucho más quisiera él morir que ver la muerte de aquel hijo. Y todo esto padeció después de mucha penitencia y muchas lágrimas derramadas por aquel pecado. Y porque otra vez envanecido con soberbia mandó contar la gente de guerra que en su reino tenía, le mató Dios en un día setenta mil vasallos, y matara muchos más, si con grandes lágrimas y gemidos y con ofrecerse él á la muerte por todos no aplacara á Dios. Pues quien estas sagradas historias leyere, no podrá dejar de ver cuánta razón tiene el hombre para amar y procurar la virtud, á la cual tantos favores están aparejados, y aborrecer el vicio, que con tantos azotes y calamidades es castigado. En lo cual también se ve cuánto más nos ayudan estas Letras sagradas para el conocimiento de Dios, que toda esta fábrica del mundo, pues nos dan más distincto conocimiento de su bondad y justicia y del grande amor que tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos, que toda ella: el cual conoscimiento nos mueve grandemente al amor y temor deste Señor.

Síguense luego los Psalmos, los cuales nos enseñan á alabar á nuestro Criador, y darle gracias por sus beneficios, y pedirle socorro para nuestras necesidades, y nos dan más claro conocimiento dél, representándonos la excelencia de sus obras, así las de naturaleza como las de gracia (de que tratan cuasi todos los Psalmos) para despertar con esto en nuestros corazones amor, y temor, y reverencia de tan grande Majestad, que son las cosas en que señaladamente consiste la suma de la filosofía cristiana. Porque toda ella se resuelve en dos cosas: la primera, en esclarecer nuestro entendimiento con el conocimiento de nuestro Criador, y la segunda, en encender en nuestra voluntad amor y temor de su sancto nombre. De las cuales dos cosas, la primera se ordena á la segunda como á su fin y cosa más principal. Porque conocimiento solo de Dios, sin correspondencia de la voluntad, poco nos puede aprovechar. Pues á esta segunda parte de la voluntad como á cosa más principal se ordenan todos los Psalmos. Y por esta causa quiso la Iglesia que siempre los trajésemos en la boca de noche y de día, y que con ellos nos acostásemos, y levantásemos, y comiésemos, y cenásemos, para que con este tan

continuado ejercicio añadiésemos siempre fuego á fuego, lumbre á lumbre, y devoción á devoción, y así creciésemos en el amor y temor de nuestro Criador.

De los libros Sapienciales, Profetas y Evangelios.

§ I

Después de los Psalmos se siguen los libros que llaman Sapienciales, de los cuales no diré más de que son una filosofía moral, ordenada, no por Aristóteles ni Platón, sino por el Espíritu Sancto: en la cual sin divisiones, ni definiciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones, somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida así en el tiempo de la adversidad como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus proprios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la suma de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habían de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir, porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devoción para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen también estos libros otra excelencia, que es no haber en ellos un renglón que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado: mas aquí no hay cosa que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una muy saludable sentencia y una perla preciosa, porque estos libros parece que fueron una breve recapitulación de toda la santa Escriptura.

Síguense después los Profetas, los cuales como tratan de las cosas que están por venir, tienen por principal oficio prometer grandes favores á los guardadores de la ley de Dios, y amenazar grandes y extrañas calamidades á los quebrantadores della, como se ve en toda su Escriptura, y particularmente en el capítulo quinto y sexto de Ecequiel (de que arriba hecimos mención) donde verá el lector tan grandes amenazas de Dios contra los malos, que aunque tenga corazón de piedra, le dejen

espantado y atónito. Con la primera destas dos cosas (que son las promesas) pretenden los Profetas inclinar los corazones de los hombres al amor de Dios y de la virtud, y con la segunda (que son las amenazas) al temor de su justicia, y aborrecimiento del pecado. Mas si alguno supiere bien filosofar en esta materia, hallará que no menos mueven todas estas amenazas al amor de Dlos que las promesas, pues lo uno y lo otro nace de una misma raíz, que es la inmensa bondad de Dios, á la cual no menos pertenece aborrecer y castigar los malos, que amar y galardonar los buenos: y pues lo uno y lo otro nos declara la grandeza de aquella suma bondad, y ésta es el mayor estímulo y motivo que tenemos para amar á Dios, síguese que no es menor motivo para amarle la terribleza de sus amenazas que la grandeza de sus promesas.

En esta misma Escriptura por otra vía se nos descubre también la grandeza de la divina bondad, y el deseo que tiene de la salvación de los hombres, pues tantos Profetas les enviaba unos sobre otros para que les declarasen la grandeza de sus culpas, y la ira y castigo que les estaba aparejado, si no se emendaban. Y no contento con declarar esto con gravísimas palabras, buscaba nuevas invenciones con que esto se les representase más á la clara. Á Hieremías (1) mandó que anduviese con unas cadenas al cuello, para representar las prisiones y cautiverio que por sus culpas había de padecer, y que quebrase en presencia dellos unas tinajuelas de barro, para representar su destruición. Á Esaías (2) mandó andar desnudo, para representar de la manera que habían de ser llevados cautivos y desnudos á tierras de sus enemigos. Á Ecequiel (3) mandó rapar la barba, y repartir los pelos della en tres partes, y quemar la una parte en presencia del pueblo, y despedazar la otra, y esparcir la tercera por el aire, y desenvainar una espada contra ella, para declarar con esta representación la diversidad de los azotes y calamidades con que el pueblo había de ser castigado. Todos estos ensayes nos muestran por una parte la grandeza de la bondad de Dios, que por tantos medios procuraba apartar los hombres del pecado y suspender el castigo de su ira, y por otra la grandeza de su

(1) Hier. 27. (2) Esai. 20. (3) Ezech. 5.

justicia, la cual ejecutaba todas estas amenazas, si los hombres no desistían de sus malas obras.

Mas entre otras cosas, una de las más admirables es la fuerza del espíritu y la grandeza de la elocuencia con que estos hombres divinos afeaban y encarecían las ofensas de Dios. Lea quien quisiere los primeros catorce capítulos de Hieremías, y si supiere algo de los preceptos de los oradores, verá cómo este grande orador, enseñado por el Espíritu Sancto, trata esta causa de Dios contra los malos con tanta elocuencia, con tales palabras, con tantas exclamaciones, con tanta variedad de figuras y de razones, ya con halagos, ya con amenazas, ya con ejemplos de otras naciones, ya con ponerles ante los ojos la fealdad de sus idolatrías y desvergüenzas, y juntamente los beneficios divinos, que ni Tulio ni Demóstenes usaran ni de tanta variedad de figuras, ni de tantas sentencias como este Profeta usó, elocuente sin elocuencia, artificioso sin artificio, porque tenía al Espíritu Sancto por maestro, el cual le daba primero el sentimiento de aquellos tan grandes males, y después las palabras y elocuencia proporcionada al sentimiento que tenía. Y así lo uno como lo otro excede tanto la facultad humana, que era imposible llegar aquí un hombre, mayormente no ejercitado en las sciencias humanas (cuales eran comúnmente los Profetas) si no estuviera lleno del espíritu de Dios, el cual le daba este tan extraño dolor y sentimiento de las culpas cometidas, y junto con esto palabras y figuras con que pudiese explicar lo que sentía.

Mas la doctrina de los sanctos Evangelios, ¿quién se atreverá ó podrá dignamente alabar? Porque las otras doctrinas nos dió nuestro Señor por boca de sus siervos, mas ésta nos dió por su unigénito Hijo, que nos fué enviado por doctor y maestro del mundo, en cuyos labios dice el Profeta (1) que fue derramada la gracia del Espíritu Sancto, por razón de la excelencia de su doctrina. Pues la primera cosa que notamos en ella, es su sanctidad y pureza, la cual quitó luego todas aquellas permisiones y licencias que daba la ley, como era tener muchas mujeres, y darles libelo de repudio, y dar á usura á los extraños, según que arriba dijimos. En esta doctrina veremos con cuánta razón el profeta Esaías, entre los otros nombres, llamó á Cristo consilia-

(1) Psalm. 44.

rio (1), porque él nos había de dar por obra y por palabra todos aquellos consejos que arriba declaramos, en los cuales consiste la perfección de la vida evangélica. En esta misma doctrina (2) pronuncia por bienaventurados á los pobres de espíritu, á los misericordiosos, á los mansos, á los pacíficos, á los limpios de corazón, á los que tienen hambre y sed de justicia, que es, de hacer lo que deben al servicio de su Criador, á los que lloran sus pecados y también los ajenos, y á los que padecen persecuciones y maldiciones y injurias por cumplir con las leyes y obligaciones de justicia. Aquí se encomienda la mortificación de todas las aficiones demasiadas de padres, de parientes, de amigos, de honras, de dignidades y de todos los bienes temporales desta vida. Aquí se destierra el amor proprio, y se encomienda el odio sancto de sí mismo, que es, de las malas inclinaciones. Aquí nos enseña este Señor traer sojuzgada y sopeada la carne para vivir conforme á las leyes del espíritu, cuando dice (3): Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que ama desordenadamente su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor de mí, la ganará. Aquí nos manda tener simplicidad de palomas (4), prudencia de serpientes, mansedumbre de corderos, y humildad de niños. Aquí se nos encomienda con grande instancia la pureza de la intención en las buenas obras que hacemos, y que con toda diligencia huyamos el peligro de la vanagloria, que es muy grande, porque toma fuerzas para tentarnos con las mismas buenas obras que hacemos. Y este aviso nos da cuando ayunáremos (5), y cuando hiciéremos oración, y cuando diéremos limosna, no queriendo que sepa la mano siniestra lo que hace la diestra (6). y aconsejándonos que á aquéllos principalmente hagamos bien, de quien no podamos esperar retorno del bien recebido.

Y no contento con enseñar por palabras el camino del cielo, él se nos representa aquí como un espejo purísimo de todas las virtudes, especialmente de humildad, de mansedumbre, de blandura, de paciencia, de misericordia, de fortaleza, de celo de la gloria de Dios, de compasión de nuestras miserias, de deseo de nuestra salvación, y sobre todo de caridad, la cual después de muchos trabajos pasados por nuestro remedio, no paró hasta lle-

(1) Esaí. 9. (2) Matth. 5. (3) Lucae 9. (4) Matth. 10. (5) Matth. 6. (6) Ibidem.

gar á la cruz. Aquí veremos cómo se muestra siempre Dios omnipotente en dar remedio á todas las enfermedades y necesidades ajenas, y hombre flaco en la defensión de sus injurias, á veces escondiéndose de sus enemigos, á veces huyendo dellos, como cuando huyó á Egipto (1) y cuando se apartó al desierto con sus discípulos por dar lugar á la ira de sus contrarios (2), enseñándonos en esto cuán poderosos y largos habemos de ser para con los prójimos, y cuán estrechos para con nosotros. Con estas virtudes se nos representa tan dulce, tan amable y tan suave, y con ellas mismas nos puso delante un perfectísimo retrato de la condición y de las virtudes de su Eterno Padre, porque cual se nos representó aquí el Hijo, tal es también el Padre, no menos amable, ni menos blando y misericordioso que él para los humildes, ni menos severo para con los soberbios y malos.

De las Epístolas de S. Pablo.

§ II

Tampoco hay palabras que basten para declarar la excelencia de la doctrina que contienen las Epístolas de S. Pablo, porque primeramente se puede con razón decir dél que fué intérprete y comentador del Evangelio. Porque los sanctos Evangelistas no hacen más que contar con palabras simples, amigas de la verdad, la historia de la vida y pasión de nuestro Salvador, sin encarecer la grandeza de aquel misterio y beneficio. Mas sobre este canto llano envió Dios este órgano del cielo, este divino cantor, que con una voz de ángel echase un contrapunto sobre este canto llano, con lo cual hace una tan suave música y melodía, que sumamente deleita y suspende con una maravillosa dulzura las ánimas purgadas y dispuestas para sentir la grandeza destos misterios. Porque por aquí primeramente nos descubre las riquezas de aquella infinita bondad y misericordia del Padre Eterno, que por un tan alto medio como fué la encarnación y pasión de su Hijo, nos quiso remediar, y honrar, y resucitar de muerte á vida, y asentarnos con él en su gloria. Por aquí dice que apareció en

(1) Matth. 2. (2) Joan. 11.

el mundo la benignidad y blandura de nuestro Dios, no por las obras de justicia que nosotros hiciésemos, sino por sola su misericordia, por la cual nos quiso salvar. Por aquí se nos declaró la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres, la cual se extendió á morir, no sólo por los justos sino también por los pecadores, no sólo por los amigos sino también por los enemigos y por aquéllos mismos que derramaron su sangre: y con esto nos incita á amar á quien tanto nos amó, y á darle gracias por este sumo beneficio. Y por aquí también nos pone un sancto y necesario temor, si fuéremos negligentes en aprovecharnos deste tan grande remedio y salud que Dios nos envió. Y no menos por aquí esfuerza y confirma nuestra esperanza diciendo que pues Dios nos dió su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él, pues quien dió lo más, y tanto más, no negará lo que es mucho menos. Y á esta misma virtud juntamente con la caridad nos convida, cuando tantas veces nos encarece las riquezas inestimables de la gracia y de los bienes que nos vinieron por Cristo, el cual dice que es nuestro abogado, nuestro propiciatorio, nuestro pontífice y sacerdote, nuestra sabiduría, nuestra justicia (conviene á saber, causa de nuestra justicia) nuestra sanctificación y redempción. Por aquí también nos obliga á aborrecer con sumo odio los pecados, pues ellos fueron los sayones que pusieron al Hijo de Dios en la cruz. Y por esto dice que los que pecan (cuanto es de su parte) lo vuelven otra vez á crucificar. Por aquí también nos exhorta á la mortificación de nuestra carne con todos sus vicios y apetitos, para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió ser crucificada la suya. Por esto dice el mismo Apóstol que no sabía otra cosa sino á Cristo, y ése crucificado, porque dél aprendía estas y otras semejantes liciones, con que edificaba á sí y á todo el mundo. Y por esto dice que en ninguna cosa se gloriaba sino en sola la cruz deste Señor, en la cual hallaba tanta luz, tanta sabiduría, tantas consolaciones, tantos estímulos de amor de Dios, tanta fortaleza para sufrir trabajos por él, y finalmente tantas riquezas de gracia, que no hacía más caso, ni de los favores del mundo, ni de sus persecuciones, de lo que haría un hombre crucificado y muerto. Y por todas estas cosas concluye y declara cuánta sea la excelencia deste misterio diciendo: Manifiestamente se ve cuán grande sea este sacramento de la piedad que se descubrió en la carne y humanidad del Hijo de

Dios, y fué justificado por autoridad del Espíritu Sancto, y fué revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído en el mundo, y finalmente llevado á la gloria. Éste es pues el contrapunto que este órgano del Espíritu Sancto echó sobre aquel canto llano de la historia sencilla del Evangelio, sacando della tan grandes motivos para conocer á Dios, y para poner en él todo nuestro amor y esperanza, y para abrazar la virtud, y aborrecer el pecado, y mortificar nuestra carne.

§ III

Mas aquí es de notar que como tenga dos partes la doctrina cristiana, la una que trata del misterio de Cristo, y la otra de la institución de nuestra vida (que llaman doctrina moral) en ambas estas facultades es admirable este Apóstol, que fué dado por doctor de las gentes. Mas de la doctrina moral comúnmente trata en el fin de cada una de sus Epístolas. Y porque esta doctrina tanto es más provechosa cuanto deciende á cosas más particulares, por esto da reglas en ellas de cómo se han de haber los padres con sus hijos y los hijos con sus padres, los maridos con sus mujeres y las mujeres con sus maridos, los señores con sus siervos y los siervos con sus señores, los prelados con sus súbditos y los súbditos con sus prelados. Aquí también declara cuáles hayan de ser los obispos, los sacerdotes, los diáconos y ministros de la Iglesia. Aquí avisa cuáles hayan de ser las mujeres casadas, cuáles las vírgines, cuáles las viudas, y de qué manera han de ser socorridas en sus necesidades. Y es cosa mucho para considerar, ver cuán proporcionados da los avisos y consejos á todas estas maneras de personas, como hombre enseñado por el Espíritu Sancto. Á los ricos manda que no tengan altos pensamientos, ni pongan la confianza en sus riquezas, sino en solo Dios. Á los viejos aconseja que sean templados en el comer y beber, que es vicio de viejos, ocasionado de la común flaqueza de esta edad. Á las viudas aconseja que se ocupen en oraciones día y noche, para que por esta vía hallen en Dios lo que perdieron en sus maridos. Desta manera procede por todos los estados de personas, señalando á cada uno lo que propriamente más le pertenece.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector algo de la excelencia de esta sancta Escriptura. Mas otro singular indicio nos da para esto el Salvador en aquellas palabras que dijo al pueblo: Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, verá claro que mi doctrina es de aquél que me envió. En las cuales palabras nos da á entender que el juez entero y sin sospecha de la verdad y excelencia de su doctrina es el hombre que trabaja por cumplir la voluntad de Dios, guardando fielmente sus mandamientos. Porque así como para juzgar del sabor de los manjares se requiere que el paladar esté sano, así es necesario que el del ánima lo esté para juzgar la cualidad de la doctrina, porque de otra manera, así como el doliente que tiene el paladar estragado y inficionado con malos humores, no juzga bien del sabor de los manjares, así los hombres de vidas estragadas, que aman la maldad y aborrecen la virtud, no son buenos jueces de la doctrina que enseña á bien vivir, la cual condena sus malas costumbres y mal vivir. Porque ¿cómo aprobará la doctrina de la humildad el soberbio, y de la castidad el deshonesto, y de la mansedumbre el mal sufrido, y de la caridad el envidioso, y de la liberalidad el avariento? Y así leemos que predicando el Salvador contra el pecado de la avaricia, hacían burla dél los fariseos, por ser ellos muy tocados deste vicio. Pues por esto el juez derecho de la buena doctrina ha de ser el hombre virtuoso, que tiene sano el paladar de su ánima. Y este tal quiere el Salvador que sea juez de su doctrina. Porque si al que tal fuere, pusieren delante todas las leyes que ha habido en el mundo, verá más claro que la luz del día que la doctrina de Cristo es la más verdadera, más espiritual, más sancta, más conforme á la lumbre de la razón, que el Criador infundió en nuestras ánimas, más honradora de Dios, más amiga de los hombres, y más enemiga y contraria á la carne y á todos sus apetitos de cuantas ha habido en el mundo. Sea pues el hombre virtuoso juez desta causa, y no temerá nuestra doctrina venir á juicio ante su tribunal.

Pues por todo lo que hasta aquí se ha dicho, se verá cuán grande sea esta excelencia de la Religión cristiana, que es tener una tan saludable, tan católica y maravillosa doctrina para la instrucción de nuestra vida. Y juntamente con esta alabanza tiene otra, que es la verdad y sinceridad della, porque ninguna escriptura se hallará entre los filósofos, sea de Aristóteles, sea de

Platón (que tuvieron los antiguos por los dos ojos del mundo) donde no haya algunos errores, de los cuales está totalmente libre nuestra filosofía. En lo cual parece ser aquélla doctrina humana, y por consiguiente defectuosa, como lo es el mismo hombre, y ésta divina, pues está libre y exempta de todo error. Y con esta alabanza se junta otra, que es la concordia admirable del Testamento viejo con el nuevo, donde vemos que todo lo que allí se promete, aquí se cumple. Lo cual no es menos argumento de ser esta doctrina revelada por Dios que el pasado. Pues según esto, ¿qué tiene que ver con esta celestial doctrina el Talmud de los judíos y el Alcorán de los moros, llenos de fábulas y patrañas mentirosísimas?

Pues en este verjel de flores que nunca se marchitan, podrá el hombre virtuoso espaciarse y coger dél flores olorosas y saludables, que son sentencias y doctrinas con que sepa agradar á su Criador. Ésta es aquella mesa real proveída de todos los manjares, de que dice el Profeta: Aparejaste, Señor, una mesa delante de mí, la cual me da fuerzas y substancia contra todos mis enemigos. Pues en esta mesa hallará el hombre pasto para su ánima, instrucción para su vida, medicina para sus llagas, remedio para sus tentaciones, y consuelo para sus trabajos, pues (como dice el mismo Apóstol) todas las cosas que están escriptas, fueron escriptas para nuestra consolación, para que por la consolación y paciencia que nos enseñan las Escripturas, crezcamos en la esperanza de los bienes eternos. Mas en cabo advierto que esta lección no es toda para todos, sino para solos los humildes y para los que están ya fundados en el estudio y conocimiento de la doctrina católica.

DE LA OCTAVA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA PUREZA DE VIDA QUE CAUSA EN LOS PROFESORES Y GUARDADORES DELLA.

CAPÍTULO X

Otra propriedad y excelencia ha de tener la religión y la ley, si es perfecta y verdadera, que ha de hacer virtuosos y buenos á los profesores della. Porque juzgamos de la religión y de la ley como de todas las artes que se usan en la vida humana. Llamamos mejor piloto al que mejor gobierna una nao, y mejor médico y medicina la que mejor cura y sana las enfermedades. Pues como el oficio de la religión y de la ley sea honrar á Dios y hacer á los hombres virtuosos, atajando con grandes prohibiciones y penas los vicios, síguese que aquélla será más perfecta religión que más eficaz fuere para estos efectos.

Pues esta excelencia tiene la cristiana Religión sobre cuantas ha habido, y ella es de la que más gloriosos fructos de varones sanctísimos han nacido en el mundo. Y para declarar algo desto, trataremos primero de los fructos que produjo en la primitiva Iglesia, cuando estaba fresca la sangre de Cristo, y la memoria de sus maravillas, y la doctrina de los Apóstoles y varones apostólicos, que con el mismo espíritu que ellos fundaban la Iglesia y trabajaban en plantar y cultivar la viña del Señor. Mas para entender cuán grande hazaña haya sido ésta, será necesario declarar el estado en que el mundo estaba antes de la predicación del Evangelio. El cual se entiende por lo que el Apóstol escribe á los de Éfeso por estas palabras: Lo que os pido, hermanos, es que no viváis de la manera que viven los gentiles, que tienen escurecidos sus entendimientos con las tinieblas de ignorancia y ceguedad de sus corazones, los cuales, perdida la esperanza de la otra vida, se entregaron á todas las torpezas y cobdicias del mundo. Este tan grande mal procedió, lo uno, porque no esperaban bien ni mal en la otra vida (como aquí nota el Apóstol) y así les faltaba el freno del temor de Dios que los apartase del mal, y

lo otro, porque en lugar del verdadero Dios, autor de toda sanctidad y limpieza, adoraban dioses sucísimos y deshonestísimos, en los cuales ponían todo género de torpezas y carnalidades. Y por esto no tenían por inconveniente ser tales cuales eran sus dioses. De manera que en aquel tiempo no era el mundo otra cosa sino un revolcadero y cenagal de puercos sucísimos, y una plaza de todos los engaños y maldades y mentiras que en el corazón humano pueden caber. Porque juntamente con la idolatría reinaban todos los vicios, de los cuales ella es causa, principio y fin, como dice el Sabio (1). Por lo cual el profeta Esaías compara los hombres de aquel tiempo con dragones y serpientes, lobos, osos, leones y basiliscos, y al mismo mundo llama un desierto, un páramo y una tierra sin camino y sin labor, donde no hay sino zarzas y espinas y cuevas de serpientes y de bestias fieras.

Pues siendo tales los hombres y tal el mundo, pudo tanto la gracia de Cristo y la predicación del Evangelio, que mudó los lobos en ovejas, y los leones en corderos, y las serpientes en palomas, y los árboles estériles y silvestres en árboles hermosos que llevasen fructos de vida eterna. En lo cual se cumplió lo que el mismo Profeta mucho antes había denunciado diciendo que el desierto se mudaría en un lugar delicioso, y la tierra yerma en verjel de deleites. Y esto hecho, añade Ecequiel que los caminantes que por allí pasasen, maravillados desta tan gran mudanza, dirían: Aquella tierra desierta y sin labor se ha hecho un jardín de deleites, significando por estas comparaciones la hermosura y abundancia de sanctidad que en el mundo había de florecer con la predicación y gracia del Evangelio. Quien quisiere saber algo desto, lea las historias eclesiásticas que dello tratan, y las vidas de los Padres del yermo, y las corónicas de las Órdenes, y ahí verá tan grande número de sanctos, conviene á saber, de religiosísimos pontífices, de confesores, de purísimas vírgines (que junto con la carne vencieron el mundo) y innumerables monjes, de los cuales unos vivían en la congregación de los monasterios á manera de ángeles, y otros que apartados de la compañía de los hombres, moraban en los desiertos haciendo vida más que humana.

Pues quien leyere las vidas destos sanctísimos Padres (las

(1) Sap. 14.

cuales escribieron gravísimos autores) no querrá mayor testimonio de la excelencia de nuestra Religión que lo que allí verá. Porque verá las noches cuasi enteras sin dormir y sin tener más cama que el suelo, verá las celdas destos Padres tan estrechas que más parecían sepulcros de muertos que aposentos de vivos, verá que no usaban de otro mantenimiento que de pan con sal y raíces de yerbas crudas, porque (como dice S. Hierónimo) comer cosa cocida se tenía entre los monjes por cosa de lujuria. Verá una pobreza, así en el vestido como en todo lo otro, la más estrecha que se puede imaginar. Verá un tan grande despegamiento del mundo y de todos los afectos humanos, que ni á las mismas hermanas que venían á ver á sus hermanos, querían ver ni hablar. Pues ¿qué diré de aquella insaciabilidad de tratar y conversar noches y días con Dios sin cansarse ni enfadarse? ¿Qué diré de aquella fe y confianza tan grande que tenían en Dios, con la cual mandaban á los leones y á las bestias fieras, y mataban los dragones y serpientes? ¿Qué diré de aquel tan grande amor de la soledad, y de aquel huir de la compañía de los hombres (cuando eran por sus virtudes y milagros estimados) por no perder un punto de aquella suavísima conversación que tenían con Dios? Son todas estas cosas tan admirables y tan sobrenaturales, que no se podían sustentar sin ayudas sobrenaturales y sin especialísimo favor de Dios. Y por esto ellas mismas sin otros milagros dan testimonio de la excelencia de nuestra fe y religión. Mas desta materia trataremos más á la larga en su proprio lugar.

§ I

Otro indicio de la gran sanctidad de aquella edad dorada es la muchedumbre de Mártires que en aquel tiempo hubo, en el cual se desarraigó la idolatría del mundo, y se plantó la fe y el conocimiento del verdadero Dios. Cuán grande haya sido el número destos gloriosos caballeros, y cuán crueles los tormentos que padecieron, y cuán grandes las batallas que vencieron, y cuán gloriosamente triunfaron de los príncipes del mundo y del infierno, ni hay palabras para lo explicar, y apenas se podrá creer. Y por ser esta materia tan grande que con pocas palabras no se puede dignamente tratar, quedará para otros lugares desta escriptura.

Pues en esta tan admirable fe y constancia de los Mártires se ve cuán grande era la virtud y sanctidad de los que tales cosas padecían por no estar un solo momento en desgracia de su Criador. Porque desta sanctidad procedía esta tan grande fortaleza, como el mismo Salvador nos enseñó, el cual después de haber declarado en aquel divino Sermón del Monte los principales documentos de la vida evangélica, al cabo dijo: El que oye estas mis palabras, y las pone por obra, será semejante á un hombre que edificó su casa sobre una peña firme. Por dónde siendo combatida con las crecientes de los ríos y con los torbellinos de los vientos y de las lluvias, no por eso cayó, porque estaba fundada sobre firme piedra. Esta piedra firme es la fortaleza de todas las virtudes que de la gracia proceden, y señaladamente de la caridad, de la cual se escribe en los Cantares (1) que las muchas aguas no podrán apagar el fuego de la caridad, ni las avenidas de los ríos la anegarán. Pues ¿de dónde procedió esta tan admirable sanctidad, causadora de tan admirable fortaleza, sino de la profesión y Religión cristiana, en la cual tan grandes ayudas se dan para hacer á los hombres más que hombres, esto es, celestiales y divinos?

Alegará por ventura alguno que entre los filósofos no faltaron hombres virtuosos y continentes. Á esto primeramente respondo que no merece nombre de perfecta virtud la que no tiene por fin á Dios, y no se endereza á su gloria. ¿Qué aprovecha (dice S. Augustín) el bien vivir, por el cual no se alcanza el bienaventurado vivir? Sócrates fué entre los filósofos muy alabado de continente, y entre sus alabanzas pone una Platón su discípulo (la cual refiere Quintiliano) diciendo que un hermoso mancebo llamado Alcibiades se le ofreció para que usase dél como quisiese, mas que él fué tan continente, que no quiso usar de aquella licencia que tan liberalmente se le ofrecía. ¡Oh admirable virtud de continencia, no querer usar del vicio, por el cual hoy día se queman los hombres! ¡Qué virtud y qué alabanza es tan estimada, carecer de un vicio tan abominable! También podrán alegar la continencia de las vírgines vestales que había en Roma. ¿Qué tiene que ver esto con millares de vírgines nobilísimas que en todas las partes de la Cristiandad se consagraron á Dios, despre-

(1) Cant. 8.

ciadas grandes riquezas y casamientos? También en Roma hubo algunos hombres esforzados, que pusieron la vida por la patria. ¿Qué tiene que ver esto con millares de cuentos de hombres y mujeres y niños y vírgines delicadas que se dejaron hacer mil pedazos, no por la salud temporal de la patria, sino por la gloria y honra de su Criador? ¿Qué tiene que ver esto con la fortaleza de las madres que consintieron ser despedazados sus hijos mancebos delante de sus ojos, por no quebrantar la fe y lealtad que debían á su Dios? ¿Hay fortaleza debajo del cielo que no parezca sombra comparada con ésta? También hubo algunos filósofos que despreciaron las riquezas por entregarse á la filosofía. Cuántos hayan sido éstos, podemos contar por los dedos: y en lugar de esos pocos, os daré yo millares de religiosos en cuantas Órdenes ha habido y hay en la Iglesia, y muchos entre ellos muy ricos y grandes señores, los cuales todo eso junto con la propria voluntad y con todos los deleites sensuales renunciaron por amor de Dios. También hubo filósofos abstinentes, que se contentaban con viles manjares, y se daban á la contemplación de las obras de naturaleza. Mas ¿qué proporción tiene esto con millares de monjes sanctísimos, los cuales morando en los desiertos, apartados de la compañía de los hombres, se mantenían con raíces de yerbas, y á veces pasaban dos y tres días sin desayunarse, y algunas veces la semana entera, ocupando los días y las noches con increíble suavidad en la contemplación de su Criador, como refiere Filón de los fieles que moraban cerca de Alejandría, y como se escribe de millares de monjes que moraban por los desiertos? Por lo cual es cierto que todas aquellas virtudes filósoficas apenas merecen llamarse sombras y figuras de las nuestras, antes parece que así como los simios hacen algunas cosas en que en alguna manera imitan las obras de los hombres, así todas estas virtudes de filósofos se pueden llamar obras de simios, si se comparan con las virtudes de los sanctos varones que aquí habemos referido.

§ II

Mas dirá por ventura alguno: si es tan grande la eficacia de la Religión cristiana para hacer virtuosos á los profesores della, ¿cómo vemos el día de hoy tan pocos seguir esa virtud, muchos de los cuales viven como si ninguna fe ó religión tuviesen? Á los que esto dicen, preguntaré yo: ¿Qué provecho recibiría un enfermo, si estando en un hospital muy bien proveído de médicos y medicinas, no quisiese aprovecharse dellas? Pues así digo que la fe y religión de la Iglesia cristiana es un hospital proveído de todas las medicinas espirituales, ordenadas por aquel sapientísimo Médico que nos vino del cielo para la cura de nuestras ánimas. Pues si yo de ninguna destas medicinas uso, ni tengo cuenta con ellas, ¿qué provecho me pueden acarrear?

Y si me preguntáredes qué medicinas sean éstas, y cómo tengo de usar dellas, á esto respondo que son muchas y diversas, pero cuatro son las más principales, que aquí sumariamente apuntaremos. Entre las cuales la primera es la fe, que son los artículos y misterios que ella confiesa. Y para aprovecharnos desta excelente medicina, no basta rezar el Credo secamente, como lo pronunciaría un papagayo, sino es menester entender y ponderar lo que comprehenden esos misterios que creemos. Pongamos ejemplos. Cuando confesamos que Dios es Padre, pensemos que no sólo es Padre de su unigénito Hijo, sino también de todos los justos, que son hijos adoptivos suyos, de los cuales de tal manera es Padre que (como nos lo certificó su unigénito Hijo) no hay padre en la tierra que en la voluntad y amor, y en el cuidado y providencia de padre, y en el tratamiento y regalo de padre se pueda comparar con él. Pues aquí tiene el hombre remedio para todas sus necesidades, alivio para sus trabajos, consuelo para sus tristezas, esfuerzo para sus peligros, y obligación para amar á este Padre, y tratarse como hijo suyo, conservando con la pureza de la vida la dignidad desta nobleza.

Pasáis luego más adelante al Hijo, y confesáis que tomó carne de una virgen sanctísima, y no sólo se hizo hombre, sino también padeció y fué muerto y sepultado por el remedio de los hombres. Pues quien esto considerare, ¿cómo podrá dejar de amar á quien

tanto lo amó, á quien tanto por su causa padeció, á quien por un medio tan costoso le redimió, y á quien tan grande bondad y caridad en esta obra le descubrió, y tan grande beneficio le hizo? ¿Cómo podrá dejar de aborrecer el pecado, cuyo perdón y remedio tan caro le costó? Y ¿cómo podrá emplear la vida en el regalo de su carne mal inclinada, pues él con tanto rigor por las culpas ajenas trató la suya inocentísima? Pues si sobre todo esto considerare profundamente aquellos tres postreros artículos de la fe, que son la venida de este Señor á juicio, y la gloria perdurable que ha de dar á los buenos, y la pena eterna, y aquellas temerosas llamas de fuego con que para siempre han de ser en cuerpo y ánima atormentados los malos, junto con el destierro perpetuo del cielo y con la privación de la visión beatífica de Dios, y esto sin esperanza ni de misericordia, ni de perdón, ni de remedio, ni de revocación ó mitigación de la sentencia dada (lo cual todo se ha de ejecutar en la hora de la muerte, que á cada momento nos amenaza) ¿quién será tan enemigo de sí mismo, y tan duro de corazón, que no le tiemble la contera, si cada cosa déstas considera profundamente? Ésta es pues la primera medicina y la primera ayuda que nos da la Religión cristiana para la virtud.

La segunda es el uso de los Sacramentos, que son proprias medicinas de las llagas y dolencias de nuestras ánimas, inventadas y ordenadas por aquel piadoso Samaritano que infundió olio y vino sobre las llagas del herido. Porque aquel Señor que tantas especies de yerbas medicinales crió para la cura destos cuerpos mortales, que tenemos comunes con las bestias, no había de dejar sin medicinas á las ánimas inmortales, que tenemos comunes con los ángeles, pues no son menores las enfermedades á que están subjectas que nuestros cuerpos. Mas entre estos sacramentos, los que más á menudo se pueden recebir son el de la Confesión y el de la sagrada Comunión. De los cuales el uno sirve para curar las llagas del ánima y para resucitarla de muerte á vida, y el otro para conservarla sin pecado en la vida recebida. La virtud y eficacia destos dos sacramentos para estos efectos susodichos y para otros muchos, con ningún género de palabras se puede explicar. Y por no hacer injuria á cosa tan grande hablando della brevemente, no diremos aquí más, porque esto queda para otro lugar.

La tercera ayuda que nos da esta sancta Religión, es encomendar muchas veces el uso y continuación de la oración, la cual es remedio común de todas las necesidades, y una medicina general para todos los males. Los sacramentos tienen particulares efectos que obran en las ánimas, y las otras virtudes tienen también particulares materias y oficios en que se ejercitan, mas la oración vale para todas las cosas, y particularmente es remedio contra el pecado. Y así con ella armó nuestro Salvador á sus discípulos la noche de la pasión, cuando les dijo: Velad y orad, por que no caigáis en tentación. Y conforme á esto el Eclesiástico dice que el que guarda la ley, multiplica la oración, dando á entender que es muy grande ayuda para la guarda de la ley el socorro de la oración. Callo otros muchos lugares, donde la continuación desta virtud muy encarecidamente se nos encomienda. Destas tres ayudas para la virtud nada supieron ni escribieron los filósofos, aunque se vendían por maestros de la vida humana. Porque ni tenían fe ni sacramentos, ni sabían qué cosa era oración, porque no esperaban favores del cielo para alcanzar la virtud, sino de sí mismos y de sus proprias fuerzas.

Con estas tres ayudas podemos juntar la palabra de Dios, oída, ó leída, ó devotamente pensada y rumiada, de cuyo fruto y provecho tratamos ya al principio deste libro. Éstas son cuatro muy principales ayudas para alcanzar la virtud y la perfección de la vida cristiana. Y digo para alcanzarla, porque no consiste en ellas la perfección desta vida, mas son medios y instrumentos muy eficaces para conseguirla, así como las medicinas lo son para alcanzar la salud, las cuales serían ociosas, si no se siguiese este fructo dellas.

Pues tornando al propósito, si son tan pocos los cristianos que usen destas medicinas, si tan lejos están y tan desacordados de pensar en los misterios de la fe que profesan, si nunca se llegan á los sacramentos sino forzados con censuras, si no gastan siquiera una hora de veinte y cuatro que tiene el día, en encomendarse á Dios, y pedirle favor y su gracia contra los pecados (que por todas partes nos tienen cercados) si nunca toman un libro devoto en las manos, ni oyen con atención y deseo de aprovechar la palabra de Dios, ¿qué les puede ayudar el título de cristianos, si no usan de los socorros y medicinas que esta sancta Religión nos propone para ayudarnos á la virtud, y criar en nuestros

corazones temor y amor de Dios, y odio contra el pecado? Dadme vos una persona que usando destos remedios esté desmedrada en la virtud, y valdrá algo vuestra objección. Mas por experiencia se ve que todas las personas que usan dellos, cada día van creciendo y aprovechando más en el amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, y en toda virtud.

DE LA NONA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES ALCANZARSE POR ELLA LA VERDADERA FELICIDAD Y ÚLTIMO FIN DEL HOMBRE

CAPÍTULO XI

La nona excelencia de la Religión cristiana es alcanzarse por ella la felicidad y último fin del hombre. Para la inteligencia desto es de saber que aunque el principal oficio de la verdadera religión sea hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas no pára ella aquí, sino pasa más adelante, pretendiendo hacerlos bienaventurados. Para lo cual toma por medio la virtud, que es la escala por do se sube á esta bienaventuranza. De modo que aunque la virtud sea digna de grande estima y veneración, mas no consiste en ella nuestro último bien (como los filósofos estoicos afirmaban) mas solamente es medio y camino para alcanzar este sumo bien. Por manera que así como el fin del buen estudiante no es estudiar, sino alcanzar la sciencia por medio del estudio, y el fin del labrador no es cultivar y labrar la tierra, sino coger los fructos della, así el último fin de la ley no es solamente hacer al hombre virtuoso, sino bienaventurado, y para llegar á esto lo hace virtuoso. Lo primero es oficio de la ley, lo segundo es fin.

Mas que esta bienaventuranza no se puede alcanzar en esta vida (por ser llena de infinitas miserias) al principio deste libro lo disputamos y concluímos. Pero aquí es de saber que hay dos maneras de bienaventuranzas, una consumada, y otra comenzada. La consumada está guardada para los fieles siervos de Dios en la otra vida, donde verán claramente aquel sumo y universal Bien, en quien están todos los bienes, y así no tendrán más que desear. Pero la comenzada es aquélla de que los amigos de Dios gozan en esta vida, la cual participa este nombre de bienaventuranza por alguna semejanza que tiene con la otra. Y si preguntáremos en qué género de bienes consista ella, no será necesario andar derramados como los filósofos, inquiriendo qué

bienes sean éstos, porque el Apóstol nos saca desta perplejidad, diciendo que el reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia y paz y alegría en el Espíritu Sancto. En las cuales palabras señala tres maneras de bienes: el primero es justicia, que es sanctidad y buena vida, la cual es fundamento de la verdadera paz, como dice Esaías (1): y desta paz y justicia nace el alegría de la buena consciencia y el gozo del Espíritu Sancto, que es el sello y cumplimiento desta bienaventuranza. El cual gozo comúnmente anda en compañía de la caridad como hijo della: y desta manera consideramos aquí este gozo, hermanado y ayuntado con su madre.

Ésta es aquella paz de que dice el Profeta (2): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los ofenda y escandalice. Y en otro lugar dice el Señor por Esaías: ¡Oh si tuvieses, hombre, cuenta con mis mandamientos, porque luego derramaría yo sobre ti como un río de paz! Y llámala aquí río, lo uno por la grandeza desta paz que Dios da, muy diferente de la que da el mundo, y lo otro porque esta paz, á manera de río, apaga el encendimiento y ardor de nuestras cobdicias y pasiones y apetitos, que son los perturbadores desta paz, los cuales por virtud desta paz y de la justicia vienen á sosegarse, como lo significó Salomón por estas palabras muy dignas de notar (3): Cuando agradaren á Dios los caminos del hombre, hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues no tiene el hombre otros más crueles enemigos que despedacen su corazón y le hagan guerra cruel, sino la vehemencia y furia de sus apetitos y pasiones y deseos ansiosos de cosas que no puede alcanzar, los cuales quieta Dios por medio desta paz y justicia. Mas cuál sea esta paz, no lo puede entender sino quien ha gozado della, porque (como dice el Apóstol) sobrepuja todo sentido, que es, todo lo que el entendimiento humano puede por sí alcanzar.

Ni tampoco puede estimar ni conocer cuán grande sea el gozo en el Espíritu Sancto, que desta paz y justicia procede, sino el que por experiencia lo ha probado, como claramente lo dice el Señor por estas palabras (4): Al que venciere, daré yo un manna escondido, el cual nadie conoce sino el que lo ha probado. Dónde por el manna (que era un manjar que tenía en sí toda suavidad)

(1) Esai. 32. (2) Psalm. 118. (3) Prov. 16. (4) Apocal. 2.

entiende este gozo y alegría espiritual, la cual sobrepuja todos los gustos y deleites del mundo, como la Esposa lo significó, cuando hablando con su Esposo, dijo (1) que sus pechos eran más suaves que el vino, entendiendo por los pechos la leche suavísima de las consolaciones espirituales con que él recrea las ánimas devotas, y por el vino todos los gustos y deleites del mundo. Pues este manna tan suave dice aquí el Señor que nadie lo conoce sino quien lo ha probado.

§ I

Pues dirá alguno: ¿de qué sirve tratar agora vos de cosa tan escondida? Porque el que la ha gustado mejor la conocerá por la experiencia que por vuestras palabras, y si no la ha probado, no bastarán palabras para que sepa lo que es, pues está escondida. Á esto respondo que todavía hay razones y conjecturas, y testimonios de las sanctas Escripturas, y ejemplos y dichos de los sanctos, y muchos otros argumentos, por los cuales podemos en alguna manera conjecturar qué tan grande sea la suavidad deste manna, lo cual no será de poco provecho para el estudioso lector. Porque como en la grandeza desta paz y deste gozo se remate la felicidad y bienaventuranza desta vida, y los hombres (como arriba dijimos) tengan un grande apetito y deseo natural desta felicidad, podrá ser que algunos, convencidos con la fuerza desta razón, quieran dar de mano á todas las bienaventuranzas falsas, engañosas y mentirosas que los hombres del mundo procuran, y buscar ésta, que es la verdadera y que sola ella en su grado quieta los corazones humanos.

Y porque dijimos que esta bienaventuranza comenzada tiene alguna semejanza con la otra consumada que esperamos, traigo por testigo desto á S. Bernardo, el cual hablando con Dios, dice así: Algunas veces pones tú, Señor, en la boca de mi corazón, que suspira por ti, una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siento la dulzura y la suavidad della, la cual es tan grande, que si en mí se continuase, no tendría más que desear. Pues ésta es una de las principales propriedades de la verdadera bienaven-

(1) Cantic. 1.

turanza, dar cumplido reposo y satisfación al corazón humano. Y así contento con lo que posee, no desea ni suspira por más, porque tiene dentro de sí á Dios, fuente de toda suavidad, y contento con este bocado pierde la hambre de todas las otras cosas que antes deseaba.

Mas para tratar de la grandeza deste gozo, era necesario tratar primero de la grandeza del amor con que aquella suma Bondad ama las ánimas puras y humildes, porque sabido esto, no sería increíble, aun á los muy incrédulos, lo que acerca desta materia dijésemos. Mas éste no es su proprio lugar. Baste saber que (como S. Crisóstomo dice) este amor es tan grande, que ninguna afición de los amadores de la hermosura de alguna criatura (aunque sea de aquéllos que andan como locos con la fuerza de sus aficiones) se puede comparar con la grandeza deste amor. Pues por aquí en alguna manera se entenderá cuáles sean las consolaciones con que este tan grande amador recrea, esfuerza y apacienta las ánimas que así ama.

Déstas pues dice él hablando con sus siervos por Esaías (1): Á mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os asentaré y regalaré, y de la manera que una madre halaga un hijo pequeñito, así yo os consolaré. Verlo heis así cumplido, y alegrarse ha vuestro corazón, y vuestros huesos así como una yerba florecerán. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues ¿quién pudiera imaginar que palabras tan regaladas pudieran proceder de aquella incomprehensible Majestad, y esto para con una criatura que en presencia dél es mucho menos que una hormiga? Mas ¿qué otra cosa nos quiso este Señor declarar por estas tan dulces palabras y por esta comparación del regalo de la madre para con hijo chiquito, sino la grandeza del amor que tiene á las ánimas puras y humildes, y los regalos con que las consuela y recrea en esta vida, mientra se dilata el alegría de la otra? Muy bien entendía esto (como quien tantas veces lo había probado) el santo rey David en medio del aparato y resplandor de la casa real, cuando maravillado de la grandeza desta suavidad, decía (2): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual tenéis escondida para los que os temen! Y dice muy bien escondida, porque (como ya dijimos) no la conoce sino quien la ha pro-

(1) Esai. 66. (2) Psalm. 30.

bado. La cual dulzura, aunque propriamente se recibe en el ánima, mas á veces es tan grande, que así como los ríos con las avenidas salen de madre, así ella redunda en la misma carne, dándole unos como relieves de los manjares que ella goza, y haciéndola participante de su alegría. Lo cual también confiesa el mismo Profeta, cuando dice: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Pues esta alegría, así como se funda en Dios, y es causada y obrada por él, así es conforme á quién él es, que en todas sus obras es grande, en todas Dios. Si no, decidme, ¿qué regalo era aquél que la Esposa quiso significar en sus Cantares (1), cuando dijo: La mano siniestra tiene puesta el Esposo debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará? Pues este regalo y consolación es tan grande, que muchas veces arrebata y lleva en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, así interiores como exteriores del hombre, de tal modo que le es grande tormento divertirse de aquello que está gozando, á oir, ó hablar, ó entender en otra cosa, porque por todo el mundo no querría perder un punto de aquello que goza. Y así se escribe de la virgen Santa Clara que habiendo recebido en la fiesta de la Epifanía una grande consolación de nuestro Señor, de tal manera tenía robados y embebidos sus sentidos en aquella consolación, que por muchos días le era necesario hacerse gran violencia para estar atenta á lo que le decían. De S. Bernardo también leemos que al principio de su glorioso noviciado andaba tan absorto en espíritu, que había perdido el uso de los sentidos de manera que viendo no veía, y gustando no gustaba, y así comía y bebía unas cosas por otras, sin hacer diferencia dellas, porque la fuerza del espíritu y el gusto de la divina suavidad (que trae consigo la caridad) de tal manera había embebido en sí, y arrebatado todas las fuerzas del ánima, que no tenía vigor ni virtud para otra cosa más que aquélla.

Á quien estas cosas parecieren increíbles, aprovéchese para creerlas de los ejemplos que se ven en las cosas humanas. Ponga los ojos en un corazón vehementemente aficionado á la hermosura de alguna criatura (como la que la sancta Escriptura refiere de la afición de Amnón, hijo de David, para con Tamar) la cual era tan grande que le enflaquecía y consumía las carnes,

(1) Cant. 2.

porque todo el vigor y fuerzas del ánima estaban tan ocupadas y suspensas en aquella tan fuerte afición, que dejaban el cuerpo y el estómago desamparado de los espíritus que lo habían de sustentar, y así poco á poco se iba consumiendo y gastando de flaqueza. Pues díganme agora: si tanto puede la hermosura de una criatura (que no es más que un corecico blanco y colorado) ¿cuánto más podrá aquella infinita hermosura de la divina Bondad, cuando el Espíritu Sancto con un rayo de su luz descubre algo della á un ánima pura y limpia? Si tanto pueden las cosas humanas, ¿cuánto más las divinas? Si tanto la naturaleza, ¿cuánto más la gracia? Ó por mejor decir, si tanto la corrupción del pecado, ¿cuánto la gracia y lumbre del Espíritu Sancto? Si tanto finalmente el demonio, atizador de malos amores, ¿cuánto más aquel divino Espíritu, inflamador de los devotos corazones?

§ II

Otro indicio tenemos de la grandeza desta suavidad, que es la aspereza de innumerables monjes que moraban en los desiertos haciendo vida más que humana, de la cual se dijo algo en el capítulo pasado, y adelante se dirá mucho más. Agora solamente diré una cosa que escriben no solamente nuestros autores, sino también Filón, nobilísimo escritor y filósofo platónico, y de nación judío, la cual no podrá dejar de poner admiración á quienquiera que la leyere. Escribiendo él pues la vida sanctísima que hacían los fieles que habían creído de la circuncisión (que adelante referiremos) entre otras cosas dice que había algunos dellos que estaban tan llenos de Dios, y gozaban de tan grandes consolaciones en la contemplación de las cosas divinas, que venían á estar las semanas enteras sin desayunarse, por estar sus ánimas tan grandemente recreadas y hartas con la suavidad de las consolaciones divinas, que la hartura dellas redundaba en los cuerpos, y el alegría del espíritu era tan grande, que hacía no sentirse ni la flaqueza, ni la hambre del cuerpo. Juzgue pues agora el cristiano lector por este indicio qué tan grande sería la felicidad y suavidad de un ánima que aquí había llegado, y vea si hay razón para llamar esta bienaventuranza comenzada, pues de tal manera hinchía el seno y capacidad del

hombre, que ninguna cosa más en esta vida deseaba, y aun de la flaqueza y necesidades naturales se olvidaba.

Á este indicio añadiré otro, que es la renunciación que leemos de muchas personas, las cuales después que fueron tocadas de Dios, despreciaron el mundo con todas sus pompas, galas y vanidades, y dejaron grandes estados y patrimonios y muy honrosos casamientos, y abrazaron la cruz de la penitencia, y dejando el camino ancho del mundo, caminaron por la estrecha senda del Evangelio, y menospreciando los gustos de la carne, abrazaron y amaron la pureza de la virginidad sobre todas las cosas. ¡Qué virtud fué la que acabó con S. Eduardo, rey de Inglaterra, que siendo mozo, y casando con una nobilísima y virtuosísima señora, determinasen ambos de común consentimiento de guardar perpetua virginidad, y que la mantuviesen y guardasen no por un año ni dos, sino por toda la vida, comiendo y cenando juntos, y tratándose y amándose con entrañable afición, pues la semejanza de los espíritus y de la vida es grande motivo y causa de amor! ¡Cuán llenos estaban aquellos corazones de las consolaciones del espíritu, pues así despreciaban los gustos de la carne! No tengo ésta por menor maravilla que la de aquellos tres mozos que no ardieron en las llamas del horno de Babilonia, pues éstos en medio del fuego de la carne y de la juventud no se quemaban, porque la llama de otro mayor fuego que ardía en sus espíritus, apagaba la de los cuerpos. Bien veo que destos ejemplos hay pocos, mas de los que dejaron por Dios grandes estados y casamientos y patrimonios, están llenas las historias y vidas de nuestros Sanctos. Y si aun en estos miserables tiempos que lamentamos, rodeáremos los ojos por solos estos reinos de España, hallaremos que muchas personas de nobles estados, así hombres como mujeres, menospreciado el señorío y las riquezas de la tierra, escogieron ser antes despreciados en la casa de Dios, que vivir gozando y mandando en el mundo. Algunos de los cuales llegaron á tomar la vida pobre y áspera de religiosos descalzos, mudando la seda en sayal, y el señorío en servidumbre, y las riquezas en pobreza, y la libertad en subjección, y la vida regalada en vida áspera y estrecha. Torno pues á concluir: ¿cómo pudieran los hombres nacidos y criados en vida deliciosa despreciar todos los gustos y regalos della, si no estuvieran más regalados y satisfechos con los gustos y consolaciones del Espíritu Sancto?

Pues este divino Espíritu (que esencialmente es amor no criado) cría en los corazones que están ya mortificados y dispuestos con el uso de las virtudes, una tan grande llama del amor divino, que muchas veces con una palabra sola, ó con un sancto pensamiento se encienden en este amor, como leemos de Fr. Egidio, uno de los compañeros de S. Francisco, el cual muchas veces con sólo oir esta palabra Paraíso, era arrebatado en espíritu. Porque los tales (después de muy arraigado en sus ánimas el hábito de la caridad) están como una pólvora seca, que una sola centella que caiga sobre ella, luego se inflama.

De los efectos que causa el alegría y suavidad espiritual.

§ III

Mas ¿quién podrá con palabras explicar los efectos que esta divina suavidad causa en las ánimas devotas? Porque primeramente de aquí les viene un sancto hastío y odio de sus cuerpos, porque la necesidad y obligación de mantenerlos les hace divertir de aquel ejercicio en que querrían siempre permanecer. Y así leemos de uno de aquellos sanctos Padres del yermo en la Historia Eclesiástica una cosa en parte graciosa, y es que comía andando. Y preguntado por qué hacía esto, respondió que el comer no era cosa que se había de hacer de propósito.

¿Qué diré de otros efectos de sanctos deseos que como centellas vivas saltan deste divino fuego? Porque los tales desean padecer trabajos, y derramar sangre por aquel Señor que tan dulce y tan amable se les muestra. Desean dar voces á todas las criaturas para que vengan á beber destas aguas de vida y deste vino y leche suavísima á que el Profeta nos convida (1), doliéndose entrañablemente de los que por su culpa pierden tan grande bien. Desean otrosí la soledad y el apartamiento de las gentes, para gozar más enteramente y más sin impedimento destos regalos y abrazos del Esposo celestial. Y así desean la noche para que con mayor silencio y quietud puedan, según el Profeta nos acon-

(1) Esai. 55

seja (1) conversar con él, y pésales con el día como le pesaba al gran Antonio, por hallarse mejor para esto con las tinieblas y soledad de la noche que con la luz del día. Y como dicen los filósofos que el movimiento natural es más ligero al fin que al principio, así cuanto más gozan de la presencia de Dios, tanto más desean verla, diciendo con el Profeta: ¿Cuándo vendré y apareceré ante la cara de mi Dios? Por lo cual no sólo no temen la muerte (cuya memoria á muchos es intolerable) mas antes desean con el Apóstol ser desatados, por verse con Cristo. Y así se dice de los tales que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia.

Finalmente, tal es y tan copiosa esta divina consolación, que el cuerpo flaco y de carne no puede muchas veces sufrir la violencia y alegría della. Lo cual había experimentado la Esposa cuando decía: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Pues dirá alguno: ¿Por qué nuestro Señor recrea muchas veces las ánimas con tales consolaciones, que la flaqueza del subjecto no las pueda soportar? Á esto se responde que nuestro Señor se ha en esta parte con sus familiares amigos como un rey que convida á otro rey, al cual manda servir con una mesa llena de muchas diferencias de manjares, no porque piense que él pueda comer de todos ellos, sino para mostrar la voluntad que tiene de honrarle con aquella rica mesa. Pues esto mismo hace nuestro Señor con sus familiares amigos en este convite espiritual, para mostrar el deseo que tiene de consolarlos y alegrarlos, y para mostrar cuánto más los alegraría, si la flaqueza del subjecto lo sufriese. Mas no por eso ellos han de tomar más de aquello que la complexión del cuerpo puede sufrir.

Sobre todos estos deseos, acordándose que este Señor (á quien tanto aman y desean agradar) siendo rico se hizo pobre por ellos, y así nació, vivió y murió con suma pobreza, vienen á enamorarse tanto desta virtud, y parecerles tan hermosa, que no hay avariento en el mundo á quien tan hermoso parezca el oro como á ellos la pobreza, por haber sido tan amada del Señor de todo lo criado. Y así ellos la abrazan y procuran vestirse della, y aborrecen toda superfluidad y demasía de las cosas no necesarias. Y

(1) Psalm. 133.

por la misma razón, viendo al mismo Señor cercado de tantos trabajos, desean ellos también padecer trabajos por él, y alégranse y danle muchas gracias cuando se ven en ellos, porque saben cuánto le agrada el siervo que padece de buena gana trabajos por su señor. Pues todos estos deseos son centellas vivas que saltan del fuego de la caridad y de la divina suavidad, como ya dijimos.

Nada desto parecerá increíble á quien hubiere leído en Aristóteles que la contemplación de Dios y de las cosas altas y divinas (por poco que alcancemos dellas) es de grande suavidad, y que esto es hacerse el hombre en su manera participante de la felicidad de Dios, la cual no es otra que estar siempre contemplando su misma hermosura. Pues si esta contemplación natural de las cosas divinas, alcanzada por medio de las criaturas, sin fundamento de fe, ni de gracia, ni de caridad, ni de sanctidad de vida, tanta suavidad traía consigo, ¿cuál será aquélla donde todas estas cosas juntas concurren, y sobre todo, particular lumbre y fuego del Espíritu Sancto, que así quiere recrear las ánimas que por su amor dieron libelo de repudio á todos los gustos y bienes del mundo?

Responde á una tácita objección.

§ IV

Mas dirá por ventura alguno: Yo confieso ser verdad todo lo dicho, porque las razones y autoridades que habéis alegado, claramente lo prueban. Mas esos grandes favores no son comunes á todos, sino á los que de todo su corazón se entregaron á Dios, desechados todos los gustos y regalos del mundo, que es cosa de pocos. Á esto primeramente respondo que por lo dicho se prueba la excelencia de la Religión cristiana. Porque si (como ya vimos) el oficio y fin de la verdadera y perfecta ley es hacer á los hombres buenos y bienaventurados (lo cual esta ley hace tan perfectamente como está probado) síguese que ésta es la más perfecta ley de cuantas ha habido en el mundo.

Lo segundo digo que aunque estos grandes favores y consolaciones sean para personas muy espirituales, pero también tiene

nuestro Señor otros proporcionados para la capacidad y virtud de cada uno. Para lo cual es de notar que así como el qne va á coger agua de la mar, cuanto mayor vaso lleva, tanto más agua coge, así el ánima que se llega á nuestro Señor (que es un mar de infinita suavidad) mientra más dispuesta y más purgada estuviere de la afición y apetito de las cosas sensuales, más gustará desa suavidad. Porque (como dice S. Augustín) Dios es sapiencia del ánima purgada, dando á entender por esta palabra que como es necesario que el paladar esté libre de malos humores para que tenga gusto de los manjares corporales, así también lo es que lo esté el paladar de nuestra ánima para gustar de los espirituales. De aquí pues se infiere que según la mortificación que el ánima tuviere de los gustos del mundo, así participará de las consolaciones del Espíritu Sancto, si poco, poco, y si mucho, mucho. Y por esto no puede faltar el alegría de la buena consciencia á los que se determinan de guardar los mandamientos de Dios, como lo declara S. Augustín por estas palabras (1): Tú que buscas verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos en la gloria, sábete que gustarás la suavidad dél entre las molestias y amarguras desta vida, si guardares los mandamientos de aquél que lo prometió. Porque muy presto hallarás por experiencia que son más dulces los fructos de la virtud que los del pecado, y más alegremente gozarás de la suavidad de la buena conciencia entre las tristezas desta vida, que de la mala entre los deleites della. Y sobre el Génesi dice el mismo que el alegría de la buena consciencia es un paraíso. Por dónde la Iglesia en aquéllos que templada y piadosa y justamente viven, se llama paraíso de deleites, el cual florece con abundancia de gracias y castos deleites.

Con esto también se junta que á la entrada deste camino suele nuestro Señor hacer muy buen tratamiento á los que de nuevo entran á servirlo, como lo vemos representado en el recibimiento del hijo pródigo. Porque como sabio y piadoso padre, entiende que no podrá un hombre habituado á los gustos y vicios del mundo abrazar luego la cruz de la penitencia, si no fuere cebado y recreado con otros gustos mayores. Por tanto, ya que se determinó de llamarlo á su servicio, también se determinó de proveerlo de todo lo necesario para efectuarse este llamamiento,

(1) August. de Cathec. Rudibus.

pues sus obras son perfectas y acabadas, y no las comienza ni abre los cimientos sino para cargar sobre ellos el edificio. Conforme á lo cual dice S. Gregorio (1) que al principio de la conversión hay halagos y dulzuras, y en el medio batallas y tentaciones, mas en el fin la perfección de una hermosa victoria de las batallas pasadas. La causa destas consolaciones que reciben los principiantes, es la novedad y grandeza de los misterios que comienzan á ver con la nueva luz que les dan, de los cuales antes no tenían más que un conocimiento muerto, como también era muerta la fe dellos. Mas agora con esta luz es tan grande el alegría y admiración de ver cosas tan admirables, que hasta entonces no habían conocido, que no acaban ni de maravillarse de cosas tan grandes como las que contienen los misterios de nuestra fe, ni de alegrarse de ver las nuevas mercedes que de nuestro Señor reciben. Esto acaece también en las cosas humanas. Quien nunca salió de una aldea, cuando entra en Venecia, ó en otra insigne ciudad, no acaba de maravillarse de cosa tan nueva y tan hermosa: mas en el que ya la vió muchas veces, cesa esta admiración, porque cesó también la novedad. Pues esto mismo acaece á aquéllos cuyos ojos nuestro Señor abrió para ver la hermosura y grandeza de su casa. Finalmente, por muy poco que sea lo que se da, son tan grandes los pocos de Dios, que sobrepujan todos los muchos del mundo. Por lo cual dijo David que valía más un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Y su hijo Salomón dice que más vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes y insaciables.

Estos dos efectos tan nobles de la Religión cristiana, que son la bondad y felicidad que en estos dos capítulos precedentes habemos explicado, prueban claramente ser ella verdadera. Porque no lo siendo, seguirse hía que una de las mayores mentiras y blasfemias del mundo era causa de la mayor bondad y felicidad que hay en el mundo. Porque como todo el fundamento della sea confesar que Cristo es verdadero hijo de Dios, no siendo esto así, nuestra fe confesaría una de las mayores falsedades y blasfemias del mundo, creyendo en un hombre que se hacía Dios sin serlo, que es la mayor falsedad y maldad y blasfemia de cuantas el entendimiento humano puede imaginar. Pues siendo esto así,

(1) Gregor. in Moral.

¿cómo era posible que de la mayor maldad y blasfemia del mundo procediese la mayor bondad y felicidad de cuantas se han visto en el mundo, siendo verdad que la maldad no puede parir sino maldad, y que tan noble efecto no era posible proceder de tan mala y tan abominable causa?

DE LA DÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES HABER DESTERRADO LA IDOLATRÍA DEL MUNDO, QUE ES EL PRIMER TRIUNFO DE CRISTO

CAPÍTULO XII

Estos dos efectos de la Religión cristiana, que son hacer á los hombres buenos y bienaventurados en su manera, pertenecen á personas particulares. Otros hay generales, que tocan á todo el mundo, ó á alguna principal parte dél. Los cuales llamamos triunfos de Cristo, porque él triunfó del demonio, y triunfó del mundo, y asimismo triunfó de los que le procuraron la muerte. Los cuales son también efectos principales de la Religión cristiana y gloriosísimos triunfos de Cristo. De los cuales se trata más á la larga en la tercera parte desta escriptura, donde juntamente se ponen las profecías que denunciaron mucho antes estos triunfos, y se declara la grandeza dellos. Mas en este lugar (donde tratamos de las excelencias y efectos de la Religión cristiana) será necesario decir algo brevemente dellos.

Es pues agora de saber que el mayor mal que ha habido en el mundo después que Dios lo crió, y el más antiguo y más universal y más injurioso de la divina Majestad, y causador de mayores males, fué el pecado de la idolatría. Todos estos males tenía este grande mal. Ca primeramente era muy antiguo, porque comenzó luego dende el diluvio, como Santo Tomás dice. Mas no falta quien diga que también reinó antes del diluvio. Porque si era tan universal la corrupción del mundo como la Escritpura dice, y como lo muestra aquel castigo tan universal del mismo diluvio, parece que la lumbre del entendimiento humano había de estar muy apagada para el conocimiento de Dios, y que él había de permitir que perdiesen la lumbre de la fe los que tenían tan estragada la vida, porque éste suele ser el castigo de grandes pecados, cuales eran los de aquel tiempo.

Era también este pecado, demás de ser tan antiguo, tan uni-

versal que sacado un rinconcillo de Judea (donde había un rayo de luz para conocer el verdadero Dios) todo el resto del mundo, todas las islas de la mar y finalmente todo lo que mira y cerca el sol, estaba escurecido y contaminado con esta mortal pestilencia.

Era también este pecado el más injurioso de la divina Majestad de cuantos hay. Porque esto era quitar á Dios su silla, y asentar en ella al demonio su capital enemigo, y tomar la corona real de su divinidad, y ponerla en la cabeza de Satanás, que en los ídolos era adorado. Y junto con los ídolos vinieron de lance en lance á tanta ceguedad, que adoraban los animales brutos, y las aves, y las serpientes (como el Apóstol dice) y los dragones, como se escribe en Daniel. Callo otros feísimos, deshonestísimos y abominables dioses que adoraron, de los cuales trataremos adelante.

Pues pregunto agora: ¿cuál había de ser la vida, cuáles las costumbres de los que tales dioses adoraban? Porque aquí señaladamente se mostraba la severidad de la justicia divina, permitiendo que los tales adoradores cayesen en todos los despeñaderos de vicios y abominaciones que se pueden imaginar: los cuales refiere el Apóstol en el primer capítulo de la Epístola escripta á los Romanos, como adelante veremos.

Pues ¿qué diré de los sacrificios que se ofrecían á estos ídolos? De los cuales unos eran deshonestísimos (como los que se hacían á honra de la diosa Venus y de la diosa Flora) otros eran furiosos (como los que se ofrecían al dios Baco, que era dios del vino, que llamaban Bacanalia) otros eran cruelísimos, de que hace mención la sancta Escriptura, donde los padres (despojados del amor natural que hasta las bestias tienen á sus hijuelos) sacrificaban á sus mismos hijos, y los pasaban por el fuego, como hizo Manasés, rey de Judea.

Pues si tantos males traía consigo esta pestilencia, y esto no en un reino ó provincia, sino en todo el universo mundo, síguese que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar dél un tan grande mal. Pues este tan grande beneficio se debe á la Religión cristiana y á la virtud y omnipotencia del Salvador, el cual por el ministerio de unos rudos y pobres pescadores, batallando continuamente, no con armas de hierro, sino con la virtud del Espíritu Sancto, á pesar de todo el mundo, des-

terró esta pestilencia dél. Éstos pues asolaron los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron y despedazaron y arrastraron sus ídolos, y derribaron de su trono al príncipe deste mundo, que en todo él era adorado.

Y fué así, que continuándose en estos tiempos por una parte la predicación del Evangelio y por otra la furia de los tiranos contra la Iglesia, sucedió el negocio de tal manera, que cuanto más procuraban los tiranos extinguir el nombre de Cristo y el número de los cristianos, martirizando cada día millares dellos, tanto más ellos crecían y se multiplicaban, como refieren las historias de la Iglesia. Y si algún incrédulo pusiere sospecha en ellas, no la puede poner en Plinio segundo, que era gentil, el cual siendo gobernador de una provincia, y viendo la muchedumbre de cristianos que cada día se mataban, escribió al emperador Trajano una carta (que hoy día anda entre las otras suyas) dándole cuenta de la mucha gente que cada día moría sin cometer delicto alguno contra las leyes romanas: la cual con todos los tormentos que padecía, crecía tanto que cada día se disminuían más los sacrificios y culto de los ídolos. Lo susodicho es de Plinio, el cual en estas palabras abiertamente confiesa la diminución del culto de los ídolos y la muchedumbre y constancia de los cristianos que padecían por la fe. De modo que como se escribe del reino de Isboseth, hijo de Saúl, y del de David, que aquél cada día iba en diminución, y el de David en crecimiento (haciéndose de cada vez más fuerte con el favor de Dios, hasta que finalmente el reino de Saul se acabó, y el de David permaneció y quedó victorioso y solo) así el reino del príncipe deste mundo (que es el demonio, que en todos los ídolos era adorado) quedó destruído y aniquilado, y el de Cristo extendido por el mundo de tal manera que en tiempo del emperador Constantino los mismos sacerdotes de los ídolos, viendo sus dioses tan caídos, entregaban los ídolos que tenían en gran estima y veneración. Y á los que antes llamaban los rayos de Júpiter, sacaban por sus manos de los soterranos y escondrijos donde los tenían, y lo que antes era negado á los ojos del pueblo y solamente concedido ver á los sacerdotes, de ahí adelante era hecho común y despreciado de todos como cosa vilísima. Otras muchas estatuas hechas de metales preciosos fueron derretidas y acuñadas y hechas moneda para el provecho común de los pueblos. Otras estatuas hechas de cobre, de muy

hermosas labores, fueron llevadas á Constantinopla para hermosear la ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y en el lugar de las representaciones, y en las casas reales, conviene á saber, Picias el adevino, Apolo y las musas Helicónides, y las mesas de Apolo Délfico: y los templos fueron despojados, unos de las puertas, otros de los ricos maderamientos, otros dejaban despreciados y hacían dellos muladares, y poco á poco se caían. Porque sabemos que entonces se destruyeron y del todo cayeron en Egea de Cilicia el templo de Asclepio, y en Aface, cerca del monte Líbano y del río Adón, la casa de Venus, el uno y el otro templo insignes y muy estimados por sus devotos.

Mas á este propósito será razón escribir el fin que hubo aquel magnífico templo de Serapis, grande dios de los egipcianos, que está en Alejandría, y muchos habrá (dice Eusebio) qne le hayan visto. Está edificado en alta cumbre, levantada no por naturaleza sino por artificio, más de cien gradas en alto, por todas partes cuadrado y de grande y espaciosa anchura, edificado de bóvedas por dentro hasta el más alto aposento. En lo alto tenía muchas y muy abiertas ventanas, y en lo bajo soterraños para diversos usos y ceremonias de sus abominables sacrificios, y en medio repartidas muchas salas y cuadras y retretes, donde posaban las guardas del templo. Por de fuera estaba todo el sitio cercado en cuadro de portales. En medio de todo el edificio estaba una cámara sustentada con preciosas columnas y labrada de dentro y de fuera magníficamente de mármol, y las paredes aforradas con planchas de oro, y sobre éstas otras de plata, y después otras de cobre, para que guardasen los más preciosos metales. Dentro de la cual estaba el ídolo de Serapis, tan monstruoso de grande, que con la mano derecha tocaba en una pared, y con la izquierda en la otra. El cual se decía que era labrado de todos los metales y maderas que se crían en la tierra, y sobre la cabeza tenía una medida de trigo. Otras muchas cosas tenían los antiguos fabricadas en el mismo lugar, para hacer atónitos á los miserables, que agora sería largo de contar. Y para más encarecer sus blasfemas fantasías, habían echado fama los sacerdotes paganos que si alguna mano de hombre tocase en la sobredicha estatua, luego la tierra se abriría, y el cielo se hendería y caería á pedazos: la cual fama tenían algunos creída, otros á lo menos temían y recelábanla. Pero un caballero, más armado de fe que

con loriga. arrebató una hacha, y con toda su fuerza de un golpe derribó la mejilla del falso dios que encantaba los hombres. Entonces el un pueblo y el otro alzaron un gran alarido, mas ni se cayó el cielo, ni se abrió la tierra, antes el caballero, prosiguiendo lo comenzado, hizo rajas el madero podrido, y derribándole en el suelo, y poniéndole fuego, y levantando la llama, todo fué uno. Pero no le consumieron todo, mas hicieron una sarta de los pies y de las manos y de la cabeza, con su medio celemín encima, y trajéronle arrastrando por su devota Alejandría, y después á vista de todo el pueblo le volvieron en ceniza. Hecho esto, volvieron al tronco que quedaba, y acabaron de quemarle en el lugar público donde se hacían los juegos y representaciones. En este tiempo (como refiere la Historia Tripartita) mandó el emperador Teodosio á Teófilo, obispo de Alejandría, que destruyese los templos de los gentiles, lo cual él cumplió de buena gana. Y así, después de la quema de Serapis, fundieron otros ídolos de metal, y hicieron dellos bacías y calderas y otros vasos para servicio de las iglesias y mantenimiento de los pobres. Pero fué desta manera, que aunque á todos los otros dioses hicieron pedazos, tuvieron respecto á la diosa Mona. Porque á ésta mandó Teófilo obispo que guardasen sana y la pusiesen en lugar público, para que no pudiesen negar los paganos en los tiempos venideros cuáles eran los dioses que adoraban. Y acuérdome (dice este historiador) que Amonio gramático, que era su sacerdote, de quien yo aprendí gramática siendo muchacho, sintió en gran manera esta injuria, y nos decía que ninguna cosa había tanto llegado al alma de los gentiles como no haberse deshecho el ídolo de la diosa Mona como los otros, mas haberse guardado por escarnio dellos. Y aquí vemos á la letra cumplido lo que el Señor tantos años antes había profetizado diciendo: Agora se llega el juicio del mundo. Agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado de la tierra (esto es, puesto en una cruz) todas las cosas trairé á mí. Éste pues fué el primer triunfo de la Religión cristiana contra el demonio y contra todo su poder, mediante la virtud de Cristo, el cual de tal manera deshizo y aniquiló aquellos dioses de los gentiles, que hoy día no hay rastro ni memoria dellos. Y así se cumplió aquella profecía de Zacarías (1), en la cual promete Dios que destruirá los nombres

(1) Zachar. 13.

de los ídolos de la tierra, y que no habría más memoria dellos. ¿Qué se hizo pues aquel tan nombrado Júpiter? ¿Qué es de Venus? ¿Qué de Latona? ¿Qué es de Apolo? ¿Qué es de Cupido y de Baal, con todos los otros ídolos tan reverenciados de los emperadores? ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están? ¿En qué vinieron á parar? ¿Qué se hizo toda aquella flota de dioses, que eran cuasi tantos como todas las provincias del mundo? Pues ¿quién no exclamará aquí? ¿Quién no alabará á aquel Señor que tan gran beneficio nos hizo, pues de tan grande y tan universal mal nos libró? ¿Quién finalmente no engrandecerá la omnipotencia del Crucificado, que así pudo alimpiar la tierra, así pudo purgar la mar, así pudo sanctificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios malvados, y desterrar de todo el universo esta pestilencia mortal, que así pudo abatir los dioses adorados y reverenciados de todas las gentes, y ponerlos debajo de los pies de unos pescadores? Pues ¿quién no conocerá ser mayor que todo el mundo, quien así lo pudo sojuzgar?

DE LA UNDÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE CONTIENE EL SEGUNDO TRIUNFO DE CRISTO, POR EL CUAL TRIUNFÓ DEL MUNDO Y DE TODOS LOS MONARCAS DÉL

CAPITULO XIII

DESPUÉS deste primer triunfo (que fué del demonio) síguese otro no menos glorioso, que fué del mundo y de todos los monarcas y príncipes dél, los cuales todos tomaron las armas, y conjuraron contra el reino de Cristo. De lo cual se maravilla el Profeta luego al principio de sus Psalmos, diciendo (1): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se aliaron con ellos para hacer guerra al Señor y á su Cristo, rey ungido. Y dice esto el Profeta, porque vió en espíritu que todas las gentes, todas las naciones, así bárbaras como políticas, con todos sus reyes y príncipes (incitados y soplados por los demonios, que en los ídolos eran adorados) se habían de levantar y conjurar en uno en defensa de sus dioses contra el nuevo reino de Cristo. Y esta batalla duró no por una breve temporada, sino por más de docientos años, en catorce bravísimas persecuciones que la Iglesia padeció en tiempo de catorce reyes, según la cuenta de S. Augustín en el libro 18 de la Ciudad de Dios. Porque diez persecuciones son las que comúnmente se cuentan, levantadas por diez emperadores romanos. La primera de Nero, en la cual padecieron S. Pedro y S. Pablo, con otros innumerables mártires. Porque el ejemplo de todas las crueldades y deshonestidades, Nero, mandó pegar fuego á Roma por su pasatiempo, y para excusar el odio y invidia de tan grande crueldad, echó fama que los cristianos lo habían hecho. Y para dar color á esta falsedad, mandó matar cuantos cristianos se pudieron

(1) Psalm. 2.

hallar en Roma, con cruelísimos tormentos. Ésta pues fué la primera de las diez persecuciones. La segunda fué de Domiciano, en cuyo tiempo fué desterrado S. Juan Evangelista, y echado en la tina de aceite herviendo. La tercera fué de Trajano, en cuyo tiempo padecieron tres sanctísimos pontífices, Clemente, discípulo de S. Pedro, y Policarpo y Ignacio, discípulos de S. Juan. La cuarta de Antonino Vero. La quinta de Severo. La sexta de Maximino. La séptima de Decio, que martirizó á S. Lorenzo, y fué muy cruel. La octava de Valeriano. La nona de Aureliano. Y la décima, y muy cruel, la de Diocleciano y de Maximiano. Estas diez persecuciones fueron antes del imperio de Constantino, que fué cristianísimo. Á estas diez añade S. Augustín la de Juliano Apóstata, que fué la más perniciosa de todas, porque buscó otras nuevas artes para perseguir los cristianos, privándolos de todas las honras y favores y estudios de buenas disciplinas, y con otras invenciones que el demonio le enseñaba.

Otra fué del emperador Valente, arriano, que cruelísimamente persiguió los católicos, y entre ellos pretendió matar al gran Basilio, obispo de Capadocia, amenazándole por medio de un presidente suyo con la muerte, si no seguía la secta arriana. Al cual respondió el sancto varón: Pluguiese á Dios tuviese yo alguna joya para dar á quien sacase á Basilio desta vida. Y dándole aquella noche de plazo para que deliberase lo que había de hacer, dijo: Yo mañana seré el mismo que agora soy: plega á Dios que tú no te mudes de lo que agora dices. Todas estas persecuciones fueron de emperadores romanos. Otra fué de Sapor, rey de los persas, que adoraba el sol: el cual era muy poderoso y muy grande enemigo del nombre de Cristo, y así levantó contra él una grande persecución, en la cual murieron muchos sanctos obispos, sacerdotes, diáconos, y muchas vírgines consagradas á Cristo, y muchos de otros estados más bajos, cuyo número llegó á diez y seis mil mártires gloriosos, que con diversas maneras de tormentos fueron coronados. Antes destas persecuciones cuenta S. Augustín por la primera la de Judea, en la cual Sanctiago el Mayor por mandado de Herodes fué degollado, y el Menor despeñado, y S. Pedro preso, y S. Esteban apedreado, y S. Matías Apóstol herido y apedreado, y finalmente toda la Iglesia de Judea perseguida por S. Pablo, que entraba por las casas, y sacaba los fieles, y poníalos en las

cárceles, donde les hacía padecer por la fe lo que él por ella después padeció. Éstas fueron las persecuciones de la Iglesia, y éstos los tiranos que cruelísimamente la perseguían.

Pues para tratar agora de la grandeza y gloria deste triunfo, era menester no elocuencia de hombre (porque ésta no basta) sino de ángeles, para declarar por una parte la furia y rabia de los tiranos, y las invenciones nunca vistas ni imaginadas de crueldades con que atormentaban los sanctos, y por otra la fortaleza, la constancia, el esfuerzo de los mártires en medio de tan crueles tormentos. Porque los tiranos no pretendían matar (porque muriendo los sanctos, y perseverando en la firmeza de su fe, quedaban ellos vencidos y los mártires vencedores) sino querían apretarlos con tantas crueldades, que viniesen á adorar sus ídolos. Y para esto buscaban mil invenciones de tormentos, y repetíanlos unos sobre otros, hasta que á los verdugos faltaban fuerzas para atormentar, y á los mártires carnes en que recebir los tormentos. Y con todo esto consumidos ya los cuerpos, estaban los espíritus tan enteros en la confesión de la fe, que sufrían los tormentos no sólo con paciencia sino también con alegría, escarneciendo de los tiranos, y burlando de sus amenazas. Y todo esto padecían por no cometer un solo pecado mortal negando á Cristo con sola la palabra y no con el corazón, del cual pecado al punto se podían arrepentir y alcanzar perdón, como S. Pedro lo alcanzó acabando de negar. Y esta persecución no fué en una ciudad ó en un reino solo, porque no hubo lugar ni rincón en la tierra que no fuese bañado con sangre de mártires, especialmente Roma, Alejandría, que era grande honradora del ídolo de Serapis (donde padeció Santa Catalina mártir) en Antioquía, en Nicomedia, en Cesaría de Capadocia y en Cesaría de Palestina, en Ponto, en Helesponto, en África, en Egipto, en Cartago, en Zaragoza (donde padecieron los diez y ocho mártires que celebra Prudencio) en París (donde fué martirizado S. Dionisio con sus compañeros) en Milán (donde lo fué S. Sebastián) en Siracusas, en Catania (donde padecieron Santa Águeda y Santa Lucía y Santa Inés) en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tebas, y finalmente en todas las provincias del imperio romano, que tenía el sceptro del mundo dende el tiempo de Augusto,[8] que mandó describir todas las gentes. Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecían, porque no sólo

eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras (que no temen la muerte) sino de toda suerte de personas y de todas las edades, de viejos, de niños y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgines delicadísimas, que con fortaleza más que varonil, sufrían tormentos nunca pensados. Y de las mujeres dice Cipriano que eran más fuertes en padecer, que los hombres en atormentar.

§ I

Es también de notar que no sólo los emperadores por el celo que tenían de su imperio, creyendo que sus dioses se lo habían dado, sino también el pueblo y la gente menuda ardían con el mismo odio contra los cristianos, por ser destruidores del culto y templos de sus dioses. De lo cual entre muchos ejemplos contaré uno solo (1). En la ciudad de Gaza Zenón y Nectario (hermanos no menos en el espíritu que en la carne) con ardiente celo de la fe destruyeron los templos de los ídolos que allí había. Contra los cuales se ensañaron en gran manera los moradores desta ciudad, y presos con graves prisiones, los azotaron. Después, juntándose en el lugar de sus representaciones, con desordenadas voces los acusaron que habían destruído sus templos, y que otras muchas cosas habían hecho en injuria de sus dioses en los tiempos pasados. Y encendiéndose unos á otros (como se suele hacer) corrieron á la cárcel, y sacándolos los mataron cruelmente, arrastrándolos unas veces boca arriba, otras veces por las espaldas, y hiriéndolos continuamente con palos y piedras y azotes. Oí que aun las mujeres salían de sus casas, y las lanzaderas de sus telares arrojaban para herirlos, y que los cocineros de las casas comunes, unos echaban sobre ellos agua hirviendo, otros las ollas que cocían, otros barrenaban sus cuerpos con asadores. Pero como ya los despedazasen y quebrasen las cabezas, tanto que los sesos les echaron en tierra, sacáronlos fuera de la ciudad, do suelen echar las bestias muertas, y quemando allí sus cuerpos, algunos huesos que quedaron, mezclaron con las cadaveras de los camellos y de los asnos, porque con dificultad se

(1) Euseb. in Eccles. Hist.

pudiesen hallar. Pues desta manera y con esta furia y rabia perseguían los gentiles, inspirados por los demonios que moraban en los mismos ídolos, á los que destruían esta falsa religión. En lo cual es mucho para considerar que destruyendo los filósofos epicuros todo género de religión (porque negada la inmortalidad de las ánimas y la divina Providencia, afirmando que Dios ninguna cuenta tenía con las cosas humanas, no había para qué aprovechase la religión) y con todo esto, nunca persiguieron ni á él ni á sus discípulos, antes fué tan recebida esta falsedad, que traían su nombre esculpido en los anillos y tazas de plata, y afirmaban que éste solo entre los filósofos había alcanzado la verdad, y librado los hombres de vanos temores y miedos de los dioses. La causa desto fué, porque nada se le daba al demonio que creyesen al Epicuro, porque tan suyos eran los que le creían como los que le adoraban. Mas recebir la fe y Religión cristiana era lo que á él desterraba del mundo, y sacaba las ánimas de su poder: lo que no hacía el Epicuro.

Mas volviendo al propósito, con toda esta furia y rabia de persecuciones que se levantaron contra la Iglesia, ella quedó vencedora, y triunfó gloriosamente de todos los enemigos que con tanta fiereza la perseguían, y los tiranos con sus dioses quedaron prostrados por tierra, y el Crucificado quedó victorioso y señor del campo, él adorado por verdadero Dios, y los falsos dioses acoceados, y quemados, y echados en los muladares, como arriba contamos. Y aquí se cumplió aquella promesa del Padre Eterno, el cual hablando con su Hijo y con su Iglesia por Esaías, dice: Confundidos y avergonzados quedarán todos los que pelearen contra ti. Serán como si no fuesen, y vendrán á ser destruídos los que tomaren armas contra ti. Buscarás á los que te fueron rebeldes, y no los hallarás. Desta manera pues perecieron y se desvanecieron todos los reyes y tiranos que pretendían extinguir el nombre de Cristo y su religión. Esto nos figura aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor, compuesta de diversos metales, que significaba los cuatro principales reinos y monarquías del mundo. Pero una piedra cortada de un monte sin manos, dió en la estatua y la hizo pedazos, mas la piedra creció tanto, que vino á hacerse un tan grande monte, que hinchió el mundo. Por la cual piedra todos los doctores, así hebreos como latinos, entienden el reino de Cristo, que se había de extender y

dilatar por toda la tierra. De modo que aquella soberbia Roma que mandaba el mundo, y crucificó á S. Pedro, está agora subjecta á los sucesores de S. Pedro como á Vicarios de Cristo. Y los emperadores que impugnaban este glorioso nombre, vienen agora á ser coronados y besar el pie á este su Vicario. Y así se cumple aquella promesa del Padre eterno á su sancto Hijo, al cual dijo: Asiéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por escabelo de tus pies. Pues ¿quién no se maravillará deste tan glorioso triunfo? ¿Quién pensara que los cristianos, que en aquel tiempo eran los más abatidos y despreciados del mundo, habían de venir á ser señores de Roma, y tener los emperadores á sus pies? ¿Quién no verá que no se pudiera hacer esto, sino enterviniendo aquí el brazo poderoso de Dios?

§ II

Mas en este triunfo de los ídolos y de los tiranos que los defendían, hay tres cosas de grandísima admiración y dignas de grande consideración. La primera es, que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría dél, como ya dijimos. La segunda, que esta obra fué la más reñida y más contradicha de acabar de cuantas jamás se vieron en el mundo. La tercera, que esta victoria se alcanzó por el más alto medio de cuantos imaginarse pudieran, y más digno de la gloria de Dios. Pues cuanto á lo primero, que es haber sido éste el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, pruébase, porque según reglas de filosofía, tanto es un bien mayor, cuanto nos libra de mayor mal, y tanto este bien es más divino, cuanto es más universal. Pues ¿qué mayor mal que el pecado de la idolatría? Y ¿qué mayor bien que librar á todo el mundo della?

Lo segundo, que esta empresa fuese la más dificultosa de cuantas ha habido, pruébase por la contradición de doce emperadores romanos, señores del mundo, y de otros reyes, los cuales defendían la idolatría con tales tormentos y crueldades, que (como dice Cipriano) para el cuerpo de un mártir había más tormentos que miembros. Con lo cual se junta el tiempo que esta batalla duró, que fueron docientos y tantos años, como ya dijimos.

La tercera cosa, no menos admirable, fueron las armas con que estos valientes caballeros de Cristo pelearon. Porque no fueron lanzas ni espadas, no dar licencia para vicios y deleites, no dádivas grandes, que suelen corromper los ánimos, no elocuencia de oradores, no sciencia de filósofos, no favores de reyes y emperadores. Pues ¿con qué armas pelearon? Con armas de virtudes admirables, con fe firmísima, con caridad encendidísima, con fortaleza invincible, con paciencia inexpugnable, con maravillosa constancia, con suma lealtad para con su Criador y Emperador. Pues con estas armas de perfectísimas virtudes vencieron los mártires todo el poder del mundo y del infierno, y defendieron la fe y la Iglesia de la furia de los tiranos.

La fortaleza y armas destos nobles guerreros describe la Esposa en los Cantares, cuando dice (1): La camilla de Salomón cercan sesenta fuertes de los más esforzados de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear, y cada uno tiene su espada sobre el muslo, por los temores de la noche. Todo esto es místico, todo espiritual, como todo lo demás destos Cantares. Pues esta camilla es la sancta Iglesia, en la cual dulcemente duerme y reposa en las ánimas de los justos aquel Esposo celestial, que tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Y llámase camilla, á diferencia de aquella cama real que él tiene en los palacios celestiales, donde reposa en aquellos espíritus soberanos. Pues esta camilla de la Iglesia cercó y defendió él del furor y armas de los hombres y de los demonios con la fortaleza de los mártires, los cuales como caballeros esforzados la defendieron confesando la fe y burlando de los tiranos y de todas sus amenazas, que eran los temores de la noche, causados por el príncipe de las tinieblas. Por lo cual estaban estos nobles caballeros apercebidos con estas armas espirituales de las virtudes que dijimos, para defenderla. Y para mostrar cuán á punto de guerra estaban para esta defensa, no se contentó la Esposa con decir que tenían las espadas en las manos, sino añade más, que las tenían sobre los muslos, como quien está á punto de desenvainar. Éste era el ejercicio y apercibimiento de los fieles de aquella dichosa edad. Por lo cual dice Tertuliano que no se espantaban en aquel tiempo los cristianos, ni extrañaban las per-

(1) Cant. 3.

secuciones de los tiranos. Porque dende el día que determinaban serlo, se estaban apercibiendo con estas armas para el tiempo de la batalla.

Viendo pues los emperadores esta constancia, y considerando que nada acababan por esta vía con los sanctos, y que ellos quedaban corridos y vencidos, cesaban de atormentarlos. Por dónde entendiendo esto el astutísimo apóstata Juliano, buscó otras extrañas maneras y artes para combatir la fe. En cuyo tiempo sucedió una cosa memorable á este propósito, que Rufino escribe (1). Acaeció, dice él, que sacrificando una vez este tirano á Apolo en Antioquía, no pudo haber respuesta dél, y preguntando á sus sacerdotes la causa deste silencio, respondieron que estaba allí cerca el sepulcro de Babilas mártir, y que injuriados por esto los dioses callaban. Entonces mandó el Emperador que viniesen los galileos (que así acostumbraba él llamar á los cristianos) para que llevasen de allí los huesos del Mártir. Juntóse prestamente toda la Iglesia, hombres y mujeres, dueñas y doncellas, viejos y niños, con gran alegría, vestidos de fiesta, y llevaron con solenne procesión el ataúd del santo Mártir cantando á altas voces: Confúndanse todos los que adoran los ídolos, y los que confían en las estatuas dellos. Estos y otros semejantes cantares sonaban en las orejas del Apóstata, que veía la triunfal procesión de los fieles, que se extendía por espacio de dos leguas. De lo cual se encendió en tan rabioso furor, que otro día mandó prender á todos los cristianos, y meter en las cárceles á cuantos pareciesen por la ciudad, y allí atormentarlos con gravísimas penas. Lo cual desagradó á Salustio su presidente. (aunque era pagano) pero por el mandamiento del César lo comenzó á ejecutar. Y prendiendo á un mancebo que acaso halló primero, llamado Teodoro, le atormentó dende el alba del día hasta la tarde con grande crueldad, renovándole unos y otros verdugos. Pero él, puesto sobre el lugar del tormento, cercado de una parte y de otra de sayones, otra cosa no cuidaba sino con rostro alegre y seguro repetir el verso del Psalmo que el día de antes toda la Iglesia había cantado: Confúndanse todos los que adoran los ídolos, y los que confían en sus imágines. Viendo Salustio que era acabado el arancel de todos los tormentos que tenían de

(1) Eccl. Hist. lib. 10, c. 11.

molde para dar á los fieles, y que la fuerza de su corazón se enternecía, y no podía mellar la fortaleza del Mártir, mandóle volver á la cárcel, y fué al Emperador para hacerle saber lo que había hecho, y aconsejóle que no mandase proceder contra los cristianos de aquella manera, porque á su majestad traería confusión y á ellos grande gloria. Á este Teodoro vi yo (dice el historiador desto Rufino) después en Antioquía, y preguntándole si había sentido mucho los dolores, me respondió que algún tanto le dolían las llagas, pero que estaba cerca dél un mancebo que con unas limpias toallas le quitaba el sudor del rostro, y le rociaba con agua fría, en lo cual recibía tan grande deleite, que mucho más se entristeció cuando le bajaron del tormento, que cuando le pusieron en él. Por el consejo de Salustio se contentó el Emperador con amenazar á los cristianos que volviendo vencedor de los persas, se vengaría enteramente dellos. Y así se partió, de donde nunca volvió, porque allí fué herido y muerto, y no se sabe si por los suyos ó por los enemigos, después de un año y ocho meses de su mal poseído imperio. Ésta es la historia que cuenta Rufino, en la cual vemos cómo la constancia deste valeroso mancebo hizo que no pasase adelante la persecución.

Otra cosa no menos dulce y admirable cuenta el mismo historiador, que también hace á este propósito. Edesa es ciudad de Mesopotamia, habitada de cristianos y ennoblecida con las reliquias del apóstol Santo Tomé. Pasando por ella el emperador Valente, vió que los católicos (á quien él había echado de las iglesias) hacían sus ayuntamientos en el campo: por lo cual se encendió en tanta saña, que dió una bofetada al corregidor de la ciudad porque no los había apartado más lejos, conforme á su mandamiento. Pero él (aunque gentil y injuriado del emperador) todavía dió lugar en su corazón á la natural humanidad. Y habiendo otro día de salir á destruir todo el pueblo de los católicos, tuvo maneras secretas cómo todos lo supiesen, para que se pusiesen á recaudo y no los hallase donde los iba á buscar. Y á la mañana salió por la ciudad con grande estruendo de oficiales, y buscó todas las vías posibles para que (si pudiese ser) pocos ó ningunos padeciesen. Pero procurando él esto, veía que gran muchedumbre del pueblo corría apriesa al lugar diputado para el martirio, temiendo cada uno no faltar al tiempo de la corona. Entre otros vió que una mujercita salía de su casa muy apresu-

rada y tan despavorida, que ni cerraba su puerta, ni bien se cubría el manto, y que (como mejor podía) traía de la mano un hijuelo, y á gran priesa pasaba por medio del escuadrón de sus alguaciles. Entonces él, no pudiendo más contenerse, dijo: Prendedme esa mujer, traédmela acá. Y como viniese ante él, díjole: Miserable mujer, ¿dónde vas tan de priesa? Ella respondió: Al campo donde se junta el pueblo de los católicos. Dijo el juez: ¿Pues no has oído qne el corregidor va á matar cuantos allí hallare? Respondió ella: Pues porque lo he oído, me doy tanta priesa, por que allí me halle. Dijo el juez: Pues ¿para qué llevas este niño? Respondió: Para que Dios le dé tan buena ventura que muera también mártir. Lo cual como oyese aquel prudente varón, mandó volver la gente, y guiar el carro en que iba al palacio del Emperador, y entrando dijo: Señor, yo estoy aparejado para sufrir la muerte, si tú me la quieres dar. pero no ejecutaré tu mandamiento acerca desta gente de los católicos. Y contando al Emperador lo que había pasado de aquella excelente hembra, amansó él su ira y cesó la persecución. Pues por este ejemplo veremos cómo la maravillosa constancia de los mártires vencía la furia y rabia de los tiranos, y hacía cesar sus tormentos.

Y para gloria de Cristo y de sus esforzados caballeros añadiré otro testimonio desta inexpugnable constancia y fortaleza con que los sanctos mártires, siendo vencidos y muertos, vencieron y triunfaron del mundo. Lo cual muestra una carta del emperador Maximino (1), el cual después de haber intentado las más extrañas invenciones del mundo para destruir el nombre de Cristo, finalmente visto que con todas sus invenciones y crueldades no pudo vencer la constancia de los mártires, volvió la hoja y escribió esta carta, en que revoca su determinación y leyes por estas palabras: El emperador Maximino, nunca vencido, Augusto, &c. Entre las otras cosas que por el provecho público siempre ordenamos, habíamos mandado que todo nuestro imperio se rigiese por las leyes antiguas y por la común costumbre de la disciplina romana. Y por consiguiente añadimos que los cristianos, que dejaron la religión de sus antepasados, fuesen constreñidos á volver á ella. Pero somos informados que perseveran en su propósito y con tanta firmeza, que por ninguna forma pueden ser

(1) Euseb. lib. 8, cap. 9.

atraídos á la religión antigua que por nuestros mayores fué instituída, mas cada uno hace la ley para sí, y en diversos pueblos usan de diversas cerimonias. Y dado que sobre esta razón fué por nos mandado que so pena de muerte volviesen á las leyes antiguas, muchos dellos escogieron antes ser muertos con gravísimas penas y sufrir innumerables tormentos y muertes, que obedecer á nuestro mandamiento. Y porque vemos que aún muchos perseveran en la misma voluntad y propósito, que ni quieren dar honra á los dioses celestiales, ni conformarse con la costumbre de su propria tierra, Nos mirando á la mansedumbre acostumbrada con que solemos perdonar á todos los hombres, de nuestro proprio motivo queremos que á éstos también se extienda nuestra clemencia. Por lo cual mandamos y ordenamos que les sea lícito ser cristianos, y reparen y edifiquen de nuevo sus templos, en que tienen costumbre hacer sus oraciones. Hasta aquí son palabras de la carta de Maximino.

Éstas pues fueron las armas con que el Salvador triunfó del mundo, que fueron armas de virtudes, armas espirituales, armas divinas, porque si Dios había de pelear, con estas armas había de pelear, y si había de vencer, con éstas había de vencer. Porque no fuera tan grande gloria suya pelear con la omnipotencia de su brazo de la manera que peleó contra Faraón y contra Senaquerib, rey de los asirios, matándole una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y después á él por manos de sus proprios hijos. Mas la gloria desta victoria fué vencer muriendo y padeciendo, y vencer los emperadores con la constancia de doncellas tiernas y delicadas.

DE LA DUODÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, LA CUAL CONTIENE EL TRIUNFO DE CRISTO CONTRA LOS QUE LE PROCURARON LA MUERTE

CAPÍTULO XIV

La duodécima excelencia de la Religión cristiana es la gloria con que Cristo triunfó de los que le procuraron la muerte, tomando venganza dellos con calamidades nunca vistas ni oídas, las cuales refiere Josefo, gravísimo historiador de nación y profesión judío, en siete libros que desta materia escribió. De las cuales tratamos adelante más largamente, mas aquí referiremos la suma dellas para el cumplimiento desta materia de los triunfos de Cristo. Es pues de saber que luego después de la muerte del Salvador comenzaron sus calamidades por el mismo juez Pilato que lo condenó, el cual afligió aquel pueblo que tenía á su cargo, de muchas maneras. Después del cual se siguieron otros gobernadores de aquella provincia, conviene á saber, Festo, Feliz, Floro, Albino, Cestio, los cuales fueron tales, que cada uno se esmeraba en ser peor que el otro, y competir con él en maldad y crueldad y avaricia, y así cada uno en su tiempo afligió aquel pueblo con tantas maneras de robos, cohechos, injurias, muertes, afrentas y otros semejantes agravios, que incitaron los miserables hombres á rebelar contra el imperio romano, siendo tan desiguales sus fuerzas y armas contra este poder. Después desto sucedió la venida de Vespasiano por razón deste levantamiento, el cual primeramente determinó conquistar las ciudades comarcanas, mayormente la provincia de Galilea, de la cual era gobernador y defensor el sobredicho Josefo. Donde cuasi todas las ciudades de su provincia fueron destruídas, y sus moradores cautivos y muertos. Mas cuán grande haya sido el número de los unos y de los otros, no se cuenta, sino solos los de algunas ciudades. Pero puédese conjecturar por este indicio, que en la ciudad de Jotapata, que Josefo defendía, fueron muertos en tiempo del cerco y á la entrada della cuarenta

mil hombres. Y en otra ciudad, por nombre Taraquías, fueron cautivos cuasi otros tantos. Pues por aquí se verá cuál sería el número de los otros muertos y cautivos en las otras ciudades, en las cuales muchos mataron á sí y á sus mujeres y hijos, por no venir á manos de los romanos, y otros se despeñaron de grandes riscos, y otros se echaron en la mar.

Después desta conquista se siguió el cerco de Jerusalem, cuyas calamidades y desastres vencen con extremada ventaja todas las tragedias y calamidades que ha habido en el mundo. Y la hambre de los cercados fué tan grande, que llegaron á comer las riendas de los caballos, y sus cintas y zapatos, y los cueros con que estaban aforradas las puertas, y otros había que comían las pajas secas, y de cualquier estiércol que hallaban, se vendía un pequeño peso por cuatro dineros. Mas el número de los muertos, ¿á quién no espantará? Porque murieron en este cerco parte á hierro y parte por hambre un cuento y cien mil hombres, los cuales se habían ayuntado en aquella sazón á celebrar la pascua del Cordero, que no se podía celebrar fuera de Jerusalem. Pues ¿cuándo, dende que Dios crió el mundo, hubo jamás cerco ó batalla en la cual el número de los muertos llegase siquiera á la mitad desta cuenta? Los cautivos fueron noventa mil, los cuales guardaban unos para echar á las fieras, y otros para que se matasen unos á otros en los espectáculos y fiestas de los romanos. Tras desto se siguió luego la ruina de aquella tan insigne y tan conocida ciudad en todo el mundo, cercada de tres muy fuertes muros, y amparada con aquellas tres famosísimas torres, de cuya grandeza y fortaleza y hermosura tantas cosas se cuentan: mas para Dios no hay casa fuerte. Pues toda ella, con sus hermosísimos palacios y edificios, y sobre todo con aquel sacratísimo templo celebrado en todo el mundo, fué abrasada y arrasada por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra, de tal manera que (como refiere Josefo) quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitación ni población de hombres. Y juntamente con la ciudad feneció aquel reino más antiguo que el de los romanos, sin jamás hasta hoy ser restituído, ni levantado cabeza.

Mas no se contentó con todo esto la severidad de la justicia divina, sino pasó aún más adelante. Y así fueron por otro levantamiento destruídos por el emperador Trajano, y después más crudamente por Adriano, y después por Valente, y agora andan

derramados y desterrados por todas las naciones del mundo, sin rey, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin orden de república, oprimidos y avasallados y cargados de pechos y tributos en todas las naciones. Pues según esto podemos agora preguntar á los que así andan desterrados: Amigos, ¿qué se hizo aquella tan antigua república, aquel famosísimo templo, aquella orden de sacerdotes y levitas, aquel coro de cantores, aquellos instrumentos de músicas tan suaves, aquellas vestiduras sacerdotales, aquellos vasos de oro tan ricamente labrados, aquellas ofrendas y sacrificios que todas las gentes allí ofrecían, y si volvemos atrás, aquella potencia de David, aquellas riquezas y gloria de Salomón? ¿En qué se ha convertido toda aquella majestad y grandeza? ¿Quién derribó del cielo en la tierra el pueblo de Israel, tantas veces defendido y amparado por Dios? ¿Cómo no se ha acordado del estrado de sus pies en tantos años? ¿Cómo lo deja oprimir de todas las naciones? Pues ¿por qué pecado, tan grande castigo? No por el de la idolatría, por el cual fueron llevados cautivos á Babilonia. Mas este cautiverio no duró más que setenta años, los cuales acabados fueron restituídos en su antigua república y policía. Mas agora después de mil y quinientos años no vemos esta restitución. Pues ¿cuál será la causa de tan largo destierro, sobre tantas calamidades pasadas? ¿Qué podemos aquí decir, sino que pues Dios es rectísimo y justísimo juez (el cual por peso y medida proporciona las penas de los castigos con la calidad de los delictos) que cuanto este castigo y destierro fué máyor que el otro, tanto el pecado por que se dió es mayor? Pues díganme agora todos los entendimientos del mundo, ¿qué pecado pudo haber mayor que el de la idolatría, sino la muerte injustísima del Hijo de Dios y Señor de todo lo criado? Pues el triunfo de Cristo fué el castigo y la venganza deste pecado, el cual así como fué el mayor de todos los pecados del mundo, así fué castigado con la mayor de todas las calamidades del mundo.

DE LA DÉCIMATERCIA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER APROBADA POR TESTIMONIO DE DOCTÍSIMOS Y SANCTÍSIMOS VARONES, Y MUCHO MÁS DE LOS SAGRADOS CONCILIOS

CAPITULO XV

En todas las causas que se tratan entre los hombres, así civiles como criminales, viene á liquidarse y determinarse la verdad por el dicho de los testigos, cuando son abonados. Pues tampoco nuestra sagrada fe y religión carece de testigos, muy más ciertos y abonados que todos los otros Porque primeramente testigos son desta verdad doctísimos y sanctísimos varones, junto con los sagrados Concilios. Testigos también son los sanctos mártires, como el mismo nombre lo significa (porque mártir quiere decir testigo) los cuales firmaron con su sangre la verdad de nuestra fe. Y testigos son también los milagros obrados por Dios en confirmación desta verdad. Y testigos también no menos abonados los Profetas, y el cumplimiento de sus profecias muchos años antes denunciadas. Destas cuatro maneras de testimonio trataremos agora, y primero del testimonio de los sanctos Doctores.

Es pues agora de saber que (como Aristóteles dice en el primer libro de su Retórica) por tres cosas damos crédito á un hombre, y creemos que trata verdad. La primera, si es sabio, la segunda, si es virtuoso, la tercera, si es nuestro amigo. Porque del sabio presuponemos que no errará, y del virtuoso que no mentirá, y de nuestro amigo que no nos engañará. Destas tres cosas las dos primeras caben en muchos Doctores de la Iglesia, los cuales testificaron y defendieron nuestra fe contra todos los herejes del mundo. Entre los cuales unos hubo consumadísimos en todo género de filosofía moral y natural y sobrenatural, que llaman metafísica, como fué Santo Tomás, S. Buenaventura, Alberto Magno, Alexandre de Ales, Escoto, y otros innume-

rables que siguieron la manera de filosofar que éstos. Otros hubo que con estos estudios juntaron la flor de la elocuencia, así griegos como latinos, cuales fueron entre los griegos el gran Basilio, y su hermano Gregorio Niseno, y su amigo y compañero de sus estudios Gregorio Nacianceno, y el contemporáneo déstos S. Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir boca de oro, y el imitador déste, Teodoreto, y más antiguo que éstos, Orígenes. Entre los latinos Cipriano, Ambrosio, Augustino, Hierónimo, versado también en las lenguas hebrea, griega y caldea, y Lactancio Firmiano, á quien él llama río de la elocuencia tuliana, y Arnobio, y el consumado en todas las sciencias humanas junto con la elocuencia Boecio Severino. Todos estos varones esclarecidos en todo género de las disciplinas y sciencias humanas y divinas, con otros innumerables (de que se hace mención en los catálogos de los escritores eclesiásticos) después de estar tan fundados en estas sciencias, gastaron toda la vida en tratar, enseñar, escribir y inquirir la verdad de nuestros misterios, y todos ellos á una voz y con un mismo espíritu los testifican, y confiesan ser ésta verdad revelada por Dios.

Con esto se junta ser muchos dellos sanctísimos varones, los cuales son muy abonados testigos de la verdad, porque estando libres de toda la corrupción de ambición, de avaricia y de todos los apetitos y deseos desordenados, no tenían cosa que los torciese y apartase de la verdad, la cual preciaban más que todos los tesoros del mundo. Y por falta desta pureza dijo nuestro Salvador á los fariseos: ¿Cómo podéis vosotros creer procurando tanto la gloria de los hombres, y no haciendo caso de la gloria de Dios? Y de los malos dijo el Sabio que su malicia los había cegado y privado del conocimiento de la verdad. Lo contrario de lo cual acaece en las ánimas puras y libres de toda malicia, porque así como en un espejo limpio resplandecen más claramente los rayos de la luz corporal, así resplandecen en la consciencia pura los rayos de la luz espiritual de la verdad. Con esto se junta que los varones sanctos tratan siempre con Dios, que es fuente de luz y de sabiduría, la cual continuamente le piden (como la pedía David, cuando decía: Abre, Señor, mis ojos, para que considere yo las maravillas de tu ley) y por consiguiente, á ellos más que á otros comunica Dios el conocimiento de sus misterios. Por lo

cual dijo el Eclesiástico que el ánima del varón sancto atina mejor en el conocimiento de la verdad que siete hombres puestos en atalayas para especular, queriendo por estas palabras declarar cuánto importe la pureza de la vida para el conocimiento de Dios y de sus obras. Y por esto dice el Psalmista que en la boca del justo está la sabiduría, y que su lengua hablará juicio.

Pero otro mayor testimonio que éste tiene nuestra Religión, que es de los sagrados Concilios, lo uno, por razón de la asistencia del Espíritu Sancto, que es el maestro de la Iglesia, y lo otro, porque los testimonios de los sanctos son de personas particulares, mas el de los Concilios es de toda la Iglesia universal, donde se juntan todos los prelados y los mayores teólogos y letrados que hay en toda la Cristiandad, y tratan con maravilloso concierto y acuerdo las cosas que han de determinar. Porque invocada primero la presencia del Espíritu Sancto, cometen á los teólogos que ventilen y disputen las cuestiones que se han de difinir. Y después otros, elegidos para esto, ordenan los decretos que se han de concluir. Y esto viene otra vez á los Padres para ver si hay alguna cosa que se deba añadir, ó quitar, ó mudar. Y esto hecho, vuélvese otra vez á proponer lo emendado, y preguntar por los votos y pareceres de todos. En lo cual se gastan á veces muchos meses en la averiguación de un solo decreto, que es de una verdad. De modo que con tener por cierta la asistencia del Espíritu Sancto, examinan con suma industria y diligencia lo que se debe tener. Y sobre todas estas diligencias se añade la confirmación del sumo Pastor y Vicario de Cristo, que es el Pontífice Romano. Porque ni la fe, ni la gracia, ni la confianza en Dios excluyen los medios de la providencia humana, con tanto que no estribe en ella nuestra confianza, sino en la Providencia divina. Éste es un muy principal testimonio de la verdad de nuestra Religión, que es de innumerables varones doctísimos, y de otros juntamente doctísimos y sanctísimos, y sobre todo, de los sagrados Concilios.

Deste testimonio de la verdad carecen todas las sectas que ha habido en el mundo. No hablo en la secta de los gentiles, la cual no sólo no tuvo testimonio de ningún filósofo sabio, mas antes todos conocieron la vanidad della, como se ve por Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses, donde condena la superstición de aquéllos que ponían en los dioses machos, y hembras, y

casamientos, y partos, y generaciones, y todas las flaquezas que vemos en las cosas humanas.

De la secta de los moros ya dijimos cómo los principales filósofos que en ella hubo (que fueron Avicena y Averrois) condenan á Mahoma en el principal artículo en que se funda todo la orden de la vida humana, que es el último fin del hombre. Mas dirá alguno: Los judíos tienen también sus rabinos y doctores que defienden su secta, y interpretan la Escritura, y compusieron el Talmud, que es entre ellos como el derecho canónico entre nosotros. Desta escriptura suya trataremos adelante, donde verá el cristiano lector tantos y tan grandes disparates, tantas mentiras y deshonestidades, tantas fábulas y patrañas, que sin dubda quedará atónito y como fuera de sí, de ver cómo pudo haber hombres en el mundo que tales cosas escribiesen, y otros tan ciegos que las creyesen. Mas la fuerza de la pasión, y la potencia del demonio, y la ceguedad y malicia del pecado mucho puede con los tales.

PREÁMBULO PARA TRATAR DEL TESTIMONIO QUE NUESTRA FE TIENE CON LA SANGRE DE LOS SANCTOS MÁRTIRES, DONDE SE DECLARA CUÁN GLORIOSA COSA SEA PADECER MARTIRIO POR DIOS

CAPITULO XVI

Después del testimonio de los sanctos Doctores, síguese el de los Mártires, los cuales no sólo con palabras sino también con obras y con su sangre testificaron la verdad de nuestra fe, dejándose hacer pedazos por la confesión della. Por lo cual se llaman mártires, que quiere decir testigos, porque desta manera dieron testimonio de la fe que profesaban.

No me atreveré á tratar desta materia sin pedir primero el favor y socorro del Espíritu Sancto, para que él, que les dió fortaleza para vencer tan grandes batallas, me dé palabras con que pueda referir alguna pequeña parte dellas. Y confieso que ninguna otra materia trato con más gusto y voluntad, y ninguna más recelo tratar, por entender cuán bajo ha de quedar todo lo que en esta parte se dijere, en comparación de lo que la dignidad della requiere. Porque ¿qué palabras bastarán para explicar batallas que fueron un espectáculo y materia de admiración á los ángeles, á los hombres, á los demonios y á los mismos tiranos y verdugos que matirizaban los sanctos? Mas por otra parte la gloria destos fuertes guerreros no nos consiente cerrar la boca para sus alabanzas. Porque pues á los coronistas extraños (como dice Eusebio) está bien que recuenten las batallas, las victorias, los arcos triunfales, y canten las fuertes hazañas de los cónsules y magistrados, y las matanzas de los enemigos y de sus ciudadanos, y pinten en sus historias la turbación de la patria, los llantos de las mujeres y la orfanidad de los hijos, justo es que en esta obra (que trata de las cosas que pertenecen á Dios) contemos las luchas que la carne por la salud del ánima ha peleado, y la guerra con que varonilmente conquistó la ciudad celestial, y publiquemos las batallas que venturosamente acabó

por la virtud de la fe, en las cuales no se armó contra mortales caballeros, sino contra los demonios espirituales, no por las posesiones de la tierra ni señorío de las provincias, sino por el reino de los cielos y heredad del paraíso, no para señorear temporalmente, sino para recebir eterna corona en servicio del Rey inmortal y Dios de todas las gentes.

Ni carece esta materia de notable fruto para las ánimas, porque por aquí se confirma nuestra fe, por aquí se enciende nuestra caridad, por aquí se conoce el poder de la divina gracia que tal fortaleza puso en carne tan flaca. Por aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestra devoción, y se condena el regalo de nuestra carne, y se avergüenza nuestra flojedad y tibieza, pues es tan poco lo que hacemos por el reino del cielo, viendo lo mucho que estos fuertes caballeros padecieron por él. Y por aquí finalmente queda sin excusa nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podría con la gracia, que á nadie se niega. Ésta es una grande gloria que tiene la Iglesia, que es haber sido fundada con la sangre de tantos mártires.

También tengo de pedir al cristiano lector que no me tenga por prolijo ó importuno, si en estos libros tratare muchas veces desta materia, y me extendiere en ella, porque ella es tan dulce, tan provechosa y tan copiosa, que por mucho que se escriba, ni al escriptor faltarán batallas nuevas que escribir, ni al lector cosas con que se pueda edificar, y de que se deba maravillar. Porque si se despueblan las casas y las ciudades para ver lidiar los hombres con un toro, ¿cuánto más glorioso espectáculo será ver pelear una doncella de trece años con todo el poder del mundo y del infierno, y salir desta batalla vencedora, sin que todas las promesas y amenazas y tormentos de los tiranos pudiesen hacer mella en su fe y honestidad?

Mas antes que éntre en esta materia, me será necesario advertir al lector de algunas cosas, para que saque más fructo desta lectura. Y primeramente, porque no es de todos saber estimar la dignidad y alteza de las cosas espirituales, cuando á los ojos de carne parecen abatidas y amenguadas, trataré en breve de la dignidad y gloria que está encubierta debajo de aquella ignominia que por defuera en los mártires parecía. Lo cual también vemos en las ignominias de la cabeza de los mis-

mos mártires, que es Cristo nuestro Salvador. Porque ¿qué cosa más abatida que el pesebre de Cristo, que es lugar proprio de bestias, y la cruz, que era lugar de malhechores? Mas ¿qué lengua podrá explicar la hermosura, las riquezas, las gracias, los tesoros y la gloria que está escondida debajo de esa tan humilde figura? Pues con los ojos que miramos las ignominias de la cabeza, habemos de mirar las de sus preciosos miembros, los cuales en su grado participan así la virtud como la gloria y hermosura de su cabeza. La causa desta gloria es la dignidad y excelencia de la virtud, la cual (como dijo Platón) es de inestimable hermosura. Y como la virtud de la fortaleza y paciencia en casos de muerte sea la más fina y más probada, como el Apóstol dice (1), de aquí es que á los que tienen ojos y juicio para saber mirar y estimar la dignidad y precio de las cosas, ninguna hay que les parezca más gloriosa, ni más hermosa, ni más digna de ser estimada, y esto de tal manera, que cuanto la deshonra y abatimiento y la lucha es mayor, tanto lo es la admiración y estima desta virtud.

Pues por que el piadoso lector tenga ojos para conocer la hermosura que está encubierta en los abatimientos, cárceles y prisiones de los sanctos mártires, pondré aquí algunos pedazos de las cartas que el sancto mártir Cipriano les escribía, ó cuando estaban presos en las cárceles, esperando la corona, ó cuando habían estado constantes y esforzados para recebirla. Pues en una destas cartas, esforzando á unos sanctos obispos y sacerdotes, y otros muchos que estaban presos en la cárcel y en las minas de metales por la confesión de la fe, dice así.

§ I

Carta de S. Cipriano.

La grandeza de vuestra gloria, beatísimos y amantísimos hermanos, me obliga á ir á visitaros y abrazar esos sagrados miembros, si no me impidiera el destierro que yo también pa-

(1) Rom. 5.

dezco por la confesión del nombre de nuestro Salvador. Mas en la manera que me es posible, me presento á vosotros, y vengo con el espíritu y con el amor adonde con el cuerpo no puedo ir, declarando en estas letras mi ánimo y el alegría que recibo con vuestras virtudes y alabanzas, teniéndome por participante de vuestras coronas, si no con la pasión del cuerpo, á lo menos con la compañía de la caridad. Porque ¿cómo puedo yo callar, oyendo de mis carísimos hermanos tantas y tan gloriosas virtudes, con las cuales la divina Bondad os ha honrado de tal manera, que parte ya de vosotros acabó su martirio, y recibió del Señor la corona, y parte está en la cárcel, ó en las minas de metales, presa con hierros, dando con esta dilación de los tormentos ejemplo y esfuerzo á los hermanos? Mas vuestros títulos y méritos crecen con la dilación de las penas, para alcanzar en el cielo tan grandes premios, cuantos días agora se cuentan en los tormentos. Y no dubdo que vuestra religiosa vida mereciese que el Señor os levantase á tan alta y gloriosa cumbre de honra, porque siempre florecistes en la Iglesia, guardando la fe y los mandamientos del Señor, conservando la inocencia con la simplicidad, y la concordia con la caridad, y la modestia con la humildad, y la diligencia en vuestro ministerio, y la vigilancia en ayudar á los que trabajan, y la misericordia en recrear los pobres, y la constancia en defensión de la verdad, y la severidad en el castigo de la disciplina. Y porque ninguna cosa faltase para el ejemplo de las buenas obras, agora esforzáis los corazones de los hermanos á padecer martirio con la confesión de vuestra fe y con la pasión de vuestro cuerpo, haciéndoos guías y capitanes de la virtud, para que siguiendo la grey á sus pastores, trabaje por imitar lo que ve en ellos, y así sean con iguales servicios y méritos coronados. Y haber comenzado vuestra confesión con crueles azotes de varas, no conviene extrañar este linaje de tormento, porque no es razón que el cuerpo del cristiano tema las varas, pues tiene todo su esperanza en el sancto madero. Aquí el siervo de Cristo reconocerá el sacramento de su salud, porque por medio del madero fué redemido para la vida eterna, y por el madero agora se dispone para la corona. Y ¿qué maravilla es, que siendo vosotros vasos escogidos de oro y de plata, estéis condenados á las minas de metales, sino que agora se ha mudado la naturaleza de las cosas, pues los lugares que solían dar estos

metales, agora los reciben con vosotros? Aquí también prendieron vuestros pies con cadenas, y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos, ni atan los pies de los cristianos para la infamia, sino glorifícanlos para la corona. ¡Oh pies dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh pies dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos al paraíso! ¡Oh pies atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh pies detenidos con grillos y con la ira del adversario, los cuales con gran ligereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario presos vuestros cuerpos, mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo en esas minas con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolación del Espíritu Sancto. Los miembros cansados con los trabajos tienen por cama la tierra, mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados y descoloridos y cubiertos de polvo, mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la ración de pan que ahí os dan, mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios. Fáltaos la vestidura en tiempo del frío, mas el que ha vestido ya á Cristo, abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio tresquilada, mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté, por la gloria dél está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¡con qué resplandor será recompensada! Esta pena breve del siglo, ¡con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor, según dice el Apóstol (1), reformare el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad!

Ni tampoco, muy amados hermanos, debéis tener por menoscabo de nuestra fe y religión no tener agora los que sois sacerdo-

(1) Philip. 3.

tes, facultad para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos, pues agora celebráis y ofrecéis á Dios un sacrificio precioso y glorioso, por el cual se os ha de dar un grande premio, pues como dice el Profeta (1), sacrificio es para Dios el espíritu contribulado, y el corazón quebrantado y humillado no lo despreciará el Señor. Este sacrificio ofrecéis á Dios día y noche sin cesar, ofreciendo á vosotros mismos como sacrificios puros y limpios. Éste es aquel cáliz de salud que el Profeta (2) quería ofrecer á Dios en recompensa de los beneficios recebidos. Pues ¿quién no recibirá alegre y promptamente este cáliz de su salud? ¿Quién no deseará tener algo que pueda ofrecer á su Señor? ¿Quién no padecerá fuerte y constantemente esta muerte preciosa en su acatamiento, para agradar á los ojos de Aquél que en esta batalla nos está mirando dende lo alto, ayudando á los que pelean, y coronando á los que vencen, y remunerando con piedad de padre lo que él nos dió, y honrando lo que él en nosotros obró? Todo esto, fortísimos y fidelísimos caballeros de Cristo, declarastes á vuestros hermanos, cumpliendo con las obras lo que antes enseñastes con palabras, para que así seáis grandes en la casa de aquel Señor que dijo (3): Quien obrare y enseñare será grande en el reino de los cielos. De aquí procedió que mucha parte del pueblo, siguiendo vuestros ejemplos, juntamente confesó y juntamente ha sido coronada, y estando uñida y abrazada con sus pastores con lazo de fortísima caridad, ni en la cárcel ni en los metales se apartó dellos. Á cuyo número se juntaron muchas vírgines, las cuales después del fructo de sesenta debido á su virginidad, acrecentaron el de ciento, debido al martirio, para que así reciban corona doblada en el cielo. Mas en los mochachos que están en vuestra compañía, es la virtud mayor, la cual pasa adelante de la facultad de su edad con la gloria de su confesión, para que todas las edades y condiciones de hombres y mujeres hermoseen esa bienaventurada grey de vuestro martirio. Pues ¡cuál será agora, amantísimos hermanos, la virtud de vuestra consciencia vencedora! ¡Cuán grande la alteza de vuestro ánimo! ¡Cuán grande el alegría de vuestros sentidos! ¡Cuál el triunfo de vuestro pecho, viéndose cada uno de vosotros abrazado con la obediencia de los mandamientos divinos, y verse ya seguro en el

(1) Psalm. 50. (2) Psalm. 115. (3) Matth. 5.

día del juicio, andar entre las minas de los metales con el cuerpo cautivo, y con el espíritu reinando en el cielo!

Lo susodicho es un pedazo desta divina epístola del glorioso doctor, obispo y mártir Cipriano. Del cual pudiera referir aquí otras epístolas suyas, escriptas en semejantes propósitos, en las cuales viera el cristiano lector cuán grande gloria y hermosura está encerrada en cosas que á los ojos del mundo parecerían tan feas y abatidas. Mas por evitar prolijidad no las quise escribir. Mas con todo, quien quisiere ver la alteza que está encubierta en esta bajeza, lea lo que S. Crisóstomo escribe sobre aquellas palabras que el Apóstol escribe á los cristianos de Éfeso, diciendo (1): Ruégoos, hermanos, yo, preso por el Señor, &c. y aquí verá las grandezas que este sancto doctor dice sobre esta prisión, alegando que mayor cosa era ser preso por Cristo que hacer milagros y resuscitar muertos, y más que ser llevado al tercero cielo, y más que estar entre los coros de los ángeles, diciendo que si no fuera por la obligación de residir en su Iglesia, no descansara hasta ir á ver estas cadenas, y abrazarlas y besarlas. Todo esto se ha dicho para darnos ojos con que sepamos mirar y reverenciar y estimar las injurias y abatimientos que aquí contaremos de los sanctos mártires.

Sobre esto añadiré otra cosa que hace á este propósito. En tiempo del sanctísimo papa Gregorio, la emperatriz de Constantinopla le envió á pedir con mucha instancia la cabeza del apóstol S. Pablo. Mas el religioso Pontífice le respondió que por ninguna vía despojaría á Roma de aquel tan precioso tesoro. Mas lo que haría por ella sería limar un poco de la cadena con que el glorioso Apóstol estuvo preso en tiempo de Nero, y que esto le enviaría por unas preciosas reliquias. Pues por aquí (como dije) se verá la estima en que los sanctos tuvieron lo que el mundo en otros tiempos tuvo por la más abatida cosa dél. Y junto con esto se entenderá cuán gloriosa y meritoria cosa sea padecer trabajos, injurias y agravios por amor de Cristo, y cuán digna de ser de todos los que le aman, preciada y deseada.

(1) Ephes. 4.

§ II

Demás de lo dicho también me pareció prevenir á los que todas las cosas miden con el provecho ó daño de los cuerpos, que cuando aquí leyeren las extrañas maneras de tormentos que los sanctos mártires padecieron, no se escandalicen ni espanten de ver cómo la Providencia divina no abrasaba con rayos del cielo á los que tales crueldades ejecutaban en los sanctos, ó cómo la tierra no se abría y los tragaba vivos como á Datán y Abirón. Porque entendida la calidad destas pasiones, verán cuánto mayor materia tienen aquí para alabar la divina Providencía, que para quejarse della.

Para lo cual presupongamos primero que nuestro Señor en todas sus obras generalmente pretende por una parte su gloria, y por otra el provecho de los hombres, como se ve claro en la obra de nuestra redempción, la cual señaladamente sirvió para la gloria de Dios y para el común remedio del género humano. Y esto declararon los ángeles cuando nacido el Salvador cantaron: Gloria á Dios, y paz á los hombres. También conviene presuponer que este mismo Señor, como justísimo apreciador de las cosas, mucho más cuenta tiene con la salud y bien de las ánimas, que son inmortales y semejantes á los ángeles, que con los cuerpos, que son corruptibles y semejantes á las bestias. Lo cual demás de otros muchos ejemplos, se ve en la providencia que tuvo de S. Juan Baptista, pues sanctificó y enriqueció su ánima con tantas gracias aun antes que naciese. Y con todas estas grandezas dió su cabeza por el baile de una mozuela. Y lo mismo vemos en Hieremías. que en el vientre de su madre fué sanctificado, y al cabo de la vida consintió que muriese apedreado.

Pues siendo esto así, y conociendo nuestro Señor cuánto mejor le iba á su Iglesia con la guerra que con la paz, porque la guerra y la persecución (como dice S. Crisóstomo) hacía mártires, mas la paz y la prosperidad hacía á los hombres flojos, ambiciosos y deliciosos, procuraba más para su Iglesia lo que le convenía que lo que la dañaba. Y que esto fuese así (demás de ser ésta la común sentencia de los sanctos) alegaré á Eusebio,

gravísimo autor (1), que como testigo de vista confirma esta misma sentencia, la cual me pareció referir en este lugar para nuestro propósito. Dice pues él así.

Ciertamente sobrepuja nuestras fuerzas declarar cuánto haya aprovechado y crecido hasta nuestros días, y á cuán alta cumbre haya subido la palabra de Cristo y doctrina del Evangelio, como se puede conjecturar por lo que diré. Ya los emperadores romanos concedían á los nuestros autoridad de regir las provincias y de juzgar en diversas ciudades, y permitían á sus mujeres y á su familia no solamente creer en Jesucristo, mas que con toda libertad y confianza viviesen en su religión. Tanto, que aquéllos tenían por fieles amigos, que sabían guardar lealtad á su Señor y á su ley, ni sentían mal de su fe, como fué aquel famosísimo Doroteo, camarero de los reyes, que por la fe del Salvador era tenido por fidelísimo. Por lo cual mereció ser antepuesto á todos en honra y amor y privanza de los príncipes. Semejantemente el excelente caballero Gorgonio y otros discípulos de Cristo, que en el palacio de los emperadores eran honrados, y otros que merecían por la seguridad de su fidelidad ser escogidos por gobernadores y presidentes de las provincias. Pues la muchedumbre de los pueblos que en las iglesias se juntaban, mayormente en los días de fiesta, ¿quién podrá cumplidamente contar? Tanto, que ya no bastaban los templos antiguos, mas cada día se ensanchaban y se hacían mayores, conforme á las ciudades. Así por mucho tiempo el estado de las iglesias se prosperaba, y la gloria dellas volaba sobre la tierra, y pasaba todo lo criado, y á grande priesa caminaba para el soberano cielo. Ninguna envidia ni enemistad del maldito demonio se le ponía delante, porque por la diestra del poderoso era llevada, y el pueblo cristiano lo merecía con la ayuda de Dios, así por la constancia de fe, como por la guarda de la justicia. Pero después que por la mucha soltura y regalo se corrompieron las costumbres, la doctrina también se estragó, porque envidiando unos á otros, y contradiciendo y disfamando los grandes á los pequeños y los pequeños á los grandes, mordiendo y acusando y levantando entrañables contiendas dentro de nuestros reales, enclavando con saetas de palabras los corazones de los prójimos, moviendo

(1) Euseb. Eccl. Hist. lib. 8, cap. 1.

guerras y bandos prelados contra prelados y pueblos contra pueblos, mostrando amigable semblante y encubriendo engaños en el corazón, y con la lengua hermoseando halagüeñas palabras, y finalmente poco á poco creciendo el montón de los males, la divina Providencia, viendo que la destruición de su pueblo había sido por usar mal de la paz y de la blandura y regalo con que hasta allí los trataba, comenzó á poner arrimadizos á su Iglesia, que bambaleaba. Y permitió al principio que perseverando todavía entero el estado de la Religión cristiana, y sin menoscabo de las comunidades de las iglesias, fuesen primero que todos salteados por la persecución de los gentiles, solos aquéllos que traían hábito y ejercicio de caballería. Pero ni desta manera entendieron los pueblos la clemencia divina, antes, como si ningún conocimiento de Dios tuvieran, así pensaban que aquello no venía guiado por su mano, y á esta causa todavía perseveraban en sus males. Semejantemente los que se tenían por caudillos y adalides del pueblo, olvidados del divino mandamiento, contra sí mismos se encendían con envidias y rancores y bandos, tanto que más vivían á manera de tiranos que de sacerdotes, y menospreciando la devoción y puridad cristiana, celebraban los sagrados misterios con ánimos aseglarados. Todo lo susodicho es de Eusebio. Después de lo cual comienza á recontar la persecución de Diocleciano y Maximiano emperadores, la cual permitió nuestro Señor para remedio del daño que la prosperidad y la paz larga habían causado. Lo cual he referido aquí para que se vea que más claramente resplandece la divina Providencia en los azotes y castigos, que en las prosperidades y regalos, y que no es esto cosa nueva en él, sino muy usada. Y así dice él por S. Juan (1): Yo á los que amo, reprehendo y castigo. Y por Amós profeta, hablando con su pueblo, dice: Á solos vosotros conozco entre todas las gentes, y por esto tengo de visitaros con el castigo de vuestros pecados.

Servía también esta persecución para gloria de los mismos mártires, los cuales con una hora ó un día de trabajo ganaban una eternidad de descanso, y una especial corona de martirio, y una altísima silla entre los coros de los ángeles, porque así como llegaron á lo último que se podía hacer por la gloria de su Criador

(1) Apoc. 3.

(que es perder la vida) así les dará él en su palacio real un altísimo y nobilísimo lugar, y así como ellos fueron leales á Dios en estar tan constantes en la confesión de su nombre, así él lo será mucho más en la grandeza del galardón que les dará. La gloria dellos cuenta S. Juan en el libro de su Revelación (1), diciendo que vió una compañía de gentes de todas las naciones y linajes del mundo, la cual era tan grande, que nadie la pudiera contar: las cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos, cantando loores de Dios. Y uno de aquellos veinte y cuatro ancianos que asisten ante el trono de Dios, me preguntó: Éstos que ves aquí vestidos de ropas blancas, ¿quién son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor mío, vos lo sabéis. Éstos, dijo él, son los que pasaron por una grande tribulación, y lavaron sus vestiduras, y blanqueáronlas con la sangre del Cordero. Y por eso están ante el trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está asentado en el trono mora en ellos. Y ya de aquí adelante no padecerán más hambre ni sed, ni los afligirá el ardor del sol y del estío. Porque el Cordero que está en medio del trono, los ha de regir y llevar á beber de las fuentes de las aguas de vida, y él enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Todo esto es de S. Juan. Véase pues por aquí si se pueden llamar á engaño los sanctos mártires, pues con tan breves trabajos merecieron una tan grande gloria, que el Cordero de Dios (que es el Señor de todo lo criado) como piadosa madre enjugase las lágrimas de sus ojos, y por un breve trabajo les diese eterno descanso en lo más bien parado de su reino.

§ III

Mas cuán glorificado haya Dios sido con las victorias y triunfos destos gloriosos mártires, ¿quién lo podrá explicar? Porque muchas maneras hay con que las criaturas glorifican y alaban á su Criador, de las cuales adelante trataremos más copiosamente entre los fructos del árbol de la cruz. Mas agora decimos brevemente que unos glorifican á Dios con psalmos y voces de alaban-

(1) Apoc. 7.

za, otros con la pureza de la vida, otros con ofrecerse á trabajos y peligros virtuosos, confiados en su bondad y providencia, otros con padecer persecuciones del mundo por su gloria, y otros de otras maneras. Mas la más alta manera de glorificarle es padeciendo muerte por su servicio, mayormente cuando la muerte es prolija y ejecutada con crueles tormentos, porque esto no es ya padecer una sola muerte, sino muchas, de la manera que los sanctos mártires las padecían, como adelante veremos. Y que esto sea glorificar á Dios, significólo el evangelista S. Juan, cuando el morir S. Pedro en cruz llamó glorificar á Dios y seguir á Cristo (1), siendo grande gloria seguir al Señor, como el Eclesiástico dice. Pues según esto, no hay caudal en toda la naturaleza humana, ayudada con la gracia, para honrar más á su Criador, que mostrar no por palabra sino por la obra ser tan grande su majestad y bondad y su gloria, que quiera su fiel siervo padecer todos los tormentos que la furia de los hombres y de los demonios pudieron inventar, antes que decir ó hacer alguna cosa contra su servicio. ¿Qué mayor fe, qué mayor fortaleza, qué mayor lealtad se puede pedir á una criatura de carne que ésta? ¿Á dónde puede subir más toda la facultad de la naturaleza humana, ayudada con todos los socorros de la gracia? ¿Qué tiene el hombre más que ofrecer á Dios que la vida, y ésta ofrecida con tales tormentos? Y si es verdad, como lo es, que todos los buenos son aquellas plantas de Esaías, las cuales con la hermosura de sus virtudes nos convidan á glorificar á Dios, ¿cuánto más lo glorificarán estos árboles cultivados y regados con la sangre de sus martirios?

Es también por otra manera glorificado Dios con esta sangre, porque él les dió aquella constancia y fortaleza invincible con que perseveraron tan leales y fieles hasta la muerte. Y esto es lo que S. Juan nos significó en la autoridad alegada, cuando dijo que los mártires habían parado blancas sus vestiduras con la sangre del Cordero. Porque por el mérito de aquella preciosa sangre se les dió aquella tan grande firmeza y constancia, con la cual burlasen de los tiranos, despreciasen sus amenazas, y escarneciesen de todas las máquinas de sus tormentos. De manera que así la fortaleza y mérito del padecer, como la corona de la

(1) Joan. ulti.

pasión, se debe á aquel inocentísimo Cordero, que nos mereció lo uno y lo otro. ¡Oh quién tuviese palabras para explicar cuán grande sea la gloria del poder y de la bondad y de la providencia de Dios, que en esta obra resplandece! Los cielos (dice David) predican la gloria de Dios con la grandeza de sus virtudes y hermosura. Mas ¿qué le costó á Dios esta obra? Así ésta como todas las otras no le costaron más de lo que dice el Profeta: *Ipse dixit, et facta sunt*. No le costó más que decir y hacerse todo lo que él quisiese, sin que hubiese cosa que le contradijese ó resistiese. Mas aquí, ¡cuántas cosas le resistían! ¡Cuántas peleaban contra él! Peleaban los tiranos, peleaban los demonios, peleaban mil maneras de tormentos, resistía la flaqueza de nuestra carne, la cual aun en Cristo temió la muerte, resistía toda la potencia del amor proprio, peleaban todas las fuerzas de la naturaleza, peleaba y resistía la complexión del hombre, que es la más sensible y más enemiga de dolor de cuantas otras hay. Por dónde ha acaecido muchas veces los hombres confesar la culpa de muerte que no cometieron, por excusar el dolor de los tormentos, teniendo por menor mal la muerte que la violencia del dolor. Pues ¡cuán grande gloria del poder de la divina gracia fué hacer que tantos millares de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos y de doncellas tiernas y delicadas sufriesen tan extraños tormentos, y esto con tanta fortaleza, con tanta alegría, con tanto esfuerzo, que confundiesen á los tiranos y cansasen á los verdugos, y ellos no sólo no se cansasen de penar, mas antes sufriesen los tormentos con grande gloria y ufanía, como personas que tanto más cerca tenían la corona, cuanto mayores tormentos padecían! Y así muchos dellos (como dice Hilario) daban gracias por sus azotes, otros se gloriaban en sus cadenas y cárceles, otros ofrecían alegremente sus dichosas cabezas al cuchillo, muchos dellos saltaban en las hogueras que para ellos estaban encendidas, y temblando los ministros de la maldad, ellos con un religioso apresuramiento se arrojaban en las llamas: y otros hubo que siendo mandados echar en las aguas para ser ahogados, iban á ellas no como á aguas de muerte, sino de refrigerio saludable, ofreciendo en sus cuerpos al Criador (como dice Basilio) otra nueva manera de holocausto, no por fuego, sino por agua. Cosa es ésta de que aquel sancto Profeta quedaba espantado y atónito, cuando hablando con Dios, y viendo figurada esta mara-

villa en el paso de los hijos de Israel por el mar Bermejo, decía: Abriste, Señor, en la mar camino á tus caballos en medio de las muchas aguas, y cuando yo esto oí, me temblaron las carnes, y con esta voz se estremecieron los labios de mi boca. Palabras son éstas de quien tenía espíritu de Dios para saber estimar esta admirable virtud y fortaleza que aquel omnipotente y misericordioso Señor dió á sus fieles caballeros, los cuales en medio del mar amargo de sus persecuciones hallaron camino seguro, y en medio de las muchas aguas de las tribulaciones se les descubrió la tierra seca por do pasasen á pie enjuto y sin peligro, pues (como se escribe en los Cantares) las muchas aguas no pudieron apagar en ellos la llama de la caridad, ni las crecientes de los ríos la pudieron cubrir. Admirable fué el poder de Dios, cuando pasó los hijos de Israel por las aguas del mar Bermejo sin peligro, y no menos lo fué cuando dió virtud á los sanctos mártires para pasar por medio de las aguas de tantas tribulaciones sin desmayo y sin pecado. Aquello hizo él una sola vez, mas esto hizo con todos los sanctos mártires, que no son menos que las estrellas del cielo. Pues ¿quién pudiera acabar esta tan grande obra, sino Dios? ¿Quién pudiera á una carne tan flaca dar fortaleza para vencer tan grandes batallas, sino el brazo de Dios? Estaban atónitos los que presentes se hallaban, y con ser enemigos se compadecían de ver lo que las sanctas vírgines padecían, porque la grandeza de los tormentos vencía la dureza de sus corazones, y convertía su furor en compasión. Pues ésta fué singular gloria de Dios, pelear contra todo el poder del mundo y del infierno con instrumentos tan flacos, tan delicados y tan sensibles, y vencer y triunfar de toda esta potencia con ellos. Pues ¿cuán grande gloria fué ésta de este Señor, ayudar él tan poderosamente á sus fieles siervos, y defender ellos con tanta fidelidad la gloria de su Señor? Yo confieso que todos aquellos espíritus soberanos de ángeles y de querubines y serafines glorifican á Dios con la excelencia de su naturaleza, y con el resplandor de la gracia y gloria que les fué dada, y con la obra por donde la merecieron. Mas no le glorifican de la manera que los sanctos mártires, con la pasión de sus cuerpos, porque no los tienen. Alaba Plutarco á Alexandre Magno sobre todos los otros monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas, mas éste ganó la monarquía con su lanza y con muchas heridas que en diversas

batallas recibió. Lo mismo en cierta manera podemos decir de los sanctos ángeles, los cuales fueron criados en el cielo Empíreo con aquella noble naturaleza y gracia que les fué dada, y poco les costó la gloria de que para siempre gozan. Mas los sanctos mártires, ¡con cuántas heridas, con cuántos géneros de tormentos, unos sobre otros repetidos, la ganaron! Por dónde aquéllos cantan y predican la gloria del Señor con la hermosura de la naturaleza y gracia que les dieron, mas éstos con las heridas que en sus cuerpos por la gloria de su Señor recibieron. Esto nos declara S. Juan en su Revelación cuando dice que oyó una voz en el cielo como de un grande trueno, y como voz de muchas aguas, y como voz de tañedores que tañían en sus vihuelas. Pues ¿cómo concuerdan entre sí estas tres maneras de voces de grande trueno, y de muchas aguas, y de música suave de vihuelas? Todo esto es místico, todo espiritual. Pues por este tan grande trueno se entiende la predicación del Evangelio, que sonó por todo el mundo, como lo significó Esaías cuando dijo: En los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo, que es Cristo, autor de nuestra justicia. Y por las muchas aguas entendemos las grandes tribulaciones y tempestades que los sanctos Apóstoles y Mártires padecieron por esta predicación. Mas por la música de vihuela en que estos sanctos mártires tañían, entendemos la gloria y las alabanzas que ellos daban á su Criador con la pasión de sus cuerpos. Porque en la vihuela están las cuerdas que hacen la música, depuradas de todo humor, y retorcidas y estiradas en ella, y desta manera sirven para la música. Pues esto mismo vemos en los sanctos mártires, los cuales despedido de sí todo el amor y afición de las cosas terrenas y de su misma vida, fueron torcidos y afligidos con diversos tormentos. Porque los cuerpos destos sanctos tendidos en las parrillas, y crucificados y estirados en los maderos, ¿qué eran sino cuerdas destas vihuelas, que hacían una música suavísima en los oídos de Dios? Pues en estas vihuelas tañen y cantan eternalmente los sanctos mártires cantares de alabanza á su Criador, predicando su gloria y el poder de su gracia, con la cual vencieron tan grandes batallas por su amor.

§ IV

Resplandece también aquí la gloria de la bondad y providencia divina por otra manera maravillosa. Porque demás de la fortaleza interior de la gracia con que este Señor ayudaba á sus siervos, ayudábalos también con otros socorros y ayudas y favores exteriores. Porque unas veces apagaba las llamas del fuego, como lo hizo con Santa Lucía, otras curaba en la cárcel sus llagas, como lo hizo con Santa Margarida y Santa Águeda, otras los visitaba en la cárcel, como lo hizo con Santa Catalina mártir, otras los mandaba consolar con ángeles y con cantares muy suaves, como lo hizo con S. Vicente, otras soltaba las cadenas con que estaban presos, como lo hizo con S. Pablo y con su compañero Silas, otras los confirmaba más en la fe con los milagros que por ellos obraba, como lo hizo con S. Lorenzo (que estando preso daba lumbre á los ciegos) otras consolaba con la conversión de muchos, que por virtud de estas y otras maravillas se convertían á la fe y padecían martirio juntamente con ellos, como se escribe de aquellos cincuenta oradores que se convirtieron á la fe por la doctrina de Santa Catalina, y padecieron martirio por ella. Y de todos estos ejemplos hay muchos, aunque no hice aquí mención más que de solos éstos. Otras muchas veces amansaba los leones y bestias fieras para que no tocasen en sus siervos. De lo cual contaré aquí un memorable ejemplo, que no podrá dejar de causar muchas devoción y admiración á quien lo leyere, considerando este regalo y favor de la divina Providencia de que vamos hablando, el cual cuenta Eusebio en su historia como testigo de vista que presente se halló. Sus palabras son éstas (1).

Yo agora no cuento lo que oí, sino lo que vi con mis ojos. Buscaban los tiranos nuevas artes de tormentos que sucediesen unos á otros. Primero rasgaban con peines de hierro sus cuerpos, después echábanlos á las bestias, azomándoles los leones y osos y onzas, y otras muchas fieras, puercos monteses y otros, agarrochándolos primero, y hiriéndolos con fuego para acrecen-

(1) Euseb. Eccl. Hist. lib. 8, cap. 3.

tarles la fiereza. Todas estas municiones se aparejaban contra la fortaleza de los siervos de Dios, y con crueldad se armaban para sus penas los hombres, los brutos animales y los elementos. Entonces desnudaban á los honradores del Señor en medio del palenque, amenazando á las fieras, y encruelesciéndolas con mil artes dentro de sus cuevas, y así salían rabiosas, y súbitamente hinchían el coso, y ceñían en derredor el sagrado coro de los mártires que en medio estaban, cercándolos de una parte y de otra. Pero andando muchas veces al derredor dellos, olieron la virtud divina presente, y humillándose se apartaron de sus venerables cuerpos. Mas el furor que se amansó á las fieras, se dobló á los hombres. Ninguno dellos conoció el socorro del Soberano, y ninguno creyó que les favorecía la diestra del Poderoso, mas enviaron á las bestias hombres diestros en embravecerlas: pero ellas (por que viesen que no les faltaba osadía ni fuerzas, sino que el poder de Dios amparaba sus siervos) con increíble ligereza despedazaron aquéllos que iban á hacerlas feroces. Y no quedando ya oficial que osase ir á ellas, mandaron á los mismos mártires que con sus manos les hiciesen cocos, y las incitasen á venir contra sí mismos: mas ni aun esto las movía de su lugar, antes si alguna iba hacia ellos, en llegando al más cercano, luego daba la vuelta. Los que presentes estaban hubieron grande espanto, viendo que los hombres desnudos (entre los cuales eran muchos de tierna edad) en medio de tantos y tan fieros animales estaban sin temor ni temblor, levantadas al cielo las manos, y los ojos y el corazon puestos en Dios, menospreciando no solamente todo lo temporal, mas su misma carne, y temblando sus mismos jueces de espanto, estaban ellos alegres y con sereno rostro en presencia de tantas fieras. Mas ¡oh duras y atónitas ánimas de hombres, que la ferocidad de las bestias por la virtud de Dios se enternece, y la rabia humana avergonzada de los brutos animales no se aplaca! Hicieron experiencia de otros delincuentes gentiles, echándolos á las bestias: los cuales en pareciendo delante dellas, fueron despedazados, unos por los leones, otros por los osos, otros por las onzas, otros echados en los aires con los cuernos de los toros. Ni aun después de así encarnizadas las fieras, osaban llegar á los siervos de Dios, á quien la virtud soberana cercaba con muro fortísimo, cumpliendo la palabra que él había dicho: Do se hallaren dos ó tres de vosotros

juntos en mi nombre, estaré en medio dellos. Viendo la crueldad rabiosa salir en vano todos sus ardides, trocaron las fieras, haciendo salir otras de refresco. Y como quier que tampoco éstas diesen molestia á los sanctos, finalmente saltaron los rabiosos hombres más crueles que tigres, y con sus espadas acabaron lo que las fieras no quisieron comenzar. Esta dulcísima historia refiere Eusebio, en la cual podrá ver el piadoso lector cuán grande sería la consolación destos gloriosos mártires, cuando considerasen este tan gran favor y regalo de la divina Providencia para con ellos. De aquellos tres mozos que mandó Nabucodonosor echar en el horno de fuego, porque no quisieron adorar su estatua, se escribe que como el fuego no les hiciese algún daño, inflamados sus corazones con otro mayor fuego de amor de aquel Señor que así los había amparado, comenzaron á entonar aquel cántico que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino,* en el cual convidan á todas las criaturas del cielo y de la tierra y del aire á que juntamente con ellos alaben aquel Señor que así tuvo por bien socorrer á sus fieles siervos. Pues ¿qué menos harían estos sanctos mártires, viéndose cercados de tantas fieras, sin recibir molestia dellas? ¡Qué gracias, qué alabanzas y bendiciones darían al Señor, que así los defendió y favoreció en esta batalla, y cuán de buena gana ofrecerían las cervices al cuchillo por tal Señor, mayormente esperando luego tras del cuchillo la corona, que casi ya tenían en las manos!

Pudiera también referir aquí otros favores semejantes que hacía el Señor á sus mártires, y especialmente á las vírgines, de que arriba hecimos mención, para confirmación desta verdad.

DE LA DÉCIMACUARTA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES HABER SIDO CONFIRMADA CON EL TESTIMONIO DE INNUMERABLES MÁRTIRES

CAPÍTULO XVII

PRESUPUESTO el preámbulo, síguese que tratemos de la victoria maravillosa de los sanctos mártires, y del testimonio que con ella nos dieron de la fe católica. Para tratar desta materia conviene traer á la memoria aquellas dos espirituales ciudades que S. Augustín describe en los libros de la Ciudad de Dios, que son Hierusalén y Babilonia, cuyos moradores y caudillos y oficios son muy diferentes. Porque los moradores de Hierusalem son todos los buenos, mas los de Babilonia todos los malos. El caudillo de los unos es Cristo, y de los otros es el demonio. Aquella ciudad edifica el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo, mas ésta edifica el amor proprio, cuando llega á despreciar á Dios por amor de sí. Los moradores destas dos ciudades tienen perpetua guerra unos con otros, porque como dice Salomón (1), abominan los justos al hombre malo, y abominan los malos al hombre bueno. Asimismo el Eclesiástico dice (2): Contra el mal el bien, y contra la vida la muerte, así al varón justo es contrario el pecador. Y esta guerra no es nueva, porque comenzó con el mismo mundo, cuando mató Caín á su hermano Abel, no por otra causa, sino como dice S. Juan (3), porque las obras de Abel eran buenas, y las de Caín malas.

Pues cada una destas ciudades tiene sus combatientes y defensores. Contra la ciudad de Babilonia pelea Cristo con los suyos, mas contra Hierusalem el príncipe deste mundo con todos sus aliados. En la una parte pelea el espíritu, en la otra la carne, pretendiendo derribar y ahogar el espíritu. La joya por que una parte pelea, es la gloria de Dios, y el fin por que la otra guerrea, es el interese del amor proprio, despreciada la gloria de Dios.

Pues como el principado desta ciudad de Babilonia fuese tan contrario y tan injurioso á la gloria de Dios, y estuviese tan ex-

---

(1) Prov. 29. (2) Eccli. 33. (3) I Joan. 3

tendido por toda la redondez de la tierra, donde el verdadero Dios estaba olvidado, y el príncipe deste mundo en su lugar adorado, indignándose el Hijo de Dios por la injuria de su Padre, y compadeciéndose de la ceguedad de los hombres, vino á este mundo á pelear con esta bestia fiera y desterralla dél. Esto es lo que todos los Padres antiguos continuamente le pedían. Porque esto deseaba David (1) cuando pedía que este potentísimo Señor se ciñese su espada y la pusiese sobre el muslo para pelear con este enemigo. Esto mismo pedía Esaías cuando decía (2): Levántate, levántate y vístete de fortaleza, brazo del Señor, levántate como en los días antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eres tú el que heriste al soberbio y llagaste al dragón? En las cuales palabras el Profeta pide al Salvador que así como al principio de la creación de las cosas derribó á Lucifer del cielo, así agora lo destierre del mundo, que tiene tiranizado. Y esta victoria denunció el mismo Profeta, cuando hablando de las obras deste Señor dijo (3) que venía á predicar al mundo un año de jubileo y un día de venganza: el jubileo para los pecadores, y el día de venganza para los demonios, que traían engañados los hombres. Y este mismo día de venganza y de victoria prometió el mismo Señor poco antes de su pasión cuando dijo (4): Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo, agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado sobre la tierra (esto es, puesto en la cruz) todas las cosas trairé á mí. Y esto mismo vió en espíritu S. Juan en el Apocalipsi (5), donde dice que vió descendir del cielo un ángel, el cual tenía la llave del abismo, y traía una gran cadena en su mano, y con ella prendió al dragón, serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo encerró en el abismo, y selló la puerta dél para que no engañase más las gentes. Pues este ángel es Cristo nuestro Salvador según la naturaleza humana, el cual por virtud de su gracia y por medio de sus Apóstoles y varones apostólicos desterró esta fiera del mundo, para que no fuese más adorada como hasta entonces lo había sido.

Mas veamos agora qué soldados escogieron estos dos capitanes para esta batalla, y con qué género de armas armó cada uno á los suyos. Pues Cristo primeramente escogió para esta con-

---

(1) Psalm. 44. (2) Esai. 51. (3) Esai. 61. (4) Joan. 12. (5) Apoc. 20.

quista unos rudos y pobres y ignorantes pescadores, hombres sin letras, sin nobleza, sin elocuencia y sin otra valía humana. Y á éstos armó él, no con armas de hierro, sino con el favor y gracia del Espíritu Sancto y de todas las virtudes, y señaladamente con aquellas tres más principales que miran y honran á Dios, que son fe, esperanza y caridad, mas éstas no en grado remiso sino perfecto, no como las tienen los sanctos principiantes, sino como las poseen los perfectos. Lo cual conviene que declaremos en este lugar.

Pues para entendimiento desto es de saber que la inmensa bondad de nuestro Señor de tal manera trata en esta vida á sus familiares amigos (cuando los ve ya destetados del mundo, y descarnados de toda carne, y hechos hombres espirituales y divinos) que les da una cata de aquel vino celestial, y unas como primicias de aquellos bienes eternos, de que para siempre han de gozar, como arriba declaramos. Porque en esta moneda paga el ciento por uno en este mundo, como lo promete en su Evangelio, haciendo mercedes y dando grandes consolaciones á los que por su amor renunciaron todas las consolaciones del mundo. Pues conforme á esto digo que estas tres virtudes que llamamos teologales, tienen sus proprios galardones en el cielo. Porque á la fe se dará en premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad la fruición y gozo del sumo Bien. Pues este especial favor hace nuestro Señor á los varones perfectos en esta vida, que vengan á participar una semejanza de la gloria que á estas tres virtudes se ha de dar en la otra. Porque la fe en los tales llega á estar no sólo fortificada, sino esclarecida con los dones del Espíritu Sancto de tal modo, que á muchos dellos parece que no creen sino que ven la verdad de los misterios de la fe. Asimismo tienen tan firme, tan viva y tan segura la esperanza de la gloria, que les parece que ya la tienen en las manos. Y éstos son de quien comúnmente se dice que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia, por la firmeza desta esperanza, la cual en algunos era tan grande, que prometían favores á otros cuando se viesen en el cielo, como se escribe de nuestro Padre Sancto Domingo. Pues la caridad (que es la reina de las virtudes) tienen éstos tan abrasada y encendida, que arden en amor de Dios, y gozan á veces de tan grandes alegrías, que no hay palabras para las explicar. Porque éstas co-

rresponden al premio que se da á la caridad, que es la fruición del mismo Dios. Y de aquí les nace un tan gran deseo de agradar á un Señor que tan amable y tan suave se les ha mostrado, que desean padecer mil géneros de tormentos por él. Y así de muchos mártires se escribe que ellos mismos, tocados deste divino fuego, voluntariamente sin ser buscados se ofrecían al martirio, como adelante veremos.

Pues tornando al propósito, éstas eran las armas con que nuestro Capitán armó sus caballeros para pelear con los principados y poderes del mundo con fe tan esforzada y clarificada, con esperanza tan segura y tan confiada, y con caridad tan encendida y abrasada como está dicho. Confirmados pues con estas tres virtudes, sabían certísimamente que acabada la postrera boqueada, y acabando de correr los filos de la espada por la garganta, en ese mismo instante, sin más dilación, habían de ver y gozar de aquella infinita Hermosura que tanto amaron, y que sus ánimas habían luego de ser llevadas por los sanctos ángeles con coronas de martirio á ser colocadas entre los coros de los Sanctos, donde para siempre gozarían de deleites eternos y de bienes que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón humano pudieron caber. Pues con tales armas ¿quién no se esforzará, quién no se animará, quién no peleará alegremente contra todo el poder del mundo?

§ I

Agora veamos cuáles fueron los soldados, y cuáles las armas con que el príncipe deste mundo peleó contra el ejército y reino de Cristo. Esto nos representa S. Juan en una maravillosa visión que él relata en su Apocalipsi, en la cual (resumiéndola en pocas palabras) dice que apareció una grande señal en el cielo, que fué una mujer vestida del sol, con la luna debajo de los pies, y con una corona de doce estrellas en la cabeza, la cual padecía grandes dolores por parir. Y apareció otra señal en el cielo, que fué un dragón grande y rojo, con diez cuernos y siete cabezas. Y este dragón estaba delante de la mujer para tragar el hijo que pariese: y ella parió un hijo varón, el cual había de regir las gentes con vara de hierro. Esta mujer que aquí pinta S. Juan, todos sabemos que es la Iglesia, y estar ella vestida del sol (que es

Cristo, sol de justicia) nos representa estar ella adornada, hermoseada y enriquecida con los méritos y gracia de Cristo, y inflamada en su amor. Desta manera de vestidura hace mención el Apóstol cuando dice: Todos los que habéis sido bautizados, estáis vestidos de Cristo. Tener esta mujer la luna (que es tan mudable) debajo los pies, nos representa el desprecio que los sanctos tienen de todas las cosas de esta vida, que son más mudables y más inconstantes que la misma luna. La corona adornada con doce estrellas es la gloria que tiene la Iglesia de haber sido fundada con la doctrina de los doce Apóstoles, los cuales recibieron primero que todos las primicias de la gracia, y bebieron de la misma fuente de vida. Los dolores grandes que esta mujer tenía por parir, nos representan los grandes deseos que la Iglesia tenía de dilatar la fe por todo el mundo, y de engendrar hijos espirituales á Cristo su esposo. El dragón grande y rojo que estaba para tragar el hijo que la mujer pariese, es el demonio, príncipe deste mundo, cuyo color dice que era rojo, para significar la sangre de los mártires que él por medío de sus ministros había derramado. Los diez cuernos que tenía en la cabeza, fueron diez emperadores romanos que precedieron antes del imperio del cristianísimo Constantino, por los cuales levantó el dragón las diez persecuciones que comúnmente se cuentan de la Iglesia. Las siete cabezas significan otra manera de persecuciones de astutísimos herejes, por cuyo medio el dragón levantó otras persecuciones mayores que las pasadas, con las artes y astucias destos herejes. Decir que este dragón estaba la boca abierta esperando tragar el hijo que la mujer pariese, nos representa el furor y ardor que aquel dragón infernal tenía de extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo.

Pues por esta figura primeramente se entenderá cuáles eran los soldados de que el demonio se sirvió para hacer guerra al reino de Cristo, que fueron por una parte los emperadores y monarcas del mundo, y por otra los astutísimos herejes, que le hacían guerra más cruel, porque la persecución de los unos principalmente tiraba á los cuerpos, mas la otra con astucia de argumentos hacía más cruel guerra á las ánimas, y así la una hacía mártires, la otra herejes.

Las armas con que el dragón armaba estos tiranos, eran engaños y mentiras, que son las armas proprias deste padre de la

mentira, con las cuales venció los dos primeros hombres del mundo. Porque hacía creer á los emperadores que aquellos ídolos eran verdaderos dioses, y que con su favor habían señoreado el mundo, y con él lo habían de conservar este señorío, y que faltando este culto dellos se perdería. Y porque esta Religión de Cristo con todas sus fuerzas destruía y condenaba y escupía estos sus dioses, conservadores (como ellos imaginaban) de su imperio, encruelecíanse en tanto grado contra ella, que todo su estudio y ingenio y todas sus artes y fuerzas empleaban en desterrarla del mundo. Y con esto pensaban vengar las injurias de sus dioses, y aplacarlos y alcanzar dellos, no sólo la conservación de su imperio, sino la salud y la prosperidad y abundancia de los bienes temporales. Y así en las leyes perversísimas que hizo Maximino escribir en tablas de metal contra los cristianos (mandando aprender á los niños de coro las blasfemias contra el Salvador, y que se compusiesen dellas cantares para cantar por las calles) daba por razón dellas que después que los cristianos eran desterrados de sus tierras, había serenidad en el cielo, y la tierra daba fructos en mayor abundancia, y todas las cosas sucedían prósperamente. Y por tanto, que era cosa muy provechosa que aquella ley se guardase, para alcanzar y conservar la gracia de los dioses, á los cuales ningunos sacrificios se podían ofrecer más agradables que la persecución y destierro desta aborrecible gente de todos los lugares donde su majestad es adorada. Tales falsedades y blasfemias hacía creer aquel padre de la mentira á estos sus ministros, y éstas eran las armas con que hacían guerra cruel á la Iglesia. Dónde se ve cuán desiguales eran así los soldados como las armas de la una parte y de la otra. Porque los soldados de Cristo eran pescadores, los del dragón eran emperadores. Las armas de aquéllos eran la fe de la verdad, las déstos eran la mentira y falsedad.

Pues con esta persuasión mentirosa encendidos los ánimos de los tiranos, ¡qué artes, qué invenciones de tormentos no buscaron para atormentar los sanctos! Común cosa era degollar, quemar, azotar con muchas diferencias de azotes hasta consumir las carnes, y llegar á los huesos, y sacar el alma del cuerpo con ellos. Á otros arrastraban y despedazaban á las colas de los caballos, á otros aspaban en unos maderos, y allí rasgaban sus carnes con garfios de hierro. Á otros abrían por medio, y los cortaban en

los tajones de la carnicería, y los echaban en la mar para que los comiesen los peces. Á otros dice Suetonio Tranquilo, y Cornelio Tácito en la vida de Nero, que echaban á los perros, vistiéndolos primero de pieles de fieras, para que los lebreles con mayor furia los acometiesen y despedazasen. Otros hubo que desnudaron y ataron de pies y manos, y en la fuerza del invierno los pusieron sobre una laguna de agua helada, descubierta al norte en una noche fría, para que estuviesen toda ella penando con aquel nuevo tormento: y junto á esta laguna estaba aparejado un baño con aguas calientes, para que el mártir tuviese á la mano el remedio, si quisiese decendirse de su propósito. Y desta manera padecieron cuarenta soldados, cuyo glorioso martirio celebra S. Basilio en una elegantísima homilía.

Mas no contentos los tiranos con un solo linaje de tormentos, ejecutaban en el cuerpo del mártir unos sobre otros, para que si no quedaba vencido con los unos, lo fuese después de ya debilitado con los otros. Esto se ve en la variedad de los tormentos con que muchos sanctos mártires fueron atormentados, especialmente S. Lorenzo y S. Vicente, Santa Águeda, Santa Dorotea, Santa Olalla, Santa Martina. Y de un santo diácono por nombre Clero se escribe en su calenda, que es á siete de Enero, que siete veces fué atormentado, y después por largo tiempo encarcelado, y al fin degollado. Tan insaciable era la sed que los tiranos tenían de la sangre de los mártires. Y á veces el número de los que padecían era grande, porque en la calenda del día del nascimiento de nuestro Salvador se lee el martirio de la santa vírgen Anastasia, la cual con docientas mujeres y sietecientos hombres fué desterrada á las islas Palmarias. Los cuales todos con diversos martirios glorificaron á su Criador, y ofrecieron la vida al que se la había dado. Mas éste es pequeño número en comparación de otros, de que adelante haremos mención, y particularmente de diez mil mártires y once mil vírgines, las cuales en un día corrieron con guirnaldas de rosas y azucenas al tálamo del Esposo celestial, donde siguen al Cordero por doquiera que va.

Esto se ha dicho así en general: mas porque esta materia es de grande edificación para nuestras vidas, y de grande admiración, viendo el poder inestimable de la divina gracia, me pareció debía decender á tratarla más en particular, recontando las batallas y fortaleza de algunos esclarecidos mártires.

PRÓLOGO

SOBRE LAS HISTORIAS Y BATALLAS GLORIOSAS DE LOS SANCTOS MÁRTIRES, QUE AQUÍ SE CUENTAN

Sentencia es muy celebrada de Platón que si se pudiese ver la hermosura de la virtud con ojos corporales, robaría y llevaría tras sí los corazones de los hombres. Y si esto ha lugar en cualquiera de las virtudes, mucho más en las que tienen respecto á Dios, y tienen por oficio honrarle, creerle, amarle y fiarse dél, porque las tales tienen un altísimo y nobilísimo objecto á que miran, que es Dios, señor de todo lo criado. Entre las cuales aquéllas tienen el principado que sumamente glorifican á Dios, y desta manera le glorifican los hombres que por mantener la fe, lealtad y reverencia que se debe á aquella inmensa Majestad, se ofrecen no sólo á perder la vida, sino á perderla con cruelísimos y terribles tormentos. Pues si cualquiera otra virtud, según la sentencia susodicha, es tan hermosa, ¿cuánto será mayor la hermosura de la virtud que á este supremo grado hubiere llegado, que es el mayor sacrificio que el hombre puede ofrecer, y lo último á donde puede sublimar la gracia á un hombre mortal? Es tan grande esta hermosura, que (como dice el Apóstol) viene á ser un hermosísimo y admirable espectáculo, no sólo á los hombres y ángeles, sino al mismo Dios, que sumamente se alegra viendo pelear y triunfar la carne flaca de toda la potencia del mundo y del infierno por su fe y amor En esto se conoce la virtud de la gracia, y la eficacia de la redempción de Cristo, por quien esta gracia se da. Y porque aquéllos á quien Dios ha dado ojos para ver esta hermosura, se edifican y deleitan grandemente leyendo las batallas y triunfos de los mártires, y aquella espantosa constancia que tuvieron así los hombres como las mujeres flacas entre tanta furia y rabia de tormentos, parecióme que debía extenderme más en esta materia para dar este gusto y contentamiento al cristiano lector, mayormente siendo éste un tan grande argumento y confirmación de nuestra fe, que es lo que en esta segunda parte desta escriptura

pretendemos. Porque tal fortaleza y constancia nos dan claro testimonio de la virtud y asistencia de Dios. Ca de otra manera, ¿cómo pudiera (pongo por ejemplo) la virgen Santa Olalla de edad de trece años padecer tantas invenciones de tormentos nunca vistos, si no estuviera toda su ánima llena de Dios? Pues ¿qué diré de la virgen Santa Águeda, que siendo muy noble y delicada, iba con grande alegría á la cárcel como si fuera á desposorios, donde primero la colgaron y cruelísimamente azotaron, y después retorcieron uno de sus virginales pechos, y se lo cortaron de raíz, y tras esto hicieron una cama de cascos de tejas puntiagudas y juntamente de carbones encendidos, para que el cuerpo ya llagado de los azotes tuviese para su refrigerio aquella nueva invención de cama, en que descansase? Pues ¿qué corazón pudo inventar un tan nuevo género de crueldad para un cuerpo tan delicado? ¿Qué diré de la virgen Santa Bárbara, á la cual tenía su padre encerrada en una torre por la grandeza de su hermosura, la cual su mismo padre, tomado del vino ó veneno de la infidelidad, sabiendo que era cristiana, la acusó y presentó al juez, el cual primeramente la mandó desnudar y azotar tan cruelmente con niervos de toro, que corría sangre de su cuerpo por todas partes, y así desnuda la mandó poner en la cárcel, y otro día viendo que ni con este tormento había podido vencer su constancia, mandó aplicarle dos hachas ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y después mandó que le diesen muchos golpes con un martillo en la cabeza, y tras esto que le cortasen á cercén ambos sus virginales pechos? Y como si todo esto fuera poco, mandó que la trajesen por toda la ciudad desnuda, azotándola cruelmente. Y viendo el perverso juez la fortaleza y perseverancia de la virgen, y que ya ni había más tormentos que probar, ni más cuerpo en que los ejecutar, mandó finalmente que la llevasen á degollar, á donde iba la sancta virgen con grande esfuerzo y alegría, y allí por manos de su proprio padre, más cruel que todas las fieras, fué degollada, para que así se cumpliese lo que el Salvador había profetizado diciendo que hasta los padres habían de entregar á la muerte sus proprios hijos por odio de la fe. Desta manera la sancta virgen, pasando por tantos fuegos, envió su purísimo espíritu á Dios, y así dió fin á esta gloriosa batalla. Dónde no solamente nos pone admiración la constancia destas vírgines, sino mucho más el alegría del pade-

cer, y la libertad con que respondían y reprehendían la crueldad y infidelidad de los jueces, sin hacer caso de que con esto los acedaban y encruelecían más contra sí. Pues ¿cómo pudieran doncellas tan delicadas vencer tan grandes batallas, si no estuvieran armadas con tan grande fe, con tan encendida caridad, con tan grande fortaleza y con tan firme confianza, que ya les parecía que veían aparejada la corona, y así corrían alegremente á recibirla de las manos del Esposo celestial? Y siendo tanta la flaqueza de las mujeres, que basta ver una espada desnuda, ó un poco de sangre, para caer en tierra amortecidas, éstas viendo tantos instrumentos de crueldad y tanta sangre derramada de sus cuerpos, no sólo no desmayaban, mas antes se alegraban y daban gracias por su pasión. Pues siendo tan natural en todas las criaturas el amor de la vida y el temor de la muerte, y siendo los cuerpos humanos tan sentibles, que no pueden sufrir una punzada de alfiler, ¿cómo pudieran estas doncellas vencer tales batallas, y levantarse sobre todas las leyes y fueros de naturaleza, si no tuvieran dentro de sí al autor y señor della? Y siendo él mismo el que peleaba y vencía en ellas, síguese que era verdadera la fe y religión que el mismo Dios con la fortaleza de sus ánimos testificaba. Por lo cual decimos ser ésta una grande confirmación de nuestra fe. Á lo cual se puede aplicar aquella sentencia del Apóstol, en que dice que lo flaco de Dios es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres, pues toda ella no bastó para vencer la constancia destas doncellas tan flacas, antes ellos quedaron vencidos, y las vírgines vencedoras.

Dónde también es mucho de considerar que entre los misterios de nuestra fe, uno de los mayores, que es el de la pasión y muerte de nuestro Salvador, señaladamente se confirma con las victorias de los mártires. Porque como sea tan grande el número dellos, que parece competir con el de las estrellas del cielo, y hayan sido tan extrañas las invenciones de tormentos que ellos vencieron, y ser ésta la mayor gloria que toda la naturaleza humana esforzada con la gracia puede dar á su Criador, hácesenos luego muy creíble que el Hijo de Dios, que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre, se ofreciese á todos los tormentos y ignominias de su pasión, porque con el ejemplo y esfuerzo della peleasen ellos más animosamente, viendo á su Dios y Señor ir en

la delantera para esforzarlos. Por lo cual bastando una sola gota de su preciosa sangre para redimir el mundo, quiso derramar á poder de tormentos cuanta tenía, por dar este tan grande esfuerzo á los mártires, y esta tan grande gloria á su eterno Padre con la fe y constancia dellos. La cual gloria deseaba él con tan gran deseo, que aunque no hubiera otra causa para padecer sino ésta, por sola ella padeciera y diera por bien empleados todos sus trabajos, aunque más no hubiera. Esta consideración entenderán mejor los que tuvieren ojos para saber mirar y estimar la constancia y fortaleza destos gloriosísimos caballeros.

Agora querría preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, qué los mueve á esto. Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las más admirables son el esfuerzo y fortaleza. Porque como la muerte sea (según Aristóteles dice) la última de las cosas terribles y la cosa más aborrecida de todos los animales, ver un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural causa grande admiración en los que esto ven. De aquí nace el concurso de gentes para ver justas, y toros, y desafíos y cosas semejantes, por la admiración que estas cosas traen consigo, la cual admiración (como el mismo filósofo dice) anda siempre acompañada con deleite y suavidad. Y de aquí también nace que los blasones y insignias de las armas de los linajes comúnmente se toman de las obras señaladas de fortaleza, y no de alguna otra virtud. Pues esta admiración es tan común á todos y tan grande, que viene á tener lugar no sólo en las cosas verdaderas, sino también en las fabulosas y mentirosas. Y de aquí nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas. Pues siendo esto así, y siendo la valentía y fortaleza de los sanctos mártires sin ninguna comparación mayor y más admirable que todas cuantas ha habido en el mundo, pues basta para ser, como dijimos, un hermosísimo espectáculo para Dios y para sus ángeles, y siendo sus historias no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas, ¿como no holgarán más de leer estas tan altas verdades, que aquellas tan conocidas mentiras? Á lo menos es cierto que los sanos y buenos ingenios mucho más han de holgar de leer estas historias que las de aquellas vanidades acompañadas con muchas deshonestidades, con que muchas mujeres locas se envanecen, pareciéndoles que no menos merecían ellas ser servidas que

aquéllas por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estómagos y gustos tan dañados, sino con los sanos, á éstos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas y provechosas, pues con ellas (entre otros muchos fructos) como ya dijimos, se confirma la verdad de nuestra fe. Ni se puede alegar contra esto que algunos padecieron en defensión de sus sectas engañosas, porque éstos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañarían los nuestros como gente simple, pues entre los mártires hubo gran número de sacerdotes y obispos doctísimos en todo género de doctrinas, á vueltas de otros grandes filósofos (como fué S. Dionisio y Justino mártir) y otros tales, los cuales no se habían de ofrecer á morir, y morir con tan extraños tormentos, sin mucha consideración y muy claro conocimiento de la verdad, porque no es tan liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrezcan á ella sin mucho peso y deliberación y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque sería cosa infinita y ajena de nuestro instituto entremeter aquí todas las historias de los mártires que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia (como ya dijimos) solamente referiré aquí algunos pedazos de tres, de las cuales una fué de Diocleciano, otra de Antonino Vero, emperadores romanos, y otra de Sapor, rey de los persas, sacadas fielmente, parte de la Historia Tripartita, y parte de la Eclesiástica de Eusebio, aprobada por la Iglesia. Y con éstas juntaré el martirio de Santa de Martina virgen, y de Santa Olalla, y de S. Policarpo, dicípulo de S. Juan Evangelista, por ser muy dignos de ser sabidos.

PERSECUCIÓN DE DIOCLECIANO Y MAXIMIANO

CAPÍTULO XVIII

Corría el año diez y nueve del imperio de Diocleciano en el mes de Marzo, acercándose la alegre solenidad de la Pascua, cuando por toda la redondez de la tierra se pregonaban los edictos del César, que todas las iglesias (doquier que estuviesen edificadas) fuesen derribadas por el suelo, y todos los volúmines de las divinas Escripturas fuesen quemados, y si alguno de nosotros tuviese alguna dignidad ó oficio, fuese privado dél y quedase infame, y si alguno tuviese cristiano esclavo, que nunca pudiese ser el tal cristiano libre. Tales cosas contenían las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Después de algún tiempo se acrecentaron, mandando que todos los prelados de las iglesias primeramente fuesen presos y forzados con toda arte de tormentos á adorar los ídolos. Entonces viérades muchos de los sacerdotes de Cristo pelear maravillosamente á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres, cuando con la crueldad de los perseguidores eran arrebatados á los sacrificios, y varonilmente resistían. Ca unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo, de los cuales algunos fatigados consentían, otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores, conmovidos de compasión, llevando á los nuestros á sus sacrificios, publicaban que habían sacrificado, siendo falso: y de otros, aun antes que llegasen á los templos, decían que ya habían hecho lo que era mandado, y los dejaban culpados de sólo consentir la infamia del delicto que no habían cometido. Á otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera: á otros arrastraban por los pies, y ponían entre los que habían sacrificado. Pero muchos dellos á grandes voces protestaban que no habían consentido, mas que eran cristianos y se preciaban dello. Otros con mayor libertad decían que ni habían sacrificado, ni sacrificarían en algún tiempo. Á los cuales incontinente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos por que ca-

llasen, y á empellones los echaban diciendo que ya habían dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, por que á lo menos se creyese que salían con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados mártires. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazón, dado que no bastan palabras para contar en particular, pero referiremos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque (según dijimos) el fuego comenzó á emprenderse contra solos los principales y constituídos en dignidad, hacían pesquisa de los caballeros que había entre los nuestros, denunciándoles que les convenía adorar los ídolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos dellos renunciaron por Cristo la caballería, y otros (aunque menos) pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es posible hacer suma de cuántos mártires cada día padecían por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varón noble y (según la reputación del siglo) ilustre, luego que vió fijado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, públicamente, encendido con fuego de fe, quitó la carta y á vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo Emperador y su compañero Maximiano. Á los cuales, como fuese hecha relación de la religiosa y varonil hazaña del caballero de Cristo, con gran ímpetu y fiereza le atormentaron, y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viese triste en las penas, mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazón y espíritu vivía y se regocijaba. De lo cual sus verdugos más gravemente se sentían, viendo que embotaban en él todas sus armas, y no podían escurecer el resplandor de su cara. Después déste pasaron todo su furor contra uno de los compañeros de Doroteo, que estaban siempre en la cámara del emperador, y eran tratados como nobles, porque viendo éste los demasiados tormentos que al mártir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal de ello, y por esto fué traído á juicio, y mandado sacrificar á los dioses. Pero resistiendo él á esto, fué mandado colgar y despedazar todo su cuerpo con peines de hierro, para que con angustia del dolor hiciese lo que estando sin lisión despreciaba. Y como permaneciese inmovible, fué mandado que fregasen con sal y vinagre sus carnes ya desolladas. Y sufriendo con el mismo corazón

este tormento, mandaron poner unas parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuese consumido, no de presto, sino lentamente, para que la pena durase por mayor espacio. Puesto él así, los blasfemos ministros revolvían su cuerpo á todas partes, esperando cada vez sacar dél palabras de consentimiento: pero él, perseverando fortísimamente en la confesión de la fe, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derretidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo envió á su Criador. Desta manera Pedro (que éste era su nombre) coronado de martirio, verdaderamente se hizo sucesor del apóstol S. Pedro en el nombre y en la fe. Maestro déste era Doroteo en los oficios que en palacio convenía hacer, porque era camarero mayor del César. En cuya compañía estaba asimismo Gorgonio, su igual en virtud y fe y magnanimidad, por doctrina de los cuales y saludables ejemplos todos los caballeros de la cámara real perseveraban firmes en la fe.

Pues como Doroteo y Gorgonio viesen atormentar á Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dijeron: Emperador, ¿por qué castigas en solo Pedro el propósito y voluntad que todos tenemos así como él? ¿Por qué es él solo acusado del delicto que todos conformemente confesamos? Ésta es nuestra fe, ésta nuestra religión y concorde sentencia. Semejantemente mandó el Emperador llevarlos á la audiencia, y después de atormentados cuasi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entonces Antimo, obispo de esa ciudad. perseverando en la misma confesión, mereció la corona del martirio, echado un lazo á la garganta. Al cual como á buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

§ I

Pero entre tantas huestes de mártires (dice Eusebio) tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos mancebos. Los cuales como fuesen presos, y los constriñesen á que sacrificasen, dijeron: Llevadnos á los altares. Y como llegasen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos, y dijeron: Si de aquí quitáremos las manos, haced cuenta que sacrificamos: y así perseve-

raron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues ¿qué diré de aquellos trecientos hombres que cuenta Prudencio en el martirio de Cipriano, ante cuyos ojos puso el tirano un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo á par de él, diciendo que los que no quisiesen sacrificar, habían de ser echados en aquella calera? Oyendo trecientos hombres estas palabras, movidos con un ímpetu del Espíritu Sancto, y con el calor de la fe y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martirio, corrieron á gran priesa y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte una más gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazón acaeció que se encendió fuego en el palacio del Emperador: lo cual creyó él con falsa sospecha que había sido esto hecho por los nuestros, Por lo cual encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos haces, y los unos fuesen descabezados y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendía más poderoso fuego en sus corazones que la saña en el corazón del Emperador. Finalmente, siendo preguntados por los oficiales cuáles dellos querían sacrificar y escapar con la vida, á todos pesaba, así hombres como mujeres, de ser preguntados, y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros á porfía tendían la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban, tomasen horror de ver crueldad tan extraña, los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aún vivían, y pusiéronlos en una nao, y llevados á alta mar los arrojaron en las ondas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrían sus sepulcros y echaban sus venerables cuerpos en la mar, diciendo: Echémoslos en la mar, porque por ventura no se hagan éstos dioses de los cristianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos.

Y como quiera que tan desmedidas crueldades se hiciesen en Nicomedia (do estaba el autor de tantos males, hambriento de las carnes de los cristianos) pero no menos priesa se daban en la provincia de Malta y de Siria en poner en cárceles á los príncipes de las iglesias por mandamientos imperiales. Y juntamente con ellos prendían muchos del pueblo, hombres y mujeres, tanto, que por todas partes era lastimera y terrible cosa de ver. Porque súbita-

mente, en pregonándose las provisiones reales, se hacía silencio en la ciudad y grande apretura de gente en las cárceles. Ningún hombre parecía por las calles, en las cárceles no cabían, tanto, que no parecían delincuentes presos, sino que todos los ciudadanos habían mudado morada, y las cadenas hechas para los ladrones y adúlteros y homicidas entonces ceñían los cuellos de obispos y sacerdotes, diáconos y lectores y religiosos monjes, tanto, que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones y lugar en las cárceles. Pero como se hiciese relación á los príncipes que las cárceles estaban llenas y faltaba lugar para los malhechores, enviaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos, quien quisiese sacrificar, saliese libre, y quien resistiese, muriese con graves tormentos.

Tales fueron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habían venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en su provincia (digo en Egipto) vencieron otros bienaventurados, así hombres como mujeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fe de la eternidad, y anhelando por la gloria verdadera, que en ver á Jesucristo consiste.

Algunos dellos, después de azotados, encadenados, heridos y raídas sus carnes, fueron echados en el fuego, otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo, otros consumidos de hambre, otros enclavados en maderos, de los cuales fueron puestos muchos la cabeza abajo. No fué menor la crueldad que en Tebaida se ejercitó, donde en lugar de rallos usaban cascos de vasos de barro, con los cuales raían de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mujeres sacaban desnudas, tanto, que ni aun sus partes naturales cubrían, y con nuevo y afrentoso artificio las colgaban de un pie, la cabeza hacia el suelo, y allí las dejaban colgadas todo el día. Á muchos ataban los pies á dos ramos de árboles apartados, si acaso allí cerca los hallaban, y después soltaban los ramos que habían doblegado, para que con su fuerza, volviendo á su natural puesto, rasgasen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos días ni en breve tiempo, mas por años enteros cada día se martirizaban cuando menos diez al día, y muchas veces ciento, hombres y mujeres y niños.

En esta sazón, pasando yo por las regiones de Egipto, vi con

mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocísimo presidente, sentado en su tribunal: á los cuales preguntaba uno á uno, y en respondiendo que era cristiano, éste era todo el proceso, y luego le ponía aparte ya condenado. Y no obstante que todos de su voluntad y á porfía unos ante de otros se le ponían delante y libremente confesaban su fe, ni por esto, ni por contemplación de tanta muchedumbre el crudelísimo tirano templaba su ira. Examinados todos, salieron juntamente al campo cerca de los muros, no arrastrados con sogas, sino llevados con maromas de fe. Ninguno faltó, sin que nadie mirase por ellos: todos venían muy alegres, y entre sí contendían quién estrenaría primero el cuchillo del verdugo. Faltaron las fuerzas á los porteros, aunque á ratos se renovaban, cansáronse sus brazos, y los filos de sus espadas se embotaron. Vi á los carniceros sentarse cansados, y acezando y mudando puñales, y que el día se acababa antes que los mártires. Y en todo este tiempo ninguno dellos, hombre ni niño, volvió atrás de su lealtad una vez comenzada, mas antes temía cada uno no se escureciese la claridad del día primero que le cupiese la suerte de su martirio. Con tanta alegría y confianza recibían la muerte presente, sabiendo que era principio de la vida bienaventurada. Vi que mientras los unos eran degollados, los otros no estaban ociosos ni congojados, mas alegremente cantaban himnos á Dios hasta que les venía la vez tanto deseada, para que no les hallase la muerte en otro ejercicio sino en el que habían de continuar para siempre en el cielo. ¡Oh maravilloso y digno de gran veneración, tal coro de cantores bienaventurados, tal capitanía de fuertes, tal corona y resplandor de la gloria de Cristo!

Regía esta capilla, capitaneaba este ejército, hermoseaba esta corona el sagrado pontífice y capitán esforzado y perla sobre todas las perlas preciosas, Fileas, obispo de la ciudad llamada Tumis, de cuya gloriosa pasión y de la carta que escribió estando preso en la cárcel á su amada esposa la iglesia de Tumis, haremos adelante mención. Mas no se hartaban aquellos fieros corazones con toda esta carnicería. Porque viendo que no habían podido vencer á los mártires vivos, procuraban para consuelo de su rabia vengarse en los cuerpos de los muertos. Y así á unos mandaban echar en la mar para que los comiesen los peces, otros quemaban y volvían en ceniza, pareciéndoles que con esto per-

derían la esperanza de la resurrección, por la cual morían alegremente. Á muchos mandaban echar en las privadas, como lo hicieron con el ama del mártir Hipólito, por nombre Concordia, y con el glorioso S. Sebastián, dos veces mártir, una asaetado y otra tan fieramente azotado, que á poder de azotes envió aquella ánima sanctísima del tormento de los azotes al reino de los deleites eternos. Este linaje de desprecio declara la grandeza de la persecución de los tiranos y la furia del demonio que rabiaba en sus corazones, viendo cada día menoscabarse su honra, y dilatarse la gloria y reino de Cristo.

MARTIRIO DE LA VIRGEN SANCTA OLALLA

CAPÍTULO XIX

Y porque en esta cruelísima persecución de Diocleciano y Maximiano padeció la virgen Santa Olalla en la ciudad de Mérida, siendo de edad de trece años (cuya pasión celebró Prudencio en sus elegantísimos versos) parecióme que la debía engerir en este lugar, junto con el martirio de la virgen Santa Martina (que adelante se pone) el cual no fué menos admirable que el de esta sancta, aunque fué en tiempo de otro emperador, en el cual se verá una gloriosa competencia entre Dios y estas sanctas vírgines, ellas á padecer tormentos por él, y él á esforzarlas y hacer milagros por ellas. Y que Santa Olalla haya padecido en tiempo de los emperadores ya dichos, muéstranlo estas palabras que Prudencio le atribuye, que dicen así: Isis, Apolo y Venus nada son, y Maximiano nada es: aquéllos son nada por ser hechos de mano, y éste es nada porque adora dioses hechos de mano. En este martirio veremos una de las más fieras y porfiadas batallas que se han visto. Porque veremos por una parte pelear juntas sus armas toda la potencia del mundo y del infierno y todas las invenciones de tormentos que se pudieron imaginar, y por otra una doncellica noble y delicada de trece años, y con ser desta edad, salir vencedora desta tan gran batalla. Veremos otrosí la omnipotencia de aquel Señor, el cual declara la grandeza de su poder y de su gracia escogiendo los más flacos subjectos del mundo para derrocar la idolatría y plantar la fe: lo cual fué cosa tanto más admirable cuanto más flacos eran los instrumentos de que usó.

Pues comenzando á relatar su glorioso martirio, esta virgen fué natural de Mérida, hija de padres cristianos, los cuales dende su tierna edad la criaron en temor y amor de Dios: en el cual creciendo cada día de virtud en virtud, vino á tener grandes deseos de morir por el Esposo celestial, á quien tenía consagrada su virginidad. Y viniendo un juez á Mérida á perseguir los cris-

tianos, y oyendo la fama de la cristiandad desta virgen y de sus padres, envió un carro para que se la trajesen. La cual á la sazón estaba en un lugar llamado Ponciano, treinta y ocho millas de la ciudad de Mérida, en compañía de otra virgen de su mismo propósito, por nombre Julia. Llegando pues los ministros del adelantado, y diciéndole que ya su padre Liberio con otros cristianos estaba preso, y que ella también era llamada por la misma causa, recibió esta nueva con grande alegría, por el deseo que tenía de padecer por amor de su Salvador. Y si ella entonces pudiera, quisiera andar todo aquel camino en una hora. Iba en su compañía la virgen susodicha, á la cual dijo la sancta: Sábete, hermana Julia, que aunque voy tarde, seré primero martirizada. Llegada á la ciudad, mandó el juez traerla ante sí. Al cual dijo la virgen: ¿A qué veniste á esta ciudad, enemigo de Dios? ¿Por qué persigues á los cristianos y á las vírgines que se han consagrado á mi Señor Jesucristo? El juez, oído esto, díjole con mansedumbre: Niña, antes que crezcas, me parece que quieres perder la flor de tu juventud. Respondió la virgen: Yo soy de trece años, mas no pienses que podrás espantarme con tus amenazas. Ca asaz me basta lo que he vivido en la tierra, porque tengo esperanza de vivir en el cielo. Respondió el juez: No te engañe, mezquina, esa vanidad, mas llégate á ofrecer sacrificio á los dioses, porque puedas escapar de los tormentos que te esperan, y ser honrada con un esposo noble y rico. Yo, dijo ella, tengo esposo noble y rico y inmortal, que es Jesucristo, Salvador del mundo. Oído esto, el juez comenzó á halagarla con blandas palabras, diciendo: Mira, hija, á tu niñez, y ten compasión de ti misma, y ofrece encienso á los dioses, y líbrate de la muerte. La virgen respondió: Cristiana soy, y no haré lo que me dices. Entonces airado el juez, mandóle dar curador, y á él mandó que la hiciese azotar. Y siendo azotada, bendecía al Señor, y maldecía á los emperadores y á sus dioses. De lo cual informado el juez, mandóla traer ante sí, y viendo su hermosura, y mostrando compasión de su tierna edad, díjole: Di, niña, ¿qué te aprovecha esta tu porfía? Ve y ofrece sacrificio á los dioses, y no quieras sufrir tantas penas. Respondió la virgen: ¿Qué te aprovechó, desventurado, mandarme desnudar y azotar, pensando que me pudieras apartar de la verdad? Engáñaste, miserable, porque solo mi cuerpo tienes en tu poder, mas sobre mi ánima solo Aquél lo tiene que

la crió. Y por que conozcas mi voluntad, yo te digo que maldije y maldigo agora tus dioses y tus emperadores. Embravecido con esta respuesta el juez, hizo poner su estrado en la plaza, y mandó parecer ante sí á la virgen, para que allí fuese atormentada. Para lo cual mandó cortar varas de árboles, dejándolas con sus ñudos, y haciéndolas remojar, y con ellas mandó azotar la virgen. Entonces ella díjole: Viejo desventurado, no pienses que me espantas con tus amenazas, porque más me esfuerzas con ellas. Oyendo esto el juez, dijo á los verdugos: Traed aceite hirviendo, y derramáselo sobre los pechos. Y echándole este aceite, dijo la virgen: Este tu aceite ferviente no me ha hecho mal, antes me ha encendido más en el amor de mi Señor Jesucristo, al cual desea ver mi ánima. Oyendo esto el juez, dijo á los verdugos: Traed muy presto cal viva, y metedla en ella, y echadle agua fría encima para que ahí se abrase. Entonces dijo la virgen: Atorméntete el fuego perdurable del infierno, que así trabajas por atormentar la sierva del Rey del cielo. Pasado este tormento, no contento el cruel tirano con lo hecho, mandó traer una olla llena de plomo derretido, y tendida la virgen sobre un lecho de hierro, mandó que le mostrasen primero aquel linaje de tormento, para ver si con él desistía de su propósito. Mas como ella no desistiese dél, mandó que derramasen aquel plomo derretido sobre su cuerpo. Mas estando la virgen con los ojos levantados al cielo esperando este tormento, helóse el plomo, y quemaba las manos de lo que lo echaban, y no quemaba á ella. Y viendo esto el juez, y cada vez más embravecido, mandó traer las varas y azotarla cruelmente, y después fregarle las llagas con cascos de tejas puntiagudas. Y pasado este tormento, viendo el tirano la constancia de la virgen, díjole: No pienses que has de salir de aquí vencedora, porque otras penas mayores tengo aparejadas para vencerte. Respondió la virgen: No me puedes tú vencer, porque aquél vence en mí, que pelea por mí. Entonces el cruel tirano mandó que le pusiesen hachas encendidas en el cuerpo. En el cual tormento dijo la virgen: Asado es ya mi cuerpo, mas no por eso me fallece esfuerzo. Mándame echar sal encima, por que mi cuerpo pueda ser sabroso manjar á mi Esposo celestial. Oyendo esto el tirano, y quedando espantado de tal esfuerzo, mandó que la echasen en un horno encendido, y que no la sacasen dél hasta que fuese quemada. Mas la virgen dentro del

horno cantaba himnos y alabanzas á Dios. Y como el tirano (que andaba paseándose junto al horno) la oyese cantar, viendo que ya no le quedaba más que probar, atónito de lo que veía, vino á decir: Pienso que somos vencidos, porque esta moza todavía persevera en su mala intención, y no siente dolor. Mas por que no se gloríe vanamente, sacadla del horno, y raedle los cabellos de la cabeza, y llevadla por las plazas desnuda, para que así sea avergonzada. Oyendo esto la virgen dijo: Aunque sea deshonrada en la tierra, descabellada, desnuda y afeada, aquél por cuyo amor yo sufro esto, tomará de ti venganza, enemigo de justicia, y te dará tu merecido. Dijo entonces él: Si temes esta fealdad, ven y sacrifica á nuestros dioses. Respondió ella: Ofrezco á mi Dios sacrificio de alabanza. Oyendo esto, dijo el tirano: Estiradla en el caballete de madera, y ponedle fuego á los lados. Puesto el fuego, comenzó la virgen á loar al Señor, diciendo aquellas palabras de David: Probaste, Señor, mi corazón, y examinástelo con fuego, y no hallaste en mí maldad. Y dice Prudencio que estando la virgen en este tormento, y siendo desgarradas ya sus carnes con garfios de hierro, decía: Estas señales, Dios mío, que el hierro hace en mi cuerpo, letras son con que vuestro sancto nombre se escribe en mi carne, las cuales predican vuestras victorias y triunfos. Entonces los verdugos hicieron un cabestro de cabellos que le habían cortado, y enfrenándola con él, la llevaron fuera de la ciudad donde la habían de justiciar. Y puesta en el tormento del caballejo, fué allí otra vez estirada y azotada y atormentada de nuevo. Y no quedando aún aquel rabioso corazón, instigado por los demonios, harto con los tormentos pasados, mandó de nuevo poner hachas encendidas á sus costados. Entonces la virgen dijo: ¿Por qué, Calfurniano, usas de tan gran crueldad contra mí? Pues abre los ojos, y mira mi cara, y conóceme agora bien, porque me puedas conocer en el día del juicio, cuando pareciéremos delante de mi señor y esposo Jesucristo, donde tú recibirás el castigo merecido por tu crueldad. Oyendo esto muchos de los que presentes estaban, y maravillados de tan grande fortaleza en tan tierna edad, fueron de tal manera compungidos, que conocieron la virtud de Cristo que en aquella virgen triunfaba, y se convirtieron á él, dejada la idolatría. Y poniéndole los verdugos fuego por todas partes, ella abriendo la boca tomaba la llama que ardía. Y luego fué visto salir de su boca aquella áni-

ma sanctísima en figura de paloma que subía á lo alto. Y el cruel tirano, ya que no pudo acabar nada con el cuerpo vivo, quiso vengarse en él muerto, mandando que estuviese tres días colgado y puesto á la vergüenza en presencia del pueblo. Mas la divina Providencia envió gran copia de nieve sobre su cuerpo, y hermoseó sus miembros, y alimpió los cabellos que estaban ensuciados con las manos sangrientas de los carniceros, y quedó blanqueado el cuerpo, que con las llamas del fuego estaba tostado y denegrido. Ésta es en breve la historia deste tan admirable martirio.

CAPÍTULO XX

Después deste tan glorioso martirio de la virgen Santa Olalla, me pareció añadir el de Santa Martina, porque no es menos glorioso ni menos admirable, puesto caso que fué en tiempo de otro emperador, por nombre Alejandro, en cuyo tiempo sucedió la quinta persecución de la Iglesia. Y aunque haya aquí muchas cosas de que maravillarnos, pero una de las principales es una sancta competencia entre esta virgen y su celestial Esposo, ella á padecer diversos linajes de tormentos por él, y él á hacer milagros y maravillas por ella.

Fué pues esta virgen de muy noble linaje, cuyos mayores tuvieron siempre muchos magistrados en la república romana, y su padre fué cónsul, que era el principal cargo de la ciudad. Esta doncella, quedando por muerte de sus padres muy rica y abastada de bienes temporales, no usó dellos para soberbia y vanagloria, mas dándose toda á Dios y á obras de misericordia, gastaba todos sus bienes con los pobres. Y con estas y otras semejantes ocupaciones, perseverando en sanctidad de vida, armó de fortaleza su corazón, y se puso en vela contra el bravo león que con grandísimo cuidado busca siempre á quién tragar. Mandados pues por el Emperador (que entonces perseguía los cristianos) Vital, Cayo y Casio, principales personas de su casa, á buscar cristianos para los hacer sacrificar, hallaron en una iglesia de la ciudad á esta sancta doncella puesta en oración, y llegándose á ella (como por su nobleza era conocida) le dijeron: El Emperador te saluda y estima como conviene á tu nobleza, pero manda que vayas con nosotros para sacrificar al gran dios Apolo. Respondió la virgen con alegre semblante: Aguardad pues un poquito, que después que me encomendare á Dios y al sancto Obispo, de buena voluntad me iré con vosotros. Y volviendo á su oración, encomendándose al Señor muy ahincadamente, se fué con ellos muy contenta. Llegados al palacio los que la habían traído, enviaron á decir al Emperador que traían

una doncella cristiana de grandísima autoridad y nobleza, que de buena voluntad quería sacrificar á los dioses, y demás desto persuadir á los cristianos que hiciesen lo mismo. Holgándose mucho dello el Emperador, mandó que le fuese llevada, y díjole: Gran placer recibo en que siendo tan noble y bien criada, quieras dejar esa opinión cristiana, y sacrificar al dios Apolo. Yo te prometo que por ello recibas y hayas de mí muchas honras y favores. Respondió á esto la virgen sin ningún temor: Mándame tú sacrificar siempre á Dios vivo, que con su poder crió todo el mundo de nada, para que sacrificándole yo, tu Apolo falso, avergonzado y enflaquecido, no pueda más burlarse de las criaturas que esperan y confían en su señor y salvador Jesucristo. Y mandándola el Emperador llevar al templo para que sacrificase, le dijo la sancta: Entra tú comigo, y los sacerdotes de tu Apolo, y todos los que lo honráis, y veréis cuán benignamente mi Dios sancto y bueno recibe de mis manos sacrificio. Oyendo esto el Emperador, mandó que los de su guarda y todos los que presentes estaban, fuesen con ella al templo, y viesen lo que hacía. La sancta doncella, encomendándose á Dios y armándose con la señal de la cruz, se puso en oración, y acabada ella, hubo un grande temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó una gran parte del templo de Apolo, y desmenuzando la estatua del ídolo, mató todos los sacerdotes que en él estaban, y mucha otra gente infiel. Indignado el Emperador con estas cosas, como por estar ciego de corazón no entendiese que todo aquello era poder y virtud de Dios, mandó que diesen muchos bofetones á la virgen, y que rasgasen sus carnes con hierro. Hicieron los sayones sin ninguna piedad lo que les era mandado, pero cansados y enflaquecidos comenzaron á decir á grandes voces: ¿Qué maravilla es ésta, que mucho más cansados y flacos estamos nosotros que ésta que tan mal tratamos, porque nosotros vemos cuatro mancebos muy hermosos que la esfuerzan, y vuelven sobre nosotros los tormentos que le damos? Pero el Emperador movido con ira, viendo los atormentadores quebrantados, deshonrábalos, arguyéndolos de flacos y para poco. Y por esto mandó que fuese la virgen levantada en alto y que sus carnes fuesen rascuñadas con pedernales agudos. Mas la virgen, puestos sus ojos en el cielo, decía: Bendito eres, Señor mío Jesucristo, que tan liberalmente das tu gracia á los que en ti ponen toda su esperanza. Dichas-

estas palabras, perseverando con grandísima constancia en los tormentos, vino una luz del cielo que rodeó á ocho verdugos que la atormentaban, los cuales cayendo en tierra, rogaban á la virgen les alcanzase perdón de Dios por los tormentos que le daban, pues forzados lo hacían. Respondió la sancta con mucha alegría: Si quisiéredes convertiros á mi Señor Jesucristo, y creer de todo corazón que él dará el premio á cada uno de sus obras, gozaréis de los premios que en el cielo están aparejados para sus fieles: pero si otra cosa creyéredes, de verdad os digo que os esperan eternos y espantosos tormentos en el infierno. Ellos todos ocho, alumbrados con la divina gracia, dijeron á grandes voces que creían en Cristo, y abominando el cruel oficio que hacían, todos á una voz dijeron al Emperador: Nosotros de aquí adelante no queremos servir á éstos que tú llamas dioses, y á la verdad son ídolos, pues habemos aprendido de Martina cuán grande sea la virtud de Dios y de su hijo Jesucristo. Enojado desto el Emperador, mandó luego que fuesen colgados en alto, y con cuchillos fuesen despedazadas sus carnes. Mas ellos en todos estos tormentos ninguna cosa hablaban, solamente tenían puestos los ojos en el cielo. Y siendo así atormentados un gran rato, mandó el Emperador que fuesen degollados, temiéndose que otros, movidos por su ejemplo, se tornasen cristianos. Ellos nada turbados por la sentencia, haciendo en sus frentes la señal de la cruz con grande alegría, esperaron el martirio. Y así con corona de gloria enviaron sus espíritus bienaventurados al cielo.

El día siguiente, llevada la virgen delante Alexandre, y mandándole él sacrificar, como ella no hiciese caso de su mandamiento, mandó el tirano que desnuda fuese levantada en alto y sus carnes despedazadas. Y en tormento tan esquivo no cesaba la virgen de alabar á Dios. Y después de hecha pedazos, fué atada á cuatro palos, y allí muy cruelmente azotada por dos verdugos. Y perseverando ella en las alabanzas de Dios, fué tanto el espacio en que la estaban atormentado, que se revezaron siete verdugos á azotarla. Mas ella no hacía caso de las penas que le daban, por el esfuerzo que recibía con el favor de la divina gracia, antes los verdugos pedían con grande instancia al Emperador les diese licencia para no la tormentar más, porque ellos eran los atormentados. Mas el cruel tirano con mucho coraje mandó que unos y otros y muchos más se revezasen en la azo-

tar. Estaba presente al martirio desta sancta un hombre rico y pariente del Emperador, el cual por complacerle, dijo que la mandase llevar á la cárcel, y allí fuese pringada y caldeada con aceite hirviendo sobre aquellas llagas que estaban corriendo sangre. El Emperador mandó luego que así se hiciese. Iba la virgen con un rostro lleno de alegría á la cárcel á recebir este nuevo tormento, y toda la noche gastó en loores de Dios, y fueron oídas voces en la cárcel, que juntamente con la virgen alababan al Señor. Al tercero día fué presentada al tirano, el cual le dijo que fuese luego al templo y sacrificase, si no quería morir mala muerte. Pero la virgen, haciendo la señal de la cruz en el nombre de Cristo, entró en el templo, y puesta en oración mandó al demonio, que estaba dentro en el ídolo de Diana, que saliese luego dél. Y súbitamente, con grandísimo estruendo salió, y cayó fuego del cielo y quemó el ídolo, y parte del templo que cayó, mató muchos de los sacerdotes y de otros infieles. El Emperador, atemorizado con estas cosas, entregó la virgen á un presidente por nombre Justino, para que de nuevo la atormentase, y porque la sancta con grande fe y confianza le dijo: Atorméntame cuanto quisieres, ca no me podrás hacer que sacrifique á tus dioses, él la mandó luego levantar en alto, y despedazar las carnes ya despedazadas con peines de hierro, y la mandó abrir por los pechos con los peines, hasta recebir no menos que ciento y diez y ocho heridas en ellos. En todo este tormento ninguna palabra habló la virgen, sino los ojos puestos en el cielo, ofrecía su cuerpo en sacrificio á Dios. El presidente pensando que era muerta, mandó que la dejasen, mas entendiendo que aún estaba viva, le dijo: Martina, ¿quieres sacrificar á los dioses y excusar los tormentos que aún te tengo aparejados? Respondió la sancta: Yo tengo á mi Señor Jesucristo que me esfuerza, y no sacrifico á tus abominables dioses. El presidente, arrebatado con ira y cuasi medio loco, la hizo quitar del palo, y mandó á los verdugos que la llevasen á la cárcel, pareciéndole que no podría ella por sí andar, según estaba despedazada: mas ella se fué á la cárcel por sus pies. Sabido esto por el Emperador, la mandó echar á las bestias bravas, y llevada al teatro para esto, fuéle echado un bravo león: mas él, llegándose á la sancta, no sólo no le hizo mal, mas antes se arrodilló á sus pies. Viendo ella esta maravilla de Dios, de nuevo le suplicó que no permitiese que ella se viese jamás apartada de su

amor. Y por el león estar lamiendo los pies de la virgen, perdida toda su natural braveza. fué tornada á llevar á su prisión. El cual león como instrumento de la divina justicia, habiendo perdonado á la inocencia de la virgen, de camino mató á Eumenio, pariente del Emperador, que había dado el consejo contra la sancta. Ella fué luego llevada á la cárcel, donde pocos días después mandó el tirano que la llevasen al templo á sacrificar á los ídolos. Pero la virgen le respondió: Haz todo cuanto pudieres, porque nunca me podrás apartar del que conmigo tengo, que es mi Señor Jesucristo. Oído esto, la mandó otra vez atar y despedazar los huesos, que las carnes ya lo estaban. Y diciéndole uno de sus atormentadores: Confiesa, Martina, á Diana por diosa, y serás libre, respondió ella: Cristiana soy, y á Cristo Jesú confieso. Entonces mandó el tirano que fuese quemada, para lo cual fué luego hecha una grande hoguera, y la virgen de Cristo arrojada en ella. Mas la divina Providencia envió agua del cielo que mató la llama, y un viento recio que se levantó, esparció el fuego y quemó muchos de los gentiles que presentes estaban. Espantado el Emperador de lo que veía, y creyendo que éstos eran hechizos, y que los tenía en los cabellos, porque toda estaba desnuda, la mandó tresquilar, y pensando que con esto le había quitado toda su fuerza, comenzó á burlar della, y mandóla meter tres días en el templo de Diana, donde estuvo sin comer alabando al Señor. En cabo dellos fué sacada del templo, y pidió á Dios en su oración fuese servido de la librar de la miseria desta vida. El Emperador, viendo su constancia y que no podía con ella, la mandó degollar. Y con este martirio, haciendo oración á Dios, se fué á la gloria de su Esposo y Señor, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Escribió este martirio Adón, obispo de Tréveris.

MARTIRIO DE LA VIRGEN SANTA ANASTASIA

escripto por Simeón Metafraste.

HALLAMOS en las historias haber sido dos vírgines de un mismo nombre, que era Anastasia, ambas romanas, y ambas de muy esclarecido linaje, pero mucho más esclarecidas con la sanctidad de la vida y confesión de la fe. La una dellas fué casada con un hombre depravado así en la fe como en la vida. Por lo cual,

no usando ella de la libertad del matrimonio, conservó siempre su pureza virginal. Muerto el marido, perseverando ella en la misma pureza, empleaba toda su vida y hacienda en socorro de pobres y necesitados, mayormente de aquéllos que estaban presos por la fe, buscándolos en las cárceles, y proveyéndolos de todas las cosas necesarias, limpiando sus llagas, y curándolas, y haciéndoles sufrir con sus amonestaciones y consejos esforzadamente los tormentos, y después de muertos sepultaba sus cuerpos honrosamente con toda la pompa y gloria que en aquel tiempo se sufría: en lo cual gastó todo lo que le quedaba de vida, hasta que ella se ofreció también en sacrificio y holocausto á Dios, acabando su vida entre las llamas del fuego por la confesión de la fe.

La otra Anastasia escogió la vida monástica y quieta, desechando los cuidados y cargas del matrimonio, y no contenta con la corona de la virginidad, mereció también con un esforzado y grande ánimo la palma del martirio, gozando en el cielo destas dos coronas. Pues renunciando esta virgen sus padres y parientes y bienes temporales, siendo de edad de veinte años, se encerró en un monasterio, donde siendo instituída por la sancta Sofía (porque éste era el nombre de su maestra) produjo después fructos de virtudes proporcionados á tal doctrina y tal institución. Mas el demonio, teniendo envidia de tal sanctidad y pureza, hízole primero guerra con sus domésticos y familiares, los cuales procuraban apartarla de aquel recogimiento y rigor de vida. Mas como ella perseverase constantemente en el propósito comenzado, viendo que por esta vía no la podía vencer, volvióse á otras artes, y hizo que esos mismos familiares suyos denunciasen á los oficiales del juez que andaban en busca de los cristianos, que esta virgen lo era. Luego ellos fueron al presidente, que se llamaba Probo (siendo en aquel tiempo emperador el cruelísimo Diocleciano) diciendo contra esta virgen que ni honraba sus dioses ni al Emperador, sino que predicaba por Dios á un hombre llamado Cristo, y que había escogido una vida solitaria sin compañía de marido, y que enseñaba á otras vírgines esta nueva manera de vida. Juntando pues el presidente mucha gente ante su tribunal, mandó que esta virgen le fuese presentada. Fueron luego los ministros de la maldad, y quebrando las puertas y cerraduras del monasterio, preguntaban por el nombre de Anastasia. La sancta maestra suya Sofía, entendiendo lo que era, rogó

con grande humildad y instancia á los alguaciles le otorgasen un poco de espacio, en el cual derramando muchas lágrimas, y tomando á la virgen, y poniéndola secretamente delante del altar, y llamando á Dios por testigo de lo que quería decir, habló desta manera.

Yo, hija mía dulcísima, habiéndote recibido en mi compañía dende tu tierna edad, nunca cesé dende el primer día hasta éste de enseñarte con todas mis fuerzas todo lo que te era necesario para el servicio y amor de Cristo. Y pues tú agora has llegado á la edad de la plenitud de este Señor, camina para él con grande alegría, porque hoy te desposo y ofrezco y entrego en manos de tu celestial Esposo. Y ya te está aparejado el tálamo, y el que te llama, es verdadero y fiel, y los mensajeros desta alegre nueva son ya llegados para llevarte al palacio soberano donde está tu Rey. Camina pues, hija mía, por este angosto y estrecho camino, recibiendo el martirio por su amor, para que él ponga después tus pies en lugar espacioso. Ca justo es, oh hija, no sólo padecer y morir una vez por Cristo, sino muchas veces, si esto fuese posible. Porque si siendo él Dios, padeció no por sí, sino por nosotros, ¿cuán justo y cuán debido es que nosotros, que somos sus siervos, imitemos alegremente su muerte? Mas no se llama muerte, hija mía, perder la vida por Cristo, sino alegría, y gozo, y deleite, y resplandor, y luz más dulce y hermosa que ésta del sol. En aquella casa real todos los bienes están libres de muerte, todos son firmes y estables y perpetuos. No mires, hija mía, á la crueldad de los tiranos, ni á la terribilidad de los tormentos, porque tu celestial Esposo se hallará presente, y los aliviará, y te socorrerá. Y si él fuere servido que padezcas para prueba de tu fe, nunca te desamparará en los trabajos, y acabarse ha la fuerza de los dolores, y amanecerte ha la consolación y la luz, y la vida y la gloria te cercarán.

Á estas palabras respondió la virgen: Cosa es, madre mía, digna de ser deseada y pedida á nuestro Señor, que yo nunca desfallezca con la fuerza de los tormentos, pero aunque el espíritu está prompto, la carne es flaca: mas ruega tú al común Señor que él me envíe fortaleza de lo alto, con la cual pueda resistir á tan grandes dolores, y yo, madre mía, esforzada con su virtud y gracia, guardaré tus consejos, y ninguno dellos echaré en olvido.

Diciendo esto la virgen, y prometiendo esta tan dulce promesa, arremetieron luego los alguaciles, y arrebatándola como á un cordero de los brazos de su madre, le echaron una cadena al cuello, y caminando ella con grande alegría, fué presentada ante el presidente. Y estando delante dél, estaba muy más presente su ánima á Cristo su esposo, poniendo sus ojos fijos en él, y contemplando su hermosura. Espantábanse los que presentes estaban de ver la belleza de su rostro y la gravedad y honestidad con que asistía al juez. El cual primeramente le preguntó por su nombre. Ella respondió que se llamaba Anastasia, y Dios me ha levantado agora (dijo ella) para echar en vergüenza á ti y á tu padre. Él entonces, viendo á la virgen responder con esta aspereza, determinó ablandar aquella aspereza con regalos, no entendiendo con quién lo había, y qué pecho de acero tenía delante de sí. Y así le decía: Aconséjote yo, hija, lo que más te conviene, que es juntarte con nosotros, sacrificar á nuestros grandes dioses, y por esta vía alcanzarás casamiento con un hombre muy rico y principal, con el cual te darán riquezas, oro, plata, vestiduras preciosas, muchedumbre de criados, y así vendrás á ser una mujer muy principal en esta ciudad. Por tanto mira por ti, y toma el consejo que conviene para tu hermosura y nobleza, y no quieras experimentar el furor de nuestra ira, y ver cuán grande mal sea no honrar nuestros dioses. Porque yo pongo á ellos por testigos que tengo lástima de tu hermosura, y que no tengo menor cuidado de ti que si fuera tu padre según la carne, y con este amor te aconsejo lo que te conviene. Y si tú no tomares mi consejo, será necesario que pruebes por experiencia que no será menor la severidad y rigor de mi ira, que es agora la blandura de mis palabras. Y podrá ser arrepentirte á tiempo que nada te aproveche.

Oyendo estas palabras la virgen, trajo á la memoria las palabras y consejos de su buena maestra, y así respondió: Mi esposo, oh juez, y mis riquezas y mi vida, es Cristo, y padecer muerte por él es para mí cosa más preciosa que la misma vida, y por su amor no hago caso de oro ni plata ni riquezas, ni nada de lo que puede alegrar en esta vida, es para mí cosa alegre, porque él solo y su dulce compañía es mi alegría, de quien espero eternalmente gozar. Y por tanto, el fuego, la espada, y el hierro, y el despedazamiento de miembros, y las heridas y azotes, y cualesquier otras cosas que vosotros habéis inventado para atormen-

tarnos, no son para mí tormentos, sino deleites, poniendo yo mis ojos en solo él, y deseando padecer por él, no una sino mil muertes, si fuese posible. Por tanto, no finjas que tienes lástima de mi hermosura, que tan presto se marchita como la flor del campo, sino comienza á hacer lo que está en tu poder y en la crueldad de tus costumbres, porque yo nunca jamás adoraré esos vuestros dioses de piedra y palo.

Con estas palabras ensañado el juez, le mandó dar de bofetadas, y tras de esto la hizo desnudar en cueros en presencia del pueblo, echando en plaza aquella hermosura digna de ser reverenciada de los ángeles, para avergonzar aquella virgen que no estaba acostumbrada á vista de hombres. Y haciéndose esto, le dijo: Así conviene que seas afrentada y deshonrada ante los ojos de los hombres. Por tanto vuelve sobre ti, y llégate á honrar la benignidad de nuestros dioses, y no quieras afear y escurecer antes de tiempo esa tan florida hermosura. Ca si esto no haces, nadie te podrá librar de mis manos, ni excusar que no te haga mil pedazos y te eche á las fieras para que te coman, y esto ten por cosa cierta. La virgen á esto respondió: No es para mí deshonra, oh juez, estar desnuda de mis vestiduras, sino gran ornamento y atavío. Porque desta manera despojada del hombre viejo, vestiré el nuevo, que es de justicia y verdadera sanctidad. Y por esto no soy yo, sino tú el que se ha de avergonzar, por estar vestido de impiedad y maldad, la cual así como agua ha penetrado tus entrañas. Entre tanto, estando la virgen con gran deseo de entrar en la batalla de su martirio, y recelando que el juez se podría ablandar, y perder ella la corona, añadió estas palabras: Cruelísimo juez, amenázasme con la muerte, aquí estoy ya aparejada, porque esto es lo que yo deseo. Porque si despedazares mis miembros, y cortares la lengua, y las manos, y los dientes, y las uñas, entonces me harás mayor beneficio. Ca toda entera cuan grande soy, me debo á mi Criador, y éste ha sido siempre mi deseo, que él sea glorificado en todos mis miembros, y ellos sean presentados ante su tribunal con la hermosura y ornamento de mi confesión. Con el valor y esfuerzo de estas palabras quedaron atónitos y espantados los que presentes estaban. Mas el juez, dejadas las palabras, procedió á los tormentos.

Y primeramente mandó hincar cuatro palos en tierra, dos de una parte y dos de otra, y mandando atar los pies y brazos de la

virgen á estos cuatro palos, y quedando el cuerpo en lo alto dellos, hizo que debajo pusiesen fuego de sarmientos, y sobre él echasen aceite y pez y piedra azufre, y juntamente con esto mandó que tres verdugos con un mismo ímpetu y en un mismo tiempo azotasen sus espaldas con varas, y así fué luego hecho. Pues como ella estuviese así por un gran pedazo de tiempo padeciendo, y las espaldas se despedazasen con los azotes, y las entrañas por la parte de abajo se abrasasen con fuego, y las venas se convirtiesen en ceniza, y la sangre se consumiese (que era un tormento terrible aun de oir) la virgen ¡oh verdaderamente ánimo generoso y más alto que la misma naturaleza! estaba toda ocupada en hacer oración á Dios, trayendo á la memoria y repitiendo con la boca palabras de la sancta Escriptura, en que ella estaba muy ejercitada, y con esto y con su oración como con un rocío del cielo mitigaba la llama de sus dolores.

Por lo cual cansada aquella bestia fiera con este linaje de tormento, mandó que la pusiesen sobre una rueda en que fuese atormentada, queriendo sobrepujar el tormento pasado con el presente. Y luego los malvados ministros traían al derredor con cierto artificio aquella rueda, con la cual se quebrantaban los huesos, y los niervos se extendían, y toda la fábrica del cuerpo se desordenaba, y los miembros se desencajaban de sus lugares naturales. En este tiempo hacía la virgen oración al Señor que le podía ayudar en el tiempo de su aflicción, y así decía: Dios de los dioses, Dios de las virtudes, Dios de mi salud, de quien procede mi paciencia, y en quien está mi confianza, torre de mi fortaleza, refugio mío, socórreme agora, Señor, en esta aflicción. Dios que me ciñes de virtud, Dios, Dios mío, no te alejes de mí, porque desfallece mi vida en los dolores. Mas ¡oh socorro acelerado y admirable del Criador! hecha esta oración, luego se desataron las cuerdas con que el sancto cuerpo estaba atado en aquella máquina, sin quedar en todo él señal, ni del fuego pasado, ni de las heridas recebidas.

Mas ni con este tan gran milagro se movió aquella bestia fiera, ni desistió de su crueldad, por estar obstinado y tomado del vino de la infidelidad. Y así la mandó luego como estaba desnuda extender en un cierto ingenio de madera, y allí mandó á los verdugos que rasgasen y arasen sus carnes con garfios de hierro. Mas ella, levantando sus ojos al cielo, fué tan poderosamente

confortada, que cansados los verdugos del continuo trabajo, ella estaba con un ánimo y rostro tan sereno como si ningún dolor padeciera. Con lo cual el tirano desatinaba y estaba perplejo, no sabiendo de qué manera atormentaría la virgen. Estaba todo el rostro dél mudado, y saltaba en la silla, ni podía caber dentro de sí con la rabia y furor que padecía. Y como ya él estaba como loco y sin juicio, el demonio (de que estaba vestido) le dijo que mandase cortar á cercén ambos los pechos de la virgen, que era cosa de gravísimo dolor, por estar estas dos partes del cuerpo tan cerca del corazón. Mas la virgen, que estaba más encendida en el amor de Cristo que el tirano en su furor, despreciaba lo que era menos por lo más.

Y tras desto el tirano, deseando vencer aquella admirable fortaleza de la virgen con la terribilidad de los tormentos, mandó que le arrancasen las uñas de los dedos. Mas ella como si fuera insensible á los dolores, daba gracias á Dios por haberla tenido por digna de ser semejante á él y compañera de sus pasiones, y junto con esto deshonraba los dioses del tirano, llamándolos tinieblas, y engaño del mundo, y demonios, y otros nombres ignominiosos. Lo cual no pudiendo sufrir el tirano, mandó que estirándole la lengua de la garganta, se la cortasen, y con ella le arrancasen los dientes. Mas la virgen, no desmayando ni remitiendo nada de su constancia, perseveraba dando gracias á Dios, y rogándole diese buen fin á su martirio, y pidiendo salud á todos los enfermos que se la pidiesen por ella. Sonó luego una voz del cielo diciendo que le era otorgado todo lo que pedía. Y hecha esta oración, dijo al verdugo: Haz lo que te es mandado, y ella sacó aquella lengua que siempre se ocupaba en las alabanzas divinas, la cual fué luego cortada, y los dientes arrancados, y la boca quedó hecha una fuente de sangre, con la cual se teñía toda la vestidura de la esposa de Cristo, más preciosa que todas las púrpuras de los reyes.

En este tiempo, fatigada la virgen con sed, pidió un poco de agua, la cual le dió un hombre llamado Cirilo, que era cristiano, aunque no era conocido por tal. Y por este beneficio recibió un grande galardón, porque por un jarro de agua fría alcanzó la corona del martirio. Porque como supiese el tirano que este hombre había dado agua á la virgen no sólo por natural compasión de sus dolores, sino por comunicar con ella en la misma fe,

le mandó luego matar, y con esto dió sentencia difinitiva que la virgen fuese degollada, y así le fué cortada la cabeza fuera de la ciudad, y su cuerpo estuvo por algunos días en el suelo, pero sin ser tocado de las aves del aire ni de las bestias de la tierra, las cuales en su manera reverenciaban aquellas heridas recebidas por el común Señor.

Y después por especial providencia suya fué entregado á la bienaventurada Santa Sofía, que la había criado y enseñado: en lo cual cumplió Dios su petición y dió el descanso que sus entrañas deseaban. Porque siendo presa la virgen, y llevada al martirio, la sancta maestra suya temía y temblaba recelando el peligro de los tormentos, y por esto, prostrada en tierra, con encendidas oraciones y ríos de lágrimas rogaba á Dios que la virgen no desmayase con la fuerza de los dolores.

Mas después que se dió fin glorioso á su martirio, vino un ángel del Señor y libró á la maestra de aquel temor y cuidado, dándole alegres nuevas del fin glorioso de la virgen, y junto con esto la llevó adonde estaban las reliquias de su cuerpo adornadas con la confesión de la fe y con la vestidura del martirio, que era lo que ella deseaba. Entonces, abrazando ella todas aquellas preciosas reliquias, y besando cada uno de aquellos miembros, y derramando sobre ellos muchas lágrimas de alegría, decía: Hija mía dulcísima, hija mía muy amada, hija que yo crié con toda diligencia en ejercicios virtuosos y en silencio y en trabajos, gracias te doy porque no despreciaste mis consejos, y porque guardaste fielmente lo que me prometiste, y te presentaste á tu esposo Cristo adornada con la vestidura de la virginidad, y hermoseada con las heridas del martirio, y coronada con corona de piedras preciosas, y agora moras en el lugar del tabernáculo admirable, que es la casa de Dios, donde habitan los que siempre se alegran con su presencia. Por tanto te ruego, muy amada hija y espiritual madre (porque así conviene que te llame) que me seas en esta breve y caduca vida buena curadora y ama de mi vejez, aplacando por mí al común Señor, y rogándole por mí cuando saliere desta vida. Pues como esta piadosa y religiosa vieja (que tan bien sabía parir y criar tales hijas) abrazase y compusiese con sus manos las sanctas reliquias, y no tuviese fuerzas para llevarlas ni hallase medio para esto, y así estuviese muy congojada y afligida, vinieron súbitamente dos hombres en

hábito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las sanctas reliquias, y llevándolas en compañía de su maestra, las sepultaron honrosamente junto á la ciudad de Roma, á gloria de Dios Padre y de su unigénito Hijo Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

AL LECTOR

Es tan grande, tan dulce y tan admirable el fructo que se recibe de la historia de los sanctos mártires, que demás de lo arriba escripto, no pude dejar de dar parte al cristiano lector de la consolación que yo recebí leyendo estos tres martirios que aquí escribo, el uno de esta virgen nobilísima por nombre Anastasia, de edad de veinte años, y otro de un obispo no menos noble y de la misma edad por nombre Clemente, y el tercero de un compañero y discípulo suyo, aún de menor edad, llamado Agatángelo, ambas escriptas por Simeón Metafraste. Y será bien referir aquí lo que Nicéforo, historiador grave, dice del martirio deste S. Clemente y de su discípulo en el libro de su Historia Eclesiástica (1). Sus palabras son éstas.

En tiempo de los cruelísimos emperadores Diocleciano y Maximiano padeció un nuevo género de martirio Clemente, obispo de Ancira, con su compañero Agatángelo, porque veinte y ocho años duró la conquista de su glorioso martirio. Y á mi juicio, después que Dios crió el mundo, no se han hallado tales mártires como estos dos, que con tanta ventaja sobrepujasen á los que padecieron por fuego, hierro, piedras y maderos, y á los que pelearon con bestias fieras, y sufrieron largas prisiones y cárceles, y á los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el aire y en las aguas, y á los que fueron martirizados con grande frío ó calor, y á los que finalmente perdieron la vida con cualesquier penas y tormentos, porque á todos éstos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos mártires. Los cuales primeramente fueron atormentados en Roma, y después en Nicomedia, sucediendo unos atormentadores á otros, acabando unos y comenzando otros más crueles que los pasados, ejecutando unos un linaje de

(1) Nicephor. 7 libr. cap. 14.

tormentos, y otros inventando otros, hasta que después de todos ellos experimentados, perdieron la esperanza de vencerlos, y dieron fin á su martirio mandándolos degollar. Lo susodicho es de Nicéforo.

COMIENZA LA HISTORIA

DEL MARTIRIO DEL BIENAVENTURADO SAN CLEMENTE Y DE SU COMPAÑERO AGATÁNGELO

En el año de docientos y cincuenta después del nascimiento nuestro Salvador, siendo emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la ciudad de Ancira, que es en la provincia de Galacia. Era este sancto de mu y alto y noble linaje y de padres ricos, aunque el padre era infiel, mas la madre, que había por nombre Sofía, era muy católica y religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedóle este hijo niño que ella criaba á sus pechos. Y después de llegado á edad de poder ser enseñado, la madre empleaba todo su cuidado en adornarlo de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre que se allegaba el fin de sus días, tomando al hijo, que era ya de doce años, y abrazándolo con grande amor, y deseando hacerle no menos heredero de los tesoros del cielo que de su patrimonio, hablóle desta manera:

Hijo mío, hijo muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre, viste tu orfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te ha enriquecido, pues él usó de tu orfandad para tu felicidad. Yo te di ese cuerpo que tienes, mas Cristo te reengendró con su espíritu. Conoce ese padre, y procura que no tengas ese nombre de hijo en vano. Sirve á solo Cristo, y en él pon toda tu esperanza, ca él es la inmortalidad, él la salud, y él es el que decendió del cielo por nuestro amor, y nos levantó consigo á lo alto, y hizo sus hijos. Y por tanto, quien obedeciere á este Señor y Padre, vencerá todas las cosas, no solamente á los reyes y tiranos que adoran los ídolos, mas también á los demonios que moran en ellos. Dichas estas palabras, y sus ojos llenos de lágrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le había de suceder en la vida, y así le dijo: Ruégote, hijo muy amado, que por cuanto viene ya acercándose una grande persecución contra la Iglesia,

que por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia, y me des esta honra, que estés fuerte y constante en la confesión de Cristo, y yo confío en él, oh hijo mío, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Por tanto, aparéjate con tiempo y con grande ánimo para esta batalla, porque no te halle desapercebido. Ca no peleamos con flacos enemigos ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores, y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna y la infamia y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu propósito sus promesas, ni tampoco sus amenazas, porque gran vergüenza es que muriendo constantemente los caballeros por el rey mortal de la tierra, no querer hacer nosotros lo mismo por el Rey inmortal de los cielos, mayormente siendo tan desigual el galardón de los unos y de los otros. Porque ¿qué bien se puede hacer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Cristo, en premio desta vida mortal se da la inmortal, y por las riquezas y deleites que corren con el tiempo, se da bienaventuranza perdurable. Mas ¿qué digo? ¿Por ventura, si agora no morimos, no habemos de morir poco después, y pagar esta común deuda del género humano? Mas la muerte que se padece por Cristo, no se puede llamar muerte, porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar, hijo, que el Hacedor del universo se hizo hombre por nosotros, y viniendo á la tierra conversó con los hombres, y (lo que sobrepuja toda admiración) por nosotros siervos ingratos fué el Señor de la majestad condenado, escupido, abofeteado y finalmente muerto. Lo cual todo padeció por nosotros y por nuestra salud, y por librarnos de la tiranía del pecado y abrirnos las puertas del cielo. Pues ¿en qué razón cabe que padeciendo él tales cosas por nosotros, no padezcamos nosotros algo por él? Estas cosas debes, hijo mío, imprimir en tu corazón, para que no haya cosa que te aparte de la caridad de Cristo, no las amenazas de los tiranos, no nuevos géneros de tormentos, no miedo de los reyes, sino contra todo esto te esfuercen los bienes que están aparejados á los mártires, y el reino del cielo, que es el premio del martirio.

Estas cosas decía cada día la buena madre á su buen hijo, teniendo él ya canas antes de la edad por su gran prudencia. Y estando ella para partir desta vida, le dijo: Éste es el premio

que te pido, hijo mío, por los trabajos de la crianza y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo, porque ya yo me aparto de ti, y esta luz sensible mañana me faltará: por tanto ruégote, luz y vida mía, y entrañas mías, que no me falte esta esperanza. Una mujer hebrea parió siete mártires, y peleó en siete cuerpos, mas tú solo bastas para mi gloria y para que sea yo bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me parto de ti, y mi cuerpo se apartará de tus suavísimos ojos, mas mi ánima estará siempre pendiente de la tuya, con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el tribunal de Cristo, gloriándome en tus trabajos y en las señales de las heridas que recibirás por él. Esto decía la buena madre á su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros, diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un mártir y los miembros que se han de ofrecer á Cristo en sacrificio. Y diciendo esto, y abrazándolo, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espíritu á Dios, y el cuerpo á las dulces manos de su hijo.

Entonces el piadoso hijo, sepultado honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monástica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dejar el mundo el que después por Cristo había de dejar la vida. Quedando él pues en esta edad huérfano de padre y madre, tomó á Dios por padre, el cual le proveyó de otra madre que en el nombre y en la nobleza y en la sanctidad y riquezas era semejante á la primera, porque también se llamaba Sofía, la cual noche y día se ocupaba en la oración. Y habiendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecía dellos. Mas la divina Providencia, que dende lo alto provee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciese de madre, y así le proveyó désta. La cual como mujer sancta y sabia criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado como si ella lo pariera, y no era menor el amor y reverencia que él tenía á ella. Comenzó luego el sancto mozo como tierra fértil á dar fructos de bendición. Porque habiendo una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él recogía los niños huérfanos y pobres que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestíalos y manteníalos, dándole para esto su buena madre con mucha alegría todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos, mas él tomaba á su parte el cuidado de las ánimas, criándolas en toda virtud y en la fe y amor de

Cristo. Y con este cuidado y doctrina de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo vinieron á padecer con él. Y desta manera la buena Sofía que antes carecía de hijos, vino á tener muchos y muy virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenía con solas legumbres, acordándose de aquellos tres sanctos mozos que usaban de este manjar, mediante el cual ni el fuego de los vicios, ni el del horno de Babilonia pudo nada con ellos.

Mas porque convenía que la candela se pusiese sobre el candelero de la Iglesia, ordenó Dios que el que resplandecía con tantas virtudes, enseñase á otros el camino de la salud. Y así por común consentimiento de los moradores de Galacia le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios, y poco después fué ordenado de diácono y sacerdote, y pasados dos años, cuando él cumplía los veinte, viendo el pueblo en aquella edad las canas y madureza de la virtud, le escogieron por obispo. Y puesto en esta dignidad, comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándolos toda buena doctrina, y administrándoles el sancto baptismo, y á fama desta buena institución acudían á él de los lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinase, los cuales él criaba y enseñaba como si fueran sus proprios hijos. Éstos fueron los primeros fructos desta buena planta.

§ I

Mas tiempo es ya que vengamos á tratar de su martirio. Para lo cual es de saber que en este tiempo comenzó á imperar Diocleciano, el cual luego en el primer año de su malvado imperio envió edictos á los adelantados de todo el imperio romano, mandándoles que á fuerza de tormentos desterrasen del mundo el nombre de cristianos, prometiendo grandes premios y favores á los que en esto pusiesen mayor cuidado. Llegando este mandamiento á Domiciano, presidente de Galacia, fué ante él acusado Clemente, diciendo dél que había traído gran número de mozos al conocimiento de Cristo, y que condenaba el culto de sus grandes dioses. Mandó luego Domiciano traer á Clemente ante sí, el

cual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promesas, mas el sancto ningún caso hacía ni de sus honras, ni de sus promesas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el juez su constancia, quitada esta máscara, comenzó á vomitar la ponzoña que tenía en su corazón, y así, desnudando al mártir y amarrándolo á un madero, mandó que le rasgasen las carnes con garfios de hierro.

Desta manera ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecía la figura y forma de las entrañas, y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apenas los ojos de los que presentes estaban podían sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el sancto mártir ni se alteró en su ánimo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dijo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados, mas perseverando con más seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera menos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su ánimo en dar gracias á Cristo su capitán que lo esforzaba. Y habiéndose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazón, pretendiendo el juez quebrantar aquella firme roca, no pienses, dijo él, que tú has de ser poderoso para vencer mi fortaleza, porque aunque estén cansados los que hasta aquí te atormentaban, yo mandaré suceder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron pues éstos de nuevo, haciendo lo que los pasados, hasta cansarse también como ellos.

Mas aquel cruel tirano, maravillándose por una parte de la constancia del mártir, y por otra hallándose corrido y vencido dél, mandó que le desatasen del madero, el cual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrían verlo, porque estaba despojado de su carne, y solamente parecía hombre por quedar en él la armazón de los huesos, los cuales estaban bañados en sangre. Por lo cual el tirano, desesperado de poderle vencer por vía de fuerza, volvió á tentarle con blandas palabras, y así le decía que siquiera por un breve espacio diese algún alivio á aquel miserable cuerpo, y no quisiese mostrar valentía y esfuerzo en una cosa tan vana, y padecer muerte por ella. Pero el mártir, no haciendo caso destas palabras, respondió: Esta muerte

con que me amenazas, quitando la vida á mi cuerpo, acarrea la inmortalidad á mi ánima. Por tanto, ya que sabes esta mi determinación, no cures de palabras, sino pon por la obra todo lo que quisieres, y no dejes de probar todo lo que te pareciere intolerable de sufrir. Entonces el cruel tirano, tomado de su acostumbrada ira, dijo: Este hombre es un animal porfiado: por tanto herilde reciamente en la cara y en la boca, porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa desta libertad de hablar. Luego entre los verdugos, los que eran más humanos le herían con las manos, y otros no osaban tocar en él, porque estaba todo su cuerpo tan deshecho que apenas se podía tener en pie, mas los que eran más crueles, heríanle con piedras en la boca. Entonces el mártir dijo: No es éste para mí tormento, porque grande honra es del siervo padecer lo que su Señor, el cual fué abofeteado, y su siervo S. Esteban apedreado, y alivia este mi trabajo la imitación de la pasión, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciendo esto, levantaba los ojos á Cristo su capitán, dándole gracias con toda devoción. Entonces Domiciano, perdida la esperanza de vencer al mártir, mandó que le volviesen á la cárcel y que dos hombres le llevasen del brazo, pareciéndole que no se podría menear por los tormentos pasados. Mas aquel Señor que confirma los flacos y levanta los caídos, no quiso que tuviese él necesidad desta ayuda, mas desechando de sí los que le querían llevar, se fué por su pie á la cárcel. Espantado el tirano de tan grande fortaleza, dijo á los que presentes estaban: Tales soldados había menester el Emperador, que tuviesen tales espíritus en las cosas arduas. Pero él no será más presentado ante mi tribunal. Yo lo enviaré al emperador Diocleciano, porque él solo será poderoso para vencerle. Y dicho esto, escribió al Emperador todo lo que había pasado, y mandó llevarlo preso de la ciudad de Ancira á Roma, donde estaba Diocleciano. Viéndose el mártir fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazón al cielo, comenzó á decir: Señor Dios, que ordenas todas las cosas para la salud del género humano, y nos abres muchos caminos de salud, suplícote por esta mi ciudad y por las ánimas que en ella han creído, para que no caigan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tiranos. No consientas que ellos sean desterrados desta ciudad que los crió, sino tú que volviste á Jacob á la casa de su padre, y libraste de las

manos de Esaú, y heciste que los huesos de Josef fuesen llevados de la tierra de Egipto á la sepultura de sus padres, ten por bien de volverme á esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que así se le vuelva este su depósito. Hecha esta oración, comenzó alegremente su camino.

Llegado pues á Roma, y dadas las cartas á Diocleciano, mandó que le presentasen á Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y disimulando lo que tenía en su ánimo, y maravillándose de haber padecido lo que las cartas testificaban, dijo al mártir: ¿Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso ánimo? Mas fuera razón que ese ánimo emplearas en cosas grandes, y no en defender esa vana creencia que provoca nuestra ira, y mueve nuestros dioses á venganza, á los cuales debes esa fortaleza que tienes, con la cual pudiste resistir á tan grandes tormentos, para que así vinieses al conocimiento de la verdad. Y diciendo esto puso delante los ojos del Sancto oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados y dignidades que le prometía, y de otra parte instrumentos para atormentar, que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas y peines de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de ver. Y hecho esto, mirando al mártir con blando rostro, y mostrando aquellas riquezas, le dijo: De todo esto te haremos merced, si adorares nuestros dioses. Pues apartando el sancto sus ojos de aquellas riquezas, y escarneciendo dellas, y dando un gran gemido por lo que le habían dicho, respondió: Destruídos sean vuestros dioses, y vosotros con ellos. Entonces el Emperador, mirando con rostro airado á Clemente, y volviendo los ojos á aquellos géneros de tormentos, Éstos, dijo él, están aparejados para los que blasfeman de nuestros dioses. El mártir á esto respondió: Si vuestros tormentos, como pensáis, son terribles y intolerables, y vuestros dones resplandecientes y magníficos, ¿cuáles os parece que serán los dones de Dios, y cuáles los castigos y ríos de fuego que tiene aparejados á los malos? Porque vuestro oro y plata ¿qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fructo, y subjecta á los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas, ¿qué son sino hilos y babas de gusanos, y invención de hombres bárbaros? Tales pues son vuestras cosas. Mas las de Dios, por el contrario, tienen deleites inmortales y resplandor perpetuo, ca no temen las mudan-

zas y vueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

Á esto respondió Diocleciano: Paréceme, Clemente, que hablas bien y sientes mal, porque con tus palabras tratas de la inmortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Cristo, el cual dicen haber padescido innumerables penas por mano de los judíos, por los cuales fué crucificado. Mas nuestros dioses son inmortales y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dijo el mártir, lo que dices, porque ¿cómo han de morir los que nunca vivieron, y cómo han de sentir dolor los que carecen de sentido?

§ II

Indignado el Emperador con estas y otras semejantes palabras, deja las palabras y vuélvese á los tormentos, y así mandó atar el mártir á una rueda, y traerla con grande ímpetu al derredor, y que en este mismo tiempo azotasen cruelísimamente al mártir con varas. Y cuando la rueda le tomaba debajo, quebrantábansele los huesos, y cuando volvía á lo alto, descargaban los verdugos sobre él sus azotes. Mas él estando en este tormento, volvióse á Cristo diciendo: Señor mío Jesucristo, ven á ayudarme, y levántame del peso de este tormento, porque me han cercado dolores de muerte. Favoréceme, Señor, para gloria tuya y confesión de tu nombre y para confusión y deshonra de tus enemigos, y para esforzarme á padescer por ti mayores dolores. Hecha esta oración, luego cesó el movimiento de la rueda y el tormento de los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el mártir fué restituído á su primera sanidad. Por dónde muchos de los romanos que asistían á este espectáculo, se convirtieron á Cristo, y comenzaron á dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Mas el mártir decía: Doite gracias, Señor mío, por haber querido que yo padeciese en esta gran ciudad y en presencia de tantos hombres por tu unigénito Hijo, que también padeció por nosotros, y dió su sangre en precio de nuestro captiverio. Y luego contó por sus nombres los sanctos de Roma. En esta ciudad, dijo él, S. Pedro glorificó á Dios, y Paulo lo predicó, y Cle-

mente (cuyo es mi nombre) lo adoró, y el divino Onésimo confesó, por quien ellos también padecieron, los cuales agora son venerados de los fieles y de aquí á pocos días lo serán de los emperadores. Esto dijo profetizando el fin y destruición de la idolatría.

Estas palabras encendieron más la ira de Diocleciano, y por eso mandó que le despedazasen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo cual los dientes quedaron movidos y las mejillas quebrantadas, mas la voz del mártir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciéndole los verdugos que callase, él no cesaba de hablar más alto, hecho como una estatua de metal que mientra más golpes le dan, más suena. Por lo cual fatigado el Emperador y desconfiado, mandó que lo volviesen á la cárcel. Mas la muchedumbre de aquéllos que habían creído (así hombres como mujeres) por el milagro de la rueda, juntándose todos en uno entraron en la cárcel, y prostrándose á sus pies, pedían con grande instancia el divino baptismo. Movido pues el sancto con esta fe y devoción, baptizó á todos juntamente con sus hijicos. Y á la media noche les apareció una visión celestial, que era una luz tan grande que ni se puede explicar con palabras, ni la sufrían ver los ojos, la cual así como un relámpago esclarecía aquella cárcel, y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegándose á Clemente le puso en las manos un pan y un cáliz, y hecho esto desapareció, dejando á los que allí estaban atónitos y enmudecidos con esta visión tan admirable. Y conociendo el sancto varón ser ésta la materia del sanctísimo Sacramento, hechas sus oraciones y pronunciando las palabras de la consagración, dió la sancta comunión á los que estaban ya baptizados. Viniendo pues otros muchos al sancto, y creciendo el número de los fieles, y haciendo iglesia de la cárcel, los carceleros dieron cuenta al Emperador, el cual mandó que los prendiesen de noche, y si no quisiesen negar la fe de Cristo, los matasen sin ninguna remisión. Siendo pues todos presos, holgaron más de perder esta vida temporal que negar á Cristo que nos crió, amó y murió por nosotros, y así salidos fuera de la ciudad, ofrecieron sus hijos al Señor como unos sanctos sacrificios, sin que alguno faltase, sino solo uno, cuyo ánimo era más juvenil, porque no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolo-

res. Éste era el admirable Agatángelo, de quien comenzaremos ya á tratar.

Mas Diocleciano mandando traer ante sí á Clemente, y dándole á entender que estaba arrepentido de lo pasado, comenzó á alabar al sancto mártir y tratarle blandamente para ver si por esta vía le podía convencer. Mas viendo que nada aprovechaba, dejada aquella fingida mansedumbre, comenzó á descubrir su ponzoña y imaginar otro terrible tormento, movido á esto por consejo de un hombre principal llamado Anfión. Y el tormento era, que muchos hombres juntos trabasen de sus miembros de tal manera, que los desencajasen de sus lugares naturales, y demás desto, que cuatro verdugos juntamente le estuviesen azotando con niervos secos de toro.

Habiendo pues el mártir sufrido este tormento con admirable constancia, díjole Diocleciano: Veo, Clemente, que eres muy porfiado, mas no pienses que me has de vencer, porque agora te atormentaré con garfios de hierro, porque también tú eres de hierro y careces de sentido como él, y quizá por esta vía te despertaré de ese profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el sancto, oh Emperador, que duermo, porque duermo un dulce sueño, adormeciéndome Cristo los dolores con la esperanza de los bienes advenideros, y esforzándome á padescer por él mayores trabajos: el cual también me hace velar y estar atento para que hable libremente y predique su sancto nombre. Diciendo esto el sancto, mandó el Emperador á los verdugos que dejasen de azotar al mártir, y lo levantasen en un madero, y rasgasen su cuerpo con garfios de hierro hasta que le consumiesen todas las carnes y estuviese todo desangrado, sin quedar más que el armazón de los huesos. Hecho esto, mirando el mártir cuál estaba, y vuelto al tirano, dijo: No es éste el cuerpo que tú despedazas, ca ningún dolor siento cuando lo despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormeutos pasados sin quedar parte dél, y este nuevo cuerpo que agora despedazaste, me dió mi Señor Jesucristo, y consumido éste, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el Emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las cuales eran deleitables al sancto, porque eran luz que le alumbraban sin quemarle. Por lo cual espantado el Emperador de tan grande forta-

leza, y volviéndose á los que presentes estaban: Muchos, dijo él, destos malaventurados cristianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazón ni cuerpo tan robusto he visto como éste. Por tanto yo determino enviarlo á Nicomedia á Maximiano, compañero de mi imperio, el cual pienso que tendrá las cosas deste hombre por un prodigio increíble, ca no pienso haber él visto jamás semejante constancia. Y diciendo esto con grande admiración, mandó que el mártir con sus prisiones fuese llevado por mar á Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dándole cuenta por carta de lo que había pasado primero con Domiciano y después consigo, diciendo que eran cosas que sobrepujaban toda la fe y fuerzas de la naturaleza humana, añadiendo más, que si le pudiese vencer y atraer á su religión (lo cual él no esperaba) le haría gran placer en tornárselo á enviar para muestra de su grande ingenio y prudencia.

§ III

Sacan pues al sancto de Roma, acompañándole muchos de los fieles. Mas ¿quién podrá explicar lo que ellos decían y hacían? Ca unos se prostraban á sus pies, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello y lo besaban, derramando amarguísimas lágrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre, y tocaban sus heridas sin poder apartarse de aquel esclarecido varón, más fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento dellos, que hasta los mismos marineros, vencidos de compasión de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo á aquella triste despedida. Llegándose pues ya la hora del navegar, apenas le podían dejar subir en el navío los que le acompañaban, pareciéndoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el sancto haciendo oración por la ciudad y por sí, cozó á navegar. Mas ¿qué hizo aquel soberano gobernador para compañía y consuelo de su sancto? Aquel mancebo Agatángelo (de que arriba hecimos mención, que fué el primero de los que el sancto baptizó en la cárcel, y se escapó del martirio de los otros) estando á la sazón en Roma, usando de toda buena industria, se metió secretamente y escondió en la misma nao. Y navegados ya hasta docientos estadios, estando los marineros ocupados en su

oficio, y el sancto mártir en un rincón puesto en oración, llegó á él este mancebo, y prostrado á sus pies le dijo que él era el primero de los que en la cárcel había sido por él baptizado, y escapado del martirio, y cómo venía allí inspirado por Dios á serle compañero en sus trabajos. Mas ¿qué hizo aquí entonces el mártir? Bendecíalo, abrazábalo, hablábale con grande benignidad, mostrando tener las entrañas llenas de gozo. Y luego comenzó á dar gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, rogándole con mucha eficacia que lo esforzase para que fuese compañero de su confesión. Doite gracias (decía él) Señor mío Jesucristo, que eres mi única consolación y ayuda, pues ni en la tierra ni en la mar me has desamparado, y defendido toda la vida, y recreado mi ánimo fatigado con los trabajos, y hecho consolador mío por la manera que tú sabes. Porque agora en la mar me has consolado con este mi hermano Agatángelo, el cual con el nombre que tiene, me promete tu favor, porque Agatángelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por tanto concédeme, oh Rey mío, que él hasta la fin persevere fiel, y que tú le glorifiques con la confesión de tu fe, y tú seas glorificado en él.

Desta manera estaban los sanctos día y noche en oración sin desayunarse, porque ningún cuidado habían tenido de hacer alguna provisión, como personas que traían el pan vivo y el agua de la gracia en sus ánimas, con que se sustentaban. Mas compadeciéndose los soldados y marineros de tan largo ayuno, y ofreciéndoles de comer, diéronles gracias por la buena voluntad que les mostraban, mas no quisieron tomar nada dellos, diciendo que lo esperaban de Dios, lo cual así se cumplió. Porque no había de faltar la providencia de un tan fiel Señor á tan fieles siervos. Y así á prima noche les proveyó de mantenimiento por ministerio de los ángeles. Pasados muchos días en la navegación, llegaron á Rodas, y desembarcándose muchos de los que navegaban para proveerse de lo necesario, rogaban los sanctos á los que quedaban en su guarda, les diesen licencia para ir á la iglesia de los cristianos. Era entonces día de Domingo, y los cristianos que moraban en la isla habían acudido á la iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció á Clemente, y lo hizo saber al obispo de la isla, que se llamaba Fotino, el cual sin detenerse, tomando consigo muchos de los fieles que estaban en la iglesia, llegó al puerto, y rogando á las guardas con grande instancia que les quita-

sen las prisiones y los dejasen venir á la iglesia, alcanzó dellos lo que pedía. Y dando gracias á Dios, los llevó á la iglesia, y abierto el libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó fueron aquellas palabras del Salvador: No queráis temer á los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el ánima. Con esta palabra se infundió en el corazón de los sanctos una dulcedumbre divina, y levantando los ojos y las manos al cielo, hacían oración con lágrimas de alegría, con lo cual enternecidos los ánimos de los que los veían, derramaban también muchas lágrimas. Luego aquel piadoso y sancto obispo rogaba á Clemente que celebrase los sagrados misterios, y haciendo él este oficio, vieron los que merecieron verlo una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, y muchos ángeles revoleando encima della, y los que presentes estaban se prostraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la ciudad, acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echándolos á los pies del sancto, y otros tocaban sus manos, y así quedaban libres y sanos de enfermedades incurables, con lo cual también fueron curadas muchas ánimas de los gentiles, viniendo por este medio en conocimiento de la verdad.

Espantados los soldados de tan grande afición como toda aquella ciudad tenía á Clemente, y recelando no intentasen alguna novedad con que el sancto escapase de sus manos, vuelven á echarles las prisiones, y llevarlos al navío. Y sucediéndoles buen tiempo, pasando el mar Egeo, llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano, el cual recibidas las cartas del Emperador que daban cuenta de lo pasado, y viendo el semblante del sancto (en el cual ninguna cosa vil ni baja se mostraba, y conjecturando por su rostro la grandeza de su ánimo) no se atrevió á examinarle, sino fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometió este negocio á un presidente por nombre Agripino. El cual mandando parecer ante sí al mártir, le preguntó si él era Clemente, y respondiendo él que sí, y que era siervo de Cristo, mandó á los soldados que le diesen un gran pescozón, diciéndole que se llamase siervo de los emperadores, y no de Cristo. Pluguiese á Dios (dijo el mártir) que todos vuestros señores y emperadores se llamasen siervos de Cristo, y todas las gentes le sirviesen y obedeciesen, y no sirviesen á la maldad de vuestra su-

perstición. Encendido el juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podía explicar, volvióse á Agatángelo, y preguntóle: ¿Tú quién eres, porque no hace mención de ti la carta de Diocleciano? Entonces él mirando al cielo y mirando á Clemente, porque de ambas partes esperaba socorro, yo (dijo él) por la gracia de Dios soy también cristiano, y por medio de Clemente, siervo de Cristo, alcancé este bienaventurado nombre. Luego el juez mandó levantar á Clemente en alto, y herirle y cortarle los miembros, y al Agatángelo mandó azotar cruelísimamente con niervos de toro. Mas Clemente, sufriendo su tormento con grande y generoso corazón, sin hacer caso de sus llagas, hacía oración por sí y por el compañero. Entonces el juez, cesando deste castigo y poniéndolos en la cárcel, mandó que se aparejasen para otro día en el teatro muchas diferencias de bestias fieras muy crueles. Entretanto los sanctos estando en la cárcel, perseveraban con grande atención en la oración, á los cuales viniendo los ángeles los esforzaban y animaban al martirio. Mas los presos que estaban por otras causas en la cárcel, viendo la perseverancia de aquella oración, y espantándose de la venida y consolación de los ángeles, derribáronse á los pies de los sanctos, rogándoles que les diesen conocimiento de Cristo y que no les tuviesen por indignos de que ellos también lo confesasen. Estuvieron pues los sanctos hasta la media noche enseñándolos y doctrinándolos y amonestándolos, hasta que los dejaron muy bien instruídos y confirmados en la fe, y purificados con el sancto baptismo. Luego Clemente con su oración abrió las puertas de la cárcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y de ellos, quedándose él con su compañero solo en ella.

Este hecho alteró grandemente al juez, y mandando sacar los sanctos al teatro, él primero como león rabioso comenzó á bramar contra ellos, y luego mandó sacar los leones y otras bestias fieras, las cuales ningún mal hicieron á los sanctos, antes los miraban con ojos alegres, y les lamían las manos, y los abrazaban, como hacen los perrillos cuando sus señores vienen á sus casas de lejas tierras. Lo cual al juez fué causa de grande admiración y espanto y desesperación de poder vencer á los sanctos, mas á ellos fué causa de glorificar á Dios, diciendo: Gloria sea á ti, Cristo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, y heciste con nosotros lo que con Daniel en el lago de los leones,

pues lo mismo heciste con nosotros como verdadero Dios de Daniel.

Mas no por esto perdió nada de su furor aquella bestia fiera, antes mandó que tomasen unas alesnas largas y agudas y encendidas, y se las hincasen por las manos entre dedo y dedo, hasta llegar á la muñeca del brazo. Y no contento con esto, mandó que les hincasen otras debajo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros. Mas el pueblo que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado cómo los sanctos pudieron resistir á tan grandes dolores sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera que comenzaron á apedrear al tirano, y dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Con esto el juez echó á huir, y los mártires se subieron seguramente á un monte por nombre Pirami. Mas el tirano los anduvo buscando muchos días, y finalmente los halló. Y luego mandó que todos los devotos de sus dioses acudiesen á aquel monte, y puesto él en su tribunal, y traídos ante sí los sanctos, ¿por qué, dijo él, con vuestros hechizos y encantamientos alborotastes el pueblo, y hecistes que se levantasen contra nos, y maldijesen nuestros dioses? Nosotros (respondieron los mártires) nada de eso hecimos, sino callando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conocimiento de Dios, y así lo predicaron á grandes voces, como tú lo viste. Por tanto, si tienes otro tormento que ejecutar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librarnos de tus manos. Entonces el tirano, usando de otra nueva crueldad, mandó extender los sanctos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huesos, hiriéndolos reciamente con unos maderos. Y hecho esto, los metió así quebrantados en unos sacos, atando á la boca dellos una grande piedra, y desta manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abajo, por la cual iban rodando, y no pararon hasta caer en la mar, que llegaba á la raíz del monte. Los que presentes estaban creyeron que luego expirarían, y con esto algunos de los fieles se llegaron á la playa, para ver si podían coger algunas reliquias dellos. Mas ¡oh admirable potencia y providencia tuya, Cristo, rey nuestro! porque habiendo estado los sanctos por largo espacio debajo del agua, aparecieron los sacos viniendo sobre el agua y allegándose á la ribera, y desatándolos, hallaron todos sus miembros sanos y sin alguna lisión. Y no contento aquel piadoso

Señor con este favor y regalo, á la media noche envió sus ángeles para que los recreasen del trabajo pasado, y les proveyesen de mantenimiento. Dende ahí vinieron á la ciudad, y contaron á los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazón.

§ IV

Sabido esto por el presidente, y viendo por experiencia que era imposible vencer los sanctos, y que muchos de los gentiles viendo estos milagros se convertían á Cristo, no se atrevió á pasar adelante, sino hizo saber al emperador Maximiano lo que pasaba, diciendo que los mártires eran naturales de la ciudad de Ancira. Sabido esto por el Emperador, y recelando este combate, tomó de aquí ocasión para enviarlos á su patria, encargando este negocio á un presidente que allí estaba, por nombre Curicio, diciendo: Justo es que la tierra que los engendró, los tenga y castigue. Desta manera la divina Providencia cumplió lo que su sancto le había pedido, que era acabar la vida en su patria, donde era obispo, después de haber corrido tantos mares y tierras. Llegado á la ciudad, entra el sancto con grande alegría diciendo: Gloria sea á ti, Señor mío Jesucristo, que oíste mi oración, y me volviste á mi patria y al sepulcro de mis mayores, y más con este fructo de Agatángelo, compañero de mis trabajos.

Presentados los sanctos ante el presidente Curicio, tentó él primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo su largo razonamiento diciendo que sacrificasen á sus dioses, pues no podían dejar de padecer no lo haciendo. Á esto respondieron los sanctos: ¿Para qué nos amenazas con trabajos, pues éstos por amor de Cristo nos son deleites? Ni tenemos compasión de nuestros cuerpos, sino de vuestras ánimas miserables, pues servís á unos dioses que ningún sentido tienen.

Embravecido con esto el juez, pues tanto (dijo él) os holgáis con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandólo hincar debajo de los sobacos de los sanctos, y atándoles fuertemente los brazos, y hincando dos maderos en tierra, mandó atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los

herían agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entonces el juez escarneciendo de ellos, preguntó si sentían aquellos tormentos. Al cual Clemente respondía lo que dice el Apóstol: Cuanto más se corrompe nuestro hombre exterior, tanto más se renueva y perfecciona el interior. No contento con esto el tirano, mandó encender un capacete, y así encendido lo hizo poner sobre la cabeza de Clemente, y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca y por las narices y oídos. Entonces el sancto, dando un grande gemido y llamando á Dios, oh agua viva (dijo él) y lluvia de nuestra salud, envíame, Señor, una gota de tu rocío, y pues antes nos sacaste del agua, agora nos saca del fuego y nos da tu refrigerio. Y diciendo esto, poco á poco se fué enfriando el hierro, y los que herían á Agatángelo se cansaron. Aquí el tirano espantado y atemorizado de lo que veía, mandó soltar los sanctos y llevarlos á la cárcel, disimulando la perplejidad en que estaba, con color de misericordia.

Mas aquella sancta Sofía, la cual dijimos haber prohijado á Clemente, y hecho con él oficios más que de madre, viendo cómo después de tan largo tiempo había vuelto á su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confesión, no cabía en sí de placer, esperando luego la corona que le había de venir del cielo. Vino pnes de noche á la cárcel, y abrazando á Clemente, y derramando muchas lágrimas, besaba con grande devoción sus manos y su rostro y todos aquellos sagrados miembros, pidiéndole que le diese cuenta de todos los caminos y trances que había pasado. Y dando él razón de todo esto, ella con unos lienzos alimpiaba la sangre y las heridas del sancto, y luego le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado pues el juez de poder vencer tan grande constancia, salióse afuera, y encomendó el negocio á otro juez de los amesinos, por nombre Domicio. Mas la sancta madre Sofía no podía apartarse con el cuerpo de los que tenía abrazados en su corazón, y así vino muy alegre con aquellos mochachos que como ya dijimos, Clemente había baptizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó que si los mochachos se apartasen de Clemente, los dejasen libres, y donde no, que los matasen. Dada esta sentencia, los soldados trabajaban apartarlos por fuerza del mártir, mas ellos resistían á esto cuanto podían, arrojándose en tierra, y abrazando los pies del sancto con

mayor constancia y prudencia de lo que pedía aquella edad, y así todos allí quisieron antes morir que apartarse de su maestro. Mas la piadosa Sofía, por el grande amor que les tenía, tomó muy á cargo la sepultura de los muertos, y así con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero, por entender en la sepultura destos inocentes, diciendo que Dios daría orden cómo volviesen á aquella tierra. Llegando pues los mártires á la ciudad de los amesenos, y haciendo oración á Dios con devotas lágrimas para que les ayudase en esta nueva batalla, fueron presentados ante el sobredicho Domicio. Pero ellos estaban tan lejos de rehusar los tormentos, que pretendían atraer á la fe al mismo juez. Sobre lo cual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agatángelo, lleno de alegría, se derribó á sus pies, y levantándose de allí lo abrazó, y besó su faz con grande devoción. Mas el tirano, como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos. Y para esto apartó el uno del otro para que estuviesen más flacos. Pero esto le sucedió al revés, porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaban juntos con los espíritus. Mandó pues este tirano que se hinchiese una cisterna de cal viva, y que arrojasen en ella los sanctos, y puso á la boca dos soldados en guarda para que de noche no los sacasen de ahí los cristianos, no sabiendo el loco que el que guardó los tres mozos del horno de Babilonia, guardaría aquí sus siervos, como lo hizo, y así estuvieron allí todo el día, que era un Viernes Sancto, sin recibir daño alguno. Y no contento con esto, resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbre del cielo. Lo cual viendo los dos soldados que los guardaban, movidos por el milagro de aquella luz, recibieron otra más excelente luz en sus ánimas con tan grande fe y devoción, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los sanctos. Luego por la mañana, creyendo el tirano que estaban ya muertos, y mandando sacar sus cuerpos de la cisterna, halláronlos vivos y sanos y con alegre rostro, y á los mismos dos soldados con ellos, cuyos nombres eran Fegón y Eucarpo, los cuales por mandado del tirano fueron luego crucificados, honrándolos la divina Bondad con la imitación de la muerte de Cristo y corona de mártires. Mas Clemente y su compañero pasaban su carrera, y el tirano mandó que les sacasen dos correas de las espaldas, y los azotasen cruelmente. Y viendo que nada desto aprovechaba,

mandó traer dos lechos de hierro, y poniéndoles mucho fuego debajo, y echando sobre ellos aceite hirviendo y pez derretida y piedra zufre, pareció al tirano y á todos que serían muertos, y así les mandó quitar destas camas y echar en el río. Mas ellos dormían en ellas un dulce sueño, en el cual les apareció Cristo acompañado de ángeles, diciéndoles que no temiesen, porque él estaba con ellos. Viendo esto Domicio, y espantado de lo que había visto, y no sabiendo ya qué más hacer, vuélvelos á enviar á Maximiano, que de Tarso había venido á Ancira. Van pues los sanctos este camino, siguiéndolos junto con los soldados de guarda muchos fieles. El camino era largo y desierto y tan falto de agua que padecían todos gran trabajo de sed. Mas el sancto mártir, lleno de una vivísima fe y confianza, hizo oración á nuestro Señor, y á la hora reventó una fuente en aquel desierto, con que todos fueron recreados. Á la fama deste milagro concurrieron todos los enfermos de aquella comarca, y á todos dió entera salud el mártir tocándolos con sus manos.

Y considerando este sancto las maravillas que Dios obraba á cada hora por él, y con cuánto regalo y providencia acudía al tiempo de las mayores necesidades, encendióse en su corazón una tan grande llama y fuego de amor de Dios y una tan grande sed y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, que hizo una oración devotísima suplicándole con grande instancia que todos los días que viviese, siempre padeciese trabajos y dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oración, parecióle que oía una voz de lo alto, que le decía: Concedido se te ha, Clemente, lo que pediste, esfuérzate y aparéjate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar, se te contarán veinte y ocho años de martirio. Alegre pues con esta respuesta el sancto caminaba para Ancira, y sabiendo los soldados que todavía el Emperador estaba en Tarsis, lugar de Cilicia, llevaron allí los sanctos, y presentáronlos al Emperador, el cual comenzó primero á tratarlos con palabras blandas y grandes promesas, pretendiendo atraerlos á su falsa religión. Mas ellos por el contrario pretendían con palabras divinas atraerlo á la suya, profetizando que los sucesores de su imperio habían de ser honradores de Cristo. Indignado con esto Maximiano, y dejadas muchas palabras que se pasaron de parte á

parte, mandó hacer una gran hoguera y echar en ella los sanctos. Mas el Señor que guardó aquellos tres sanctos mozos en el horno de Babilonia, guardó también á éstos de tal manera, que estando ellos día y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros dedicados á Dios, reconociendo y honrando la criatura á los siervos de su Criador. Espantado Maximiano desta maravilla, y viendo cómo los sanctos estaban en medio de la hoguera levantadas las manos y los ojos al cielo, dando gloria á Dios, mandólos sacar de allí, y presentados ante su tribunal, ruégoos, dijo, que siquiera en esto me hagáis la voluntad, que es, hacerme saber con qué linaje de encantamientos habéis reprimido la virtud del fuego. No, dijeron ellos, oh Emperador, con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor que nos prometió, diciendo: Estando en el fuego no te quemarás. Entonces el tirano mandó á los verdugos que públicamente los arrastrasen y hiriesen hasta matarlos. Mas también esto sucedió mal al tirano, porque viendo muchos de los gentiles por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al Emperador, y su fortaleza y constancia invincible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida, reconociendo aquí el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvían á Cristo. Luego el Emperador, no sabiendo ya más que hacer, mandó que así como estaban atados los llevasen á la cárcel, y estuviesen por espacio de cuatro años en ella presos, pareciéndole que el tiempo y la prisión tan larga domaría á los que ni el fuego ni el hierro habían podido domar. Pasados los cuatro años, salieron de la cárcel muy esforzados para su confesión, porque el deseo y amor de Cristo y la esperanza cierta de los bienes advenideros les hacía parecer la cárcel un palacio real. Sabido esto por Maximiano, desconfiado de la victoria y dando á entender ser estos hombres indignos del tribunal imperial, no se atrevió más á examinarlos, y por esto cometió el examen á un cruelísimo sacerdote de los ídolos, muy ejercitado en atormentar cristianos y grande oficial de pervertir corazones. Á éste cometió este cargo, y para más incitarle á todo género de crueldad, dióle á entender que los jueces pasados habían sido vencidos más por su propria flaqueza que por el esfuerzo y ánimo de los sanctos. Comenzó luego este oficial de Satanás á usar de las artes que su

maestro el demonio le había enseñado, acometiendo á los sanctos ya con promesas, ya con amenazas, ya con blandura de palabras y con muestras de amor y buena voluntad, dándoles á entender que le pesaba de sus trabajos pasados. Mas viendo que nada desto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y hombros de los sanctos, de tal manera que consumida toda la carne, se les parecían las junturas y armazón de los huesos. Y acabado este tormento, viendo que los sanctos por su pie se volvían á la cárcel, corrido de verse vencido y cuasi desmayado fué llevado por los brazos á su posada. Y caminando los sanctos á la cárcel, acudieron de todas partes los fieles á coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que dellos corría, como un precioso tesoro. Aquí también el mal sacerdote con todos sus artificios y engaños desconfió de poder vencer los sanctos. Sabido esto por Maximiano, hizo burla del sacerdote, diciendo: ¿Éste es el que me alababan?

§ V

Estaban muchos hombres principales á la sazón con el Emperador, entre los cuales uno por nombre Máximo, movido con ira y saña por lo que oía, rogó al Emperador que le entregase los sanctos, porque él tenía confianza que los sacaría de su propósito, ó á lo menos los mataría. Éste fué el octavo tirano. Y entremetiéndose algunos días en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiéndoseles por muy grande amigo y que como tal les quería dar consejo saludable. Y llamándolos ante sí, Dios os salve, dijo, hombres amados de los dioses inmortales, los cuales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Ca muchas veces hablaron conmigo y me aparecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenían contra vosotros, no por otra causa sino porque esperan la mudanza de vuestro propósito, que de aquí á poco será, como esta noche pasada me lo reveló el grande dios Dionisio, y me mandó que os llamase. Veis aquí pues el altar aparejado y también los sacrificios, por tanto llegad y sacrificad á los que tanto os aman. Á esto respondieron los sanctos: Falso es, oh juez, lo que dices, porque aquí no conocemos más que dos Dionisios, uno de piedra y otro de metal, y ninguno déstos es

inmortal, porque ninguno tiene vida ni sentido, y el uno se puede quebrar ó convertir en cal, y el otro fundirse para hacer dél vasos de servicio.

Viendo pues el tirano que no servían sus artes pasadas sino para poner mácula en sus dioses, quitada la máscara de amigo, descubrió la de enemigo. Y así mandó hacer una cama sembrada de muchas púas muy agudas, de un pie en alto, y hizo acostar de espaldas á Clemente sobre ellas, y mandó á los verdugos que con palos gruesos le estuviesen hiriendo reciamente en el vientre y en los pechos, para que así se le hincasen más las púas en las espaldas. Mas con todo este tormento el sancto varón ni perdió la vida ni la confianza en la promesa del Señor, que le prometió que con ningún tormento déstos moriría. Mas al compañero Agatángelo mandó echar plomo derretido sobre su cabeza, lo cual él sufrió con admirable constancia. Por dónde así el tirano como los demás que con él estaban, espantados de ver vivo á Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado y tan desfigurado que no parecía ser hombre sino porque hablaba, apenas podían creer lo que veían. Pero el mártir, mirando al tirano, le dijo: Agora conocerás que no sólo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino también nuestro Dios, pues por singular providencia suya no consiente que el ánima se parta de nuestros cuerpos.

Desesperado pues ya este tirano, hizo saber todo lo que había pasado á su Emperador, el cual mandó que los sanctos fuesen encerrados en la cárcel, y que no se les diese de comer, para que así muriesen de hambre.

Pero con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los sanctos, no perdían la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Afrodisio, natural de Persia, cuando se le daban estas nuevas (el cual había martirizado muchos cristianos) pareciółe que alcanzaría grande gracia con el Emperador si acabase lo que ninguno de los otros jueces había acabado. Y para esto convidó á los sanctos á una magnífica cena, para aliviar con esto los trabajos pasados, y atraerlos á sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dijeron que se mantenían con pan del cielo, del cual quien comiere no padecerá más hambre, sino vivirá eternamente, porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tirano con esta respues-

ta, vuestra cena, dijo él, será muerte con dolor, á la cual yo os convidaré mañana.

Mandó luego otro día traer dos piedras de atahona, y atallas á los cuellos de los sanctos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dándoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced á los dioses y á los emperadores, y quien esto no hiciere, así será castigado. Esto hacía el tirano por quebrantar los espíritus de los sanctos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza. Ca viendo los gentiles el alegría del rostro dellos y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavía estaban vivos, teníanlos por hombres impasibles y inmortales, y así dejada la idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y ánimo les había dado. Y viéndose el juez ya del todo desesperado, escribió al Emperador lo que pasaba, el cual perdida también la esperanza, condenólos á cárcel perpetua, para que así enflaquecidos acabasen la vida.

Estando pues mucho tiempo en la cárcel, muchos otros fieles padecieron martirio antes dellos. Mas las guardas de la cárcel, cansados de aquella guardia tan prolija, fueron á otro nuevo emperador por nombre Maximino (que entonces comenzaba á imperar) á preguntarle qué mandaba hacer de aquellos cristianos presos que parecían inmortales. El tirano blasfemando primero de sus dioses, porque no habían podido quitar la vida á aquellos sus enemigos, y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancira, enviólos á Lucio, que era presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que después de tantos caminos viniese á cumplirse la petición de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados á ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la cárcel, atándolos de tal manera que estaban como envarados, sin poderse mover ni extender las piernas. Y el día siguiente, llamando á Agatángelo, le dijo: Yo sé que tú, no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de condición, te dejaste engañar deste Clemente: pues de esa misma facilidad debes agora aprovecharte para hacer nuestra voluntad y corresponder á la significación de tu nombre, dándonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversión. Á esto respondió Agatángelo: Esta constancia que ves en mí, no nace de esa facilidad ó simplicidad que dices, porque si yo ésa tuviera, ¿cómo pudiera resistir á tantos

jueces, y al mismo Emperador, y á tantas invenciones de tormentos con que nos pretendíades vencer, y á tantos artificios de promesas y palabras con que nos queríades engañar? Así que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduría, la cual tiene más cuenta con los bienes eternos, que nunca se mudan, que con estos temporales que cada día van y vienen, y ésta nos hace despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la muerte por un sueño que pasa. Así que no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho más Cristo, que por medio dél me llamó. Ni él me engañó, sino antes me libró del engaño en que vivía, y así ruego á Dios que desengañe á vosotros, para que desta manera os sea yo alegre mensajero de la verdad.

Visto el juez cuán mal le había sucedido este primer encuentro, mandó hincar al sancto unas púas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo cual todo sufría el mártir fuertemente, haciendo oración y diciendo: Señor mío Jesucristo, no permitas que yo sea privado del fructo de aquellos bienes inmortales, sino dame fortaleza y paciencia para que acabada esta jornada de mi confesión me juntes con tu siervo Clemente y con todos aquéllos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor dende lo alto esta petición. Por lo cual, viendo el juez que era por demás todo cuanto hacía, apartando al mártir á un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza á los cinco días de Noviembre, habiendo primero batallado con dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y con los magistrados Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los ídolos, y con Máximo, Afrodisio y Lucio.

Mas aquella piadosa y sancta madre Sofía, que entrañablemente le amaba, después que vió el fin glorioso de su martirio, y se vió libre de los cuidados y temores que por él padecía, abrazó su cuerpo con grande alegría y le sepultó á la entrada de una iglesia que allí había. Pero el sancto Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discípulo y compañero, no cabía en sí de placer, glorificando á Dios por este beneficio.

Mas el cruel tirano, no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al sancto, mandó que cada día le diesen ciento y cincuenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada día, todo su cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre.

Mas de noche acudieron los ángeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón la piadosa y sancta madre Sofía, que de todo corazón amaba aquel sancto que ella había prohijado, encendida con un grande celo del amor de Cristo, juntando consigo todos sus familiares y los mozos que ella había criado, entrando en la cárcel desató al mártir y le sacó della. Y luego le vistió de una ropa blanca, y ella también en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniéndole en la mano el sancto Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos entró con él en la iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le quería llamar, levantando una mano á lo alto, porque en la otra tenía el Evangelio, hizo primero oración por su madre Sofía, y luego por sus clérigos y pueblo y por todos aquéllos que después de su acabamiento pidiesen á nuestro Señor mercedes por él. Y desta manera entró en la iglesia, cerrando todos con mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanecido pues el día glorioso de la Epifanía, celebró el sancto Obispo los sagrados misterios, y dió el divino Sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviesen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo que ninguno de ellos perecería, mas dos de vosotros juntamente conmigo partiremos desta vida, y luego cesará esta rabia y furor de los gentiles, y sucederá una nueva paz en el imperio de los romanos, y todas las ciudades y tierras se hinchirán del conocimiento de Cristo, y se abrirán las iglesias, y cerrarán los templos de los ídolos, y huirán los que los adoran, y perecerán los temores que vosotros agora padecéis, y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo veréis.

Diciendo esto el mártir, la sancta Sofía, amadora de los mártires, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó á su casa todas las viudas y huérfanos, á los cuales por espacio de doce días les daba de comer abundantemente, y á todos los demás que sobrevenían, y todos ellos festejaban estos días honrando la venida de su pastor.

En esto se llegaba el día del Domingo, en que el Señor quería llevar para sí su siervo. Fué él este día á la iglesia, y celebrada su misa, y dada la sagrada comunión á los fieles, entró uno de los magistrados, acompañado de soldados, con grande ímpetu y fu-

ror en la iglesia, y mandó á uno de sus soldados que cortase la cabeza á Clemente. Y así estando él sacrificando, fué ofrecido él mismo á Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban, se fueron de ahí con muchas lágrimas, y sólo dos ministros que asistían al sacrificio, de los cuales el uno se llamaba Cristóbal y el otro Caritón (como el sancto había primero dicho) par de aquella sagrada mesa fueron con él sacrificados.

Mas su fiel madre Sofía, encerrando aquel sancto cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivía, encendiendo muchos cirios, envolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio, y lo sepultó en la iglesia donde fuera sepultado su compañero Agatángelo, para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas ánimas ya moraban en el cielo, y junto á Clemente sepultó los dos diáconos que con él habían padescido. Y asentada par del sepulcro de los sanctos. decía con entrañable afición estas palabras: Yo, hijos míos, os sepulté en este lugar secreto, mas Cristo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padescistes, y á mí la vejez me llama á vuestra compañía, la cual se ha dilatado hasta agora para recibir vuestros cuerpos y sepultarlos. Y con muchas lágrimas decía: Rogad al Señor por mí, que fuí vuestra madre y vuestra ama, para que así como aquí estuve con vosotros, así allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

Fin de la historia.

§ VI

Oh quién supiese agora filosofar sobre la historia destos dos tan gloriosos mártires, qué de flores tan olorosas podría coger deste tan fresco jardín, y qué motivos de amor y confianza en aquella infinita Bondad, que así quiso esforzar y glorificar sus siervos! Porque primeramente aquí verá la grandeza desa misma bondad y providencia del fidelísimo Señor para con sus fieles siervos, considerando cuán presto les acudía en medio de sus batallas, y con cuántos favores y regalos, con cuántas maravillas por ministerio de ángeles los curaba y mantenía y proveía de

nuevas fuerzas para entrar de refresco en la pelea. Donde notaremos (como arriba se dijo) una gloriosa competencia entre el Señor y sus fieles siervos, ellos á padecer por él, y él á obrar maravillas por ellos y cumplir todas sus peticiones, confundiendo con esto sus adversarios y glorificando sus sanctos. Y con ser este Señor el que obraba y vencía en ellos y por ellos, quería que todo el mérito desta obra fuese á cuenta de ellos. Dejábalos un poco padescer, y luego les acudía con su socorro, lo uno para su merecimiento, y lo otro para su esfuerzo.

Aquí también verá la hermosura y orden de la divina Providencia, la cual usa de la malicia de los malos para adelantamiento de su gloria, no sólo por la que él recibía con la constancia de sus mártires, sino por los muchos que se convertían á la fe en la prosecución de estos martirios, de modo que por el medio que los tiranos pretendían diminuir el número de los fieles, por ése los acrescentaban, como aquí se ha visto.

Por aquí verá la eficacia de la sangre y redempción de Cristo, por cuyos merescimientos se dió á los mártires esta sobrenatural y espantosa fortaleza y constancia. Por aquí verá un linaje de desafío entre la omnipotencia de la gracia (si así se puede decir) y toda la potencia del mundo, la cual aquí llegó á lo último de lo que podía, juntando en uno todas sus fuerzas y todas las maneras y máquinas de tormentos que hombres y demonios pudieron inventar. Y esto no en un día ni un año, sino en veinte y ocho años, revezándose unos jueces después de otros, y pretendiendo sobrepujar los unos á los otros con mayor artificio y crueldad. Y con todo eso quedó el campo por la gracia, y toda la potencia del mundo vencida, afrentada, avergonzada y corrida.

Por aquí verán cuán engañados viven los que se eximen de guardar la ley de Dios, diciendo que es dificultosa y pesada, no mirando las fuerzas y virtud de la gracia que en estos mártires resplandesce, la cual está Dios aparejado para dar á quien hiciere lo que es en sí, sin faltar á nadie. Por aquí también verá cuán mal pleito tendrán los tales en el día del juicio, cuando allí muestre Dios el ejército innumerable de los mártires con las insignias gloriosas de sus martirios, y diga á los malos: Todos éstos que veis aquí, compraron el reino del cielo con todas estas maneras de tormentos, y vosotros no lo quisistes comprar con la guarda de solos diez mandamientos. Por aquí también se confir-

marán más los fieles en la fe, porque (dejados aparte los otros mártires) ¿qué hombre habrá tan insensible que no vea que tal fortaleza como la de este glorioso Clemente y de su compañero no era posible hallarse en cuerpo y corazón humano, si no fuera potentísimamente socorrido y ayudado con la virtud y fortaleza del brazo de Dios? Y pues este Señor era el que ayudaba los mártires á la confesión de la fe, síguese que ella sea verdadera, porque no puede Dios dar favor y ayuda á cosa falsa, ni ser testigo y fautor de mentira. Sobre todo esto aquí verá la gran fuerza de la caridad y amor de Cristo, considerando con qué palabras y ruegos pedía la madre deste sancto á su único y muy amado hijo que muriese por Cristo, y la fiesta que hizo la segunda madre Sofía, cuando vió este hijo que ella tanto amaba, muerto y despedazado en sus brazos, pues convidaba á todos los fieles á comer en su casa para celebrar esta fiesta, y cuán lejos estaba de ponerse luto por la muerte deste hijo, pues ese día contra el estilo y autoridad de su persona y edad, se vistió de ropas blancas en señal de alegría. ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿Dónde la vehemencia del amor de madre para con un tal hijo? Donde también verá cuán grande sea el merecimiento de padescer trabajos por la obediencia y gloria de Cristo, pues á éste posponían las sanctas madres la vida y amor de sus hijos. Estos y otros semejantes fructos podrá coger el prudente lector, leyendo esta historia, con la cual también se avergonzará de regalar su carne, y se consolará en sus trabajos, y esforzará á padescer alguna cosa por amor de aquel Señor por quien los mártires tanto padescieron, y finalmente verá cuán grande mal sea un pecado mortal, pues por no caer en él, aunque fuese por un pequeño espacio, tales tormentos padescieron los mártires, aunque sabían que caídos en él por temor de los tormentos, tan fácilmente alcanzaran el perdón, como lo alcanzó el Príncipe de los Apóstoles, cuando por temor humano negó á Cristo, &c.

DE OTRA PERSECUCIÓN QUE PADESCIÓ LA IGLESIA EN TIEMPO DEL EMPERADOR ANTONINO VERO

CAPÍTULO XXI

Después desta tan grande persecución de Diocleciano, añadiré aquí un pedazo de otra que fué en tiempo de Antonino Vero, referida por una devotísima carta de los fieles de León de Francia y Viena (que contiene cosas admirables) la cual engirió Eusebio Cesariense en el quinto libro de la Historia Eclesiástica, por estas palabras.

Nobilísimas ciudades de Francia son León y Viena, por donde pasa el muy caudaloso río Ródano, en las cuales en tiempo del imperio de Antonino Vero acaescieron muchas cosas memorables, así por la crueldad de los perseguidores como por el fuerte sufrimiento de los nuestros. Pero será deleitable cosa oirlas recontadas por la carta que los moradores de las mismas ciudades escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia, del tenor siguiente.

§ I

Los siervos de Cristo moradores de León y Viena, ciudades de Francia, á todos los hermanos que en Asia y Frigia tienen la misma fe y esperanza de gloria, por la redempción de Cristo. Paz sea con vosotros, gracia y gloria de Dios Padre y de Jesucristo su hijo. La grandeza de nuestra tribulación y la crueldad de los gentiles que en los sanctos mártires ejecutan, ni nosotros en presencia podemos comprehender, ni menos referir á otros por cartas. Con todas sus fuerzas nos acometió el enemigo, esperando que por la terribilidad del combate descubriría portillo por donde se entrase la ciudad de nuestra fe. Y para esto enseñaba á sus ministros á cumplir en los siervos de Dios todas las artes de crueldad y malicia, primero vedándonos la morada de nuestras proprias casas, después el uso de los baños comunes, de

ahí adelante mandando que no parezcamos en público, finalmente, que ni en público, ni en secreto, ni por los campos estemos en compañía de hombres. Mas la gracia de Dios no nos aparta de sí, antes á los más flacos de nosotros libra de su poder, y pone por escudo varones más firmes que colunas, que por su paciencia pueden no solamente sufrir los golpes del enemigo, mas de su gana salirle al encuentro, y alegremente ofrecerse á los tormentos y injurias, y avergonzar á los verdugos cansados, pareciéndoles que por su flojedad se detienen, según la priesa que llevan al reino de Cristo, pregonando con sus obras y con la virtud del sufrimiento lo que el Apóstol escribe, que no son merecedoras las pasiones deste siglo de la gloria venidera, que se revelará en nosotros. ¡Oh cuán animosamente sufren el mueran, mueran del pueblo, y sus baldones y denuestos tienen por esclarecidos loores! ¡Oh cuán de buena gana esperan á ser encarcelados, y azotados, y apedreados, y todos cuantos tormentos inventa la furia del pueblo! Finalmente un día con gran alboroto, estando presente el capitán y todos los principales de la ciudad, fueron presos muchos hermanos, y llevados á la presencia del juez, que á la sazón venía de fuera, con los cuales usó de tanta inhumanidad, que nadie podrá decir las formas de penas que su ferocidad descubrió. Uno dellos era Vecio Pagato, el cual con Dios y con los hombres guardaba perfecta y verdadera caridad, cuya vida, aun en su juventud, era de todos tan aprobada y en tanto tenida, que á muchos gravísimos viejos era antepuesto, porque conversaba sin queja ni agravio de alguno en todos los mandamientos y justicias del Señor, y siempre se hallaba presto y alegre para el servicio de los siervos de Dios. Éste, lleno de sancto celo y fervor de espíritu, viendo que tan duros tormentos se daban á los sanctos, y que contra derecho y razón tantas penas se inventaban contra las entrañas de hombres, y tales hombres, no pudiendo sufrir tanta injusticia, demandó audiencia para alegar por los excelentes ciudadanos, y responder por aquéllos contra quien ningún crimen se podía probar, porque con ser el más noble, era también el más enseñado de toda su gente. Pero la porfiada dureza del juez no dió lugar á que hablase lo que quería, mas solamente le preguntó si él también era cristiano. Á quien respondió con libre y alta voz que cristiano era. Dijo entonces el juez: Sea puesto en compañía de los presos, pues

se hace su abogado. Antes déste, el sancto presbítero Zacarías, por la perfeción de su caridad, siguiendo las pisadas de quien por sus ovejas puso su ánima, por defensión de la libertad de los fieles padesció martirio, y así el uno como el otro siguieron al Cordero doquiera que va en el reino celestial. Pues con tales capitanes esforzándose todo el ejército de los fieles, alegremente pierden sus vidas antes que menoscaben su fe. Verdad es que algunos flacos para sufrir el peso de los tormentos, que eran diez en número, nos dejaron por su caída grande lloro y tristeza, y quebrantaron los corazones de muchos á quien la virtud de los primeros había animado. Por dónde comenzamos á temer, no los dolores, mas el incierto fin de cada uno, y mucho más gravemente nos afligían las caídas de los nuestros que las mismas heridas. Pero cada día se prendían otros con que se recompensaba la falta de los vencidos, tanto que en ambas ciudades todos los mas señalados y estimados en virtud (por cuya industria se regían las iglesias) están en la cárcel: entre los cuales acaeció que prendieron algunos paganos siervos de los nuestros (porque comúnmente estaba mandado que todos se pesquisasen y prendiesen) los cuales temiendo los tormentos que veían dar á sus señores, y justiciados por los verdugos (á quien por consejo del diablo había sido mandado que los amonestasen) testificaron falsamente contra los nuestros delictos abominables, que matábamos niños y los comíamos, y que cometíamos torpedades que no es lícito decir ni pensar, cuales no es creíble que hombres en algún tiempo hicieran. Lo cual como se publicase de nosotros á la gente, todos nos aborrecían y maldecían, aun aquéllos que antes deseaban más templanza en nuestro tratamiento. Y todos á una voz comenzaron á bramar y encruelecerse contra los cristianos. Entonces entendimos que se cumplía lo que el Señor tenía dicho: Vendrán días, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio á Dios. De ahí adelante sobrepuja toda arte de decir la terribilidad de los tormentos que á los sanctos mártires se daban, porfiando Satanás por la grandeza de la aflición acabar con alguno dellos que confesase los delictos de que éramos infamados. Para lo cual se juntaron con igual furia el pueblo, y juez, y sus oficiales, y la gente de guerra, apretando señaladamente á Santo, diácono vienense, y á Maturo recién bautizado (pero muy confirmado en la fe) y á Atalo, ciudadano

de Pérgamo, que fué coluna y sustentación de nuestra Iglesia, y á Blandina, mujer en quien mostró Cristo que las cosas tenidas en poco y despreciadas de los hombres, son por él mucho estimadas, y que la caridad fortalesce por la gracia las cosas que de su natural son flacas. Porque temiendo todos nosotros que Blandina blandearía, porque era esclava y de bajo estado, y receládose su misma señora, que era del número de los mártires, que por ventura con vil corazón se dejaría vercer de los dolores, y que por la flaqueza del cuerpo apenas tendría fuerzas para sufrir los someros acometimientos, no fué así. Ca primero desmayaron y se enflaquecieron las fuerzas de los sayones que por mandamiento del juez unos después de otros se renovaban, tanto que dende el alba hasta la tarde todo el día gastaron en sus tormentos, y finalmente se rindieron, cuando á ella no quedaban carnes que pudiesen recebir más heridas. Pero aquella dichosa mujer (según después ella mesma nos descubrió) cuantas veces pronunciaba palabras de confesión, diciendo: Cristiana soy, tantas veces volvían á su cuerpo las fuerzas perdidas, y cesando por la confesión los dolores, tornaba de refresco á la lucha. Por lo cual, conosciendo la virtud de aquellas palabras: Cristiana soy, más á menudo y con mayor alegría las pronunciaba, diciendo: Cristiana soy, y ningún mal hacemos de los que nos acusáis. Asimesmo el diácono llamado Santo sufrió nuevos linajes de penas, mayores que decirse pueden y que es posible sufrir á la humana naturaleza. Pero el varón, lleno de Dios, tan grande escarnio hizo de sus fieros y rabiosos mordiscos, que nunca, siendo preguntado, les quiso declarar de qué ciudad era, ni de qué provincia, ni de su linaje, ni siquiera su nombre, mas siendo preguntado de todas estas cosas, á cada una respondía: Cristiano soy, éste es mi nombre, éste es mi linaje, ésta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino cristiano. De dónde á los verdugos su mesmo coraje era tormento, viendo que con tantas heridas no le podían sacar que manifestase su apellido, dado que le ponían planchas de hierro y de cobre ardiendo sobre las ingles y en otras partes delicadas del cuerpo, y de nuevo las encendían, y así sus carnes con el fuego se derretían, pero su corazón perseveraba entero y constante y sin temor, templando las ardientes llamas del fuego con el agua de la celestial y eterna fuente de vida que salió del costado de Jesú. Ya todos los miembros

del cuerpo tenía llagados, mas antes en todo su cuerpo tenía una llaga, y la figura de hombre tenía perdida, tanto que no sólo no se podía conocer quién era, mas ni qué era: solamente se conocía en él Jesucristo por su gloriosa confesión y por la paciencia con que vencía el poder de los enemigos. Esforzaba sus compañeros al sufrimiento con el ejemplo de su pasión, mostrando á todos en su mesma persona que ninguna cosa hay terrible á quien Dios ama, y ninguna pena se siente, que se sufre por el deseo del paraíso. Pero los oficiales de la maldad no reverenciaban la virtud del sancto mártir, mas después de pocos días, pensando que si (estando las llagas hinchadas y tan lastimeras, que de sólo tocarlas recebería molestia) le renovasen los tormentos y le rompiesen las carnes podridas, consentiría en su infidelidad, ó expirando en el tormento, pondría espanto de su fiereza, y miedo á todos los otros, volvieron á atormentarlo. Pero todo salió al revés de lo que los malos pensaron, porque por los segundos tormentos volvió su cuerpo á su primera sanidad y hermosura, y las fuerzas de los miembros que la primera crueldad había quitado, restituyó la segunda: así que los tormentos repetidos no le fueron dolorosos, antes medicinales. Después desto sacaron á Blandina (de quien arriba contamos) otra vez al tormento: la cual como estuviese medio muerta, como dicen, y el pie en la sepultura, en tocándole los primeros golpes (como si la recordaran de profundo sueño) puso su corazón en la bienaventuranza venidera, y como senador que dende lugar alto y público hace razonamientos al pueblo, con tanta autoridad y seguridad comenzó á decir: Muy errados estáis, oh varones, que pensáis que comen carnes humanas los que por su templanza dejan de comer carne de animales comederos. Y perseverando por algún rato en su firmeza, otra vez la volvieron á la compañía de los otros presos.

§ II

Después que vació el aljaba de todas sus saetas el enemigo, faltando ya linajes de penas que sobrepujasen la constancia de los mártires, halló el demonio nuevos ardides para combatir su fortaleza. Dejólos consumir en la estrechura y en la humedad de la cárcel con pesadumbre increíble y apretamiento de prisiones,

metidos en sótanos hondos y escuros, para que allí expirasen por el dolor de las llagas recebidas. Y así fué que muy muchos en esta aflición dieron el alma á Dios, aceptando el Señor su fin glorioso. Pero en tanta fatiga no nos faltó el socorro de la gracia soberana, porque algunos otros, dado que no menos crueles tormentos habían recebido, de que poco ni mucho se habían curado en lugar tan contrario á su salud, por la virtud divina convalecieron y cobraron súbita alegría de corazón y fuerzas corporales, no en balde, mas para amonestar á los otros la virtud de la perseverancia. Mayores dolores sentían por los que del día antes habían sido atormentados, porque aún no se había mitigado el escocimiento de las llagas. Éstos morían con la fatiga del hedor de la cárcel y con la estrechura y escuridad en que estaban, uno de los cuales fué el bienaventurado Fotino, obispo de León, cuya pasión gloriosa no es justo callar. Porque siendo de edad de noventa años y sin fuerzas corporales, como hombre de tanta vejez y cuasi á todo el mundo muerto, y solamente vivo para el amor del martirio, fué llevado á la audiencia del juez, no guiándole otros, mas llevándole en hombros, porque estaba debilitado por los muchos años y largas enfermedades. Cuya ánima se había detenido para que Cristo triunfase más gloriosamente en tan miserable cuerpo. Y puesto el viejo en presencia del pueblo, todos á una voz dijeron: Éste es el mesmo Cristo. Y preguntándole el juez, ¿Quién es el Dios de los cristianos? respondió: Saberlo has, si fueres digno. Luego se encendió la furia rabiosa de todos, y los que cerca estaban, comenzaron á herirle con puñadas y bofetadas y coces, sin acatamiento de su ancianía y autoridad. Y los que estaban apartados, arrojábanle cualquiera cosa que á mano hallaban, con que le pudiesen herir, tanto que se tenía por culpado el que de alguna manera no lastimase al viejo, creyendo que desta manera vengaban á sus dioses. Pero como después de muchos escarnios y golpes le metiesen medio muerto en la cárcel, poco después envió á Dios su glorioso espíritu.

En la mesma aflición hizo con nosotros la benigna mano del Señor grande misericordia, sin nosotros esperarla, mas concedida por la liberalidad divina, y ordenada por la sabiduría de Cristo, que quiso magnificar á sus fieles. Los perseguidores hicieron lo que no hay memoria que otros hiciesen en los tiempos pasados,

Todos aquéllos que primero siendo llamados ó puestos á tormento, habían negado la fe, metieron juntamente en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Por lo cual tenían los desventurados la pena doblada. Porque la esperanza del descanso y la gloria de su confesión mitigaba los dolores de los leales, y la caridad de Cristo y la gracia del Espíritu Sancto recreaba su aflición, pero á éstos su propria consciencia fatigaba más ásperamente que los grillos y cadenas y el hedor de la cárcel, tanto que en el gesto y en los ojos se diferenciaban de los fieles. Porque los sanctos salían á la audiencia ó al tormento regocijados, y en sus rostros parescía no sé qué divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salían olorosísimos á Cristo y á sus ángeles y á sí mesmos, como si no hubieran estado en cárceles, sino en jardines. Los otros salían tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes, y á los mesmos gentiles eran escarnio como fementidos y cobardes que perdida la lealtad, no escapaban de ser castigados, porque privados del título de cristianos, pasaban por la pena de adúlteros y homicidas. Lo cual viendo los otros, mucho más se animaban, tanto que en siendo presentados, sin detenimiento ni alteración afirmaban que eran cristianos. Después de algunos días Jesucristo los envió pocos á pocos á su Padre coronados con guirnaldas de diversas flores, por las diversas penas de sus martirios, para que de mano del soberano Emperador como caballeros vencedores recibiesen las insignias y galardón de su triunfo. Porque Maturo y Santo y Atalo y Blandina en un día de fiesta que los gentiles celebraban, ayuntados millares de gente, fueron puestos en medio del campo, donde apartando á Maturo y á Santo, como de nuevo porfiaban por todas vías los verdugos, instigados por las locas voces del pueblo, de quebrantar su paciencia y quitarles las coronas de la cabeza. Pero sus corazones tanto más se esforzaban, cuanto más cercana sentían la palma del vencimiento, la cual les parescía que ya tocaban con la mano, y la llevaban levantada entre los ángeles y ánimas bienaventuradas. Acabadas las diferencias de tormentos, y llegado cuasi el fin de las fiestas, perseverando inmovibles, fueron sentados en sillas de hierro ardiendo, donde derretidas sus carnes primero azotadas, y finalmente

cortadas las cabezas, enviaron sus esforzados espíritus á Dios.

Después desto ataron á Blandina á un tronco, extendida á manera de cruz, y así la dejaron para que fuese comida de bestias. La cual puesta en el madero, con sereno y alegre rostro hacía oración al Señor, suplicándole á ella le diese firmeza, y á los otros sus compañeros perseverancia. Á la cual oración no poco ayudaba con el ejemplo de su gran fortaleza, cobrando confianza con lo que está escrito, que los seguidores de las pasiones de Cristo serán en su compañía juntamente coronados. Y como ninguna fiera osase tocar en su cuerpo, pusiéronla otra vez en la cárcel, guardada para mayores luchas, y para acabar de desmenuzar la cabeza de la serpiente, y para que entretanto esforzase los corazones de los hermanos, viendo que mujer flaca de su linaje y fuerzas tantos linajes de tormentos sufría, y de todos salía vencedora. Atalo fué luego pedido por la grita del pueblo, el cual era noble, pero su mayor dignidad era su perfecta vida y constancia en la fe de Jesucristo. Y como le sacasen al corro de toda la gente con un rétulo que decía: Atalo cristiano, comenzó á bramar contra él el furioso pueblo. Pero siendo el presidente informado que era ciudadano romano, remetióle á César, mandando que entretanto estuviese preso á buen recaudo, hasta que llegase la determinación del Emperador para lo que se había de hacer dél y de los otros.

Prosigue la historia de la misma carta.

§ III

Entretanto los sanctos mártires detenidos en la cárcel no consentían pasar el tiempo en balde, mas con alegría de corazón y con grandeza de fe animaban á los que más flacos parescían, y antes que ellos saliesen al tablado, enviaban por sus amonestaciones muchas ánimas á la gloria. De dónde nascía incomparable gozo á la sancta madre Iglesia, viendo sus hijos (que al parescer estaban cuasi muertos) ser por el esfuerzo de éstos restituídos á la vida, y que otros que negando habían sido abortados de su vientre, otra vez renascían, y respiraba en su pecho la fe viva del Salvador, y la esperanza de lo que está escrito, que no

quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Dende á algunos días llegó el mandamiento del César que los pertinaces fuesen castigados, y los que negasen fuesen sueltos. Luego en un día señalado, que en nuestra ciudad se hace mercado muy caudaloso, ante gran ayuntamiento de gente mandó el juez aparejar sus estrados, y traer delante de sí los presos, no sólo para ejercitar en ellos su crueldad, mas para hacer dellos pomposo fausto, y ganar injusta y vana gloria de los circunstantes. Otra vez vuelven las cruces, otra vez los azotes, otra vez los tormentos, y definitivamente mandó que los que fuesen hallados ciudadanos romanos, fuesen degollados, los otros echados á las fieras. Mas los unos y los otros con igual generosidad y alegría cantaban loores al Señor por el fin de sus trabajos. Y muchos de los que antes habían negado, y no por eso se libraron (según arriba dijimos) dado que entonces los mandaron soltar, holgaron antes de ser atados con los corderos llevados al sacrificio, y apartados de la manada de la perdición, se juntaron al rebaño de Cristo. Y conosciendo el juez de la causa de éstos, acaesció que Alejandro, de nación frigio, médico, varón religioso y prudente, amado y agradable á todos por la bondad de sus costumbres y cordura, estando en presencia del juez, encendido en amor de Dios y celo de la salvación de sus hermanos, los esforzaba y amonestaba, cuando los ponían á tormento, con señas y meneos, pero tan osada y tan claramente, que los ciegos veían lo que les avisaba. Y como el pueblo lo viese, ensañóse sobremanera, mayormente viendo que los que antes habían negado, daban la vuelta. Y dieron voces y quejas contra Alejandro, diciendo que por su consejo se convertían. Al cual mandó el juez llegar á sí, y preguntándole quién era, con libre voz confesó su cristiandad. Por lo cual sin dilación le condenó á que le echasen á las fieras. Y en el día siguiente le hizo sacar con Atalo, á quien por agradar al pueblo, contra el mandamiento del César hizo echar á las bestias. Pero ninguna de las fieras llegó á hacer mal á alguno de los sanctos. Por lo cual los hizo azotar y dar otros tormentos en medio de todos, y después delante de todo el pueblo degollar. Calló Alejandro en todas las penas, que ninguna palabra dijo, mas dende el principio hasta el fin siempre lo hubo entre sí y Dios, y en sus loores se ocupaba, y en continua oración.

Pero Atalo, estando en el tormento sobre un asiento de hierro

ardiendo, y tostándose sus carnes, y pasando el olor de ellas por las narices de los circunstantes, dijo: Esto me paresce que es comer carne de hombres. Pues ¿por qué con tanta ansia pesquisáis quién hace secretamente lo que vosotros cometéis en público? Como quiera que nosotros ni comemos carnes humanas, ni hacemos algún mal de los que nos acusáis. Y siendo preguntado: ¿Qué nombre tiene tu Dios? respondió: Los que son muchos, tienen necesidad de nombres para ser conoscidos, pero quien es uno, no tiene necesidad de nombre determinado.

Después déstos, en el postrero día de las fiestas, sacaron á Blandina con Póntico, muchacho, su hijo, cuasi de quince años, los cuales por mandamiento del juez habían estado presentes á los tormentos de los pasados, para que vistos aquéllos, se atemorizasen: y puestos en medio, mandáronles que jurasen por los dioses. Á lo cual ellos respondieron: Ningunos dioses hay por quien podamos jurar, y con otras muchas palabras injuriaron á los dioses de los gentiles. Por lo cual cresció la furia del pueblo contra ellos, y sin compasión de la ternura del niño, ni respecto de la honestidad de la mujer, los pasaron por todos los tormentos de uno en otro. Entonces Póntico, tomando siempre mayor esfuerzo por amonestación de su madre, y perseverando constantemente en la fe del Salvador, dió al Señor su purísimo espíritu. Y la bienaventurada Blandina después de todos, como noble madre de todos, se daba priesa por seguir los hijos que delante de sí había enviado á la gloria del martirio, segura y alegre como si fuera al tálamo de su esposo ó á convite de bodas, tanto, que siendo azotada y quemándose en las parrillas, no disimulaba su alegría, antes mostraba tanto su regocijo, como si estuviera á la mesa del rey. Después fué echada á las bestias, pero ninguna la tocó. De allí inventaron otro género de crueldad, porque encerrándola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado: el cual aunque le dió muchos golpes, y la arrastró por el campo, ningún mal ni lisión le hizo, mas permanesció como siempre con alegre rostro y corazón firme, y confiada en Cristo hablaba siempre con él en su corazón. Finalmente fué llevada al tablado para ser degollada con gran espanto de los malos, que decían que nunca hembra se vió que tal hubiese sufrido.

Con todo esto aún no se hartó la fiereza de los crueles, porque

las costumbres bárbaras y feroces, embriagadas con el veneno de la antigua serpiente, no se podían aplacar, antes del sufrimiento de los mártires tomaban materia de más braveza, porque se avergonzaban mucho que hubiesen tenido los atormentados mayor virtud para sufrir, que fuerzas los atormentadores para atormentar. Y de aquí se inflamaba más el juez juntamente con el pueblo, para que se cumpliese lo que está escrito: El malo persevere en su maldad, y el justo permanezca en su justicia. Pues con sobrado coraje mandaron (cosa nunca oída) que los cuerpos de los mártires fuesen dejados á los perros, puesta guarda de día y de noche, para que ninguno movido á compasión cogiese sus huesos. De manera que si algún pedazo de carne había escapado del fuego ó de la boca de las fieras, junto con las cabezas cortadas y cuerpos troncos, quedaban sin sepultura, y escudriñaban si había más que hacer á la inhumana crueldad contra aquéllos que habían salido de los términos de la vida, y regocijábanse las gentes magnificando sus ídolos, por cuya virtud decían que se habían vengado de sus enemigos. Y si alguno entre ellos había manso y compasible, decía: ¿Dónde está su Dios? ¿Qué les aprovechó esta nueva religión, por la cual perdieron las vidas? Entre ellos pasaban estos escarnios, y entre nosotros había gran llanto, principalmente porque no podíamos sepultar los cuerpos. Porque ni en la soledad de la noche teníamos facultad de arrebatarlos, ni éramos bastantes para sobornar á las guardas con ruego ó con dineros: tan cuidadosamente tenían proveído que no se diese sepultura á los huesos desnudos. Después de algunos días, para nos quitar toda esperanza de haber sus reliquias, quemaron los huesos de los sanctos, y vueltos en ceniza los echaron en el río Ródano, y desta manera les parescía que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de su resurrección. Porque decían: Esperan éstos que algún tiempo se han de levantar de los sepulcros, y por esto engañados con esta vana superstición se ofrescen á los tormentos y á la muerte. Pues agora veamos si resuscitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos. Esto es lo que en aquel tiempo pasaba en Francia, relatado por la carta de la Iglesia de León, dónde podemos conjecturar lo que se hacía en las otras provincias.

Prosigue la mesma carta, contando la mansedumbre y humildad y otras virtudes de los sobredichos mártires.

§ IV

Pero no me paresció justo dejar lo que en la sobredicha carta se escribe, allende de los tormentos y muertes de los sanctos. Puestos en tanta gloria, habiendo tantas veces dado testimonio de su fe, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las láminas de hierro ardiendo, no se olvidaban del ejemplo de Cristo, que siendo por naturaleza igual al Padre, y de la misma majestad y gloria, se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitación ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban mártires, ni consentían ser así llamados. Y si alguno por carta ó de palabra así los llamaba, reprendíanle diciendo que tal título á solo Jesucristo pertenescía, que solo fué hallado fiel testigo de la verdad, y es primogénito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que á otros se pueda comunicar este apellido, á aquéllos conviene que por firme confesión merescieron partirse desta vida y llegar á la gloria. Pero nosotros (decían ellos) viles y necesitados, deseamos que siquiera la confesión de la fe permanezca en nuestro corazón y lengua. Y así pedían á los otros hermanos que rogasen á Dios por ellos, para que meresciesen alcanzar las insignias de perfectos mártires. Así que tanta era su humildad, que siendo verdaderamente mártires, no presumían gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se habían, á los cuales mostraban la generosidad de su ánima, desdeñando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Así que eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnánimos, á los suyos mansos, y á los adversarios terribles, á Cristo subjectos, al diablo y á sus oficiales altivos, humillándose debajo de la poderosa mano de Dios, que agora los ensalza. Abonaban á todos, acusaban á ninguno, á todos excusaban, y á ninguno condenaban, y por sus perseguidores hacían oración con las palabras de su alférez Sant Esteban: Señor, no les cuentes

este pecado. Lo cual encendía más el coraje del demonio para hacerles más cruda guerra, porque por la ardiente caridad que con Cristo tenían, alcanzaban dél virtud para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenía tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, así ellos se habían con los tales, regalándolos, mostrándoles compasión, derramando por ellos arroyos de lágrimas al todopoderoso Señor, suplicándole los perdonase, y así se cumplía. Porque no se tenían por contentos en ir solos á aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenían por cumplida la corona de su martirio, considerando que quedaban captivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia había arrebatado el enemigo.

SÍGUESE OTRA PERSECUCIÓN QUE PADESCIERON LOS FIELES EN PERSIA EN TIEMPO DEL REY SAPOR, EN LA CUAL PADESCIÓ SIMEÓN, OBISPO DE SELEUCIA, Y USTAZADES, VARÓN EXCELENTE, Y OTROS SANCTOS SACERDOTES

CAPÍTULO XXII

En tiempo del religioso emperador Constantino fué acusado falsamente ante Sapor, rey de los persas, Simeón, obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del Emperador romano, y que le descubría los secretos de su reino. Y dando él crédito á sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos á todos los cristianos que hubiese en su reino, no obstante que era informado que muchos dellos habían dejado sus bienes y guardaban pobreza voluntaria, y ponían sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tiranía de los alcabaleros dejasen la Religión cristiana. Después cresciendo su crueldad, pasó á cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las iglesias, y aplicó al común de los pueblos los vasos y joyas que tenían, lo cual ejecutaban los encantadores. Después mandó parescer ante sí á Simeón como traidor al reino y religión de los persas, atado con fuertes cadenas, donde gloriosamente mostró su fortaleza y magnanimidad. Porque mandando el Rey parescer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir á su presencia, mas veniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo cual el Rey con ira le preguntó cómo no le había hecho reverencia como otras veces solía. Al cual respondió Simeón: Hasta agora no venía preso para negar ó afirmar la fe de mi Dios, y como sobre esta razón no había entonces debate, cumplía la ceremonia que al Rey se debe por las leyes del mundo: mas agora ya no es lícito, porque no parezca que te hago reverencia en ofensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el Rey adorar al sol, y prometióle, si lo hacía, grandes

mercedes, y si no lo hacía, la muerte suya y de todos los cristianos que había en su reino. Y como no pudiese moverle con fieros, ni ablandarle con promesas, mas fuertemente perseverase en no querer adorar al sol, mandóle volver á la cárcel, creyendo que por la larga prisión se doblegaría á consentir lo que era mandado. Y llevándole á la cárcel, un viejo estaba sentado á la puerta del palacio, el cual en su niñez había criado á Sapor, y era entonces mayordomo de su casa, llamado Ustazades. Éste, viendo salir á Simeón por la puerta, hízole cortesía, pero Simeón reprehendióle agramente á voces, y volviendo la cabeza con desdén se partió dél. Esto hizo, porque siendo Ustazades cristiano, poco antes por la fuerza de los tormentos había consentido en adorar el sol. El cual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traía, y vistióse de jerga, y tornóse á asentar á la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decía: ¡Ay de mí, cómo creeré que se habrá Dios comigo, á quien he ofendido, cuando Simeón, mi amigo tan entrañable, así me menospreció y me volvió el rostro! Y como esto oyese Sapor, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura había acaescido algún desastre en su casa. Ustazades respondiendo, dijo: Oh Rey, ningún infortunio ha venido á mi casa, mas pluguiera á Dios que en lugar de lo que me ha acaescido, vinieran sobre mí todas las adversidades y todas las afliciones de los hombres. Antes lloro porque vivo, que muchos días antes debiera morir. Veo al sol, al cual por obedescerte, adoré contra mi intención. Por lo cual dos veces merezco la muerte, una porque te engañé, siendo mi rey, y otra porque fuí cobarde y desleal á mi Dios y Señor Jesucristo, que solo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto, juró por el Criador del cielo y de la tierra que de ahí adelante no mudaría su sentencia. Sapor maravillándose de la constancia de aquel hombre, mucho más se encruelesció contra los cristianos, creyendo que con hechicerías y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entonces al viejo, procuraba unas veces con halagos, otras con amenazas, traerle á lo que quería. Y como nada aprovechase, prometiendo Ustazades que nunca sería tan loco que dejado el Criador de todas las cosas, adorase una de sus criaturas, movióse el Rey á gran furor, y mandó que fuese degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al verdugo que esperase un poco, mientras enviaba una embajada

al Rey. Y dándole lugar, llamó á uno de sus fieles criados, y díjole: Di á Sapor estas palabras en mi nombre. Por el favor que hasta agora tuve en tu casa, oh Rey, sirviendo lealmente á ti y á tu padre (para lo cual no tengo necesidad de más testigos que á ti) y por todos los servicios que á tu estado y casa hice en los tiempos pasados, te suplico me hagas esta merced, por que ninguno de los que no saben mi causa, piense que soy castigado como traidor, ó deservidor, ó enemigo del Rey, mas á todos sea manifiesta la justicia de mi condenación, mandes que el pregonero haga saber á todos que Ustazades es degollado, no por traidor ni enemigo de su Rey, sino porque confesó que era cristiano, y no quiso por mandamiento del Rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Así lo dijo el mensajero, y así lo mandó el Rey que se pregonase, creyendo que con esto podría retraer á muchos de la cristiandad, teniéndose por averiguado que á nadie perdonaría, pues mandaba degollar á su ayo y criado antiguo de su casa y su fiel y aficionado servidor. Allende desto Ustazades hizo que muy especificadamente declarase el pregonero la causa de su muerte, porque viendo que cuando primero por miedo de la pena adoró el sol, había acobardado á muchos cristianos, quiso remediar el escándalo que les había dado, para que oyendo que moría por la fe, ellos también se confirmasen en ella y remediasen su fortaleza. Y desta manera el varón fuerte Ustazades acabó su glorioso martirio.

DEL MARTIRIO DE SIMEÓN CON OTROS MUCHOS (CUASI DIEZ Y SEIS MIL) QUE FUERON MUERTOS EN EL REINO DE SAPOR POR MALICIOSAS ACUSACIONES DE LOS AGOREROS

CAPÍTULO XXIII

Simeón, sabiendo en la cárcel lo que había pasado, cantó por ello himnos y loores á Dios. Otro día siguiente, que era el viernes de la Semana Sancta, en que se celebra la sagrada memoria de la pasión de nuestro Salvador, determinó el Rey matar á Simeón, porque sacándole de la cárcel, y trayéndole á palacio, hablaba á Sapor osadamente de la verdad de la fe. y no consentía en adorar al sol ni al Rey. En el mismo día se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos, primero á todos éstos, y después al viejo Simeón, para afligirle con ver tantas muertes de sus hermanos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros clérigos de menores órdenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino allí el principal de los agoreros, y preguntóles s querían vivir, y obedescer al Rey, y adorar al sol. Y como nin guno dellos escogiese la vida con tal condición, comenzaron los verdugos á emplear sus espadas en las cabezas de los sanctos. Á los cuales Simeón esforzaba, llegándose cerca de cada uno y trayéndole á la memoria la fe y la certidumbre de la resurrec ción. Y con los testimonios de la sagrada Escriptura los avisaba que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar á Cristo la verdadera y irremediable muerte. Por tanto, que sufriesen con paciencia la muerte, pues dende á pocos días había de venir la muerte de la carne, sin que la trajese ajena crueldad. Porque éste es el fin de todos los nascidos, que no se puede excusar, después del cual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los días que aquí vivieron, y recibirán galardón por lo bien hecho, y castigo por las ofensas cometidas. Y entre todos los servicios que á Dios se pue-

den hacer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitán á sus caballeros, y así á cada uno enviaba informado, cuando le venía la hora de su encuentro. Y como el cuchillo pasase por los cuellos de todos ciento, á la postre llegó á Simeón y á Abecala y á Ananías, los cuales ambos honrados viejos habían sido juntamente presos y detenidos en la cárcel con el obispo Simeón, con quien antes habían tenido compañía en su iglesia, y así en la muerte no se apartaron dél. Estaba entre otros presente á los tormentos Pusicio, principal caballero entre los criados del Rey, el cual viendo á Ananías temblar, cuando le ataban para le degollar, díjole: Oh viejo, cierra un poco los ojos, y asegúrate, que presto verás la cara de Cristo. Y en diciendo esto, arrebatadamente fué preso y llevado al Rey, y denunciado que era cristiano, y que osadamente había hablado en favor de los mártires. Al cual el Rey mandó matar con crueldad extraña y de forma nunca oída, ca le mandó abrir la cerviz, y sacarle por allí la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron á su hija, virgen religiosa, que era cristiana, y luego padesció martirio. Pero ¿cómo podré referir tantos mártires como padescieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades y aldeas y cortijos, y otros de su voluntad se presentaban, por no parescer que callando negaban la fe. Y desta manera matando generalmente á todos, y á nadie perdonando, murieron muchos de la casa del Rey, de los cuales fué uno Azanis, que era su muy querido y familiar. De lo cual se entristeció mucho el Rey, y templó la sentencia que tenía dada contra los cristianos, mandando que de ahí adelante no se matasen sino solos los sacerdotes y doctores de la ley de Cristo. Luego los agoreros y pontífices de los templos rodearon todo el reino, buscando los doctores y maestros de los cristianos, y prelados de las iglesias, y trajeron muchos, mayormente de la región de los Adiabenos, donde había gran número de cristianos. Entre otros hallaron á Acepsema obispo con muchos de sus clérigos, y contentáronse con traer preso al obispo, y á los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió á Acepsema Jacobo, sacerdote de Ponto, porque rogó á los agoreros y alcanzó dellos que juntamente le llevasen atado. Y estando en compañía del viejo, le servía como podía, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo cuanto le era posible, hasta

que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzándole á adorar el sol. Pero viendo su resistencia, volviéronle á la cárcel. Dende á algunos días el príncipe de los agoreros consultó al Rey qué debía hacer de los presos, que eran muchos sacerdotes y diáconos. Y recibida comisión que si no quisiesen adorar al sol, hiciese dellos lo que quisiese, envióles á la cárcel la provisión real. Á la cual llanamente respondieron todos que no harían tal traición á Dios, que adorasen la criatura por el Criador. Por lo cual todos fueron juntamente azotados, y algunos expiraron entre los azotes, uno de los cuales fué el sobredicho Acepsema, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos armenios, que á la sazón estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fueron vueltos á la cárcel. Uno dellos era Aitalas, á quien descoyuntaron los brazos tanto, que parecía que traía las manos muertas, y otros le llevaban el manjar á la boca. En este tiempo padesció Marea, y Bicor obispo, con cuasi docientos y cincuenta clérigos, que fueron presos juntamente con él. Item Melisio, el cual primero anduvo en el ejército de los persas, y después de convertido á Cristo, siguió la vida apostólica. Y después, siendo ordenado obispo en una ciudad de Persia, padesció allí primero muchas injurias y fatigas, y fué muchas veces azotado y arrastrado. Y como no pudiese acabar con alguno de aquella ciudad que fuese cristiano, angustiado en gran manera, maldijo la ciudad y dejóla, sacando solamente una talega con un libro de los Evangelios. Y fué primero á visitar la casa sancta de Hierusalén, y después á ver los monjes de Egipto, donde conversó con ellos loablemente, según dan testimonio los siros que escribieron su vida. Dende á poco tiempo, para que se ejecutase la maldición del obispo, los principales de la ciudad de su obispado ofendieron al Rey, por lo cual envió su ejército con trecientos elefantes á destruirla, y así la dejaron desierta para ser sembrada. Acaesció en este tiempo que la Reina, mujer de Sapor, cayó enferma, y por malos consejeros fué presa una hermana del obispo Simeón, de quien arriba contamos, llamada Tarbúa, con una su criada. Y fueron acusadas que habían dado hechizos á la Reina, por lo cual fueron sentenciadas á muerte. Y no solamente Tarbúa padesció combate en su fe, mas también en su castidad, porque era muy hermosa y cobdiciada por los agoreros. Por lo

cual uno dellos le prometía en arras de su virginidad su misma vida. Pero ella por los dulces y engañosos halagos volvió injurias y denuestos, no pudiendo sufrir aun oir palabras deshonestas. Y alegremente sufrió el martirio muy cruel, porque á ella y á su servidora ataron á sendos palos, y las aserraron por medio, y hicieron pasar á la Reina por medio de los palos, para deshacer los hechizos. Finalmente en el reino de Sapor padescieron otros muchos obispos, sacerdotes, diáconos, monjes y vírgines consagradas, y muchedumbre de otros estados, cuyo número se cree que fué casi diez y seis mil, los cuales peleando varonilmente por la verdad, alcanzaron la palma de glorioso triunfo.

Aquí pues tiene el piadoso lector largo campo en que espaciar su entendimiento, considerando la fe y constancia admirable destos fidelísimos caballeros y la lealtad que guardaron hasta la muerte con su Criador. Mas entre tantas consideraciones como sobre esta materia se pueden hacer, una sola apuntaré, que es advertir á los cristianos que viven con descuido de sus ánimas y de la guarda de los mandamientos divinos, que vean lo que responderán el día de la cuenta, cuando aquel Juez soberano éntre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no quisieron ganar el reino de los cielos con la guarda de diez mandamientos, mostrándoles él un ejército de innumerables mártires, viejos y mozos, hombres y doncellas, que lo compraron con la muerte y despedazamiento de todos sus miembros.

EL MARTIRIO DE S. POLICARPO, DISCÍPULO DE S. JUAN EVANGELISTA Y OBISPO DE ESMIRNA, REFERIDO POR EUSEBIO EN EL CUARTO LIBRO DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA

CAPÍTULO XXIV

EL glorioso martirio de Policarpo escribieron los fieles de la ciudad de Esmirna á otros fieles, en esta forma. La Iglesia de Dios que está en Esmirna, á la Iglesia de Dios llegada en Filomelio, y á todas las sanctas Iglesias católicas que por toda la redondez de la tierra están fundadas, ruega que se multiplique sobre ellas su misericordia, paz y caridad de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Quisimos os escribir, hermanos, de los sanctos mártires, especialmente del bienaventurado Policarpo, que con su glorioso martirio echó el sello á sus primeras virtudes. Y después de pocas palabras dice así: Los crueles verdugos y oficiales de la maldad, por espantar al pueblo que al rededor estaba, abrían los cuerpos de los mártires con azotes que les calaban hasta las entrañas, y las partes del cuerpo que la naturaleza tenía escondidas, se descubrían, Otras veces fregaban sobre sus cuerpos puestos boca arriba conchas de los ríos y pedazos de tejas y de otras cosas duras, y después que acababan en ellos todas artes de tormentos, dejábanlos solos para que las crudas fieras los comiesen. Entre los cuales se señaló el varón fortísimo Germánico, el cual por virtud de la gracia divina venció todo el temor de la humana flaqueza. Porque queriendo el gobernador atraerle primero por razones, poniéndole delante la flor de su juventud, y amonestándole que hubiese compasión de sí mesmo, él de su gana apresuradamente provocaba la fiera que para él estaba aparejada, como denostando á la muerte que se detenía, y deseando de corazón salir ligeramente desta miserable vida. Y como por la muerte déste tan esclarescido, toda la compañía de los cristianos tomase mayor brío para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedase espantado,

sonó un grande alarido: Mueran los infieles, búsquese Policarpo. Por la cual grita sucedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo pues Policarpo que todo el pueblo se había levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, según era mesurado en su semblante y sosegado en sus obras, y de su voluntad esperara dentro en la ciudad como caballero esforzado. Mas condescendiendo á los ruegos de sus amigos, apartóse á una casería cercana, donde de día y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro ejercicio sino en oraciones, suplicando á Dios por la paz de las Iglesias doquiera que estuviesen, según que por toda su vida acostumbraba hacer. Y estando en oración tres días antes que fuese preso, vió de noche durmiendo que la almohada de su cabecera se consumía con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño, diciendo que sin duda saldría desta vida por tormento de fuego, por la confesión de la fe. Sabiendo pues que andaban pesquisando por él, compelido por ruegos de sus hermanos se pasó á otro lugar, donde no mucho después entraron los alguaciles. Los cuales hallaron luego dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió dó estaba Policarpo, y así entraron cerca de la noche en la casa do estaba en lo alto della descansando. Y pudiera fácilmente pasarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cúmplase la voluntad de Dios. Y salió á recebir á los que le venían á prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se maravillaron. Pero mucho más se espantaron pensando qué causa podía haber por que un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El sancto viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, pidiéndoles que entre tanto le diesen una hora de espacio para hacer oración. La cual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mesmos que le prendían, se dolían porque era mandado llevar á la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba á Dios en su oración, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquéllos de quien al presente se pudo acordar, grandes y pequeños, y á toda la Iglesia católica derramada por todo el mundo. Y acrcándose ya el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y así fué hasta la ciudad en un día de

fiesta. Donde llegando le salió á recebir el prefecto de la paz, llamado Herodes, y su padre Nicestas, los cuales le bajaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le halagaban diciendo: ¿Qué mal hay en decir que César es dios, y ofrecerle sacrificios, y de ahí adelante vivir seguramente? Lo cual él oyó primero callando, pero viendo que porfiaban, díjoles: ¿Por qué perdemos tiempo? No tengo de hacer lo que decís. Ellos, visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella vía, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pie. Mas como si ninguna injuria hubiera recebido, con toda serenidad caminaba al tablado, á donde le mandaron que fuese. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurría, y luego sonó una voz del cielo que dijo: Esfuérzate, Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió quién la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba viendo que á Policarpo querían castigar. Y como el presidente le preguntase si era Policarpo, respondió que sí. Dijo el presidente: Pues ten respecto á tu edad, y compasión de tus canas, y muda la sentencia, y consiente en la divinidad del César, y injuria y blasfema á Cristo. Policarpo entonces dijo al presidente: Ochenta y seis años ha que sirvo á Cristo, y nunca mal me hizo: pues ¿cómo podré yo maldecir y blasfemar á mi Rey y Señor, que me crió y me conserva hasta agora la vida? Y como le porfiase instantísimamente que jurase la divinidad de César, dijo: ¿Por ventura quieres ganar honra comigo en tenerme á tu voluntad, y disimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quién soy. Cristiano soy. Y si quieres que te declare las condiciones del cristiano, determina tiempo en que me oyas. El presidente dijo: Acábalo con el pueblo. Policarpo respondió: Bástame habértelo dicho, porque somos enseñados á tener acatamiento á los príncipes y jueces que por Dios mandan, en aquellas cosas que no fueren contrarias á virtud: al pueblo desvariado no tengo para qué satisfacer. El presidente dijo: Aparejadas tengo las fieras para echarte á ellas, si prestamente no te arrepientes y mudas el propósito. El respondió: Ya pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es buen arrepentimiento de quien deja el bien comenzado, mas verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseveráis, os convirtiésedes á la verdadera justicia. El presidente

dijo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenázasme con este fuego que en una hora se enciende y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, á cuyas llamas eternas seréis los malos condenados. Mas ¿por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ó lo otro, cual tú quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolación con la confianza que en Dios tenía, tanto, que el presidente se espantaba de la alegría de su rostro y constancia de sus respuestas. Y luego mandó que un pregonero á grandes voces dijese cómo Policarpo había confesado tres veces que era cristiano. Lo cual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignación dieron voces diciendo: Éste es el doctor y padre de los cristianos de toda Asia, y destruidor de nuestros dioses. Éste es el que enseña á muchos que no sacrifiquen ni adoren á los dioses. Y dicho esto, mandaron á Filipo leonero que echase un león á Policarpo. El cual respondió que ya no tenía aquel cargo. Entonces mudaron propósito, y todos á una voz dijeron que fuese vivo quemado, para que se cumpliese la visión que había visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo cual fué prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ó de cualesquier otros lugares comunes, y con gran ligereza encendieron una gran hoguera. Entonces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó á descalzarse los zapatos, que nunca días había se había descalzado, porque era costumbre de los fieles y religiosos varones á porfía unos descalzar á otros, y Policarpo en esto y en todo lo demás fué siempre reverenciado y acatado de todos. Y queriendo los porteros afijarle con clavos á un madero, dijo Policarpo: Dejadme, que quien me me ha dado esfuerzo para ofrecerme á ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y así dejados los clavos, solamente le ataron las manos por detrás. Desta manera, como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció á Dios sacrificio agradable, haciendo oración en medio de las llamas con estas palabras: Dios Padre del amado y bendito Hijo tuyo Jesucristo nuestro Señor, por quien recebimos el conoscimiento de tu majestad, Dios de los ángeles y de las virtudes celestiales y de toda criatura, especial Señor de todos los justos de cualquier linaje que desciendan, los cuales todos viven delante de ti, yo te ben-

digo porque me has traído á esta hora en que sea particionero de las penas de los mártires y de la pasión de tu Hijo, para gozar con él y con ellos en la resurrección y posesión de la vida eterna por la gracia de tu Espíritu Santo, con los cuales me recibe hoy por sacrificio aceptable, pues has cumplido en mí tu voluntad, según antes tenías ordenado, y me la denunciaste, ca tú eres verdadero Dios, en quien no hay fasedad ni mentira. Por tanto yo te alabo y bendigo y glorifico con el eterno pontífice Jesucristo tu agradable Hijo, por quien y con quien tienes gloria con el Espíritu Sancto en los siglos infinitos de los siglos. Amén. Acabadas estas palabras, y atizando el fuego los hombres condenados al fuego eterno, vimos maravillas todos aquéllos á quien Dios tuvo por bien mostrarlas, de los cuales hay muchos vivos, guardados por el Señor para que den dello testimonio á los que no las vieron. Estuvo la llama sobre el cuerpo del mártir levantada y ondeando á manera de las velas sobre la nao, cuando con el viento se hinchan, y dentro de su seno parecía el cuerpo del sancto mártir Policarpo, no como carne quemada, mas como oro resplandeciente dentro del crisol. Allende desto sentimos olor maravilloso, como de encienso sobre brasas, ó de otra plasta olorosa. Por lo cual, viendo los ministros de la maldad que sus carnes no se consumían, mandaron al verdugo que acercándose traspasase su cuerpo con el espada, contra quien el fuego había perdido sus fuerzas. Y así fué hecho, y tanta sangre corrió, que apagó la hoguera. Y el pueblo se fué atónito y corrido de ver tan grandes maravillas, y tan favorables á los nuestros. Tal fué y de tal manera acabó el admirable y escogido en nuestros tiempos maestro apostólico, profeta y sacerdote de la Iglesia de Esmirna. De cuyas palabras, cuantas antes había dicho, muchas se cumplieron, y otras se cumplirán en el tiempo venidero. Afrentado el envidioso de todo bien y adversario de los justos, después que vió al sancto mártir coronado por la excelente gloria de su confesión y por sus singulares virtudes, procuró á lo menos que sus reliquias no fuesen concedidas á los nuestros, que las deseaban para sepultarlas. Por esto provocó á Nicestas, padre de Herodes, que fuese al juez, y le requiriese que en ninguna manera permitiese que el cuerpo sea enterrado, porque por ventura los cristianos no dejen al que fué crucificado, y adoren á Policarpo. Viendo pues el capitán romano el coraje porfiado de los infieles, puso en me-

dio el cuerpo, y hízole quemar, de donde nosotros cogimos algunos huesos afinados en el fuego, más valerosos que preciosísimas perlas, y según convenía, solenemente los enterramos. Y en el lugar de su sepulcro por la merced de Dios celebramos hasta hoy alegres fiestas y copiosos ayuntamientos, mayormente el día de su martirio. Y lo mesmo hacemos celebrando las memorias de los otros sanctos mártires que antes dél padescieron, para que los corazones de los descendientes se animen á remedar la virtud y fortaleza de sus mayores. Hasta aquí se escribió en la sobredicha carta el martirio de Policarpo.

Después hicieron relación de los otros mártires, especialmente de doce que habían venido de Filadelfia á Esmirna, y de Metrodoro, sacerdote de la herejía de Marción, y convertido á la verdadera fe, el cual fué quemado. Y entre otros se hace gran cuenta de Pionio, de quien refieren perseverante constancia á todas las preguntas del juez, y maravillosas pláticas hechas al pueblo por nuestra fe, y cuán sin temor se opuso siempre á los jueces, enseñando y disputando hasta el mesmo tribunal, y cuánto esfuerzo puso por sus amonestaciones á los que en presencia del juez titubeaban, y cómo estando en la cárcel animaba al martirio á los hermanos que le visitaban, y cuántos tormentos pasó en su coronación, ca fué hincado con clavos y puesto sobre fuego ardiendo, donde hizo principio á la vida bienaventurada, y fin á esta miserable.

CONSIDERACIÓN SOBRE LAS GLORIOSAS BATALLAS Y VICTORIAS DE LOS SANCTOS MÁRTIRES QUE AQUÍ SE HAN RELATADO

CAPÍTULO XXV

AGORA será razón filosofar sobre estas tan gloriosas batallas que aquí habemos contado, para conocer por ellas la verdad y firmeza de nuestra sancta fe, y la virtud de la divina gracia, y la eficacia de la redempción de Cristo, con la cual ellos tan valerosamente pelearon y vencieron, y sacar de aquí ejemplos de paciencia y confusión de nuestros regalos, y conocer el engaño de nuestras vidas, pues no queremos comprar la gloria perdurable con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndola comprado los sanctos mártires con el despedazamiento de sus cuerpos.

Sentencia es común de filósofos que del maravillarse los hombres de las cosas notables que veían en las obras de naturaleza, como eran los eclipses del sol y de la luna, y otras cosas tales, vinieron á filosofar y inquirir las causas dellas, y éstas halladas, hicieron sciencia, porque sciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martirios que aquí habemos relatado, hay tan grande materia de admiración, que ningún hombre habrá tan insensible, que no quede atónito viendo esta manera de padescer. Porque ¿cuándo jamás dende el principio del mundo se vieron personas padescer con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegría, con tal libertad de palabras, con que encarnizaban los jueces contra sí, y con tan gran deseo de padescer, que ellos mismos muchas veces se ofrecían á la pasión? Y si esto fuera solamente en alguna gente bárbara y bestial, que no teme la muerte, no fuera tanto, mas esta persecución fué general en todas las naciones y ciudades del mundo, y señaladamente en las más principales, como eran Roma, Alejandría, Antioquía, Nicomedia, y otras tales. Y si en esta persecución padescieran solos hombres robustos, no fuera

tan grande la admiración: mas aquí habemos visto padescer viejos ya decrépitos, y mochachos de poca edad, y mujeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas, y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentían más que la muerte. Dice Aristóteles que la postre de las cosas terribles es la muerte, la cual naturalmente aborrecen y huyen cuantos animales Dios crió. Pero mucho más la aborrece y siente el hombre, por tener las carnes más tiernas, y la imaginación más viva para aprehender el daño y sentimiento del dolor, y perder con la muerte no sólo la vida, sino también todo cuanto posee con ella. Por lo cual si un hombre está sentenciado á muerte (aunque sea una simple manera de morir, como es ser degollado, &c.) no hay trabajo, no hay peligro, no hay costa, no hay camino á que no se ponga, aunque sea cercar la mar y la tierra, y desamparar casa, hacienda, mujer y hijos, por escapar della, porque esto le enseña y á esto le mueve la misma naturaleza. Pues aun otra cosa hay sin comparación más terrible que la muerte, que son las invenciones de tormentos que los tiranos inventaban para vencer la constancia de los sanctos mártires, porque no pretendían matar sino atormentar, no dar una muerte sino muchas, no atormentar una sola parte del cuerpo sino todos los miembros dél. Y con ser el cuerpo humano tan sentible, que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos atizados por una parte por el demonio, que moraba en sus pechos, y por otra corridos y avergonzados de verse vencidos de mujeres flacas, y embravescidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y géneros de tormentos para un solo cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿qué maravilla es ésta, que las mujeres y las tiernas doncellas, sin ser llamadas, corran á los tormentos como á las bodas, y procuren estrenar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quién padescerá primero, y que se queje la virgen Eufemia porque siendo ella noble de generación, martirizasen á otros primero que á ella? Pues ¿qué nueva gente es ésta? ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿Dónde la fuerza del amor proprio? ¿Dónde el temor natural de la muerte, que todas las criaturas temen? ¿No eran estos cuerpos de la misma condición que los nuestros? ¿No eran tan sentibles como ellos? ¿Qué veías, mártir glorioso,

cuando entre las penas estabas más fuerte que tus penas, y encarcelado, más libre que los que te encarcelaban, y caído, más levantado que los que estaban en pie, y atado, más suelto que los que te ataban, y juzgado, más alto que los que te sentenciaban? Las heridas tenías por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corría, por púrpura real, y el martirio, por un gratísimo sacrificio que ofrecías á tu Criador. Y tú, virgen delicada, ¿quién te armó con esa tan grande fortaleza, que fueses más fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo, tu fe estuviese entera, y consumidas las carnes, no se menoscabase tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu ánima no pudo ser vencida, desfalleció la substancia, mas perseveró la paciencia. Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado romano que pudo tener el brazo sobre una hacha encendida por un breve espacio. Pues ¿cuántos millares de hombres y mujeres les daremos en todas las edades y condiciones de gentes, los cuales no un brazo, sino todo el cuerpo, después de rasgado con garfios de hierro, fueron asados en parrillas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabase la vida? Pues ¿cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo no tuviese alguna nueva causa de do procediese? ¿Cómo es posible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? ¿Cómo puede ser que cosa tan sobre toda naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues según doctrina de filósofos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues ¿qué cosa más sobre todas las leyes de naturaleza, que esta voluntad y deseo tan encendido de padescer? ¿Cómo era posible que una doncella de trece años, como fué Santa Olalla, padesciese tantos linajes de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia y lo que más es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Espíritu Sancto? ¿Cómo era posible que una madre cual fué Santa Felícitas, y otra por nombre Sinforosa, viese cada una despedazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres los estuviesen esforzando y animando al padescer, y después ellas padesciesen, habiendo primero apascentado sus ojos en este tan extraño espectáculo? ¿Qué fe era ésta? ¿Qué luz era ésta? ¿Dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen á los hijos, y más tales y tantos hijos? El patriarca Abraham estuvo aparejado para sacrificar

un hijo que tenía, y estimó Dios en tanto esta devoción y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo. Pues si tan grande cosa fué ofrecer este Patriarca un solo hijo á Dios, ¿qué será una madre ofrecer siete hijos, y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de Dios? Si tanto fué vencer el Patriarca un solo amor de un hijo, ¿cuánto fué vencer siete amores de siete hijos, pues está claro que á cada hijo correspondía su proprio amor en el corazón de la madre? Y si es tan celebrada la madre de los siete Macabeos, que esforzaba sus hijos al martirio, ¿qué menos merecen estas dos madres del Nuevo Testamento, que hicieron lo mismo? Y si está claro que no pudo aquella madre beber aquel cáliz sin especial favor y socorro de Dios, ¿cómo podremos á estas madres negar lo mismo? Séneca tiene por averiguado que ningún hombre puede ser de verdad virtuoso sin favor especial de Dios. *Nulla mens bona sine Deo est*, dice él. Y Tulio dice que nunca hubo hombre señalado en proezas, que no fuese para ello soplado y ayudado de Dios. Pues ¿qué virtudes, qué proezas puede haber en el mundo que vengan á cuenta con esta tan admirable fe y constancia y grandeza de ánimo, y esto en corazones de madres y de doncellas? Pues si (según el testimonio destos sabios) ni aquellas virtudes ni aquellas grandezas de hombres señalados se podían ejercitar sin particular favor y soplo de Dios, ¿cómo pudieran subjectos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin comparación mayores? Porque es cierto que todas las grandezas que se escriben en las historias profanas, apenas merecen nombre de sombra, comparadas con éstas. Pues ¿qué dijeran, qué escribieran estos dos tan señalados autores, si les cayera esta materia en las manos? ¿Con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué ejemplos y comparaciones amplificaran y engrandescieran estas virtudes tan admirables? Séneca gasta muchas hojas de escritura encaresciendo aquella respuesta de Estilbón filósofo, el cual después de saqueada y destruída su ciudad, preguntado por el capitán Demetrio si había perdido algo en aquel saco, respondió que nada había perdido, porque todos sus bienes llevaba consigo, entendiendo por estos bienes la filosofía, de que no podía ser despojado. Pues ¿qué hiciera este autor, si se pusiera á escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras vírgines en medio de tantos

tormentos, por no quebrantar la fe y lealtad que debían á su verdadero Dios y Señor? Pues por esta causa dije al principio que recelaba tratar esta materia, por ver cuánto sobrepujaba la alteza della á la rudeza de nuestras palabras. Porque como dice S. Hierónimo (1), los flacos ingenios no son para tratar grandes materias, y cuando las quieren acometer, caen á medio camino con la carga, y cuanto fueren mayores las cosas que quieren engrandescer, tanto más se ahoga el que no halla palabras con que las pueda explicar.

Y lo que es aún de mayor admiración y más declara el poder de la gracia, es ver esta misma virtud y fortaleza en un linaje de gente tenida por la más desgarrada y perdida del mundo, que son soldados y gente de guerra, porque sabemos que muchos déstos en diversas partes fueron martirizados. De cuarenta hecimos mención poco ha que fueron condenados de una nueva manera á morir de frío: pero éstos fueron pocos. Otra vez fué una legión entera de soldados por mandado de Maximiano martirizados. La cual legión contiene seis mil y seiscientos y sesenta y seis soldados. Y es aquí mucho de considerar que aquel tirano, por no menoscabar tanto su ejército, mandó que de cada diez soldados degollasen uno, para poner miedo á los otros. Y esto hizo por dos veces. Mas los gloriosos caballeros de Cristo competían entre sí sobre quién primero recibiría la corona del martirio. Y visto que ni con esto desistían de su firmeza, mandó que todos los que quedaban fuesen por el ejército despedazados, y así lo fueron. Pues ¿quién podrá aquí dejar de maravillarse y de alabar á Dios por tal martirio? ¡Oh gloria de Cristo! ¡Oh gloria de la gracia de su Evangelio, que hizo de piedras hijos de Abraham, y de soldados mártires y sanctos, porque no sufrieran martirio, si no lo fueran, y no podían dejar de amar á Dios más que á su propria vida, pues la pusieron por él, y andando en el ejército entre soldados gentiles, idólatras y pervesos, pudieron conservar no sólo la sinceridad de la fe, sino también el fuego de la caridad y la pureza de la vida! ¡Oh con cuánta razón dijo el Apóstol que no se confundía de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud y poder de Dios para hacer salvos á los creyentes!

(1) Hieron. in Epitaph. Nepotiani.

Pero aún pasa el negocio más adelante. Porque otra vez, en tiempo del emperador Adriano, fueron sentenciados, no una sola legión, sino diez mil soldados juntos, á que padesciesen el mismo linaje de muerte que padesció el Señor por quien padescían: los cuales todos en un mismo día recibieron la corona. Pues ¿qué cosa sería tan gloriosa ver entrar en este día diez mil gloriosísimos caballeros con sus palmas triunfales en las manos y con las insignias y señales de su Redemptor en aquella ciudad celestial? ¿Qué recibimiento allí se les haría? ¿Con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darían el parabién de su venida, y los admitiríañ á su gloriosa compañía, y presentarían ante el trono de aquel Señor, por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hacía tan grande fiesta cuando venía un capitán vencedor de alguna insigne ciudad ó provincia, y se rompían los muros para recibir al vencedor, y él venía en un carro triunfal, acompañado de muchas gentes, ¿qué fiesta se haría en el reino de los cielos, cuando entrasen en él, no uno, sino diez mil triunfadores juntos, vencedores no de una ciudad ó provincia, sino de todo el poder del mundo y del infierno? Esto puédese así referir, mas ¿quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré á ésta de mucho mayor admiración, la cual refiere el autor que escribió el Teatro de las Ciudades del mundo. Éste pues dice que en sola la ciudad de León de Francia fueron martirizados decinueve mil mártires, y que fué tanta la sangre que ahí se derramó, que el río Araris que por ahí pasaba, iba teñido de sangre. Por lo cual se le mudó el nombre, y hoy día se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragón infernal encendía en los corazones de los emperadores para extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los mártires en la confesión de la fe.

Pues volviendo al propósito principal, y concluyendo esta materia, decimos que éste es uno de los grandes testimonios de la verdad de nuestra fe, ver que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades y estados y condiciones de gentes pusieron las vidas por la confesión desta verdad. Y cuanto más atroces y crueles tormentos por esta causa padescieron, tanto es más esclarecido y más firme este testimonio, y tanto más abiertamente se conoce que no era posible perseverar un cuerpo hu-

mano entre tantas maneras de tormentos, acrescentados unos sobre otros, si no tuvieran aquellas armas de la fe y esperanza y caridad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confesión desta verdad, síguese que ya no solos los mártires con su sangre, sino Dios también con su favor y asistencia es testigo della.

De lo cual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una, que poco ha apuntamos, que es haberse predicado el Evangelio, y extendídose el reino de Cristo por todas las naciones del mundo, según los Profetas denunciaron, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires. La otra, que se habían de reformar las vidas de los hombres en su venida, conviene á saber, que los hombres fieros y silvestres (cuales eran todos los que servían á los ídolos) se habían de hacer puros y sanctos. Lo cual se ve no sólo en la sanctidad de aquellos millares de monjes que en aquel tiempo florescieron en todo género de virtudes, sino también en esta admirable constancia de los mártires. Porque (como ya dijimos) imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor y temor de Dios. Lo cual se conosce por lo que cada día vemos y lloramos, que es negar tantos cristianos la fe de Cristo, cuando se ven cautivos en tierra de moros. Y esto no por temor de tales tormentos cuales eran los de los mártires, sino por sólo ahorrar la pena del cautiverio, y vivir con un poco de más largueza. Pues así como la flaqueza destos miserables nos da á entender la flaqueza y poco fundamento de su virtud (pues tan fácilmente se rindieron) así por el contrario la inestimable fortaleza y constancia de los mártires nos da á conocer la firmeza de su virtud, la cual con tan recios encuentros y combates repetidos unos sobre otros nunca pudo ser vencida.

DE CÓMO CUASI TODOS LOS EMPERADORES QUE PERSIGUIERON LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, ACABARON DESASTRADAMENTE, Y LOS QUE LA HONRARON, FUERON EN TODAS LAS COSAS AYUDADOS DE DIOS Y PROSPERADOS

CAPÍTULO XXVI

No deja de ser también grande testimonio de la verdad de nuestra fe, ver que cuasi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron y abrazaron, fueron prosperados en sus reinos y imperios. Y digo cuasi todos, y no todos, porque como dice S. Augustín, de tal manera se ha la divina Providencia en la gobernación deste mundo, que ni castiga en esta vida todos los malos, ni deja de castigar muchos dellos. Porque si castigara á todos, pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra, y si á ninguno castigara, pudieran imaginar que no había Providencia que tuviese á cargo las cosas humanas. Por eso la Sabiduría divina (que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas) algunas cosas castiga poderosamente, para que vean los hombres que hay Providencia (mayormente las que son tan exorbitantes que ellas mismas están clamando á Dios y pidiendo venganza) y otras deja por castigar, para que entendamos que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en ésta. Lo cual se ve en algunos de los emperadores que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aquí su merecido. Pero como esta crueldad y maldad era tan grande, no consintió la divina Justicia que quedasen otros muchos sin castigo, aun en esta vida. En lo cual maravillosamente resplandece la divina Providencia, que usaba de los tiranos como de ministros y instrumentos para fundar la fe de su Iglesia con la sangre de los mártires, y para hermosear el cielo con este gloriosísimo ejército dellos. Porque si no hubiera tiranos, no hubiera mártires: si no hubiera Decio, no hubiera Laurencio, si no hubiera Deciano, no hubiera

Vincencio, y si no hubiera Herodes, no hubiera mártires Inocentes. Mas después de haberse servido dellos en este ministerio, dábales también aquí su merecido, como lo hizo con Nabucodonosor, del cual usó como de vara, según lo llama Esaías (1), para azotar á su pueblo: mas acabado este oficio, echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó y puso por tierra todo su imperio. Pues lo mismo hizo cuasi con todos estos tiranos, de los cuales unos fueron arrebatados por los demonios, otros se mataron con sus proprias manos, otros fueron despedazados por bestias fieras, otros murieron comiéndose las manos á bocados, otros ahogándose en los ríos, y otros de otras maneras. Así leemos en el martirio de Sancta Eufemia, noble virgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la cárcel, fué luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló, fué luego muerto por un león, y la noche siguiente el juez que la sentenció, se mató comiéndose á bocados y lleno de furor. Lo cual movió á muchos de los infieles, así judíos como gentiles, á ser cristianos.

Asimismo cuasi todos los reyes y emperadores que martirizaron los sanctos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los cuales el primero fué Herodes, el cual por matar al niño Jesús mató los Inocentes, cuya enfermedad y muerte fué terribilísima, como escribe largamente Josefo, y en cabo después de habérsele saltado los ojos en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos y se mató, mandando antes matar el tercero de los hijos, después de haber muerto á dos dellos. El segundo Herodes, que degolló á Santiago y tuvo preso á S. Pedro, fué herido por un ángel, y murió comido en vida de gusanos, como escribe el mesmo Josefo y Sant Lucas (2). El tercer perseguidor de la Iglesia, que fué Neron (el cual martirizó á Sant Pedro y Sant Pablo) viendo que no podía escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró dese trabajo, matándose con sus manos. El cuarto, que fué Domiciano, que desterró á Sant Juan Evangelista, fué muerto á manos de los suyos. Valeriano, cruel perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el rey de los persas, el cual lo prendió y mandó sacar los ojos, y se servía dél para poner sobre él los pies cuando cabalgaba. Aureliano fué muerto por mano de los suyos. Decio, que martirizó á Sant Lau-

(1) Esai. 10. (2) Act. 12.

rencio, él juntamente con sus hijos fué muerto. Diocleciano, cruelísima bestia, el cual se hizo adorar por Dios, vino á tan gran perdición y desatino, que le fué forzado dejar la corona y el sceptro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano, su compañero, también lo dejó, y vivía como él, y aun así no le fué concedido vivir, porque Majencio su hijo, que se quería alzar con el imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno. Y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traición: lo cual fué sabido, y por ello castigado con la muerte y con deshonra y infamia. Ca sus estatuas y medallas fueron mandadas raer doquiera que estaban, y los títulos de las casas públicas que dél habían tomado nombre, se mandaron mudar. Pues Majencio su hijo, heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro y disposición divina murió, porque habiendo armado una puente falsa sobre un río cabe Roma, para que llegando el emperador Constantino á ella, se hundiese en el río, él como desatinado, no acordándose de lo que había tramado, puso las piernas al caballo, y pasando por la misma puente, cayó y se ahogó. Maximino, también cruelísimo perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su ejército entre los aguadores. Por lo cual indignado contra los agoreros, que le prometían la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravísima enfermedad, hinchándosele y pudriéndosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco á poco se extendía por él, sin otras que tenía derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenía hedor tan terrible, que ningún hombre, ni los mismos zurujanos podían llegar á él. Y viendo que sus médicos no le podían remediar ni hacer algún beneficio, antes huían dél por su abominable hedor, mandó matar muchos dellos. Entre los cuales llegó á él uno, más para ser degollado que para curarle, y movido por especial instincto de Dios le dijo: ¿Por qué yerras, Emperador, pensando que pueden los hombres estorbar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuérdate cuántos males has hecho á los siervos de Dios, y de cuánta crueldad has usado contra sus honradores, y así sabrás á quién has de pedir remedio, porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de médi-

cos. Entonces comenzó Maximino á conocer que era hombre, y trayendo á la memoria sus males, confesó que había errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y conosciendo entonces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con afligida muerte á su mala vida.

Licinio también, que imperaba en Oriente en tiempo de Constantino, que no menos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecesores, levantándose contra Constantino, fué por él muerto en batalla. Después déstos Juliano Apóstata (que con otras nuevas artes hizo más cruel guerra á la Iglesia) acabó en pocos días su imperio y su vida, muerto en la guerra contra los persas, dejando el ejército en grandísimo peligro, sin que nada le valiesen ni sus dioses, ni sus agoreros y encantadores, en quien tenía toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los católicos, en una batalla contra los godos fué por ellos desbaratado, y escondiéndose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y así murió como sus obras lo merecían.

Éstos fueron los fines y desastres de todos aquéllos que tomaron armas contra la Religión cristiana, lo cual no es pequeño argumento de la verdad y sanctidad della.

Y el mismo argumento se confirma con la prosperidad y victorias de los emperadores que la honraron y reverenciaron. Entre los cuales el más señalado fué el emperador Constantino, el cual de tal manera honró á Cristo, y de tal manera fué por Cristo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hacer servicios á Cristo, y Cristo en hacer mercedes á Constantino, á quien todas las cosas sucedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres emperadores que se levantaron contra él, que fueron Maximino, Licinio y Majencio. Después destas victorias conquistó en sus proprias tierras á los sármatas y godos, y sojuzgó á todas las naciones bárbaras, fuera de aquéllas que antes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendían, porque cuanto él más húmilmente se subjectaba á Dios, tanto más ponía Dios las gentes debajo de su señorío. Pues ¿qué diré de los dos Teodosios, del mayor, que fué muy católico y religioso, y de su nieto, que lo fué mucho más? Los cuales no sólo por armas, pero también por clarísimos milagros vencieron en batallas los tiranos que pretendían levantarse con el imperio, como se escribe por

extenso en la Historia Tripartita. Y no menos se puede poner en esta lista el emperador Heraclio, el cual hallando el imperio muy arruinado por las armas de Cosdroe, rey de los persas, llegó á tal extremo, que pidió paz al sobredicho rey, el cual ensoberbecido con las victorias pasadas, no quiso conceder. Entonces el buen Emperador, puesto en tan grande aprieto, y estando á peligro la vida junto con el imperio, acogióse al puerto seguro de todos los remedios, que es Dios nuestro Señor, y procurando su favor con ayunos y devotas oraciones, y armado con estas armas, acometió al enemigo, y en tres batallas que en diversas veces le dió, siempre salió vencedor. Con lo cual quebrantado el bárbaro, tomó por remedio huir allende el río Tigre, nombrando por compañero de su reino al hijo menor. Por la cual injuria afrentado el mayor, mató al padre junto con el hijo menor, ordenándolo así Dios en venganza de millares de cristianos que este bárbaro había muerto en la Tierra Sancta. Y este hijo mayor recibió de la mano de Heraclio el reino de los persas y la paz que su padre no quiso dar, restituyendo al imperio las provincias que su padre había conquistado. Pues en esta historia se ve claro el buen suceso del Emperador católico, y el malo de aquel perseguidor de Cristo y derramador de sangre cristiana. Porque no pudo ser mayor desdicha que perder la vida por mano de aquél á quien él la había dado, cuando lo engendró, y justo era que el hijo se levantase contra su padre, pues el padre se levantó contra su Criador, que es el verdadero padre.

Por lo cual todo se ve cuán verdadera sea aquella sentencia del Señor, que dice (1): Yo honraré á quien me honra, y los que me despreciaren, serán abatidos y despreciados. Pues concluyendo esta parte, digo que entre los otros testimonios de nuestra fe se puede juntar éste, que son las calamidades y desastres de los que la persiguieron, y las prosperidades y favores celestiales de los que la reverenciaron. Porque suele dar Dios muchas veces testimonio de la verdad con las penas y castigo de los malos y con las prosperidades y favores de los buenos.

(1) I Reg. 2.

DE LA DÉCIMAQUINTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER CONFIRMADA CON MUCHOS Y MUY GRANDES MILAGROS

CAPÍTULO XXVII

Después del testimonio de los sanctos doctores y de los mártires, síguese otro mayor, que es el de los milagros. Para lo cual es de saber que la divina Providencia (que dispone todas las cosas suavemente, y las ordena en número, peso y medida, que es, con suma igualdad y sabiduría) no había de obligar al hombre á creer cosas que están sobre toda razón y sobre todas las leyes de naturaleza, sin medios eficaces y proporcionados para creerlas. Ca por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de naturaleza. Estos medios son milagros y profecías, de que aquí habemos agora de tratar. Porque milagros son obras de solo Dios, que puso leyes á las criaturas que él crió, las cuales nadie puede dispensar sino solo el que las dió. Y esto es hacer milagros, como es mandar al fuego que no queme (como lo hizo con aquellos tres sanctos mozos echados en el horno de Babilonia) y mandar al agua que no corra al lugar bajo, como lo hizo deteniendo las aguas del río Jordán, para que pasase su pueblo á pie enjuto por él.

Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demostración matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmación de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella, pues nadie puede hacer milagros sino solo él, ó sus sanctos por él. Y el testimonio de Dios excede todos los otros testimonios y argumentos de verdad que puede haber. De aquí procedió la fe de muchos, y el conocimiento del verdadero Dios, como parece por muchos ejemplos así del viejo como del nuevo Testamento. De Naamán, príncipe de Siria leproso, leemos que sanándolo súbitamente Eliseo de su

lepra, también lo sanó de otro mayor mal, que era la lepra de la infidelidad. Porque convencido con este tan evidente milagro, confesó que solo el Dios de Israel era verdadero Dios, y que á él solo adoraría de ahí adelante. Nabucodonosor, rey de Babilonia, después que mandó echar les tres mozos en el horno, y vió que ningún daño recibieron dél ni en sus cuerpos ni en sus ropas, visto este tan gran milagro, no sólo creyó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, mas envió un edicto general por todo su imperio mandando que quienquiera que dijese alguna blasfemía contra él, fuese por ello muerto y su casa destruída. Y el mismo, cuando vió que Daniel le había revelado el sueño de que él estaba olvidado, junto con la declaración dél, reconosció la misma verdad, diciendo: Verdaderamente vuestro Dios es Dios de los dioses y Señor de los reyes. Lo mismo acaesció á Darío, el cual sucedió en esta monarquía á Nabucodonosor, porque siendo compelido por hombres perversos y envidiosos á que echase á Daniel en el lago de los leones, y visto que pasada parte del día y de una noche, ninguna lesión había recibido dellos, de tal manera reconoció la omnipotencia del verdadero Dios, que envió una provisión real por todo su imperio, que contenía estas palabras: Paz sea con vosotros, &c. Por mí está hecho un decreto que todos en todo mi reino tiemblen y teman al Dios de Daniel. Porque él es Dios vivo y eterno en todos los siglos, cuyo reino nunca será menoscabado, y cuyo poder es eterno. Y él es salvador y librador de los suyos, y el que hace maravillas en el cielo y en la tierra.

Estos ejemplos son del viejo Testamento, mas en el nuevo entre otros muchos tenemos aquéllos que creyeron en el Salvador, cuando le vieron resuscitar á Lázaro de cuatro días muerto. Así también creyó Nicodemus, cuando confesó que Cristo era maestro venido del cielo, vistos los milagros que hacía. Así también creyó el Régulo, cuando vió que á la misma hora que el Salvador dijo: Vete, que tu hijo vive, luego el hijo fué sano. Todo esto sirve para que veamos cómo los milagros son suficientes medios para probar la verdad de la fe, y provocar los hombres á creerla, ó si ya la creen, para confirmarse más en ella, que es un grande bien, como adelante veremos. Por lo cual los sabios hacen gran caso de un verdadero milagro. Y así á uno dellos oí una vez decir que por ver un milagro cierto iría de

buena gana hasta Hierusalem. Pues espero en Dios que sin tanto trabajo le propondremos aquí no uno sino muchos, no menos ciertos que los que se ven con los ojos.

Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razón y entendimiento humano, no por eso ha de dejar de ser creída, por razón de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro. Lo cual vemos así cumplido en la adoración de aquellos sanctos Magos. Porque viniendo dende Oriente á adorar á aquel nuevo Rey de los judíos (1), y no viendo en el aposento donde estaba, aparato, ni compañía, ni servicio, ni cosa que tuviese muestra de rey, antes hallando una tan extremada pobreza y bajeza como allí vieron, con todo eso, prostrados por tierra, adoraron con suma reverencia al niño envuelto en pobres pañales, y le ofrecieron los presentes que traían. Pues ¿cómo unos hombres tan sabios vinieron á creer una cosa tan contraria á toda razón y prudencia humana? Claro está que porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella que los guiaba. Por lo cual entendieron que era señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas.

Mas antes que éntre en la relación de los milagros, advertiré al cristiano lector que dado caso que los milagros, cuanto es de su parte, sean (como decimos) suficiente argumento para convencer nuestros entendimientos y obligarnos á creer, mas con todo esto es necesario especial concurso y favor de Dios para abrazar esa fe. Porque como ella sea don de Dios, según dice el Apóstol (2), es menester que él toque nuestro entendimiento y lo captive y subjecte á que húmilmente abrace las cosas de la fe. Y de aquí es que muchos, viendo los milagros del Salvador y de sus Apóstoles, no por eso creyeron, porque cegados con su malicia, no se dispusieron de tal manera que recibiesen este particular tocamiento de Dios. Por tanto, quien leyere los milagros que aquí contáremos, léalos, no con curiosidad, sino con humildad y devoción, para que así merezca que nuestro Señor por este medio acresciente y perfeccione la fe que él ya tiene recibida, que es un inestimable tesoro.

También conviene aquí advertir que hay dos maneras de fe,

(1) Matth. 2. (2) Philip. 1.

una infusa (de que ya tratamos) que es la que el Espíritu Sancto infunde en las ánimas, y otra humana, que es el crédito que damos á las personas ó razones humanas. Pues es de saber que en la fe infusa no hay el medio que se halla en las virtudes morales, como tampoco lo hay en la caridad. Porque como en amar á Dios no hay modo ni medio, tampoco lo hay en creerlo, porque cuanto más le amáremos y más le creyéremos, tanto más perfecta será nuestra caridad y nuestra fe. Mas en la fe humana hay medio, así como en todas las otras virtudes morales, que están entre dos extremos, como se ve en la virtud de la liberalidad, que está en medio de la escaseza y prodigalidad. Pues así esta fe humana de que tratamos, está en medio de otros dos extremos, que son credulidad y incredulidad, en medio de los cuales está la fe humana: el cual medio así en esta virtud como en las otras pone la prudencia, que es (como S. Bernardo la llama) abadesa de las virtudes, porque ella las rige y les señala el medio, en el cual consiste la virtud. Pues estos dos extremos, que son credulidad y incredulidad, ambos son viciosos. Porque vicio es y liviandad de corazón creer de ligero, y también es vicio no creer cuando la cosa, según reglas de prudencia, es digna de ser creída. Entre los cuales vicios veo en la sancta Escritura muy reprehendido el extremo de la incredulidad, tanto, que el Salvador (siendo un perfectísimo dechado de mansedumbre) se indignó tan agramente contra este vicio, que dijo (1): Oh generación mala y incrédula, ¿hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Y por S. Marcos (2) reprehende la incredulidad de aquéllos que no dieron crédito á los testigos de su resurrección. Y el Apóstol en la epístola á los Hebreos los avisa que miren mucho no haya en ellos alguna raíz de incredulidad, diciendo que por este pecado juró Dios que los que le fueron incrédulos, no entrarían en la tierra que les tenía prometida, y así todos ellos murieron en el desierto. En este extremo permitió nuestro Señor que cayese Santo Tomé apóstol, para confirmación de nuestra fe. Porque habiéndole dicho todos sus compañeros, como testigos de vista, que habían visto al Señor resuscitado, era muy conforme á toda razón que los creyera, mayormente habiendo él visto pocos días antes á Lázaro por el Señor resuscitado. La razón por

(1) Matth. 17. (2) Marc. ult.

que este vicio es tan reprehendido, me parece ser porque procede de mucha malicia y poca fe. Porque parte de malicia es creer que todos los hombres mienten y fingen milagros, y de poca fe nasce no creer cosas que confirman nuestra fe. Porque así como de un hombre que tenemos por muy virtuoso, creemos cualquiera cosa de virtud que dél se diga, así el cristiano que está muy certificado y fundado en la fe de nuestros misterios y de los milagros con que ella fué fundada, no extraña creer otros milagros semejantes á los que él tiene ya creídos. Pues por esta causa el que desea acertar, debe en esto seguir el juicio de la prudencia, y ni creer de ligero y sin fundamento (que es un extremo vicioso) ni por huir deste extremo, caer en el otro de la incredulidad (que es más peligroso) porque (como suelen decir) no caiga en Escila por huir de Caribdis, y huyendo déstos, crea lo que tiene claros y ciertos fundamentos y razones para ser creído. Porque aunque en esto hubiese yerro, él no yerra en creer lo que con bastantes argumentos le fué propuesto. Lo dicho sirve para entender el crédito que habemos de dar á lo que aquí se dijere.

Trátase en particular de algunos muy señalados milagros.

§ I

AGORA vengamos al testimonio de los milagros, con que está fundada nuestra fe, los cuales como sean más que las estrellas del cielo (si miráremos los que están escritos en las vidas de los sanctos) yo aquí no entiendo referir sino pocos, mas éstos tan ciertos y averiguados, que ningún hombre, si fuere cuerdo y avisado, aunque sea infiel, pueda poner sospecha en ellos.

Y entre ellos pongo por el primero y más notorio el eclipsi que acaesció cuando el Señor padesció en la cruz, que duró por espacio de tres horas, como dan testimonio los sanctos Evangelistas, y particularmente S. Mateo (1), porque escribió su Evangelio en lengua hebrea pocos años después de la pasión del Salvador, y él dice que este eclipsi fué universal en toda la tierra. Pues digo agora así: Este Evangelista y los demás que desto ha-

(1) Matth. 27.

cen mención, escribieron sus Evangelios para que fuesen luz y fundamento de nuestra fe, y diesen al mundo noticia de las maravillas de Cristo nuestro Salvador. Pues siendo esto así, no habían de escribir cosa tan falsa, que todo el mundo claramente conociese que lo era, porque por el mismo caso desacreditaban su doctrina y deshacían todo lo que pretendían hacer. Pues si este tan universal eclipsi no fuera verdadero, ¿cómo lo habían de escribir los Evangelistas? Porque todo el mundo escarneciera dellos, y tantos testigos tuvieran contra sí cuantos hombres había en el mundo. Porque cada uno pudiera decir: Ésta es la más desvergonzada mentira que jamás se dijo, porque yo y fulano y fulano y otros infinitos hombres éramos vivos en ese tiempo, y nunca tal eclipsi vimos, ni podíamos dejar de verlo, pues dicen que duró por espacio de tres horas. Así que por esta razón no cabe en entendimiento humano decir que los Evangelistas fingieron esto. Con este tan claro argumento se junta que autores de gentiles hacen memoria deste tan nuevo y tan grande eclipsi, como luego diremos. Por dónde el bienaventurado mártir Luciano, siendo mandado por el juez que diese razón de la Religión que profesaba, entre otros argumentos que alegó en favor della, fué este eclipsi. Sus palabras fueron éstas: Buscad en vuestras historias, y hallaréis que en el tiempo que Pilato gobernaba á Judea, padesciendo Cristo, se escureció el sol, y con escuras tinieblas se interrumpió el día (1). Resta pues ser la historia verdadera y aprobada por todo el universo mundo. Pues éste decimos ser uno de los más famosos y esclarescidos milagros que ha habido en el mundo, porque en él concurrieron tres cosas, y todas ellas miraculosas: la primera, que este eclipsi fué á los catorce días de la luna, conforme al tiempo en que la ley mandaba celebrar la Pascua del cordero, cuando la luna estaba en lugar contrario al sol: de modo que el sol estaba en Oriente, y la luna en Occidente, y así era imposible por vía de naturaleza eclipsarse el sol. Porque (como todos saben) el eclipsi del sol se hace por suceder el curso destos dos planetas de tal modo, que la luna venga á ponerse debajo del sol, y así impide su claridad. Por lo cual S. Dionisio como gran filósofo que era, vista esta tan extraña maravilla, dijo: Ó el Dios de natura padesce, ó toda la máquina del mundo pere-

(1) Euseb. Eccle. Hist. lib 8, cap. 2.

ce. El segundo milagro fué durar el eclipsi tan largo espacio como es el de sexta, cuando el Señor fué crucificado, hasta nona, cuando expiró en la cruz: el cual espacio comprehende tres horas. Porque los otros comunes eclipses apenas duran la décima parte de una hora. Porque como la luna se mueva con tanta ligereza, fácilmente pasa adelante y se despide del sol, y vuelve su claridad al mundo. El tercero milagro fué ser este eclipsi universal en todo el mundo, lo cual no puede ser naturalmente, porque como el sol sea muchas veces mayor que la luna, no puede ella escurecerlo todo, y por eso en sola aquella parte del mundo se ve el eclipsi, donde la luna se pone bajo del sol, dejando la otra parte descubierta á otras regiones.

Pues por esto decimos que éste fué uno de los admirables y gravísimos milagros que ha habido en el mundo, y más poderoso, no sólo para confirmar la verdad de nuestra fe (lo cual se vió luego en las gentes que presentes se hallaron á la cruz, las cuales vista esta maravilla junto con el tremor de la tierra, hiriendo sus pechos se convertían) sino también para mover los corazones á devoción y admiración, visto un milagro tan proporcionado á la dignidad y majestad de la persona que padescía. Porque ¿qué cosa más justa y más debida que al tiempo que el Señor del cielo y de la tierra padecía, que estas dos tan principales criaturas hiciesen la demostración y sentimiento que les era posible, y señaladamente el sol y la luna y todas las estrellas del cielo, que son las más nobles criaturas deste mundo, las cuales escondieron su luz para no ver tan extraña crueldad y maldad como la que se ejecutaba en su Criador? Escondieron su luz, y cubriéronse de tinieblas, que fué como vestirse de luto por la muerte de su Señor. Escondieron su luz, que fué querer cubrir con sus tinieblas aquel sacratísimo cuerpo que estaba en la cruz desnudo. Escondieron su luz, negando al mundo el beneficio de su claridad, en el cual tan grande crueldad se ejercitaba. Finalmente escondieron su luz, para predicar en todo el mundo la gloria del Señor que padescía, y dar testimonio que era Señor de las estrellas del cielo, pues en este tiempo le servían. Una sola estrella testificó la gloria deste Señor cuando nasció, mas agora cuando muere, todas las estrellas testifican su dignidad, porque mayor cosa fué morir Dios por los hombres, que nascer por los hombres.

Deste milagro del eclipse y del temblor de la tierra tenemos

testimonio de los mismos gentiles, porque Flegón, autor griego, natural de Asia (del cual Suidas hace especial mención) dice una cosa maravillosa, que en el cuarto año de la Olimpiada docientos y diez y ocho del imperio de Tiberio, cuando Cristo padesció, fué eclipse del sol, el mayor que jamás se vió, ni se había oído ni escrito, y que había durado desde la hora de sexta hasta la nona. Y que al mismo tiempo fué tan grande temblor de tierra en Asia y en Bitinia, que se habían destruído muy muchos y grandes edificios. Allende deste autor Flegón, que fué escritor de aquellos tiempos, deste mismo temblor de tierra parece que siente y escribe Plinio, donde en su libro segundo dice que el terremoto acaescido en tiempo de Tiberio emperador fué el mayor que se había sabido jamás, y que en él se habían destruído y caído por el suelo doce ciudades de Asia, sin otra infinidad de edificios. De manera que estos autores gentiles, aunque no sabían la causa, no dejan de escribir estos milagros. El otro milagro del velo que se rompió en el templo, también lo cuenta Josefo, judío.

Otro milagro semejante á éste fué la venida del Espíritu Sancto el día de Pentecostés en forma visible de aire y de fuego, y con grande sonido, y dando á los discípulos el don de todas las lenguas del mundo, porque recibido este don, comenzaron á predicar las maravillas de Dios en todas ellas. Desta maravilla dice S. Lucas que fueron testigos hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo, que moraban en Hierusalem. Porque cuando el Rey de los asirios (que era monarca del mundo) llevó captivos los diez tribus de Israel, poco á poco se repartieron por todas las naciones del mundo. Y así sabían las lenguas de las tierras en que habían nacido. Pues los que desta gente eran honradores de Dios, y no se habían contaminado con la compañía de los idólatras, se vinieron á morar á Hierusalem, donde estaba el sagrado templo, y donde solamente se podían ofrecer sacrificios y celebrar la Pascua del cordero. Pues todos éstos dice S. Lucas que vista esta maravilla, quedaron atónitos y confusos, y así decían: ¿Por ventura no son galileos todos estos hombres que aquí hablan? Pues ¿cómo nosotros les habemos oído hablar en las lenguas de las tierras en que nacimos? Luego cuenta el Evangelista por sus nombres todas las naciones de los hombres que allí se hallaron. Pues para que esto se tenga por verdad, corre la misma razón que alegamos del eclipsi, porque á no lo ser

tenía el Evangelista contra sí por testigos hombres de todas las naciones del mundo, los cuales dijeran: Ésta es una grandísima falsedad, porque yo y fulano y fulano nos hallamos presentes en Hierusalem al tiempo que eso dicen haber acaescido (que fué en el año díez y ocho del imperio de Tiberio César) y nunca tal pasó. Y con esto el Evangelista totalmente destruía el crédito de su Evangelio. Lo cual (como dijimos) no cabe en entendimiento humano. Por dónde con mucha razón ponemos éste por uno de los esclarescidos milagros de nuestra Religión, y muy conveniente para la dilatación della. Porque si el Salvador pretendía que se predicase el Evangelio en todo el universo mundo, y así lo mandó á sus discípulos (como refieren los Evangelistas) convenientísima y necesaria cosa era que les diese noticia de todas las lenguas del mundo, para que le pudiesen predicar en todo él. Por dónde, así como la divina Providencia ordenó que hubiese entonces una paz universal en el mundo, y que todo él estuviese subjecto al imperio romano, y así de todo él se hiciese un solo pueblo, para que así pudiese correr libremente por todas las naciones el Evangelio (porque á estar divisos los reinos, como agora lo están, no fuera esto posible) así también era necesario que los predicadores deste Evangelio supiesen todas las lenguas, para que así lo predicasen en todas las naciones. Porque desta manera y por tales medios la divina Providencia dispone y encamina sus cosas. Y por esto pacificó el mundo, para que la predicación del Evangelio corriese por todo él, y proveyó de lenguas, para que en todas las naciones dél fuese predicado.

Milagros de la Cruz del Salvador.

§ II

Después deste milagro del eclipsi en la pasión de Cristo, y de la venida del Espíritu Sancto, no será razón pasar en silencio los milagros de la Cruz en que el Redemptor padesció. Porque como ella sea la bandera y estandarte real con que el Rey soberano triunfó del príncipe deste mundo, y el báculo con que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente (como estaba profetizado dende el principio del mundo) no era razón que de-

jase el Redemptor de glorificar esta arma divina con que obró nuestra salud, mostrando cuán grande era la gloria que estaba debajo de aquella ignominia. Y primeramente es muy notorio el milagro que acaesció en la invención de la Cruz, que estaba soterrada con las de los dos ladrones, y no pudiera ser conocida sino por el milagro que se obró con ella, dando súbita salud á una noble mujer que estaba á punto de morir.

También es muy notorio el milagro que acaesció en la exaltación de esa misma Cruz, cuando la llevaba sobre sus hombros el emperador Heraclio, vestido de ropas imperiales, porque llegando á la puerta por donde el Salvador pasó con esa misma Cruz, no pudo pasar adelante hasta que se desnudó las ropas imperiales, y se vistió de un humilde hábito.

Y no menos es notorio el milagro de la Cruz que vió el emperador Constantino con todo su ejército, puesta en el cielo hacia la banda del mediodía, con estas letras escritas: Constantino, con esta señal vencerás. Y Eusebio escribe que oyó contar este milagro al mismo Emperador delante de muchos, afirmándolo con juramento. Y sin este testimonio basta la admirable conversión de este Emperador, habiendo sido todos los emperadores romanos antecesores suyos idólatras y crudelísimos perseguidores del nombre de Cristo: mas éste lo adoró y reconoció por verdadero Hijo de Dios, y edificó y enriquesció sus templos, y reverenció sus sacerdotes, y con esta gloriosa señal adornaba sus banderas, y con ella venció tres emperadores tiranos en tres diversas batallas, y subjectó á su imperio muchas naciones bárbaras. Pues esta tan admirable conversión de un tan grande monarca, que dejados los ídolos de todos sus antepasados, adoró y recibió por verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, á un hombre azotado y crucificado y reputado por hijo de un carpintero, testifica la verdad deste milagro. Porque imposible fuera esta tan grande conversión sin esta tan grande confirmación de la verdad de la fe.

Mas sobre todos estos milagros contaré otro clarísimo y tan verdadero, que ninguna calumnia lo pueda negar, el cual acaesció en tiempo de Constancio emperador, hijo del grande Constantino sobredicho, el cual milagro escribe Cirilo, patriarca de Hierusalem, á este emperador por estas palabras.

Al religiosísimo emperador Constancio, Cirilo, obispo de Hie-

rusalem, desea salud en el Señor. Esta primera carta te envío de la ciudad de Hierusalem, religiosísimo Emperador, la cual era razón que yo te enviase, y tú la recibieses, no llena de lisonjas, sino de señales del cielo, las cuales acaescieron en esta ciudad de Hierusalem en tiempo de tu imperio, no para que por ellas alcances nuevo conoscimiento de Dios, pues mucho ha que lo tienes, sino para que más te confirmes en él, y para que habiendo recibido de tu padre la heredad del imperio, y habiendo sido honrado de Dios con celestiales coronas, le des dignas gracias, y para que con mayor confianza gobiernes tu imperio y prevalezcas contra tus enemigos, viendo los milagros que Dios obró en tu tiempo, y conociendo por ellos que eres amado de Dios. Bien te debes de acordar que en tiempo de tu religiosísimo padre se halló en Hierusalem la gloriosa señal de la Cruz: mas agora en este tiempo de tu imperio quiso Dios por tu grande religión y piedad obrar un gran milagro, aparesciendo en el cielo esa gloriosa señal con muy grande resplandor, porque estos sanctos días de la fiesta de Pentecostés, á los seis días de Mayo, á la hora de tercia del día, apareció una cruz de notable grandeza, que toda era hecha de luz, la cual llegaba dende el sanctísimo lugar de Gólgota, donde el Señor fué crucificado, hasta el monte Olivete: y fué vista, no de uno ni de dos hombres, sino de toda la muchedumbre de aquella ciudad, y no apareció de tal manera que luego desaparesciese, sino antes duró por espacio de muchas horas á vista de todos, y esto con mayor resplandor que la lumbre del sol, porque á no ser así, la claridad del sol, que esconde la de la luna y de todas las estrellas, apagara esta luz de tal manera que no se pudiera ver. Y con esto todos los moradores de la ciudad, llenos por una parte de espanto, y por otra de alegría, corrieron á la iglesia, hombres y mujeres, viejos y doncellas encerradas, y así los naturales de la tierra como los peregrinos, y así los cristianos como los que de diversas naciones y sectas que allí se hallaron, los cuales todos con una voz alababan y reconocían á Cristo nuestro Redemptor por verdadero Hijo de Dios y obrador de milagros, conociendo por experiencia que la verdad de la Religión cristiana no se fundaba en palabras y argumentos de la sabiduría humana, sino en la demostración y omnipotencia del Espíritu Sancto, y que no solamente era testificada por la predicación de los hombres, sino también confirmada del cielo con

divinos testimonios. Por tanto, Nos que moramos en esta ciudad, habiendo visto un tan gran milagro con nuestros ojos, dimos y damos gracias al Rey soberano y á su unigénito Hijo, á quien adoramos y á quien presentamos nuestras oraciones en estos sanctos lugares por vuestro religioso imperio. Y pareciónos ser cosa justa no pasar en silencio esta visión celestial, sino dar cuenta á vuestra piedad de cosa tan reciente, para que con la memoria deste milagro esté más firme la fe y confianza que en vuestra ánima está ya fundada para con Cristo Jesú nuestro Salvador, y asimismo para que reconociendo que tenéis á Dios por ayudador, y esforzado con él, tengáis por amparo la bandera real de la sancta Cruz. Hasta aquí son palabras de Cirilo. Pues ¿qué hombre habrá que pueda poner dubda en este tan gran milagro? Porque ¿cómo podía un tan insigne patriarca escribir un milagro falso á un tan grande emperador, y no de cosa antigua, sino fresca y reciente? Porque á no ser esto cosa certísima, el Emperador quedaba ofendido, y el mismo Patriarca desacreditado y avergonzado, y lo que más es, tantos testigos tuviera que lo desmintieran, cuantos moradores y extranjeros estaban en aquella grande ciudad.

De los milagros de nuestro Salvador algunos fueron tan públicos y tan notorios, que los pudiéramos poner en este lugar, como fué la resurrección de Lázaro, y el dar de comer una vez á cuatro mil hombres con siete panes, y sobrar siete espuertas de pedazos, y otra á cinco mil con cinco panes, sin contarse mujeres y niños, y sobrar doce. Porque como estos milagros fueron tan notorios, nunca los Evangelistas osaran escribir cosa que á no ser verdadera, tuviera tantos testigos contra sí que en aquel tiempo vivían, con lo cual totalmente desacreditaban y destruían su Evangelio y doctrina, como ya dijimos.

Finalmente, los milagros de nuestro Salvador fueron tantos y tan sabidos de todos, que los mismos judíos no los pueden negar. Porque así lo testifica Josefo, uno dellos, como adelante veremos, diciendo que Cristo hizo obras miraculosas, y así también lo testifican los maestros de los hebreos en un libro que compusieron de la generación de Jesú Nazareno, en el cual dicen que resuscitó un muerto, y sanó un cojo, como refiere Nicolao de Lira, disputando contra ellos. Mas señalan una graciosa causa desta virtud, porque dicen que el arca del Testamento estuvo

una vez sobre una piedra, y que debajo del arca estaba declarada la manera en que se había de pronunciar el nombre de Dios de las cuatro letras. Y porque Cristo informado por esta escritura, lo sabía pronunciar, hacía estos milagros. Ésta es manifiestamente una de las fábulas que ellos componen, cuando no pueden negar la verdad. Porque clara cosa es que solo Dios es el que por sí ó por sus sanctos hace los milagros, y esto no por saber pronunciar las letras del nombre de Dios, sino por la fe, merecimientos y oraciones de los sanctos. Otra causa escriben desto, que por ser muy prolija y llena de disparates, no la quise escribir aquí.

Milagros referidos por los sanctos doctores.

§ III

Después destos milagros contaré otros que ningún hombre cuerdo, aunque sea infiel, pueda con razón negar. Porque entre infinitos cuentos de milagros de que están llenas todas las historias de las vidas de los sanctos (con los cuales está fundada nuestra Religión) no pondré aquí más que unos pocos, de muchos que doctísimos y sanctísimos y gravísimos Padres cuentan haber visto con sus proprios ojos. Porque de tales personas (cuya sanctidad y autoridad conoscemos por sus escrituras, cuales fueron Augustino, Hierónimo, Crisóstomo, Ambrosio, Cipriano, Bernardo y otros tales) ¿quién podrá creer que fingieron milagros falsos, siendo esto un linaje de blasfemia, y cosa tan ajena y tan indigna de su sanctidad y autoridad?

Mas antes que éntre en la historia destos milagros, será bien declarar el fructo dellos, para que con más gusto y edificación sean leídos. El primero de los cuales, y que más hace á nuestro propósito, es confirmación de la fe, la cual por virtud dellos fué recibida en el mundo, como adelante veremos. De modo que así como cuando queremos hincar un clavo en un madero, con cada martillada se hinca más y más, así cada milagro es como una martillada con que el Espíritu Sancto confirma y arraiga más el hábito de la fe en las ánimas. Y cuanto son más los milagros, y más evidentes, tanto este nobilísimo hábito se fortifica, hasta

venir á hacerse una fe robustísima, la cual nos hace cuasi ver con los ojos y palpar con las manos los misterios que ella predica, que es cosa de inestimable fruto, como adelante veremos.

Mas no es solo éste el fruto de los milagros, como algunos piensan, porque con éste se juntan otros. Ca muchas veces hace nuestro Señor milagros para acudir á algunas grandes necesidades de sus siervos, que solo él puede remediar, y para curar algunas enfermedades incurables dellos. En lo cual resplandece singularmente la grandeza de su bondad y misericordia, y la providencia paternal que tiene dellos, acordándose dende el trono de su majestad de sus necesidades, y proveyéndoles de remedio sobrenatural, con lo cual los inflama grandemente en su amor.

Otras veces hace milagros para honrar sus sanctos, queriendo que no sólo las reliquias de sus huesos, sino también los pedazos de sus vestidos obren maravillas y curen enfermedades incurables, para que por este indicio se entienda la grandeza del amor que él tiene á sus fieles siervos, y el deseo de honrar aquéllos que le honraron, pues hace esta grande honra no sólo á ellos, sino también á las cosas que tocaron en sus cuerpos. Desta manera el pañizuelo de narices de S. Pablo sanaba todo género de enfermedades, y el agua con que se había lavado las manos S. Eduardo, rey de Inglaterra, daba vista á los ciegos. Éste es un muy señalado fruto de los milagros, porque nos da conoscimiento de cuán buen Señor tenemos, y cuán amigo y fiel para con los suyos, y mueve los corazones devotos á amar y servir á un Señor que así honra y trata aun en esta vida á sus siervos, por dónde ven lo mucho que de tan poderoso y rico Señor pueden esperar en la otra, Pues estos tres frutos tan señalados cogerá el piadoso lector desta lectura de milagros.

Entre los cuales pondré en el primer lugar los del apóstol S. Pablo, el cual trae por testigos aquéllos á quien escribía, de los milagros que entre ellos obró. Y así escribiendo á los de Tesalónica (1), les dice que se acuerden que no les persuadió la doctrina de su Evangelio con solas palabras, sino también con milagros y con el favor y gracia del Espíritu Sancto, que en esta obra entrevino. Y aún más claro da testimonio destos milagros escri-

(1) Thess. 1.

biendo á los de Corinto, probando con este argumento su apostolado por estas palabras (1). Si no soy apóstol para los otros, á lo menos soilo para vosotros, los cuales vistes las señales de mi apostolado con los trabajos que sufrí con mucha paciencia y con los milagros y señales y prodigios que obré entre vosotros. Arguyo pues agora aquí de la manera que argumenté en los milagros referidos. Si esto que el Apóstol dice, no fuera así, él mismo se desacreditaba y deshonraba, porque dijeran luego los de Tesalónica y los de Corinto: Esto es una grande falsedad, porque ningún milagro heciste tú entre nosotros. Mas las cosas deste Apóstol son tales y tan grandes, que todas ellas fueron miraculosas. Miraculosa su conversión, miraculoso el fructo de su predicación, miraculosa la alteza de su doctrina y la pureza de su vida, miraculosa la paciencia de sus trabajos, pues siete veces en diversos lugares y tiempos fué azotado, y muchas veces preso y encarcelado, y otras tantas de judíos y de gentiles perseguido. Y sobre todo esto fué miraculosa su caridad, pues hace juramento solenne que deseaba ser anatema de Cristo por aquéllos que tantas veces lo habían azotado y perseguido. Finalmente tales fueron las cosas deste Apóstol, que solas ellas (aunque más no hubiera) bastaban para confirmación de nuestra fe. Lo cual podrá ver quien quisiere leer un sermón nuestro en la fiesta de S. Pedro y S. Pablo.

Después déstos pondré un famosísimo milagro que cuenta S. Crisóstomo en la segunda homilía, de cinco que hizo contra la perfidia judaica. En el principio de la cual se maravilla de tan gran concurso de gente como había acudido á aquel sermón que él tenía ya aplazado. Y entre otras cosas notables, refiere un señalado milagro que acaesció en su tiempo, del cual dice él que todos los que presentes estaban podrían ser testigos, por haber acaescido pocos años antes. Y fué así, que el emperador Juliano Apóstata, que venció á todos los otros tiranos antecesores suyos en maldad, pretendió que los judíos sacrificasen á sus ídolos: y para esto díjoles que ¿por qué no sacrificaban á Dios, como antes solían en el tiempo antiguo? Y deseaba él esto, paresciéndole que del uso de los sacrificios á Dios los podría fácilmente inducir á sacrificar á los ídolos. Á esto respondieron ellos que no les era

(1) II Cor. 11.

lícito sacrificar fuera de Hierusalem, so pena de ser violadores de la Religión, ofreciendo sacrificio en tierra ajena. Por tanto, si quieres (dijeron ellos) que sacrifiquemos á nuestro Dios, es necesario reedificar el templo en Hierusalem y levantar allí altar, y así sacrificaremos como lo hacíamos antiguamente. Agradó tanto esto á aquel apóstata, que les ayudó con dineros para la obra, y juntamente mandó buscar muy primos oficiales para ella. Acudieron á esto de muchas partes los judíos, pareciéndoles que con este favor del Emperador se les abría camino para restaurar su república y su templo, así como había acaescido en tiempo del rey Ciro después del captiverio de Babilonia. Y comenzando la obra, y abiertas las zanjas muy hondas, como convenía para tal edificio, y estando ya para comenzar á levantar las paredes, salió fuego de los mismos fundamentos, y echó de allí los oficiales, y interrumpió la obra comenzada. Lo cual sabido por el Emperador, desistió de lo comenzado (puesto que entendía en esto con grande instancia) recelando que por ventura aquel fuego vendría á dar sobre su cabeza. Y si agora (dice el sancto Doctor) fuéredes á Hierusalem, veréis los fundamentos abiertos, en testimonio desta verdad, de la cual todos somos testigos, porque en nuestra edad acaesció esto pocos años ha. Y es de notar (dice él) que esta maravilla no acaesció en tiempo de los emperadores cristianos, cuando alguno pudiera imaginar que ellos habían hecho esto, sino en tiempo que nuestras cosas estaban muy caídas, y todos perdida la libertad y en peligro de perder la vida, floresciendo entonces la idolatría, y andando los cristianos, unos huídos por los montes, y otros escondidos en sus casas, sin osar parecer en público. Lo susodicho es de Crisóstomo. Pues ¿quién habrá que pueda sospechar que un doctor de tanta autoridad y sanctidad en presencia de un tan grande auditorio y de tantos testigos había de decir una cosa que á no ser verdadera, todos cuantos presentes estaban, dieran voces y no faltara más que apedrearlo?

Este mismo milagro escribe Rufino más á la larga (1), el cual añade á lo dicho que abiertas las zanjas, una noche antes del día que habían de comenzar á levantar los cimientos, vino un tan gran terremoto, que no solamente derramó las piedras y pertrechos que estaban junto á la obra y en partes diversas, mas derri-

(1) Eccl. Hist. lib. 10, cap. 11.

bó muchas casas y edificios de la ciudad, y los portales del templo (donde los judíos que entendían en la obra, posaban) cayeron por el suelo, y tomaron debajo á cuantos allí hallaron. Venida la mañana, paresció á los que escaparon, que ya estaban libres del torbellino, y concurrieron todos para sacar debajo de la tierra los muertos. Había también allí una casilla soterraña cerca de los portales caídos, donde los oficiales guardaban las herramientas y otras cosas necesarias para la obra, y de allí salió súbitamente un fuego terrible, y corrió por medio de la plaza, y á una parte y á otra hiria y abrasaba todos los que halló cercanos. Y de la misma manera salió muchas veces y á menudo en el mismo día, castigando con sus llamas al pueblo incrédulo. Del cual espanto y terror los que quedaron vivos, confesaban que á solo Jesucristo se había de sacrificar. Y para que se conociese que él era la causa deste milagro, y no pareciese que acaso había venido, apareció en la noche signiente la señal de la cruz en los vestidos dellos, tan descubierta y tan firme, que aunque algunos por su incredulidad la querían disimular ó quitar, por ninguna arte podían. Desta manera espantados, no solamente desistieron de lo que intentaban, mas los que moraban en Hierusalem desampararon sus moradas. Lo cual oyó Juliano, mas con corazón endurescido como otro Faraón perseveró en su blasfemia. Todo esto escribe Rufino en el primero de dos libros que acrescentó á la Historia Eclesiástica de Eusebio, el cual escribió esta historia tan notoria á todo el mundo pocos años después que ella acaesció. Por dónde era imposible fingir nada, porque á ser esto fingido, tuviera contra sí por testigos á muchos de los que estaban entonces vivos, cuando esta maravilla aconteció. Véase pues cuán grande argumento y testimonio sea éste de nuestra fe y del cumplimiento de la profecía de Daniel, el cual dice que Hierusalem después de la muerte de Cristo había de ser asolada y destruída, y que esta destrucción había de durar hasta la fin.

El mismo S. Crisóstomo cuenta otros dos públicos milagros que en este mismo tiempo acaescieron (1). El uno fué que un tío deste perverso emperador, que también se llamaba Juliano, murió comido de gusanos, y un oficial principal de la casa del emperador que tenía á cargo sus tesoros, súbitamente reventó y

(1) Chrysost. hom. 4 super Matth. in princ. oper. perf.

murió. Y la causa desto escribe la Historia Eclesiástica. Y fué así, que entrando estos dos en una iglesia de cristianos, la cual tenía mucha plata y muy ricos ornamentos, mandáronlos poner delante de sí. Entonces el perverso tío de Juliano asentóse deshonestamente sobre los sagrados ornamentos por escarnio dellos, y el otro oficial del Emperador, señalando la plata de la iglesia, dijo con el mismo escarnio: Mirad con qué vajilla servían al Hijo de María. Mas no quedaron estos hombres blasfemos sin debido castigo, porque luego éste vació por la boca cuanta sangre tenía, y así murió: y el otro cayó en una tan incurable y terrible enfermedad, que sus carnes se le comían de gusanos. Y como los médicos no pudiesen curar á quien la diestra del muy Alto castigaba, la mujer dél, que era cristiana, le dijo: Mira, señor, que esta enfermedad viene de arriba, porque has injuriado á Cristo, y por tanto á éste que te ha herido, has de pedir el remedio. Desta manera pues este enemigo de Cristo acabó miserablemente la vida, pasando de las penas temporales á las eternas. Estos dos milagros predicó este santo Doctor en presencia del pueblo que le oía, como cosa que era reciente y notoria á todos, donde no pudiera decir cosa falsa que no fuera de todos contradicha, si no fuera verdadera.

Vengamos á S. Hierónimo, el cual refiere un famosísimo milagro, á todo el mundo notorio. El cual era que en el monte Olivete, de donde nuestro Salvador subió al cielo el día glorioso de su ascensión, quiso él que quedase allí señalada la forma de sus sacratísimos pies. Y con llevar cada día los fieles de allí tierra por preciosas reliquias, siempre aquellas gloriosas señales conservaban la misma figura. Y añade más, que en aquel lugar edificaron los fieles un templo de bóveda, mas aquella parte de lo alto del templo por donde el sacratísimo cuerpo subió al cielo, nunca se pudo abovedar, y así siempre quedó descubierta. Este tan notable milagro se refiere en las Escolias de la Vida de Santa Paula, alegando á S. Hierónimo por escritor dél.

Y el mismo S. Hierónimo, en una epístola que escribe á una señora noble por nombre Leta, refiere otro extraño milagro en esta forma. Himecio, noble caballero romano, tío de la virgen Eustoquio, pesándole mucho que esta virgen sobrina suya no quisiese casar, y queriendo vencer así el sancto propósito della como el deseo de su madre Santa Paula, mandó á su mujer por

nombre Pretexta, que tocase y vistiese galanamente la doncella y le curase los cabellos. Comenzando pues la mujer á hacer esto por mandado del marido, aparecióle en sueños un ángel con un rostro espantoso y terrible, y díjole: ¿Cómo tuviste en más el mandamiento de tu marido que el de Cristo? ¿Cómo tuviste atrevimiento para tocar con esas manos sacrílegas los cabellos de la virgen de Dios? Las cuales presto se te secarán por este pecado, porque con este castigo entiendas lo que hiciste, y de aquí á cinco meses serás llevada al infierno, y si perseverares en esa maldad, perderás el marido juntamente con los hijos. Todo esto dice este santo Doctor que así se cumplió por su orden como fué dicho, añadiendo que desta manera toma Dios venganza de los profanadores de su templo, y desta manera defiende estas perlas preciosas, que son las vírgines consagradas á él. Todo esto refiere este santo Doctor. Pues ¿quién será tan perverso que pueda sospechar haber él fingido algo desto, mayormente siendo estas muertes y acaecimiento notorio á muchos, por ser las personas notables en el tiempo que S. Hierónimo esto escribía.?

Prosigue la misma materia.

§ IV

Después de S. Hierónimo vengamos al glorioso doctor y lumbre de la Iglesia Augustino, el cual entre otros muchos testimonios de nuestra fe trae también el de los milagros. Y dejados aparte los antiguos, cuenta él muchos que se hicieron en su tiempo por medio de las reliquias del glorioso príncipe de los mártires S. Esteban, á muchos de los cuales se halló este santo Doctor presente, como lo podrá ver quien quisiere en el libro 22 de la Ciudad de Dios. Pero allende déstos contaré uno muy principal, que él escribe muy á la larga. Dice pues que llegando por mar á la ciudad de Cartago con su amigo Alipio, vino á hospedarse en casa de un hombre principal y muy religioso, así él como toda su familia. Y nosotros (dice él) en aquel tiempo no éramos aún clérigos, mas habíamos ya comenzado á servir á Dios. Este nuestro huésped tenía una pierna muy llagada, en la cual tenía unos agujeros, de los cuales había sido cu-

rado con cauterios de fuego, con la cual cura había padescido gravísimos dolores. Mas por negligencia de los médicos que lo curaban, quedó un agujero pequeño por cauterizar, y pareció después á los zurujanos que sin cauterio no se podía curar. Sobre esta cura se pasaron grandes altercaciones entre los médicos, que yo dejo agora por brevedad. Pero la llaga comenzó á labrar y descubrirse tanto, que todos finalmente concluyeron que era necesario cauterizar otra vez la pierna, y asentóse por todos ellos que el día siguiente se hiciese la cura. Asentado esto, fué tan grande la tristeza del doliente y el llanto de toda su familia, como si el señor fuera muerto, sin ser parte nosotros para consolarlos. Visitábanlo cada día el sancto obispo Saturnino y el sacerdote Geloso y los diáconos de la iglesia de Cartago, entre los cuales estaba el obispo Aurelio, que yo aquí nombro con debida reverencia, y ambos juntos platicamos muchas veces sobre las obras maravillosas de Dios, y sé que él se acordará muy bien désta. Pues como él visitase la víspera deste día al doliente como solía, rogóle el doliente que el día siguiente se hallase presente, no ya al dolor, sino á su muerte, porque él tenía para sí que había de expirar entre las manos de los zurujanos. Este prelado con los demás lo consolaron y exhortaron á que pusiese en Dios toda su confianza, y se conformase varonilmente con su voluntad. Luego nos pusimos todos en oración, hincadas las rodillas, y él se arrojó en la cama, y comenzó á orar. Mas no podré explicar con palabras de qué manera, con qué afecto, con qué sentimiento, con qué río de lágrimas, con qué gemidos y sollozos hacía su oración, tanto que se estremecían todos sus miembros de manera que el anhélito se le impedía. Si los otros oraban ó no, ó si se divertía su intención viendo lo que el doliente padescía, no lo sé. De mí sé decir que totalmente no podía orar, sino solo esto dije brevemente en mi corazón: Señor, ¿qué oraciones de tus siervos oyes, si éstas no oyes? Porque no me parescía faltar aquí otra cosa sino que el doliente expirase haciendo oración. Levantámonos pues todos, y recebida la bendición del Obispo, fuímonos, rogando él á aquellos Padres que otro día por la mañana se hallasen presentes á aquel trabajo. Amanesció el día que se temía, vinieron los siervos de Dios como lo habían prometido, entraron los médicos, y aparejaron todo lo que se requería para aquella cura, y sacaron aquellos hierros temerosos,

estando todos atónitos y suspensos, esperando aquella dolorosa cura. Entonces los principales médicos consolaban y esforzaban al doliente que desfallescía, y mandándole tender en la cama, pusieron en orden los miembros que habían de cauterizar, y quitaron las vendas con que estaban fajadas las llagas, y descubierto el lugar dellas, comenzó el médico armado con el hierro á mirar con atención el lugar de la llaga: escudriñó con los ojos, atentó con los dedos por todas las vías que pudo, y por maravillosa virtud de Dios halló la pierna sanísima y sin ninguna llaga. Mas el gozo, las voces de alabanza y el hacimiento de gracias que se dieron á aquel todopoderoso y misericordioso Señor, acompañadas con muchas lágrimas alegres de los que presentes estaban, no me atreveré á declarar con palabras, por lo cual será mejor encomendar esto á la discreción del lector, que á mi escritura.

Á este tan insigne milagro añade el mismo S. Augustín otros dos en el libro nono de sus Confesiones, hablando con Dios por estas palabras: No estoy olvidado, ni callaré la aspereza del azote con que me castigaste, ni la presteza maravillosa de tu misericordia con que me curaste. Atormentábasme en aquel tiempo (esto es, antes del baptismo) con un gran dolor de dientes, el cual era tan agudo que no me dejaba hablar. Entonces vínome al pensamiento amonestar á los que presentes estaban, que rogasen por mí á ti, Dios de toda mi salud, y diles esto por escrito para que lo leyesen. Y sucedió que así como todos con humilde corazón hincamos las rodillas, huyó luego aquel dolor. Mas ¿qué dolor? Ó ¿de qué manera huyó? Confiésote, Señor mío y Dios mío, que quedé espantado, porque nunca dende que nací hasta aquella hora tal cosa experimenté, y por aquí se declararon en lo profundo de mi corazón tus señales y maravillas, y alegrándome en la fe, alabé tu nombre. Mas ni esta fe me dejaba estar seguro del perdón de mis pecados pasados, los cuales aún no estaban perdonados por virtud del baptismo, quc hasta entonces ne había recebido.

Otro muy más ilustre y más público milagro cuenta el mismo Sancto en el mismo libro nono, por estas palabras: En este tiempo revelaste, Señor, á tu siervo Ambrosio el lugar donde estaban escondidos los cuerpos de tus mártires Protasio y Gervasio, los cuales tenías escondidos en el tesoro de tus secretos, y guardados

por tantos años, libres de toda corrupción, para sacarlos de allí á muy buen tiempo, que fué para enfrenar la rabia y persecución de Justina arriana, madre del emperador Valentiniano. Porque como abierta la sepultura y sacados los sanctos cuerpos, fuesen llevados con solenne procesión á la iglesia llamada Ambrosiana, no sólo eran curados los que eran atormentados de los espíritus malos, confesándolo así los mismos demonios, mas también un vecino de aquella ciudad, y muy conoscido en ella, que de muchos años estaba ciego, oyendo el ruido y alegría del pueblo, y preguntando él por la causa de aquella fiesta, entendiese lo que era, saltó de placer, y rogó al que lo guiaba que lo llevase á la tumba donde los Sanctos iban, y llegando á ella pidió que con un sudario tocasen aquellas preciosas reliquias. Y hecho esto, púsolo sobre los ojos, los cuales á la hora en presencia de todos fueron abiertos. Luego corrió la fama desta maravilla, y luego, Señor, se siguieron tus alabanzas, y luego se sosegó el furor de aquella enemiga, porque aunque no recibió la sanidad de la fe, cesó por entonces el furor de su persecución. Hasta aquí son palabras de S. Augustín, en cuyo tiempo se obró este milagro tan manifiesto. Y está claro aun á los muy incrédulos que no había de fingir un tan gran doctor, tan gran prelado y tan grande sancto este milagro, mayormente habiendo sido tan notorio en quel tiempo.

Y con este susodicho milagro se presuponen y refieren otros dos no menos ilustres y verdaderos que los pasados. El uno hallarse aquellos sanctos cuerpos enteros después de más de docientos años (porque ellos padescieron en tiempo del emperador Nero) y el otro fué la revelación hecha á S. Ambrosio del lugar donde estos sagrados cuerpos estaban. En lo cual vemos la grandeza de la bondad y caridad y regalo de nuestro Señor para con sus sanctos, pues tanto cuidado tuvo destos sagrados cuerpos, para que no solamente fuesen sepultados, sino también honrosamente en lugar decente sepultados. Pues según esto, ¿qué tratamiento y honra hará á las ánimas quien tanta cuenta tuvo con los cuerpos, que son de tierra?

Después deste tan señalado milagro cuenta este santo Doctor otros diez y nueve ó veinte milagros que se hicieron por virtud de las reliquias del glorioso mártir S. Esteban, como dijimos, de los cuales me pareció referir solo uno, por ser de cosa espiritual.

El caso fué que en la ciudad de Calame había un hombre muy principal, por nombre Marcial, hombre ya de días y muy contrario á nuestra Religión. Tenía él una hija y un yerno, ambos muy católicos y virtuosos, los cuales viendo la ceguedad del viejo, y doliéndose entrañablemente de su perdición, le rogaron mucho quisiese ser cristiano. Lo cual él no sólo no concedió, mas también los echó de sí con grande indignación. Entonces el yerno, lastimado de tan grande ceguedad, socorrióse á las reliquias deste santo mártir, y con muchas lágrimas y gemidos entrañables le pedió lumbre para aquella ánima tan ciega, y trajo consigo unas pocas de flores que estaban sobre su altar, y púsolas de noche debajo de las almohadas del suegro. Durmió él aquella noche, y en despertando por la mañana, mandó que le llamasen al Obispo, el cual á la sazón estaba comigo en Hipona. Y visto que estaba ausente, mandó llamar los sacerdotes, diciendo que él quería ser cristiano. Y maravillándose y alegrándose todos desto, fué luego baptizado. Y toda la vida traía estas palabras en la boca: Señor Jesú, recibe mi espíritu, y con ellas mismas acabó de ahí á poco la vida, no sabiendo él que éstas fueron las postreras palabras con que este santo mártir expiró.

Después de referidos estos y otros milagros, aflígese este santo Doctor por cuantos otros milagros que él sabía, dejaba aquí de contar. Y así dice: ¿Qué haré, que me es forzado dar fin á estos libros, y dame pena el callar otros muchos milagros, y la misma pena recibirán los que saben lo que yo callo? Mas es cierto que si hubiese de escribir los milagros que en la ciudad de Calame se han hecho por virtud deste santo mártir, era menester hinchir muchos libros, porque son innumerables los que allí se hacen. Y de sola Hipona se dieron (cuando yo esto escribía) setenta milagros por escrito, y muchos no se escribieron. Y en Uzali, que es una ciudad vecina á Útica, donde estuvieron primero que entre nosotros las reliquias deste Sancto, se hacen los mismos.

Agora ruego yo al cristiano lector que pare aquí un poco, y considere la inmensa bondad y suavidad y caridad de Dios para con sus Sanctos, pues no contento con la gloria que les tiene otorgada en la otra vida, tantas maneras de honras les hace en ésta. Solo Dios por su propria autoridad puede hacer milagros. Y habiendo pasado cuasi trecientos años que este Sancto había sido

martirizado por su amor, parece que no se hartaba él de hacer milagros por él doquiera que sus reliquias estaban, y que hasta las flores puestas en su altar bastasen para dar salud á una ánima perdida (como vimos) sacándola de los infiernos, y poniéndola con la gracia del sancto baptismo en estado de salvación. Pues ¿quién habrá que no ame tal Bondad? ¿Quién no deseará servir á quien así honra á quien le sirve? ¿Quién no tendrá por bien empleada la muerte en servicio de aquel Señor que así honra á los que lo honran? ¿Qué gloria dará en la otra vida á las ánimas de sus siervos quien tanta cuenta tiene con los polvos de sus cuerpos? Finalmente, ¿qué no esperarán los fieles siervos de un Señor tan fiel, tan bueno, tan liberal, tan agradescido, tan amigo de los suyos, y tan honrador dellos? Pues por esto dije al principio que no solamente servían los milagros para confirmación de la fe, sino también para mostrar á Dios por aquí la grandeza del amor que tiene á sus Sanctos, y el deseo de honrarlos, pues tantas maravillas óbra por las cenizas y reliquias de sus cuerpos.

S. Ambrosio también refiere otro muy notorio milagro hecho en la translación de los cuerpos de los gloriosos mártires Gervasio y Protasio, que padescieron en tiempo del cruel Nerón en la ciudad de Milán. Y porque ellos estaban sepultados en un lugar despreciado, aquel Señor que tanta cuenta tiene con la gloria de sus Sanctos y de sus reliquias, reveló á S. Ambrosio, obispo de Milán, el lugar de su sepultura, para que de ahí los pasase á otro lugar conveniente á la dignidad de tales mártires. Habida esta revelación, fué el sancto pastor con otros obispos y toda la clerecía, y cavando en el lugar señalado, hallaron los cuerpos de los Sanctos con un libro á la cabecera, que relataba su martirio. Sacándolos pues de allí, y llevándolos á la iglesia con una solennísima procesión de toda la ciudad, llegó un ciego, y tocando sus reliquias, súbitamente recibió vista en presencia de todo el pueblo. Sobre este milagro hizo S. Ambrosio un sermón, confundiendo con él á los arrianos, y probando y encareciendo esta maravilla contra ellos. Á este milagro se halló también presente S. Augustín, y da testimonio dél en el libro 21 de la Ciudad de Dios, diciendo que fué muy notorio, por ser grande la ciudad de Milán, y estar á la sazón el Emperador con su corte en ella. También hace mención del mismo milagro en el libro de sus Confesiones, diciendo que Justina, madre del Emperador,

arriana, y por esto perseguidora de los católicos, movida por este milagro, cesó de la persecución, aunque no de su herejía.

Prosiguen los mismos milagros.

§ V

Ni nos falta aquí el testimonio del gloriosísimo papa S. Gregorio, el cual escribió cuatro libros de vidas de sanctos italianos en estilo de diálogo, en los cuales refiere muchos milagros que él supo por relación de personas dignísimas de fe, cuales habían de ser aquéllas á quien este prudentísimo y sanctísimo Pontifice había de dar tal crédito, que bastase para él componer libros dellas. Mas entre esta muchedumbre de milagros contaré uno solo que toca á su persona. Dice él que tenía una enfermedad, en la cual padescía tales desfallecimientos y flaquezas, que era necesario acudirle de presto con alguna cosa de comer. Llegóse la víspera de Pascua, y el santo varón dice que sintió más él no poder ayunar aquella sagrada vigilia que la misma enfermedad. Por lo cual rogó á un sancto varón (cuya vida y milagros él había escrito en sus Diálogos) le alcanzase de nuestro Señor que pudiese ayunar ese día. Hízolo el Sancto así, y llegado el día, hallóse tan esforzado, que ese día y otro pudiera estar sin comer bocado. Y dice él que con esta súbita y miraculosa salud que recibió en sí, se confirmó más en la fe de los milagros que deste sancto varón había escrito.

También Teodoreto, autor grave y antiguo, escribió otra historia de sanctos monjes que él alcanzó en su tiempo, en que refiere sus grandes virtudes y milagros. Y entre ellos escribe aquella admirable vida de S. Simeón, que hacía vida morando sobre una columna, del cual este doctor fué muy familiar amigo, y gloríase de haber sido testigo de vista de sus milagros y profecías, y particularmente cuenta un milagro que él vió con sus ojos. Fué presentado á este Sancto un soldado paralítico por mano de su capitán, para que le diese salud, como la daba á otros innumerables enfermos. Preguntóle entonces el sancto varón dende lo alto de la columna: ¿Tú crees en la Sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto? Respondió él que sí. Dijo entonces el Sancto:

Pues en nombre de Jesucristo levántate, y toma á cuestas tu capitán, y vete con él. Dicho esto, levantóse el tullido, y tomó en brazos á su capitán (que era un hombre de muchas carnes) y fuese con él. En lo cual el Sancto imitó las palabras que el Salvador dijo al paralítico de la piscina: Levántate, y toma tu lecho, y vete.

Por lo escrito hasta aquí se ve cómo mi intento ha sido escribir en este libro milagros tan ciertos, que ningún hombre cuerdo los pueda negar, pues todos ellos tienen por testigos de vista doctores sanctísimos y sapientísimos. Y tal es el que agora añadiré de S. Juan Clímaco, el cual después de haber vivido diez y nueve años debajo de la obediencia de un sancto varón, muerto éste, vivió en soledad cuarenta años con grande sanctidad y fervor de espíritu. Éste pues, tratando en el capítulo cuarto de la obediencia, de algunas virtudes señaladas que vió en un sancto monasterio de aquel tiempo, entre otras cosas cuenta el milagro que aquí referiré por estas palabras: No quiso el Señor que me partiese de aquel monasterio sin provisión de las oraciones de un sancto y admirable varón llamado Mena, que tenía el segundo lugar después del abad en el regimiento del monasterio, que falleció siete días antes que yo me partiese, después de haber vivido cincuenta años en el monasterio, y haber servido en todos los oficios dél. Celebrando pues nosotros tres días después de su fallescimiento el acostumbrado oficio de los defunctos por el ánima de tan gran Padre, súbitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitió pues aquel gran Padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacía. Y esto hecho, vimos todos que de sus preciosísimas plantas (como de dos fuentes) manaba un ungüento suavísimo. Entonces el Padre del monasterio, volviéndose á todos, dijo: ¿Veis, hermanos, cómo los sudores de sus cansancios y trabajos fueron recebidos de Dios como un ungüento preciosísimo? Deste beatísimo Padre Mena nos contaban los Padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las cuales contaban ésta, que queriendo el Padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el Abad, pidiéndole la bendición (según era de costumbre) él lo dejó así estar prostrado en tierra dende el principio de la noche hasta la hora de los maitines. Y aquella hora acudió á darle la bendición y levantarle del suelo, reprehendiéndole como á hombre impacientísimo y que todas las

cosas hacía por vanidad y ostentación. Sabía muy bien el sancto Padre cuán fuertemente él había de sufrir esto, por lo cual quiso dar este público ejemplo para edificación de todos. Y un discípulo deste sancto Mena, que sabía muy por entero los secretos de su maestro, de que algunas veces nos daba parte, preguntándole yo curiosamente si por ventura vencido del sueño se había dormido estando así prostrado, afirmónos que estando así había rezado todo el Psalterio de David. Hasta aquí son palabras de S. Juan Clímaco.

Más antiguo que no éste fué S. Gregorio Nacianceno, el cual por su gran sabiduría mereció sobrenombre de Teólogo, y fué arzobispo de Constantinopla, aunque mayor gloria ganó en dejar esta dignidad que en alcanzarla, y S. Hierónimo se gloría de haberle tenido por maestro. Este tan señalado varón cuanto sus escrituras y vida sanctísima declaran, en un sermón que hizo en la muerte de una hermana suya por nombre Gorgonia, mujer sanctísima, dice que ya puede publicar un milagro que hasta aquel tiempo tenía encubierto. Y fué, que padesciendo esta su hermana una terrible enfermedad, á que los físicos no podían dar remedio, ella se levantó como mejor pudo de noche, y entrando en su oratorio, se puso de rodillas ante el altar donde tenía el Sanctísimo Sacramento, y llena de fe y confianza, dijo al Señor que presente en aquella sagrada hostia tenía: Señor, no me tengo de levantar de aquí hasta que me deis salud. De ahí se levantó luego sana, maravillándose después los médicos de tan súbita salud, sin saber la causa della. Con tal fe como ésta quiere aquel clementísimo Señor ser rogado, y á tal fe (como él mismo dice) no hay cosa imposible.

Este milagro susodicho tuvo en secreto este sancto Doctor durante la vida de su hermana, como dijimos. Mas otro cuenta él en el mismo sermón, el cual dice que fué público, no sólo en aquella ciudad donde ella moraba, mas también fuera della. Y el caso fué, que yendo ella en un carro, las mulas que lo llevaban se espantaron, y corriendo á toda furia, arrastraron el cuerpo desta señora de tal manera que se le desencajaron y maltrataron fea y miserablemente los miembros, así los exteriores como los interiores de su cuerpo. Mas la sancta mujer era tan amiga de su honestidad, que no consintió que físico ni zurujano viese sus carnes, sino volviéndose llena de fe y amor al Señor que amaba entrañable-

mente, pidióle que él quisiese ser su médico, y la sanase: y acabada esta oración, á la hora fué sana. Dónde vemos (dice este sancto Doctor) que hizo nuestro Señor aquí más de lo que prometió por su Profeta, cuando dijo que si el justo cayese, no se quebrantaría, porque él pondría su mano debajo. Mas aquí pasó adelante, dando súbita salud al cuerpo con la caída quebrantado. ¡Oh admirable calamidad (dice este Sancto) tan digna de ser alabada! ¡Oh dolor y enfermedad más excelente que la misma salud! ¡Oh cuán de verdad cumple aquí el Señor aquella promesa que dice: El Señor herirá, y él también sanará! Y esta maravilla fué (como dijimos) muy notoria, porque la fama deste milagro corrió por otras tierras apartadas désta, y así anda en los oídos y lenguas de todos. Estas palabras son deste sancto Doctor, el cual demás de su sanctidad y doctrina (la cual fué tal, que S. Hierónimo se gloría de haber sido discípulo suyo) no pudiera decir en un público sermón cosa que (á no ser verdadera) tuviera contra sí todo el auditorio y toda la tierra que lo desmintiera. En lo cual se verá que no refiero yo aquí milagro que no sea digno de ser creído de cualquier hombre prudente y sabio.

Más antiguo que todos estos doctores susodichos fué Cipriano, el cual en vida y muerte y en sus escritos fué siempre mártir y esfuerzo de todos los mártires, como parece por las elegantísimas cartas que les escribía, cuando estaban presos. Él también en el sermón que se intitula *de Lapsis*, refiere algunos miraculosos castigos de los que sin debida penitencia indignamente se llegaban á comulgar. También en sus epístolas escribe algunas revelaciones con que nuestro Señor prevenía y avisaba á su Iglesia, cuando se había de levantar alguna persecución. Mas en un sermón que él hacía para esforzar á los cristianos á que no temiesen la muerte, dice que muchas veces nuestro Señor por su infinita bondad le había expresamente mandado predicar á los fieles que no llorasen á sus hermanos difuntos, ni tomasen por ellos vestiduras prietas, porque ellos habían ya recibido en el cielo ropas blancas, y que supiesen que no los habían perdido, sino enviado delante á tomar la posesión del reino del cielo. Este milagro de la revelación divina cuenta en este sermón.

No será razón que entre tantos y tan graves doctores nos olvidemos del dulcísimo y sanctísimo Bernardo. El cual cuanto fué más humilde y más ajeno de toda vanagloria, tanto mayor gra-

cia y virtud recibió para hacer milagros, tanto que un plato en que él había comido, bastó para dar salud á un enfermo: en tanto estima el Señor todas las cosas de sus Sanctos, y así los honra. Otra vez predicando el sancto varón contra una herejía diabólica que se había levantado en su tiempo, mandó traer ante sí un cesto de pan, y dijo con una grandísima fe y celo de la gloria de Dios y de la salvación de las ánimas á todo el pueblo que presente estaba: En confirmación de la verdad que yo os he predicado, y condenación desta nueva herejía, quienquiera que comiere deste pan, sanará de cualquier enfermedad que padesciere. Y temiendo el Obispo, que presente estaba, esta tan gran promesa, dijo: Entiéndese esto comiéndolo con fe. Á esto acudió el sancto varón diciendo: No digo yo así, sino quienquiera que dél comiere, será sano: y así se cumplió lo prometido. De la vida deste Sancto están escritos cinco libros, y uno dellos trata de los milagros que hizo en vida, y hállanse aquí escritos ciento y sesenta y tantos milagros. Pues ¿qué hombre habrá tan incrédulo y tan enemigo de la fe, que crea todos estos milagros haber sido fingidos? Mas con todo esto yo me contento para mi propósito con solo uno que el mismo Sancto refiere en la vida de S. Malaquías, que él escribió. Donde dice que estando el cuerpo deste sancto obispo para ser sepultado en su monasterio de Claravale, donde falleció, y haciendo los monjes el oficio de la sepultura, dice S. Bernardo que vió allí un muchacho con un brazo caído, el cual no podía mandar, ni se servía dél para nada. Entonces el santo varón tomó al mozo por la mano, y llevólo do estaba el cuerpo del difunto, hízole tocar en él, y súbitamente fué sano. Esto pasó por mano del mismo glorioso Bernardo, el cual quiso hacer por virtud del Sancto lo que él por sí pudiera muy bien hacer, mas como verdadero humilde quitó la gloria de sí, y dióla al Sancto.

Prosigue la misma materia.

§ VI

Vengamos á los Sanctos más vecinos á nuestros tiempos, cuales fueron en un mismo tiempo los dos gloriosos Padres, fundadores de dos tan señaladas Órdenes, Santo Domingo y S. Francisco, cuyas vidas están llenas de virtudes y de milagros. Y dejados aparte otros muchos milagros que se escriben de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, por los cuales poco después de su glorioso tránsito fué canonizado, y su sagrado cuerpo trasladado á otro lugar digno de su sanctidad, ¿quién osará negar aquel famoso milagro que hizo, de que toda Roma fué testigo, resuscitando al sobrino de un Cardenal, que cayendo de un caballo se había hecho pedazos, estando presente el mismo Cardenal con toda su familia y todas las monjas de un solenne monasterio, y otra mucha gente? De manera que no curó de mandar salir fuera la gente que allí estaba (como hizo S. Pedro cuando quiso resuscitar á aquella sancta viuda) sino en presencia de todos, diciendo misa, se arrebató en espíritu, y acabada la misa se llegó al cuerpo, y concertando por su orden los miembros, le tomó por la mano, y en virtud del nombre de Cristo, llamando al mancebo muerto por su nombre, le volvió á la vida, dejando á todos los que presentes estaban atónitos, viendo tan grande maravilla. Pues á no ser esto verdad, ¿quién osara escribir una cosa que no siendo verdadera, tenía contra sí por testigo á toda Roma? Pues desta manera y con tales muestras de sanctidad autorizaba Dios á los sanctos que él diputaba para que fuesen patriarcas y fundadores de las Órdenes que él quería instituir para edificación de su Iglesia.

Y pues he tocado en la sanctidad del padre, también diré algo de la de uno de sus gloriosos hijos, que fué S. Vicente Ferrer, rogando al cristiano lector quiera leer su vida, porque en ella verá que el espíritu de los Apóstoles y de S. Pablo no se acabó con su vida, porque en este glorioso Padre resuscitó el espíritu deste Apóstol, porque por tantas tierras y naciones anduvo predicando como él, y esto con inestimable fruto y conversión de

muchas ánimas de fieles y infieles. Á quien tan fácil y tan familiar cosa era hacer milagros, sanando todo género de enfermedades, como tocar con la mano en la cabeza. Y demás desto, no una sino muchas veces dió de comer á gran número de gente que le seguía con muy poco mantenimiento, tanto que en su canonización se contaron ochocientos y sesenta milagros que él hizo fuera de España. Pues ¿quién será tan incrédulo ó tan desvergonzado que diga todos estos milagros ser fingidos, como quiera que uno solo que sea verdadero, baste para confirmación de nuestra fe? Y no entran en esta cuenta los milagros que hizo en España, que fueron muchos más, por haber predicado más tiempo en ella. Y demás desto nuestro Señor tuvo por bien de consolarlo en tantos discursos y trabajos como por su amor padescía, revelándole que había de ser canonizado y puesto en el catálogo de los sanctos, y quién lo había de canonizar, y en qué tiempo. Y así viniendo á tomar su bendición un virtuoso mancebo en Valencia, que después fué papa Calixto, le reveló nuestro Señor que aquél había de ser papa, y que él lo había de canonizar, y algo desto dijo él al mancebo, encomendándole el estudio de las letras y mucho más de la virtud. Y estando S. Bernardino oyendo un sermón suyo, dijo en presencia de todos: Aquí está un Padre de la Orden de S. Francisco, al cual tomará nuestro Señor por instrumento para alumbrar á Italia, y aunque es más mozo que yo, será primero honrado en la Iglesia que yo. Esto dijo, porque seis años antes que él fué canonizado. Y con tener estas tan magníficas revelaciones de nuestro Señor, y obrar tantos milagros por él, no tuvo necesidad del estímulo de Satanás que lo humillase, para que no se ensalzase con ellas. De sus virtudes no diré aquí más que sola una, por ser rara y singular, y es que como él, no contento con los trabajos de las predicaciones de cada día y de los continuos caminos, tuviese por estilo tomar cada día una disciplina, cuando acaescía estar enfermo en cama, mandaba á un compañero suyo que se la diese, conjurándole de parte de Cristo que cargase bien la mano sobre él: tan grande era la devoción y constancia que el sancto varón tenía en los buenos propósitos que proponía. Pues ¿qué no había de hacer aquel tan fiel y tan agradescido Señor en favor y honra de quien con tanto fervor y perseverancia le servía?

Y pues tratamos brevemente del hijo, no será razón quedar

en olvido la hija, y más tal hija, que es la bendita virgen Santa Caterina de Sena. Pues en la vida suya, ¡cuántos milagros hallaremos, y cuán verdaderos y admirables! Porque su vida escribió su confesor Fray Raimundo, el cual por sus méritos y virtudes vino á ser General de toda nuestra Orden, y de la boca de la misma virgen supo muchas de las cosas que escribió. Y demás desto, al principio de tres libros que escribió de su vida, hace un solenne juramento de no decir cosa que no declare la manera en que la supo, y de muchas fué él testigo de vista. Mas entre tantos milagros no haré mención más que de uno solo, por haber sido muy notorio, el cual está autenticado y probado por el papa Pío II en la bula de su canonización. Y fué que esta virgen estuvo sin comer (más que solo el Sancto Sacramento) dende el día de la Ceniza hasta el día de Pentecostés, que son más de tres meses. Y de ahí adelante hasta el día que murió, perseveró así, aunque por el escándalo y persecuciones grandes y por los juicios de los ignorantes que se levantaron contra ella, mastigaba unas yerbas cocidas que comía, y tragaba sólo el zumo dellas, y acabada la comida tomaba una pluma, y poniéndola en la boca tornaba á vomitar lo que había tragado, porque le daba gran tormento retenerlo en el estómago. Y éste le era un linaje de martirio que nuestro Señor quiso que esta esposa suya padesciese en su vida. He referido este milagro solo, por haber sido muy público, y haberse hecho por sus confesores tantos exámenes é inquisiciones sobre él (por ser la cosa tan sobrenatural y tan nueva) que no ha lugar poderse esto negar, mayormente estando parte desto (como dije) autenticado en la bula sobredicha.

Pues sobre las llagas del bendito Padre S. Francisco, por ser la cosa tan nueva, y tan admirable ver las mismas insignias del Hijo de Dios y Señor de todo lo criado en un hombre vestido de andrajos, ¡qué examen, qué inquisición se hizo en vida dél, tomando juramento sobre los sanctos Evangelios á los que desto podían dar fe como testigos de vista! Mas no fueron menester para la prueba deste milagro más testigos que los ojos. Porque en el cuerpo del glorioso Sancto, después de fallescido, vieron cuantos presentes se hallaron esta maravilla. Y así la vió la bienaventurada virgen Santa Clara con todas sus monjas, por cuyo monasterio pasaron el sagrado cuerpo los que lo llevaban á sepultar.

Estos pocos milagros tan dignos de fe he querido aquí referir, así para gloria de la Religión cristiana, que tales testigos tiene, como para convencer á los que dan poca fe á los milagros. Los cuales si quieren aún más testimonios, lean las bulas de la canonización de los Sanctos, para la cual hace la Iglesia grandísima diligencia por personas de grande autoridad (como se podrá ver en la bula de la canonización de Santa Catalina de Sena) demás de la asistencia del Espíritu Sancto, que no consentirá que la Iglesia yerre en cosa tan importante, y ahí hallará muchos y muy auténticos milagros. Lea también las vidas de algunos Sanctos que escribieron gravísimos autores, como Atanasio la del gran Antonio, Hierónimo la de Hilarión, S. Bernardo la de S. Malaquías, Teodoreto la de S. Simeón el de la coluna, y otras muchas, y Sulpicio Severo la de S. Martín, los cuales fueron contemporáneos de los Sanctos cuyas vidas y milagros escribieron, y los dos postreros familiares amigos y testigos de vista de los milagros que escribieron. Algunos de los cuales fueron tan públicos y notorios, que todos los que entonces vivían, eran testigos dellos, como fué éste que diré. Una aldea había en la tierra de los Senonas, en la cual caía todos los años tan gran tempestad de granizo, que destruía todos los trabajos y sementeras de los labradores. Los cuales afligidos con este daño, pidieron socorro á S. Martín. Hizo el Sancto oración por esta plaga, y en espacio de veinte años que el Sancto vivió en la tierra, nadie vió granizo en aquella región. Y para dar nuestro Señor á entender que esto no había sido acaso, sino por los méritos del Sancto, después de su fallescimiento luego tornó la misma tempestad. Esto escribe Sulpicio haber acaescido en su tiempo. Pues ¿osara este escritor fingir algo en cosa tan sabida y tan notoria?

Lea también la peregrinación de aquellos siete Religiosos de Palestina que anduvieron visitando los sanctos monjes de Egipto (de que adelante hacemos mención) la cual anda en el libro de las Vidas de los Sanctos Padres, y ahí verá los milagros que estos sanctos Religiosos vieron y experimentaron. Porque el primero (cuya vida allí se escribe) que fué S. Juan de Egipto (de quien las historias eclesiásticas dicen que revelaba al emperador Teodosio el suceso de sus batallas) les sanó uno de los compañeros que consigo traían enfermo, y les reveló que aquel día era llegada nueva á Alejandría que Teodosio había vencido al tirano Euge-

nio, y que de ahí á poco había de partir el buen Emperador desta presente vida, y que Paladio (que era uno de los siete peregrinos) había de ser obispo, como después lo fué de Capadocia. Y preguntando el Sancto si entre ellos venía alguno de orden sacro, y respondiendo que no, señaló él á uno con el dedo, y dijo: Éste es diácono. Lo cual no sabía más que un solo compañero, porque el diácono, por más humildad, había encubierto esta dignidad. La historia desta peregrinación escribió Paladio en griego, y otro de los mismos hermanos en latín: donde la sanctidad y conformidad de los historiadores en todo lo que escriben, y ser siete los testigos destas cosas, no dan lugar para poderse presumir aquí cosa fingida. Esto baste de los milagros antiguos, para que se vea que en la Religión cristiana no hay como quiera milagros, sino que llueven sobre ella milagros. Mas no es razón que callemos algunos muy notorios de nuestra edad, los cuales confirmarán la verdad de los pasados.

Milagro que cuenta el emperador Antonino Pío.

§ VII

Después destos milagros que cuentan varones sanctísimos (de que fueron testigos de vista) no puedo dejar de contar otro no menos ilustre que refieren nuestros mismos enemigos, que son testigos sin sospecha, porque son autores gentiles: los cuales escribiendo las vidas de los emperadores romanos, cuentan este milagro, entre los cuales es uno Amiano Marcelino en la vida del emperador M. Antonino. El cual milagro refiere también Justino, mártir y filósofo, en una defensión de nuestra fe que envió al emperador Antonino Pío, al fin de la cual pone tres cartas de emperadores escritas en favor de los cristianos, y la tercera es del emperador M. Aurelio Antonino, escrita al Senado romano, cuyo tenor es el que se sigue.

El emperador César M. Aurelio Antonino, Germánico, Pártico, Sarmático, al sacro Senado y pueblo romano, salud.

Parecióme daros cuenta en esta carta de nuestros trabajos, y del suceso de la guerra de Alemania, y de los peligros y dificultades en que me he visto, estando cercado dentro de nueve mi-

llas, de setenta y cuatro dragones, que eran las insignias de los enemigos. De lo cual me dieron noticia las espías, y Pompeyano, maestro de campo. Con lo cual me vi en grande aprieto, junto con las legiones de mi ejército, viéndome cercado de infinita muchedumbre de enemigos, en la cual había novecientos y setenta y cinco mil, y todos armados. Y como yo no tuviese gente bastante para romper con tan gran número de bárbaros, acogíme con toda devoción á los dioses de nuestra patria, en los cuales ningún socorro hallé. Entonces, viéndome en tan grande aprieto, hice convocar á los que llamamos cristianos, de los cuales se hallaron muchos. Y contra ellos yo me embravescí, lo que no debiera hacer, por el poder admirable que después en ellos conocí. Los cuales comenzaron luego á tratar de nuestro remedio, y esto sin saetas, ni armas, ni trompetas, como gente ajena de todo este aparato, contentos con el favor de su Dios, que traen en su consciencia. Y es cosa creíble que lo traen por armas y defensión dentro de su pecho, puesto caso que los tenemos por impíos, que es, ajenos de toda religión. Ellos pues prostrados en tierra, hicieron oración no sólo por mí, sino también por el ejército, pidiendo socorro á su Dios contra la hambre y sed que padescíamos, porque cinco días eran pasados en que nos había ya faltado el agua, estando en tierra de enemigos y dentro del mismo corazón de Alemania. Pues como ellos se prostrasen en tierra, y hiciesen oración á un Dios que yo no conozco, luego á la hora cayó del cielo sobre nosotros una agua frigidísima, y sobre nuestros contrarios una tempestad de granizo y de rayos. Con lo cual luego sin tardanza conocimos el socorro invincible de un Dios potentísimo. Por tanto, dende agora permitimos á este linaje de hombres que sean cristianos, porque por ventura no pidan contra nosotros otra semejante tempestad. Y así mando y establezco que no se tenga por crimen á nadie la Religión cristiana. Y si alguno acusare al cristiano por solo título de cristiano, quiero que al acusado ninguna pena se le dé por este título, no habiendo en él otro delicto, y el acusador mando que sea quemado vivo. Y este decreto mío y del Senado quiero que sea firme y válido, y mando que sea afijado en la plaza de Trajano, para que públicamente pueda ser visto y leído, y de ahí sea enviado á las provincias por orden de Verasio Polión, gobernador de la ciudad. Asimismo doy licencia para que todos puedan trasladar este nuestro

edicto conforme al original, que públicamente fué propuesto en el lugar sobredicho.

Ésta es pues la carta deste Emperador, en la cual él mismo refiere este tan magnífico y famoso milagro, eon el cual aquel Rey soberano quiso confirmar la verdad de nuestra sancta fe, y mostrar cuán grande sea la eficacia de la perfecta oración, y con cuánta razón se llama él en las Escrituras Dios de los ejércitos, pues en un momento, sin arco y sin saetas, desbarató un ejército tan poderoso.

De otros milagros señalados de nuestra edad.

§ VIII

TRAS de los milagros referidos por los Sanctos que aquí habemos alegado, me pareció contar algunos de nuestra edad, para convencer á algunos que dan poco crédito á los milagros pasados, y con esto se podrá convencer su incredulidad, y aun se acrescentará la fe y crédito de los que hasta aquí se han contado.

Entre éstos pongo por muy notorio el de los sanctos corporales de Daroca, que hoy día son vivos, del cual milagro está escrito un libro dirigido al invictísimo emperador Don Carlos quinto deste nombre, y á la gloriosa Emperatriz su mujer, los cuales fueron á visitar y adorar al Señor que en aquellos corporales está. Mas diré yo aquí en suma lo que este libro contiene, y lo que es á todo el mundo notorio. En el reino de Valencia, en el año del Señor de mil y ducientos y treinta y nueve, vino una gran muchedumbre de moros sobre un pequeño ejército de solos mil cristianos que estaban recogidos en un castillo. Viendo pues ellos que siendo tan pocos, y estando muy lejos de Valencia para haber de ser socorridos, era imposible dejar de ser vencidos de tan grande ejército, si no fuese por muy especial milagro y favor de Dios, procuraron de lo alcanzar seis capitanes principales que en aquel ejército había, confesándose y recibiendo el Sanctísimo Sacramento, porque siendo pocos los sacerdotes que allí había, y estando cerca los enemigos, no había lugar para que todos hiciesen lo mismo. Estando pues éstos confesados y oyendo misa, y consagradas ya seis formas para comulgar en ella, diéronles re-

bate que los moros estaban ya sobre ellos. Por lo cual les fué forzado dejar la comunión, y acudir á las armas. Entonces el sacerdote que decía la misa, envolvió las seis formas en los corporales, y á gran priesa los escondió debajo de una piedra. Mas nuestro Señor, mirando el aparejo y la buena voluntad que estos fieles capitanes tuvieron de recibirle, y teniendo respecto á la confianza que en él pusieron, y al socorro que le pidieron, de tal manera esforzó á ellos y á los demás por ellos, que desbarataron en breve espacio los moros, y hicieron gran matanza en ellos, y los demás huyeron. Entonces ellos, volviendo victoriosos y agradescidos por el beneficio recebido, quisieron acabar lo comenzado, que era recibir el Sancto Sacramento. Acudió entonces el sacerdote á traer los corporales que había escondido, y descogiéndolos en el altar, halló las formas teñidas en parte de sangre, y pegadas en los corporales, como agora se ven. Y declarado el misterio y descubiertos los corporales, fué grande la admiración y devoción y las lágrimas que allí se derramaron, dando gloria y gracias á Dios por esta maravilla. En este tiempo los moros volvieron á rehacerse y apellidar toda la comarca, y vinieron segunda vez á dar sobre los cristianos. Mas ellos, esforzados con el beneficio recebido, mandaron al sacerdote que se pusiese en un lugar alto tendidos los corporales á vista del ejército para animarlo. Y esto hecho, dieron sobre los enemigos con tan grande ímpetu, y hicieron tan grande riza en ellos, que toda aquella tierra estaba cubierta de sangre y de cuerpos muertos. Habida esta victoria, y acabada con ella la guerra, comenzaron á altercar sobre dónde se pondría aquella preciosísima reliquia, porque cada uno quisiera honrar su tierra con ella. Pasáronse en estos grandes trances y contiendas. Mas el Capitán General prudentemente dijo que pues aquella obra era de Dios, á él pertenecía declarar el lugar de su morada. Pareció esto bien á todos, y acordaron que la voluntad de Dios se conosciese por suertes. Echáronse pues tres veces suertes, y todas tres cayó la suerte á Daroca, de donde era el sacerdote que había consagrado las formas. Mas ni aun con esto quedaron satisfechos, sino tomaron otro acuerdo, que buscasen una mula mansa que no hubiese caminado por tierra de cristianos, y puestos los corporales en un cofre muy bien atado, la dejasen ir por do ella quisiese, y el lugar donde parase, fuese diputado para aquel precioso depósito. La mulilla iba delante, y

detrás los sacerdotes con sus cirios encendidos, y tras ellos la gente de guerra con sus capitanes, y andando por este camino salían de las villas la clerecía y la gente alabando á Dios, y ponían delante de la mulilla cebada y alfalfa, y otras cosas, para que cebándose allí y parando en aquel lugar, gozasen de aquellas preciosas reliquias. Mas nunca la mula por esto se paró en alguno destos lugares, hasta que llegó á Daroca y entró por las puertas de un hospital que estaba fuera de la ciudad. Y allí acaesció otra maravilla, porque así como la mula entró en la iglesia, hincadas las rodillas expiró, porque no quiso nuestro Señor, ni era razón, que bestia que en tal ministerio había servido, sirviese en otro uso de la vida humana. Pues desta manera quedaron los corporales en Daroca, y ahí acudieron reyes y príncipes y grandes señores á ver aquella maravilla, y adorar al Señor que en aquellos corporales está. De ahí fueron enviados embajadores al papa Urbano IV para hacerle relación de lo que pasaba, el cual concedió grandes indulgencias á los que visitasen aquella reliquia, y otros Papas las confirmaron y acrescentaron, como parece por las bulas que están en los archivos de la iglesia de Daroca. Y veinte años después desto fué instituída la fiesta del Corpus Christi. Ésta es en suma la historia de este milagro. Para probar la verdad dél no son menester más testigos que los ojos de los que cada año lo ven, cuando sacan estos corporales para que sea en ellos adorado el Señor que en ellos está. Donde se reconocen dos milagros: el uno es, estar hoy día aquellas formas enteras sin alguna corrupción á cabo de trecientos y treinta años que fueron consagradas, lo cual por vía de naturaleza es totalmente imposible: y otro es, estar teñidas y matizadas á partes con sangre. Venid pues, herejes sacramentarios, y si no dais crédito á la sanctas Escrituras, dadlo siquiera á vuestros ojos, y vista esta tan grande maravilla, adorad juntamente con nosotros al Señor que allí está presente, el cual hasta hoy ha querido estar allí para que vuestra herejía no tenga excusa delante dél.

Otro milagro no menos ilustre ni menos cierto y averiguado se escribe muy por extenso en la segunda parte de la Historia Pontifical, en el capítulo XIV, folio 85, á donde remito al piadoso lector, por ser muy digno de ser leído. La suma dél referiré aquí. En Castilla, en la villa de Fromesta, del obispado de Palencia, acaesció que un hombre llamado Pero Fernández debía ciertos

dineros á otro, sin haber medio para poderlos cobrar dél, hasta que le obligó á ello con una sentencia de excomunión, por la cual fué forzado á pagarle. Y pareciéndole que con esto cumplía, no trató de pedir absolución de la censura. Llegó este hombre á punto de muerte, y trájole el cura el Sancto Sacramento acompañado con mucha gente. Y hechas ya las preguntas ordinarias, queriendo administrarle el Sancto Sacramento que traía en una patena de plata, por ninguna vía ni diligencia lo pudo despegar della. Y espantado desto así él como toda la gente qne presente estaba, mandó salir á todos fuera, y pensando que podría ser esto por algún pecado que le quedase por confesar, y preguntándole esto, supo dél que ninguna culpa había dejado por confesar. Congojado pues así el doliente como el cura con esta perplejidad, vino á preguntarle si había incurrido en alguna excomunión, de que no estuviese absuelto. Entonces el doliente se acordó de la negligencia pasada, y absuelto della fué comulgado con otra forma, quedando aquella primera guardada para memoria deste milagro. El cual dura hoy día, y el Sancto Sacramento está en la misma patena sin alguna corrupción, como si agora se acabase de consagrar. Es visitado este sanctísimo misterio de muchas gentes. Y yo (dice el historiador Illescas) aunque indignísimo, he tenido en mis manos la patena con grandísima admiración de ver que á cabo de ciento y veinte años están las especies del pan sin alguna corrupción. En lo cual entrevienen dos milagros: el uno, en estar así pegada la forma á la patena, y el otro, en carescer de corrupción á cabo de tanto tiempo. Los cuales milagros no sólo sirven para la adoración y reverencia del Sanctísimo Sacramento, sino también para confesar la eficacia de las censuras eclesiásticas. Y lo uno y lo otro sirve para la confusión de los herejes, que ambas cosas niegan. Los cuales no sé cómo no se confundirán, visto un milagro tan palpable y tan notorio como éste, que ellos podrán ver con los ojos, si quisieren.

En la misma segunda parte de la Historia Pontifical, en el § 3.°, folio 448, se escribe otro singular milagro deste Sanctísimo Sacramento, el cual acaesció en el reino de Polonia cuasi en nuestros días, por el cual muchos herejes se convertieron á nuestra santa fe. Es milagro no menos digno de ser leído, á donde remito al cristiano lector.

Otro milagro permanece hasta hoy en un lugar de Italia que

se llama Montefalco, en un monasterio de monjas augustinas, testificado y autenticado en escrito por el Reverendísimo Cardenal Siripando, cuando era General de la Orden de S. Augustín, y visto y referido por personas dignísimas de fe, así eclesiásticas como seculares, entre las cuales es una el Reverendísimo Señor Don Jorge de Taide, obispo que fué de Viseo. Y el milagro es, que en aquel monasterio vivió una sancta Religiosa devotísima de la sagrada Pasión: y después de fallescida, por especial dispensación y voluntad de Dios, le fué sacado el corazón y abierto en dos partes, en las cuales se ven hoy día esculpidos todos los instrumentos de la sagrada Pasión. Y junto con esto, en la bolsica de la hiel se hallaron tres peloticas cada una tan grande como una avellana, las cuales pesadas, se halla que tanto pesa una sola como las dos, y tanto una como todas tres. Porque toman el peso de una dellas en alguna otra materia, y puesta en una balanza, y las tres en otra, tanto pesa aquella sola como todas tres. Lo cual nos declara el misterio de las tres Personas Divinas, en las cuales no hay más que una sola esencia en tres personas. Por dónde no tiene menos una que todas tres, porque la esencia de la una es la misma que hay en todas tres.

§ IX

En la misma Italia es muy notorio el milagro de la sangre de S. Jenaro. Fué este glorioso mártir degollado en un lugar que está dos leguas de Nápoles, donde una mujer por devoción recogió del suelo un poco de la sangre de dicho Sancto, y la puso en una redomilla, adonde se ve claramente estar tan dura como una piedra: y todos los años el primer sábado de Mayo ponen la cabeza deste Sancto en un cierto lugar de la ciudad de Nápoles, y llevan con gran solennidad y procesión por toda la ciudad aquella redomilla donde está la sangre endurecida, la cual en acercándose al lugar adonde está la cabeza del Sancto, á vista de todos comienza á derretirse de modo que se ve que la que estaba tan dura, se va moviendo dentro de la redoma con una espumilla, como si la sacaran en aquel punto del cuerpo del Sancto. Y así juntos en procesión y muy acompañados, llevan la dicha cabeza y sangre derretida, y la ponen en el lugar acostumbrado,

que es la iglesia mayor de Nápoles, en una capilla, adonde están muchos otros cuerpos de Sanctos. Y puesta la dicha sangre en su lugar, apartada de la cabeza, vuelve á endurecerse. Y no sólo este día señalado, mas todas las veces que ponen esta sangre delante de su cabeza, vuelve á derretirse como está dicho, viéndose mover dentro de la dicha sangre algunas pajuelas que anduvieron envueltas con esta sangre, cuando aquella piadosa mujer la recogió. Mas no será razón que pase por aquí el cristiano sin reconocer el amor y regalo de la divina Providencia, lo uno para honrar sus Sanctos (pues á cabo de tantos años que el mártir le honró con su pasión, lo honra él con esta maravilla tantas veces repetida, para que así sea el Sancto más honrado) y lo otro, para alumbrar y convencer á los incrédulos de los milagros, viendo cada día éste tan manifiesto y tan notorio.

Tampoco podemos dejar de reconocer por milagro muy notorio á todo el mundo la virtud que los reyes de Francia tienen para sanar un mal contagioso y incurable, que es de los lamparones. Porque aquel Señor (á cuya providencia pertenece proveer de remedio á sus criaturas) entre infinitas maneras de yerbas medicinales que crió para la cura de las enfermedades de nuestros cuerpos, quiso que para ésta, que era incurable, hubiese este remedio en personas tan principales y cristianísimas cuales son los reyes de Francia, sucesores y herederos no sólo del reino, sino también de la fe de S. Luis, rey glorioso del mismo reino. Y que éste sea milagro, vese, porque sin emplastro, sin purga ni sangría, ni otra alguna medicina, curan este mal con sólo tocar al doliente diciendo: El Rey de Francia te toca, y Dios te sane. Y el día desta maravilla confiésanse y comulgan los dichos reyes, aparejándose con toda devoción para que Dios obre por ellos esta miraculosa salud.

De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros días.

§ X

No me podrá poner nadie culpa si en esta relación de milagros hiciere mención de los que yo he sabido y averiguado con toda diligencia. Porque tengo muchos autores antiguos y

nuevos que no quisieron que se perdiese la memoria de los milagros que acaescieron en sus tiempos, acordándose de aquella sentencia que á Tobías dijo el ángel S. Rafael: Bueno es, dijo él, callar los secretos de los reyes, mas publicar las obras y maravillas de Dios es cosa muy loable. Pues conforme á este parecer daré aquí testimonio de las obras de Dios que vi en este muy católico reino de Portugal.

En la ciudad de Évora está un monasterio de monjas Augustinas llamado Santa Mónica, donde está una imagen del Niño Jesús. Y es estilo de aquellas monjas después de la fiesta del sancto Nascimiento, tomar la que puede aquel Niño, y tenerlo en su oratorio, y rezarle cada día alguna oración, y al cabo del año hacerle alguna ropita, y restitúyelo en el lugar de donde le tomó. Acaesció estar allí una virtuosa Religiosa, que hoy día es viva, muy enferma doce años había de diversas y graves enfermedades, y á cabo de los tres primeros años de ellas vinieron los niervos que están debajo de la rodilla á encogérsele de tal manera, que no podía andar sino á gatas, ó con dos muletas. Duró esta enfermedad cuasi ocho años, á la cual se aplicaron todas las medicinas y unturas posibles para ablandar y extender aquellos niervos, mas sin mejoría alguna. Demás desto fué llevada á las Caldas, que son unos baños de aguas calientes, muy acomodadas para enfermedades de frialdad y dilatación de niervos encogidos: mas ningún beneficio con esto recibió. Probados todos estos remedios, ya desconfiados los médicos, no trataban de medicina años había. Tenía esta Religiosa otra recia enfermedad, que era sobrevenirle los primeros días de cada mes un tan recio accidente de epilepsia, que muchas Religiosas con dificultad la podían tener. Llegándose pues la fiesta del sancto Nascimiento, pretendía esta Religiosa haber la imagen del Niño Jesús, para hacer aquella devoción que las otras hacían. Y antes de la fiesta comenzó á procurar con toda fe y devoción la medicina del cielo que no podía hallar en la tierra: con lo cual cobró una grande confianza que nuestro Señor la había de sanar, y así lo dijo á una Religiosa que había sido su maestra, la cual hizo poco caso de aquella confianza. Llegada la sagrada fiesta, diciéndose la misa mayor, estaba esta Religiosa, como solía, asentada junto á la reja del coro bajo. Y comenzándose la epístola, súbitamente se sintió sana, mas no quiso decir nada por no turbar el oficio de la

misa, la cual acabada, se levantó en pie, y dijo á las Madres: Yo por la gran bondad y misericordia del Niño Jesús estoy sana. Entonces una de las Madres que traía un bordón en la mano, se lo dió, pareciéndole que tendría necesidad dél para andar, aunque estuviese sana, mas ella tomándolo en la mano, comenzó á andar por el coro, y visto que sin él podía muy bien andar, lo arrojó. Entonces fueron tantas las lágrimas y sollozos de las Religiosas, y las alabanzas y gracias que daban á Dios, y tanta la admiración y espanto de ver andar por su pie á quien ocho años habían visto andar con muletas, y tanto el rebullicio del coro, que toda la gente que estaba en la iglesia hubo de saber lo que pasara, y todo aquel día andaban las Religiosas atónitas, considerando aquella maravilla. Entonces la maestra sobredicha desta Religiosa fué al Niño Jesús, que estaba en el mismo coro, y hecha un río de lágrimas de alegría y devoción, tomó el sagrado Niño en las manos, y no se hartaba de darle besos, diciendo: Señor mío, sanastes á la Cervera, Señor mío, sanastes á la Cervera, que éste era su nombre, repitiendo esta palabra muchas veces.

Mas no contento el sancto Niño con esta misericordia (porque sus obras y mercedes son perfectas) también la sanó de la enfermedad de la epilepsia que arriba dijimos. Porque llegando luego el primer día de Enero, cuando se esperaba este accidente, no le acudió, antes ese día despertó ella á los maitines tañendo, como es su costumbre, las tablas, y ni en ese día ni hasta hoy más le vino tal accidente. Este milagro se publicó luego por toda la ciudad y por todos los lugares vecinos, y hízose dél información jurídica por el Ordinario, la cual yo leí. Y no contento con este argumento de la verdad, quise que también los ojos fuesen testigos della. Porque fuí al monasterio, y llamadas las Madres al coro bajo, hallóse con ellas esta Religiosa, y roguéle que anduviese delante de mí, y así lo hizo, andando tan bien como si ningún mal hubiera tenido. Y hoy día es viva, y su salud da testimonio desta maravilla. Tenía esta Religiosa allí una tía, prelada de aquel monasterio, que más era madre que tía, y así ella todos estos años la curaba con mucha costa y trabajo como á hija. La cual estos primeros días del milagro andaba como espantada y pensativa, y diciéndole las Religiosas: ¿Qué es esto, Madre? Todas andamos alegres por lo que habemos visto, y ¿vos andáis tan triste y pensativa? Respondió ella: Madres, no ando en mí de es-

panto desta maravilla que he visto, y desta tan grande merced que nuestro Señor me ha hecho. Éste es sumariamente el milagro que acaesció este día, en que el Niño Jesús nasció. Mas quien oyese aquellas Religiosas contar esta historia con todas las particularidades y circunstancias della, como yo la oí, no creo que por duro corazón que tuviese, dejaría de derramar muchas lágrimas de devoción y admiración.

Mas no fué solo este milagro, porque otros muchos sucedieron después. Mas yo entre todos éstos no contaré más que uno muy señalado y muy público, y de que yo tuve muy particular información. Moraba cerca deste monasterio una muy virtuosa mujer, tan sencilla y mansa como una paloma. Ésta había cuatro años que estaba tullida de las piernas en una cama, y juntamente con esto padescía muchos accidentes trabajosísimos. Y cuando esta doliente había de confesar y comulgar, llevábanla en una silla á la iglesia deste monasterio. Yendo pues un día según tenía por costumbre á lo dicho, acabando el sacerdote de darle el Sanctísimo Sacramento, díjole: Esperad aquí, y ofreceros heis al Niño Jesús. Tomó pues el sacerdote al sancto Niño del altar, y púsoselo delante, y llegando ella con las manos á la ropita del niño Jesús, parecióle que interiormente le dijeron: Levántate. Y comenzando á levantarse, su padre, que estaba al lado, creyendo que le acudía alguno de los accidentes acostumbrados, comenzó á tenerla. Respondió ella entonces: Yo me puedo levantar. Y así se levantó sana la que tanto tiempo había estado tullida, y así sana, por sus proprios pies volvió á su casa, quedando atónita la gente que en la iglesia estaba, la cual se fué en pos della, espantándose de ver andar por sus pies la que antes llevaban y traían en una silla. Y decía ella que así como cuando llevan un hombre á justiciar, va mucha gente tras dél, que así la siguían toda aquella gente hasta su casa, pasmados de ver tan grande maravilla. Deste milagro toda aquella gente fué testigo. Quise yo también informarme de la enfermedad por el médico que la curaba, por nombre Fragoso, el cual como testigo de vista me dió información así de los años que la enfermedad había durado, como de la causa della: y no contento con esto, fuí cuatro ó cinco veces á casa desta doliente, por la admiración y gusto que recibía de oir la historia deste milagro con todas las circunstancias de aquella enfermedad y de la cura della. Y acuérdaseme que la postrera ida fuí

solo para saber si cuando volvió á su casa, llevaba algún bordón en la mano, presuponiendo que las curas miraculosas de Dios han de ser perfectas. Respondióme que no lo llevaba. Sabía desta enfermedad otro principal médico de aquella ciudad, por nombre Aries Díaz, y espantado de tan grande maravilla, la visitó y rogó que anduviese delante dél, para ver con los ojos lo que la fama había publicado, y así se hizo, dando él gracias á Dios por ver lo que veía.

Prosigue la materia de los milagros.

§ XI

No quiero perder de vista al niño Jesús, el cual, aunque niño, es todopoderoso para hacer maravillas. Y así es la que agora contaré, la cual no ha diez años que aconteció en un monasterio de monjas de Sant Bernardo, que está en la villa de Coz, término de Alcobaza. En este monasterio adolesció en principio del mes de Octubre una novicia de edad de doce años. Y sería largo proceso contar los accidentes que pasó en esta enfermedad, así de epilepsia como de otros, á que los médicos nunca pudieron dar remedio. De lo cual las monjas recibían grande desconsolación, viendo lo que aquella niña día y noche padescía, sin hallarse remedio ni alivio para tanto mal. Duró este trabajo dende el día de Sant Martín hasta Navidad. En el cual tenían las Religiosas en un cierto lugar del monasterio el sancto pesebre, y el niño Jesús puesto en él, con la imagen de su sanctísima madre. Dijeron pues á la enferma si quería que la llevasen á presentar al niño Jesús que estaba en este pesebre. Respondiendo ella que sí, tomáronla en brazos (porque ella no podía andar) y presentándola al sancto Niño, pusiéronselo en las manos. Entonces ella, puestos los ojos en la imagen de la Virgen, comenzó á decirle: Señora, no os lo tengo de dar hasta que me deis salud para serviros. Y repitiendo muchas veces estas palabras, las Religiosas la exhortaban á eso diciendo: Decid, niña, decid. De ahí á poco derribóse la enferma en tierra, y estuvo por un buen espacio como durmiendo, hasta que las monjas que presentes estaban, temiendo algún mal, la volvieron en su acuerdo. Entonces ella:

¿Para qué, dijo, me despertastes? Porque estuve yo agora viendo otra señora, otro niño y otro pesebre muy diferente déste que aquí está. Y dicho esto, por la virtud admirable deste sancto Niño y de aquella Madre de misericordia, que de tantos trabajos en tan tierna é inocente edad se compadesció, se levantó tan sana como si ningún mal hubiera tenido, quedando las monjas atónitas de ver esta tan grande maravilla, y dando gracias á nuestro Señor por ella. Y luego la Madre Abadesa mandó á una Religiosa que escribiese toda esta historia de la manera que había pasado, la cual yo leí y tuve en mi poder. Y habrá dos años que estando en Alcobaza el Serenísimo Cardenal Infante Don Enrique, que agora es el Rey nuestro señor, fué á visitar á éste su monasterio, y allí las monjas le presentaron esta Religiosa en quien nuestro Señor obró esta maravilla el mismo día que tuvo por bien de nacer en este mundo por nuestra salud.

Con éste contaré otro milagro no menos público y que declara el grande amor que nuestro Señor tiene á sus Sanctos. Hubo en nuestros días una mujer que moraba en Roma, á quien Dios se había mucho comunicado, la cual entre otras asperezas con que afligía su cuerpo, una era traer ceñida una cadena de hierro á las carnes. Fallesciendo ella, el confesor que conocía su sanctidad, tomó aquella cadena como cosa que él mucho estimaba. Y yendo á Roma el Reverendo Padre Fray Francisco Forero después de concluído el sancto Concilio Tridentino, y teniendo amistad con este Padre confesor, recibió dél como cosa de mucho precio un eslabón de aquella cadena. Y venido este Padre á este reino, y siendo Provincial de nuestra Provincia, llegó á Avero, donde hay un solenne monasterio de monjas de su misma Orden. Y entrando á visitar la casa, supo que estaba allí una Religiosa noble, pero tan enferma que ya todos los físicos de allí y otros que vinieron de Porto, la tenían desconfiada, y sus hábitos eran ya dados por amor de Dios conforme al estilo de aquella casa. Estaba ella paraliticada de un lado, y tenía sobre la región del hígado una dureza grande como de un ladrillo, y en los labios le nascían unas escamas amarillas. Y la flaqueza era tan grande, que para hacerle la cama, la sacaban en peso en una sábana, porque de otra manera era imposible. Fué el Padre Provincial susodicho á visitarla, y animóla á estar muy conforme con la voluntad de nuestro Señor en todo lo que della dispusiese.

Y junto con esto le dejó aquel eslabón de la cadena que consigo traía, diciéndole que era de una sancta mujer. Ido él al monasterio de sus Religiosos, que está allí junto, la doliente puso el hierro en el oído de aquel lado paraliticado, del cual no oía, y luego oyó, y dijo á su enfermera: Hermana, yo oyo. Respondió ella: Pues ponedlo sobre la dureza del hígado. Hízolo así, y súbitamente por virtud de nuestro Señor y por el mérito de su sierva se deshizo aquella dureza, y se sintió perfectamente sana. Sonó esto por todo el convento. Acuden luego todas las monjas, y vístenla con hábitos prestados, porque los suyos eran ya dados, y van todas ellas al coro con la doliente, que iba por su pie, á dar gracias al Señor por este milagro, y esto con muchas lágrimas y sollozos. Fueron luego con la nueva desto al Provincial, que acabando de llegar á su monasterio, comenzaba á comer, y danle cuenta de lo que pasaba. Y acabada la comida, fué al monasterio, y la Religiosa vino por su pie al locutorio enteramente sana, y así lo estuvo siempre. Esto supe de la boca deste Padre Provincial y de un honrado compañero que consigo traía, y después del Padre Prior del convento de Avero, que es también vicario de las mismas monjas, con quien muchas veces platiqué sobre este milagro. Y para más plenaria satisfación escribí á la Madre Priora de aquel convento que me escribiese muy por extenso la historia deste milagro, y así lo hizo, y me lo envió confirmado con el testimonio de las Madres más principales de aquel monasterio, que hoy día tengo en mi poder. Donde al fin dél dicen que dan gracias á nuestro Señor por haberles dejado ver en sus días esta tan grande maravilla. Servirá este milagro, como dije, para que se vea cuánto nuestro Señor ama y honra á sus fieles siervos, que tanta virtud y poder da á las cosas que tocaron en sus cuerpos, pues al cabo de tanto tiempo y de tanta distancia de lugares quiso que aquel pedazuelo de hierro tuviese poder sobre todas las medicinas y leyes de naturaleza, dando súbita salud á quien todo el poder de la naturaleza y de la medicina la negaba.

Cerca desta sobredicha villa de Avero está la ciudad de Porto, donde habrá seis años poco más ó menos que acaesció uno de los más celebrados y festejados milagros que en este reino, y aun creo que en esta edad, han acaescido. Y fué así, que en casa de dos mujeres muy virtuosas había una niña ciega, á la cual ningunas medicinas habían aprovechado. Acaesció pues que una moza

trajo á esta casa una toalla con que estaba ceñido el crucifijo del monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad, para lavarse. Entonces una de las dos hermanas, tomando la toalla en las manos, dijo estas palabras: Señor Jesús, pues vuestras llagas están abiertas para todo el mundo, tened por bien abrir los ojos de esta niña ciega. Dicho esto con grande fe y devoción, puso la toalla sobre los ojos de la niña, y súbitamente por virtud de aquellas preciosas llagas se le abrieron los ojos y recibió la vista de que carecía. Quisieran las buenas hermanas encubrir esto, mas no pudo ser, porque la ceguedad era muy notoria á la vecindad, y así también la vista. Supo esto el Ordinario, y para averiguar el caso tomó gran número de testigos, por cuyo testimonio constó claramente la verdad. Entonces, por común consentimiento del estado eclesiástico y seglar, se hizo una procesión general y muy solenne, repicándose las campanas de todas las iglesias, llevándo la niña en los brazos con una guirnalda en la cabeza á vista de toda la ciudad, para que todos en común diesen gracias á nuestro Señor, que así acude á las necesidades de todos aquéllos que con fe y devoción le piden socorro. Otros milagros después déste se hicieron con la misma toalla, mas por no ser tan públicos como éste no los escribo.

Á este milagro añadiré otro muy notorio. El doctor Guevara, testigo muy abonado, curaba una monja del monasterio de Celas, donde hay gran número de Religiosas Bernardas, la cual había tres años que tenía una pierna seca, de que no se servía. Llegó el día de la fiesta de la Reina Sancta de Portugal, de quien rezamos en este reino, cuya vida sanctísima y milagros andan impresos. Pues esta Religiosa por tener especial devoción á esta Sancta Reina, determinó levantarse á sus maitines, á donde la llevaron en una silla, porque de otra manera no podía andar. Estando pues en los maitines se halló del todo sana, dando gracias á nuestro Señor y á aquella Sancta Reina, por cuyos méritos había sido curada. Del cual milagro son testigos todas las Religiosas deste monasterio.

Y ya que hice mención desta Reina, no callaré una cosa digna de ser sabida, que se escribe en su vida. Tenía ella un muy virtuoso y fiel paje, por cuya mano hacía sus limosnas. Mas otro paje de perversa condición, malsinó á este virtuoso mancebo con el Rey de tal manera y de tales cosas, que el Rey determinó ma-

tarlo. Para lo cual mandó á un calero que cuando en tal día y tal hora enviase un paje á su calera, le arrojase en medio del fuego. Envió pues este paje el día y hora que estaba ordenado, mas teniendo él por devoción entrar en las iglesias cuando oía la campanilla de levantar la Hostia, y estar allí hasta el consumir, detúvose tanto en algunas iglesias, (ordenándolo así Dios) que pasó la hora señalada. Entonces el Rey (deseando saber el suceso del caso) envió el otro paje, que era el malsín, á preguntar al calero si estaba ya hecho lo que le mandara. Mas el calero, creyendo que aquél era el paje que el Rey le había dicho, lo tomó en brazos, y arrojólo en la calera. Y desta manera aquel soberano Juez volvió por la causa del inocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente lo suele él hacer. Con este acaescimiento el Rey quedó desengañado, y por la pena deste suceso tan inopinado conosció la inocencia del un criado y la culpa del otro. Esto no he contado por milagro, sino por historia digna de ser sabida.

De otros milagros más recientes.

§ XII

Y porque los milagros recientes, que tienen presentes los testigos, suelen mover más los corazones, pido al cristiano lector no se canse de que añadamos otros tres á los que están referidos. Y por ser ellos tan nuevos, me fué necesario pedir licencia á las partes á quien tocaban, para escribirlos. Y primeramente referiré uno tan grande, tan cierto y tan notorio, que verdaderamente, si yo fuera gentil, bastara para convertirme á la fe, no menos que bastó para ello la cura de la lepra de Naamán por el profeta Eliseo. En esta ciudad de Lisboa está una señora por nombre Doña Catalina de Taide, señora de la casa de Villaverde, de cuyas virtudes no se puede aquí decir nada, porque los sanctos no quieren que alabemos á los vivos, sino á los muertos, porque entonces el alabanza no daña al que alaba, ni al que es alabado. Esta señora, siendo de edad de trece ó catorce años, tuvo una grande enfermedad de accidentes tan recios, que la ponían en el

hilo de la muerte, y llegó tan al cabo, que le tenían ya aparejada la mortaja. En este tiempo una ama que la había criado, y della esperaba el remedio de su vida y de sus hijos, fué á una casa de nuestra Señora, y con grandes gemidos y lágrimas le pedía la vida: por las cuales es de creer que nuestra Señora se la concedió, y así poco á poco volvió sobre sí, pasados tres meses y medio de la enfermedad, mas quedó paraliticada de todo el lado izquierdo, y con un gran tremor en toda esta parte, que si alguno llegaba á tenerle el brazo, también le temblaba á él. Duró esto no menos que nueve meses, en los cuales todos los mejores médicos desta ciudad, usando de todos los remedios posibles, no le pudieron dar salud. Mas ella todavía tenía confianza en nuestra Señora, que la sanó de tan desconfiada enfermedad, que le había de dar entera salud, diciendo que nuestra Señora no hacía las mercedes partidas. Pasados estos nueve meses, lleváronla á un monasterio del Carmen, que está en la misma villa suya, cuya iglesia se llama Nuestra Señora de las Reliquias, y es casa de mucha devoción y concurso de romeros. Puesta ella ante la imagen de nuestra Señora, oyó á una vieja que estaba á sus espaldas, pedir con grande ansia y devoción á nuestra Señora salud para un hijo que tenía enfermo. Entonces ella tomó de aquí ocasión para hacer oración á nuestra Señora, diciendo: Señora, si yo tuviese la fe desta buena vieja, vos me daríades salud. Y diciendo estas y otras palabras semejantes con toda devoción y confianza, súpitamente, por virtud de aquella Señora que es madre de misericordia, se sintió totalmente sana. De lo cual quedó tan espantada y como atónita, que no sabía parte de sí. Finalmente ella se levantó luego, y por su pie se fué á la Condesa su madre, que estaba en la misma iglesia, la cual también quedó atónita desta maravilla. Y toda la gente que estaba en la iglesia (que era mucha, porque era Domingo) comenzó á dar voces: Milagro, milagro. Y viendo esto los Padres del monasterio, comenzaron á dar gracias á nuestro Señor, y á cantar *Te Deum laudamus*. Y el día siguiente los clérigos de la villa hicieron una solenne procesión por esta causa, en la cual toda anduvo esta señora á pie, siendo verdad que en todos los nueve meses ya dichos no podía dar un paso sino con una muleta en un lado, y teniéndola de un brazo en el otro. Mas ella quedó tan sana, que decía después que la salud que daba nuestra Señora, era de piedra y cal. De lo cual es argu-

mento que agora está cada día en la iglesia desde la mañana hasta las diez ó las once, de rodillas, sin asentarse ni cansarse. Y en memoria deste beneficio hace esta señora cada año, el mismo día de la salud, una solenne fiesta á nuestra Señora, y ese día guardan todos sus criados y familia como día de fiesta, en memoria deste milagro. Deste milagro son testigos todos los moradores de la villa, y la familia desta señora, y los Padres que moraban en aquel monasterio. Y á la fama dél acudió luego mucha gente de los lugares comarcanos, para ver esta obra que la Virgen nuestra Señora había hecho, compadesciéndose de tan larga enfermedad. En lo cual veremos cómo no solamente hace nuestro Señor milagros para confirmación de la fe, sino también para remedio de algunas extremas necesidades ó enfermedades que carecen de remedios humanos, cual fué ésta, con las cuatro que antes della referimos, mayormente cuando la inocencia de la vida y la pureza virginal se junta con la enfermedad, como en estas personas acaesció, por ser esta virtud tan agradable á la Virgen de las vírgines y al Cordero que ellas siguen por doquiera que va.

Otro milagro de diferente materia, que agora contaré, aunque fué y es muy notorio, todavía estuve en duda si lo escribiría. Mas acordándome que es semejante al que hizo Sant Benito restaurando un vaso de barro que en manos de su ama se había quebrado, y á otro semejante que se cuenta en la vida de Sant Antonino, y á otro que cuenta Sant Gregorio en sus Diálogos de un sancto varón que juntó los pedazos de una lámpara, y así la volvió á la entereza que tenía, me paresció que debía contar éste, por parecerse con aquéllos, y las personas á quien esto acaesció hoy día son vivas. Quería un caballero morador en la villa de Setúbal ir á pescar, y mandó á una criada le trajese una caña de pescar que él tenía muy buena. Y esta criada queriendo alimpiar la caña del polvo, puso la punta más delgada della en tierra, y cargó tanto la mano, que saltaron dos pedazos, que cada uno sería del tamaño de un dedo de la mano. Mas la señora que presente estaba, temiendo el enojo del marido, volvióse á nuestra Señora y á una ama suya defuncta que la había criado, á encomendarse, de cuya sanctidad y milagros se podía escribir mucho, porque yo la traté familiarmente, la cual hervía tanto en amor de Dios, siendo ya mujer de edad, que algunas veces decía: Toda la agua de aquel mar no podrá apagar el fuego que me

arde en este corazón. Hecha pues esta oración, el caballero que estaba en la portada de su casa, pidió la caña, y llevándosela, en el camino se enteró de la misma manera que estaba, y con el mismo prendedero de un torzal blanco, donde se traba el sedal. Y acudiendo afuera un hijico de esta señora, y viendo la caña entera, volvió corriendo á su madre, diciendo: Señora, la caña está sana, la caña está sana. Ella entonces le dió un bofetón, diciendo: Toma esto, rapacillo, por que no mintáis. Acudió luego una criada, y viendo entera la caña, corrió á su señora con gran espanto, diciendo lo mismo. Respondió la señora: ¿También mentís vos como aquel rapacillo? Si yo tengo aquí los pedazos, ¿cómo puede estar la caña sana? Salió luego una tía desta señora á ver lo mismo, y viendo que lo dicho era verdad, volvió espantada y como fuera de sí, afirmando la verdad del caso. Supo todo esto aquel caballero, y maravillado grandemente de lo que había pasado, mandó guardar la caña, y no se atrevió más á usar della como de cosa sagrada y en que Dios había puesto su mano. Y los pedazos de la caña tuve yo algunos años en mi poder para memoria del milagro. Y aunque la cosa sea digna de admiración, pero no será increíble á quien conosciere la virtud y mansedumbre desta señora, y la sanctidad de la ama que la crió. Pues por este ejemplo entenderemos cuán piadoso padre es nuestro Señor, el cual con tanta misericordia acude á sus fieles siervos cuando le llaman, no sólo en las cosas grandes, sino también en las muy pequeñas, cual ésta fué. Lo cual confirmaré con un ejemplo de S. Bonifacio, que refiere S. Gregorio en el primero de sus Diálogos. Este Sancto siendo aún niño y estando á la puerta de su casa, vió venir una raposa, la cual arrebató una gallina, y llevósela como otras veces lo solía hacer. Entonces el sancto niño á gran priesa entró en una iglesia, y puesto en oración dijo: ¿Pláceos á vos, Señor, que estas gallinas que mi madre cría para sustentación de su pobreza, las coma una raposa? Y levantándose de la oración y vuelto á su casa, la raposa volvió y restituyó la gallina que en la boca traía, y ella cayó muerta á los pies del niño, pagando con la muerte la pena de su culpa. Pues ¿quién no ve aquí la suavidad y benignidad y regalo de nuestro Señor para con las ánimas puras y simples? ¿Quién no se espanta viendo cómo aquel Señor de la majestad, de quien tiemblan los poderes del cielo, responde á la voz de un niño, y acude al remedio de una

cosa tan pequeña? Maravíllase con mucha razón Pedro, diácono de S. Gregorio, de ver inclinada aquella soberana Majestad á una menudencia como ésta, y responde S. Gregorio diciendo haber sido ésta especial dispensación de Dios, el cual con esto quiere declarar á sus fieles siervos cuán propicio le hallarán para las cosas grandes, pues así les acude aun en las muy pequeñas.

No me canso en referir cosas que declaren este amor tan regalado de nuestro Señor para con sus amigos. Y así daré fin á esta materia contando una cosa que declara la ternura deste amor, la cual contaré de muy buena voluntad, porque me pasó por las manos, y es tan reciente, que sucedió el mes de Mayo de 1582. Estaba en esta ciudad de Lisboa una doncella noble, pero muy pobre, la cual entre otras virtudes era muy callada, muy recogida, devota, humilde, mansa y obediente á sus padres, y así muy querida dellos. Cayó en una enfermedad, la cual procediendo adelante, vino á parar en hética, y duró toda la enfermedad nueve meses, llevándola con grande paciencia y hacimiento de gracias. Y cuando ella estaba sola, oíanle algunas veces hablar palabras muy devotas y amorosas á un Crucifijo que allí tenía, y muchas veces le oían decir: Señor mío, ¿cuándo me sacaréis desta cárcel? ¿Cuándo iré y pareceré delante de vos, y gozaré de vuestra presencia y hermosura? Estas y otras semejantes palabras repetía muchas veces con grande amor y devoción. Por lo cual aquel Señor (que es amador de la pureza virginal y de las ánimas humildes y mansas que le llaman en el tiempo de la tribulación) le acudió y consoló, certificándola que le cumpliría este deseo el día de su gloriosa Ascensión, para subirla este día consigo al cielo. La manera en que esto le fué certificado, no se sabe, porque ella á nadie lo descubrió. Mas quince días antes desta fiesta, estando su madre llorando amargamente por ver la hija que tanto amaba, desahuciada de los médicos, le dijo ella: Madre, no lloréis, guardad esas lágrimas para el día de la Ascensión. Llegó la víspera deste día, en el cual minguna diferencia había de la disposición que este día tenía á la de los días pasados. Entonces una huéspeda que estaba en casa, muy familiar amiga suya, díjole riendo: Hola mentirosa, que nos tenía engañados, diciendo que había de acabar el día de la Ascensión. Á esto la doliente ninguna cosa respondió, aunque estaba certificada de lo dicho. Y luego el día siguiente de la fiesta envió un

recado á su confesor, que muchas veces la visitaba y consolaba y socorría con algunas caridades, mandándole decir que se quedase con Dios, porque ella iba á gozar de su Esposo y Señor. Y luego llamó á la madre, y quitóse unas reliquias que tenía en la cabeza, y dióselas, y un anillo que le había puesto una amiga en el dedo, y mandó que se lo volviese. Y mandó que á su ama que la había criado, le diesen una camisa nueva que ella tenía, y le pagasen siete tostones que le había prestado, vendiendo para esto un sayo suyo, y que de lo demás hiciesen bien por su alma. Acabado esto y llegada la hora del mediodía, tomó el Crucifijo en una mano, y la candela de morir en la otra, y entró en paso de muerte. Como esto vió la madre, díjole: Hija, rogad á Dios que me dé fuerza para pasar este trago. Dijo ella con mucha fe que sí daría. Y diciendo esto, y hablando palabras devotas con el Crucifijo, dió su espíritu á Dios, y acabando de expirar dió el reloj la una, que fué la hora en que nuestro Salvador subió al cielo. En lo cual se verá (como ya dijimos) cuán tierno y cuán regalado es el amor que nuestro Señor tiene á las ánimas puras y humildes, pues no se contentó con llevar esta ánima á su gloria, sino quísole hacer este regalo, que fué revelarle el día de su acabamiento, y que éste fuese el mismo día y la misma hora que él subió al cielo.

No es mucho de maravillar que nuestro Señor ame á sus fieles siervos y los trate como á tales, mas lo que pone admiración es esta manera de amor tierno y regalado, semejante al que los esposos tienen á sus esposas y los padres á los hijos chiquitos que traen en sus brazos, regalándolos y besándolos. Lo cual hace muchas veces este Señor, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres. Y ésta es una de las cosas que más poderosamente roba sus corazones, y les hace desear padescer mil muertes por un Señor que tan dulce, tan suave y tan amoroso se les ha mostrado, como lo podemos ver en este ejemplo. Mas la madre tomando por argumento de la salvación de su hija el cumplimiento de la profecía susodicha, de tal manera se consoló, que toda se ocupaba en dar gracias á nuestro Señor que tal hija le había dado, y tuvo corazón después de amortajada, para verla y rociarla con agua bendita.

Milagros en la cura de los endemoniados.

§ XIII

TAMBIÉN se cuenta con mucha razón entre los milagros que confirman la verdad de nuestra fe, la expulsión de los demonios de los cuerpos humanos. Y ser verdad que haya endemoniados, testifican no sólo todas las Escrituras, que están llenas desto, mas también la experiencia de muchos que los han visto. Y no proceder esto de las influencias y constelaciones del cielo está claro, porque el cielo no puede hacer cosas artificiales, cuales son las que se ven en los endemoniados. Porque siendo personas ignorantes, hablan en latín, y tocan las campanas, y dan señal al tiempo de la salida, y dicen á muchos de los que presentes están, lo que ellos hicieron en secreto, y otras cosas semejantes, á las cuales es imposible extenderse las influencias del cielo. Pues estos demonios atormentan fieramente los cuerpos humanos, como parece en la hija de la Cananea, que era malamente atormentada deste espíritu maligno, y en aquel mochacho lunático que muchas veces caía en el fuego, y en otros infinitos. Y con ser este enemigo tan poderoso y perverso, y desear tanto maltratar las criaturas de Dios, por vengarse en esto del mismo Dios, que lo echó del cielo, todavía es poderosamente expelido de los cuerpos mediante la oraciones de la católica Iglesia, siendo conjurado en nombre de la Sanctísima Trinidad y de Cristo nuestro Salvador, y por los misterios de su sacratísima pasión, resurrección y ascensión, y por los méritos de la Virgen nuestra Señora, por cuya virtud, mal de su grado, sale del cuerpo afligido, y da señal de su salida, y deja de ahí adelante libre la criatura de Dios. Y para mayor confirmación desta verdad, referiré aquí á este propósito dos cosas muy notables, muy públicas y muy dignas de fe.

La primera me contó el Muy Ilustre y Reverendísimo Señor Don Jorge de Taide, obispo que fué de Viseo, y agora capellán mayor del rey Don Enrique nuestro señor. Díjome él pues que en esa ciudad de Viseo había una mujer casada con un hombre del pueblo, que era malamente atormentada del demonio: la cual para remedio deste tormento confesaba y comulgaba algunas

veces, y iba en romería á muchas casas de devoción. Pasarse hían en esto más de dos años, pero el señor Obispo no daba oídos á este negocio, por no creer que esto fuese cosa del demonio, y así estuvo incrédulo mucho tiempo, hasta que finalmente fueron tantos los indicios de la verdad, que lo hubo de creer, y se determinó de pelear con aquella bestia fiera con las armas de la fe y exorcismos de la Iglesia. Y para esto ayunó los tres días que se mandan ayunar para este efecto, y decía cada día misa con toda la devoción que le era posible, comenzándola á las seis de la mañana, y acabada la misa, así como estaba revestido, batallaba hasta las once del día con aquel mal espíritu. Duró esto cinco días, sin que el demonio obedeciese á los exorcismos, en los cuales algunas palabras se entremetían, que el demonio sentía mucho, y entonces hacía grandes bascas, y atormentaba tan fuertemente á la pobre mujer, que á veces se le hinchaba tanto la garganta, que venía á estar cuasi igual con la punta de la barba. Y las palabras con que el demonio más se embravecía, eran éstas: Malaventurado de ti, que para siempre no has de ver á Dios. Otra vez le decía en latín: *Dereliquisti Dominum Deum tuum, et oblitus es Domini Creatoris tui*. Que quiere decir: Desamparaste á tu Señor Dios, y olvidástete de Dios tu criador. Y cada vez que se le decía alguna palabra déstas, hacía aquel espíritu tan grandes bascas, atormentaba tanto á la pobre mujer, que era menester que su marido, que presente estaba, y otros tuviesen mano en ella. En esta sazón oyó este señor que los que asistían á estos exorcismos ponían dubda si esta mujer había sido baptizada. Y hecha inquisición sobre ello, hallóse que al tiempo de su baptismo hubo un gran alboroto en la iglesia, por haberse allí notificado al cura de parte del prelado que desistiese de su oficio, por lo cual no acabó lo que había comenzado. Habida pues esta información, este señor se determinó de la baptizar, y para esto mandáronla salir fuera de la iglesia, para hacer los exorcismos acostumbrados: en lo cual hubo gran dificultad por la resistencia del demonio, y no menos la hubo acabados los exorcismos á la entrada, Llegada pues á la pila del baptismo, quitada la toca para baptizarla, pronunciando este señor estas palabras: *Ego te baptizo, in nomine Patris, & Filii, & Spiritus Sancti*, en ese mismo punto la buena mujer levantó las manos diciendo: Bendito y alabado sea el nombre de Dios, que ya me ha dejado. Con lo

cual los que presentes estaban, con toda devoción alabaron al Señor, viendo aquella súpita y maravillosa virtud del sancto baptismo. Y para más certificarse este señor desta maravilla, tornóle á decir aquellas palabras susodichas, con que el demonio hacía tantos visajes, y ningún sentimiento hizo la mujer. Entonces él, acabándola de baptizar, la confirmó, y allí mismo la hizo recibir de nuevo con el marido, que presente estaba, porque antes del baptismo no había sido sacramento su matrimonio. Esto acaesció en la ciudad de Viseo, en la capilla de Santa Marta, pocos años ha. Pues ¿quién no ve cuán grande testimonio sea éste de la verdad de nuestra fe, y de la virtud del santo baptismo, y de la pasión y nombre de Cristo, con cuyo poder es vencido el poder de los infiernos? Deste milagro es testigo no solo el señor Obispo susodicho, que es hoy día vivo, sino todos los que presentes se hallaron, Ni es para callarse otra cosa que en esta hora sucedió, antes que la mujer fuese libre del demonio. Porque diciendo este señor misa, el que le servía dióle al principio della agua por vino, porque el vino era blanco, y así hubo lugar este yerro: mas al tiempo del consumir entendió el defecto, y luego echó vino en el cáliz y lo consagró y recibió, sin que persona de la iglesia entendiese lo que pasaba. Mas así como él consumió el agua por vino, la mujer endemoniada que estaba al cabo de la iglesia, dió una grande risada, y nadie entendió la causa della, sino quien decía la misa, porque conosció que el demonio festejaba mucho aquel defecto.

Á este propósito referiré otra cosa muy semejante que debajo de juramento contó á mí y á otras personas el doctor Barbosa, médico del rey don Enrique nuestro señor. Y fué así, que él tenía una esclavilla de edad de nueve años, traída del Brasil, que es tierra de gente infiel y muy bárbara. Mas la esclavilla era muy servicial y de muy buenas manos, la cual era fieramente atormentada del demonio. Mas su señor, creyendo que esto podía ser enfermedad de epilepsia ó gota coral, usó de cuantos remedios la medicina enseña para estos males, sin seguirse dellos provecho alguno. Y desconfiado ya de los remedios, procuró saber de los que esta esclavilla trajeron de su tierra, si había sido baptizada. Y entendiendo que no lo era, ordenóle su baptismo con su torta de pan y candela y con todo lo demás que para esto se requería, y así fué baptizada. Y dende aquel día hasta lo postrero de su

vida, ninguna cosa hubo en ella de las que antes padecía. Aquí no ha lugar fingimiento, porque en tan tierna edad no se pueden sospechar fingimientos, y más tan costosos y de tan largo tiempo. Pues aquí tenemos otro milagro y otro no menos ilustre testimonio de la virtud del sancto baptismo y por consiguiente de la verdad de nuestra fe.

A este testimonio de nuestra sancta fe y religión añado otra cosa, y es que antes de la pasión de nuestro Salvador los demonios hablaban por boca de los ídolos, y respondían á los que les preguntaban, y con esto traían engañado el mundo. haciéndole creer que el ídolo era Dios vivo, pues hablaba y adevinaba. Mas después de la gloriosa victoria y triunfo de la Cruz (con la cual fueron quebrantadas las fuerzas desta antigua serpiente) así como su señorío se fué apocando, así estas respuestas fueron cesando. Lo cual no sólo testifican escritores cristianos, sino también gentiles. Porque Plutarco, gravísimo autor y maestro que fué del emperador Trajano, escribió un libro, en el cual trata este argumento, que es, por qué habían cesado en sus tiempos las respuestas de los dioses, que ellos solían dar. Él veía en el mundo este efecto, mas no sabía la verdadera causa, que era la victoria de Cristo contra el demonio.

Y pues habemos llegado á este paso, no dejaré de referir aquí una singular obra de Dios y una maravillosa conversión de un sacerdote de Apolo, la cual refiere Eusebio en la Historia Eclesiástica, tratando de las virtudes y milagros de Gregorio, obispo de Ponto. Dice pues él que caminando una vez este sancto varón por los montes Alpes en tiempo de invierno, y llegando á la cumbre, siendo ya cerca de la noche, halló todo el monte lleno de nieve, y ninguna casa y lugar do se abrigase. Había solamente cerca un templo de Apolo, y por aquella noche metióse dentro dél, y á la mañana fué su camino. El sacerdote de aquel templo tenía costumbre preguntar allí á Apolo, y recebir sus respuestas, y referirlas á los que le consultaban, y con esto ganaba su vida. Después que allí estuvo Gregorio, venía el sacerdote, según acostumbraba, y proponía sus preguntas y demandaba respuestas, y nada se le respondía: ofrescíale más sacrificios, y ninguna cosa aprovechaba: acrescentaba ofrendas, y todavía perseveraba mudo. Y como el sacerdote se congojase espantado del nuevo callar de su dios, aparecióle el demonio en

sueños la noche siguiente, y díjole: ¿Para qué me llamas allí donde ya no puedo venir? Y preguntado por la causa, dijo que después que allí entró Gregorio, había sido desterrado. Pidióle el sacerdote remedio, y el demonio respondió que por ninguna vía podía más entrar en el templo, si Gregorio no le alzaba el destierro. Oído esto, el sacerdote se puso luego en camino, y seguió á Gregorio fatigado de pensamientos, hasta que le alcanzó. Al cual descubrió lo que pasaba, pidiéndole remedio en recompensa del hospedaje y abrigo que en su templo halló en la necesidad del frío, porque su dios se querellaba, y él perdía su mantenimiento, así que le rogaba restituyese á ambos en su primer estado. El sancto varón sin detenimiento escribió una carta desta manera: Gregorio á Apolo. Yo te permito volver á tu lugar, y hacer lo que solías. Recibió el sacerdote esta carta, y llevóla al templo, y en poniéndola en la mano del ídolo, luego el demonio entró en él, y respondió á lo que le fué preguntado. Entonces el sacerdote, volviendo en sí, dijo: Si Gregorio mandó, y dios huyó, y si Gregorio mandó, y dios volvió, ¿cómo no es mejor Gregorio que el dios que obedesce á mandamiento de Gregorio? Dicho esto, cerró las puertas del templo, y volvió en seguimiento de Gregorio, llevando consigo la carta que le había dado, y descubrióle por orden lo que había pasado, y derribándose á sus pies, le rogó que por sus manos le ofresciese al verdadero Dios, por cuya virtud los dioses de las gentes obedecen á sus siervos. Y como porfiase y perseverase en su demanda, comenzóle á enseñar la católica doctrina. Y viviendo por algún tiempo castísima y abstinentísimamente, dejados no solos los errores paganos, mas todos los ejercicios y los bienes mundanales, fué baptizado. Y tanto cresció en virtud y merescimiento de vida, que fué sucesor de Gregorio en su mismo obispado. Y no solamente se señaló en obras de excelentes virtudes, mas asimismo en doctrina y en declaración de las divinas Escrituras. Hasta aquí son palabras de Eusebio, las cuales quise referir aquí, no sólo para el propósito de la victoria de Cristo contra los demonios, sino también para que se vean las maravillas de las obras de Dios y los medios de que usa para salvar las ánimas y hacer de las piedras hijos de Abraham.

DEL MAYOR DE TODOS LOS MILAGROS
QUE FUÉ LA CONVERSIÓN DEL MUNDO

CAPÍTULO XXVIII

AGORA será razón tratar del mayor de todos los milagros, que fué la conversión del mundo, el cual hace fe y da verdadero testimonio de los otros milagros que para este efecto se hicieron. Bien veo cuánto esta materia sobrepuja toda la facultad de las palabras humanas, y por esto pido yo aquí favor á aquel Señor que hace elocuentes las lenguas de los niños, y habla cuando él es servido por boca de las bestias, quiera él por ésta hablar alguna pequeña parte desta tan grande maravilla, la cual suspende y arrebata con una gran suavidad los corazones de los que la saben estimar, como lo significó el profeta Esaías, cuando hablando con la espiritual Hierusalén, que es la Iglesia cristiana, dice (1): Levantà los ojos, y mira al derredor de ti. Todos éstos que ves, se ayuntaron y vinieron á ti. Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas se levantarán de tus lados. Entonces verás, y alegrarte has, y maravillarse ha y ensancharse ha tu corazón, cuando vieres convertida la muchedumbre de las islas de la mar, y la fortaleza de las gentes (que son las naciones principales del mundo) vinieren á ti. Este singular fructo (que es admiración de las obras de Dios) junto con la confirmación y acrescentamiento de la fe, se sigue desta consideración.

Pues para entender la grandeza desta obra, conviene que ponderemos no sólo la substancia della, sino también todas las circunstancias, conviene saber, lo que se predicó, y á qué género de personas se predicó, y qué personas lo predicaron, y cuáles eran los que resistían á esta predicación, y de qué manera resistían, y finalmente, qué fructo se siguió desta predicación. Estas seis circunstancias declararemos agora por su orden.

I. Cuanto á lo primero, como en el hombre haya dos princi-

---

(1) Esai. 60.

pales potencias, que son entendimiento y voluntad, á ambas ellas proponían los predicadores las cosas más arduas y dificultosas que se les podían proponer. Porque al entendimiento proponían las cosas siguientes, conviene saber, la resurrección de los muertos, en la cual obligaban á creer que el cuerpo humano después de hecho polvo en la tierra, ó quemado y vuelto en ceniza, ó comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, había de resuscitar el día del juicio, no otro cuerpo fabricado de nuevo, sino el mismo que fué.

Predicaban también el misterio de la Sanctísima Trinidad, en el cual (según la católica doctrina) se ha de creer que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Sancto es Dios, mas que no son tres dioses, sino un solo Dios. Asimismo predicaban el misterio del Sanctísimo Sacramento del altar, confesando que por virtud de las palabras de la consagración la substancia del pan y del vino se convertían real y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Cristo, y que en cada una destas partes estaba toda la divinidad y humanidad deste mismo Señor.

Cosas eran éstas arduas y dificultosas de creer. Pero muy más lo era creer y confesar la divinidad de Cristo, por las dificultades que á la razón humana se ofrecían para esto. Porque primeramente, como el misterio de la encarnación y concepción deste Señor por virtud del Espíritu Sancto estaba encubierto al mundo, el Salvador, como dice S. Lucas, era tenido por hijo de José, por saber que era casado con la Virgen. Pues predicar que un hombre tenido generalmente por hijo de un carpintero (que con una azuela y una sierra ganaba de comer en su tienda) era verdadero Dios, que había criado el sol y la luna y las estrellas y todo este mundo, era cosa de escarnio para los gentiles. Y así Sapor, rey de Persia, que adoraba al sol, viendo ante sí un caballero cristiano, díjole por escarnio: ¿Pues todavía perseveras en adorar el hijo del carpintero? Á esta humildad se juntaba la muerte de cruz. Y no habemos de mirar la cruz con los ojos que agora la miramos y reverenciamos, sino con los ojos que entonces el mundo la miraba y aborrescía. Porque este género de muerte tenían por más ignominioso que agora es la horca, porque el tormento del crucificado era sin comparación mayor que el del ahorcado, porque éste se acaba en un soplo, y el otro duraba mucho, y con intensísimos dolores, por ser las heridas en

los lugares más llenos de niervos, que son los instrumentos del sentir, y cargando el peso del cuerpo para abajo, estaba siempre cresciendo más y más el dolor. Y allende desto crucificaban al paciente desnudo, que es cosa de gran vergüenza y desabrigo, lo que no hacen con los que ahorcan. Pues según esto, predicar al mundo que un hombre crucificado en compañía de ladrones era Dios, era tanto y más como decir que un hombre ahorcado era Dios, criador de los cielos, y de la tierra, y de la mar. Y que dende la cruz movía los cielos, y sustentaba y gobernaba toda esta máquina del mundo, era para la opinión de los gentiles, como dice el Apóstol, pura locura. Éstas eran las cosas que los predicadores del Evangelio proponían al entendimiento humano para que las abrazase y creyese.

Pues no eran menos arduas y dificultosas para obrar las que proponían á la voluntad y á los apetitos de nuestra carne, porque los mismos predicadores enseñaban que la vida cristiana era una perpetua cruz y mortificación de la carne con todos sus aliados, que son todos sus gustos y apetitos. Y así el Señor (como refiere S. Marcos) llamando las compañas que le seguían junto con sus discípulos, dijo en común á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Negar á sí mismo es contradecir á todos los apetitos y deseos desordenados de su carne, y tratarse en esta parte, no como á amigo, sino como á extraño, y tomar su cruz es aparejarse para los trabajos que se han de pasar en la conquista del reino del cielo y en la vereda estrecha de la virtud, y seguir á Cristo es ir por el camino que él fué, que fué camino de humildad, de pobreza, de paciencia, de obediencia y de cruz.

Pues las mismas liciones hallaremos en S. Pablo, el cual dice que los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. Y mortificada la carne, quiere que vivamos según las leyes del espíritu, que son contrarias á la carne, para lo cual es necesario perpetuo pleito y continua guerra con todos los apetitos y sentidos de ella.

Y en la Epístola á los de Corinto declara más en particular los fueros y leyes desta profesión, diciendo: Hermanos, en todas las cosas nos hayamos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en persecuciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos,

en castidad, en sciencia, en longanimidad, en suavidad, en el Espíritu Sancto, en caridad no fingida, en tratar verdad, en virtud de Dios, armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, caminando por honras y por deshonras, por infamia y por buena fama, tenidos por engañadores, siendo fieles y verdaderos. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Pues ¿cuántas maneras de asperezas se contienen en estas palabras? Ésta es pues la profesión del cristiano, y ésta la filosofía y doctrina que el Apóstol proponía á los fieles, llena de tantas maneras de trabajos.

II. Agora veamos cuáles eran los hombres á quien esta ley tan espiritual y tan enemiga de la carne se predicaba. Esto declara el mismo Apóstol en el principio de la Epístola á los Romanos y en la Epístola á los de Éfeso, y notando sus vicios y pecados, dice que como tenían perdida la esperanza de la otra vida, y no pensaban que había más que nacer y morir, se entregaron á todo género de torpezas y deshonestidades y cobdicias, y en esto empleaban toda la vida: y la causa de todos estos males era la idolatría. Porque como la verdadera religión y temor de Dios sea freno de todos los vicios, estando ésta tan pervertida, que en lugar del verdadero Dios adoraban piedras, y palos, y dragones, y crocodilos, y bueyes, y cabrones, y serpientes, y (lo que peor es) dioses carnales y adúlteros, ¿cómo podrían dejar de ser adúlteros los que tales dioses adoraban, pues en esto los imitaban? Éstas pues eran las costumbres de los hombres, á quien la sanctidad y pureza del Evangelio se predicaba, éstas las tinieblas y la ceguedad y el estado miserable en que el mundo estaba tantos mil años había. Porque aquel fuerte armado y cruel tirano que trajo el pecado, y con él la muerte al mundo, de tal manera lo tenía oprimido y tiranizado, que era imposible por fuerzas humanas ser librado de su poder. Porque constándonos por las historias que había muchos gravísimos y elocuentísimos filósofos en aquel tiempo, cuales fueron Aristóteles y Platón y Teofrasto, y otros discípulos déstos, que conocían clarísimamente la vanidad destos dioses adúlteros y bestiales, y el perdimiento y locura de los hombres que los adoraban, nunca hombre dellos con toda su sciencia y elocuencia y agudeza de ingenio se atrevió á desengañar los hombres, y sacar al mundo de error tan pestilencial, porque á uno que lo tentó hacer, que fué Sócrates, le costó la vida.

III. Agora veamos cuáles fueron los instrumentos y ministros

que Dios escogió para persuadirles esta ley, y juntamente para destruir y desterrar la idolatría del mundo. Para esto se debe presuponer que el común estilo de nuestro Señor (como el Apóstol dice) es escoger lo más flaco y más abatido y desvalido del mundo, y lo que apenas tiene ser, para derribar toda la potencia y sabiduría del mundo. Porque como él pretenda en todas sus obras la gloria de su sancto nombre, poca gloria suya sería si con lanzas parejas y iguales armas triunfase del mundo. Su gloria es que con cosas flacas y abatidas quebrante la cerviz y poder de los soberbios. Desta manera por medio de una mujer flaca (que fué Judit) desbarató aquel grande ejército de los asirios. Por mano de solo Jonatás, con un solo paje de lanza, el de los filisteos: por mano de Gedeón, con solo trecientos hombres, el de los madianitas, que eran innumerables: por mano de los mozos de espuelas de los príncipes de las provincias, el de el rey de Siria. Y él mismo con ranas y moscas y mosquitos hizo cruda guerra al rey Faraón. Pues ¿qué diré de David? El cual siendo un pobre pastorcillo, sin más armas que una honda y un cayado, entró en desafío con un fiero gigante armado de todas armas y muy diestro en ellas, y le mató, y cortó la cabeza con la misma espada que el enemigo traía. Y Sansón sin más armas que una quijada de una bestia mató mil filisteos armados que venían á dar sobre él. Dónde dice S. Gregorio que el Salvador, sirviéndose de la rudeza de los Apóstoles, convirtió el mundo.

Pues siendo éste el estilo de Dios, y siendo tanto mayores sus victorias cuanto más flacos los instrumentos, de aquí es que para una tan maravillosa obra como fué la conversión del mundo, escogió los más flacos y desvalidos instrumentos del mundo, que eran como las heces y escoria dél. Porque escogió doce hombres desta cualidad, y los más dellos pescadores, y tan pobres, que algunos dellos estaban remendando sus redes: hombres sin letras, sin filosofía, sin elocuencia y sin policía. Y sobre todo esto, eran de tan bajos espíritus, que siendo preso el Señor que tantas maravillas en presencia dellos había obrado, huyeron y le desampararon con tanta cobardía, que uno dellos que venía desnudo, cubiertas las carnes con una sábana, queriéndole los enemigos prender, les dejó la sábana en las manos, y así vergonzosamente escapó. Y lo que más es, el príncipe de los Apóstoles, el más animoso y esforzado, el que tuvo revelación del Padre de la divi-

nidad y gloria de su Hijo, el que poco antes se había ofrecido á acompañar al Señor en la cárcel y en la muerte, ése por solo temor de una mozuela, sin más alguacil ni vara de justicia, negó al Señor en la misma casa donde él estaba. Pues ¿qué flaqueza, qué cobardía, qué deslealtad iguala con ésta? Y si éste, que era el más esforzado, tan bajos espíritus tenía, ¿cuáles habían de ser los de los otros sus compañeros, que no eran tan animosos, ni habían visto al Señor transfigurado y glorioso como él? Pues ¿qué más flacos instrumentos se pudieran hallar? Pues estos tales ministros escogió la divina Sabiduría para derrocar la idolatría y la potencia del mundo, y persuadir á hombres tan abominables cuales eran los gentiles, cosas tan dificultosas de creer, y muy más dificultosas de hacer.

IV. Mas veamos quiénes eran los que resistían á la predicación del Evangelio. ¿Quiénes? Mas ¿quién no le resistía? Todos los reyes y emperadores y monarcas del mundo, toda la potencia del imperio romano, domador y vencedor del mundo, todas las islas de la mar, todas las gentes y naciones no sólo de gentiles sino también de judíos, porque la predicación de la Cruz á los unos era escándalo, y á los otros locura. De suerte que en todo lo que rodea el sol, no había nación ni gente que no estuviese puesta en armas contra la predicación de la Cruz.

V. Mas ¿de qué manera resistían? Ya está arriba declarado, en el testimonio que los sanctos mártires dieron de nuestra fe con su sangre, que fué con las mayores crueldades y tormentos que todos los hombres instigados y enseñados por los demonios pudieron inventar, y en un cuerpo humano se pueden ejecutar.

Prosigue la materia de la conversión del mundo.

§ I

DECLARADAS ya estas circunstancias, comencemos á filosofar sobre ellas, para que clarísimamente se vea que esta obra tan grande no se pudo hacer sin Dios. Estando pues el mundo zabullido en tantas maneras de vicios, sin que los grandes filósofos y sabios se atreviesen á darle remedio, y los reyes y gobernadores de la tierra no sólo no lo procurasen, mas antes ellos fue-

sen los autores de tantos males, estos hombres pobres y rudos que habemos dicho, se determinaron de sacar el mundo de tan espesas tinieblas, y desarraigada la maldad de la idolatría, plantar en sus corazones la verdadera religión. Mas ¿con qué fuerzas, con qué riquezas, con qué nobleza, con qué habilidades, con qué artes y sciencias tomaron á pechos esta tan ardua y dificultosa empresa? Ya está dicho poco ha. Porque si preguntáis por la nobleza, eran de linaje bajísimos, si por las riquezas, eran pobrísimos, si por la sciencia, eran ignorantísimos, si por la elocuencia, eran de suyo barbarísimos, si por la delicadeza de sus ingenios, eran rudísimos, si por la manera de su vida, eran severísimos y gravísimos perseguidores de todas las deshonestidades y regalos del cuerpo, á que todos los gentiles estaban entregados. Por dónde era necesario que todos los aborreciesen y persiguiesen como á hombres destruidores, no sólo de su religión, sino también de todos sus gustos y regalos.

VI. Pues veamos, ¿qué fin tuvo esa tan grande empresa? ¿Qué acabaron esos ministros que Dios escogió para esta obra? Primeramente acabaron que aquellos dioses, adorados y reverenciados en todos los siglos pasados por todas las naciones y reyes y monarcas del mundo, fuesen escupidos, y acoceados, y quemados, y fundidos para hacer dellos bacías y calderas y otros vasos semejantes, como arriba dijimos, y juntamente que sus altares y templos fuesen profanados y puestos por tierra. Acabaron que creyesen todas aquellas cosas que dijimos ser tan arduas y dificultosas de creer al entendimiento humano, y señaladamente creyesen que un hombre tenido por hijo de un carpintero, y de quien todos sabían que por sentencia de juez había sido azotado y crucificado (que es como decir ahorcado) era verdadero Dios, hacedor de cielos y tierra, y señor de todo lo criado, y que estando enclavado en la cruz, movía los cielos, y regía el curso del sol y de la luna y de todas las estrellas. Pues ¿qué cosa más admirable que hacer creer esto á los hombres, y creerlo de tal manera, esto es, con tanta firmeza y constancia, que antes se dejasen hacer pedazos que menoscabar un punto desta fe? Ésta es una de las tres maravillas que según S. Bernardo, la omnipotencia de Dios pudo juntar en uno, que fueron, Dios y hombre, madre y virgen, fe y corazón humano, queriendo declarar por las primeras maravillas, que eran imposibles á todo el poder criado, esta

maravilla de la fe, que es haber acabado con los hombres que sin embargo de todas estas dificultades susodichas abrazasen esta fe. Por dónde algunos doctores, queriendo engrandecer esta obra, dicen que no saben determinar cuál haya sido mayor maravilla, ó morir Dios en una cruz por amor de los hombres, ó creer los hombres que era Dios el que así murió en cruz.

Acabaron también otra cosa no menos dificultosa, que fué la mudanza de las vidas y de las costumbres que antes tenían, tan mudadas, que de la carne hicieron espíritu, y de la tierra cielo, y de los hombres ángeles. Desto tratamos algo más extendidamente en su proprio lugar. Mas para entender esto de raíz, era necesario leer las historias eclesiásticas que desto tratan, y más especialmente las que escriben las vidas de los Sanctos que en aquel tiempo hubo en diversas partes del mundo, de las cuales escribió S. Hierónimo, S. Juan Clímaco, Teodoreto en la Historia Religiosa, Paladio, Casiano, Sulpicio Severo en sus Diálogos, y después de todos éstos S. Gregorio en los suyos, y otros semejantes autores. Los cuales cuentan maravillas de la sanctidad y pureza de vida que en aquella gloriosa edad florecía, en la cual estaba más reciente la sangre y la doctrina y los milagros de Cristo y de los sanctos Apóstoles, á donde remitimos al cristiano lector. Mas aquí tocaremos algo brevemente de la sanctidad de aquellos tiempos, la cual en parte se conosce por la infinidad de mártires que en todas las partes del mundo padescieron constantísimamente. Porque imposible era padecer tales tormentos, si no tuvieran una fe firmísima, y una esperanza segurísima, y una caridad encendidísima, y una fortaleza inexpugnable, y una paciencia incomparable, y finalmente todas las otras virtudes que para esta batalla eran necesarias. Porque si es verdad que no puede estar una perfecta virtud sin la compañía de todas las otras, ¿cómo pudieran estar las sobredichas virtudes en grado tan subido sin la compañía de todas ellas? Pues por este indicio entenderemos cuáles eran las vidas de los fieles en aquel tiempo, y cuán admirable fué aquella mudanza, que de hombres tan perversos (cuales eran los que adoraban los ídolos) se hiciesen ángeles y mártires de Cristo.

Acabaron otrosí que en el mundo, que era un desierto (donde no había sino árboles estériles, que no servían para más que arder en el fuego, ó para llevar manjar de puercos) creciesen ár-

boles que llevasen frutos de vida eterna, y que los páramos y sequedales se convirtiesen en ríos y fuentes de aguas, y que en las cuevas donde moraban dragones, se hiciesen verjeles y paraísos de deleites. Porque los soberbios y crueles como dragones se hicieron humildes, y los carnales espirituales, y los avarientos liberales, y los crueles piadosos y misericordiosos. Hicieron que los que antes robaban las haciendas ajenas, diesen por amor de Dios las suyas, y los que toda la vida gastaban en atesorar en la tierra, pusiesen sus tesoros en el cielo, y que los que hacían dios de su vientre (empleando todos sus cuidados y patrimonios en regalar su carne) la afligiesen y maltratasen con asperezas y abstinencias, y los que tenían su propria voluntad y apetito por regla y ley de su vida, derogada esta ley, abrazasen la del sancto Evangelio, crucificando su carne con todos sus vicios y cobdicias.

En lo cual hubo dos grandes dificultades, porque no sólo habían de inducir los hombres á este género de vida tan áspera, sino era necesario desarraigar primero la costumbre envejecida de todos los vicios y destruir los fueros y costumbres de la patria, que habían recibido de sus padres y agüelos y de todos sus antepasados, confirmadas con la autoridad y ejemplo de todos los reyes y con la costumbre inmemorial de tantos siglos. Porque la doctrina del Evangelio todo esto condenaba, la cual atraía los hombres de los deleites á la aspereza, de la avaricia al amor de la pobreza, y del camino largo y espacioso de la carne á la senda estrecha del espíritu.

Y esto pudieron persuadir, como dice S. Crisóstomo (1), en cuyo tiempo estaba la fe dilatada por todo el mundo, no á diez ni veinte personas, sino á cuantas moraban debajo del sol. Porque en todas las naciones de los romanos, y persas, y escitas, y indios, y finalmente, griegos, judíos y bárbaros se edificaron iglesias y altares de Cristo. Y desta manera el mundo que era como un erizo lleno de espinas, fué repurgado y alimpiado para que fuese cultivado, y recibiese la semilla saludable de la palabra de Dios. De modo que esta nueva filosofía no sólo llegó á las tierras vecinas á Hierusalem, de donde ella salió, sino hasta los últimos fines de la tierra, y esto en tan breve espacio, que el profeta Esaías (2) se maravilla de la ligereza con que los discípulos á

(1) Chrysost. homilia: *Quod Christus est Dominus.* (2) Esai. 24.

manera de nubes volaron por todo el mundo, regando la tierra con la lluvia de su doctrina, para que diese frutos de vida eterna. Y en el capítulo 24, después de declarada por palabras clarísimas la destrucción de Hierusalem y de su pueblo, nos convida á dar gracias y alabanzas al Señor por haber recompensado la pérdida desta ciudad y de su pueblo con la conversión del mundo, diciendo: Por tanto glorificad al Señor con las doctrinas, y en las islas muy apartadas alabad el nombre del Señor Dios de Israel. Dende los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo. Justo llama al Salvador, por ser él por excelencia justo y autor de nuestra justicia.

Prosigue la misma materia.

§ II

Mas esta dilatación de la fe fué mucho mayor en tiempo del cristianísimo y grande emperador Constantino, en cuyo tiempo nasció S. Hierónimo, el cual toca brevemente esta conversión del mundo en el Epitafio de Nepociano por estas palabras: Antes de la resurrección de Cristo en sola Judea era Dios conoscido, y en Israel era grande su nombre. Mas agora todas las lenguas y letras de las gentes cantan su sagrada pasión y resurrección. Callo las tres naciones de hebreos, griegos y latinos, las cuales nuestro Salvador dedicó con el título de su cruz, que en las lenguas destas tres naciones estaba escrito. Ya el indio, y el persiano, y el godo, y el egipciano saben filosofar y tratar de la inmortalidad del ánima que vive después del cuerpo, que es lo que Pitágoras soñó, y Demócrito no creyó, y Sócrates para consolación de su condenación disputó en la cárcel. La fiereza de los vecinos de Tracia, y aquella gente bárbara vecina del Norte, que andan cubiertos con pieles de fieras (los cuales en los tiempos antiguos sacrificaban hombres en los enterramientos de los muertos) mudaron su barbarismo en la dulce melodía de la Cruz, y la común voz de todo el mundo es Jesucristo. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo. El cual en la epístola que envió á una noble señora romana por nombre Leta, escribe que un pariente suyo, de la nobilísima familia de los Gracos, pocos días antes ha-

bía despedazado los ídolos de diversas gentes, de que él allí hace mención, aun antes que recibiese el santo baptismo. Y añade luego: La gentilidad padesce ya en las ciudades soledad y falta de sus ídolos, y los que antes eran dioses de las naciones, están ya con los buhos y lechuzas encima de los tejados. Las púrpuras y coronas de los reyes que resplandescen con piedras preciosas, están hermoseadas con la gloriosa señal de la Cruz. Ya el dios Serapis de Egipto se ha hecho cristiano, y cada día recibimos en esta tierra compañías de monjes que vienen de la India, de Persia y de Etiopía. El armenio dejó ya sus saetas. Los hunnos aprenden el Psalterio. Los fríos de los escitas, vecinos del norte, hierven con el calor de la fe. El ejército resplandesciente y rubio de los getas trae las señales de la Iglesia, y por esto pelean por ventura con nosotros con iguales fuerzas, porque con semejante religión. Hasta aquí son palabras de S. Hierónimo, por las cuales entenderemos cuán dilatada estaba en aquel tiempo la predicación y fe del Evangelio por todas las partes del mundo.

Sobre lo dicho encarece S. Crisóstomo esta tan maravillosa obra, diciendo que si esta tan gran mudanza del mundo se hiciera en tiempo de paz, donde nadie la contradijera, todavía fuera obra admirable: mas no fué así, sino que todas las gentes y reinos y provincias, todos los reyes y monarcas del mundo se armaron y conjuraron contra ella, viendo que esta doctrina escupía sus dioses, escarnecía sus solemnidades, y abominaba sus sacrificios, y pisaba las estatuas de sus ídolos: lo cual los paganos sentían tanto, como nosotros sentiríamos si nos obligasen á hacer con la imagen del Crucifijo lo que nosotros hacíamos con las de sus dioses. Y no contentos los tiranos con quitar la vida á los fieles, inventaban cada día nuevas maneras de tormentos contra ellos: azotes, cadenas, destierros, perdimiento de bienes, fuegos, cruces, parrillas, sartenes, bestias fieras, garfios y peines de hierro, tinas de aceite hirviendo, cárceles escuras y hambre continua. Nada desto bastó para vencer la fe y constancia de los sanctos, mas antes (lo que sobrepuja toda admiración) muchos dellos ardían tanto en el amor de Cristo, que deseaban mucho más padescer tormentos por él, que los hombres del mundo desean honras y prosperidades, porque entendían cuánto mayor honra era ésta que todas las que el mundo puede dar. Y así escribe el Apóstol en la Epístola á los Hebreos, hablando de los que entre ellos

eran fieles, que habían sufrido con alegría el despojo y robo de sus bienes, como gente que esperaba otros mayores y más durables en el cielo. Y de los gentiles que habían creído en Macedonia, dice que afligidos con grandes persecuciones, no sólo no desmayaron, mas antes recibieron con ellas grande alegría. Y de los Apóstoles se escribe que siendo azotados por mandamiento del sumo sacerdote, iban muy alegres delante del concilio, por haberlos hecho Dios dignos de padecer injurias por el nombre de Cristo, porque ya el Espíritu Sancto les había dado luz para conocer cuán grande gloria era ésta. Este contentamiento hallaban en los azotes los que poco antes por pura cobardía habían huído y dejado al Salvador solo en medio de sus enemigos, para que por aquí se entienda que esta alegría no nacía dellos, sino de la virtud del Espíritu Sancto, que les había dado nuevo corazón y nuevas fuerzas. Pues ¿qué diré de la alegría con que Sant Andrés saludó y abrazó la cruz en que había de padecer? ¿Qué del alegría con que el apóstol S. Pablo esperaba la hora tan deseada de su martirio? El cual estando preso en hierros, escribe á los filipenses estas palabras (1): Si yo fuere agora sacrificado, alégrome y gózome de vuestro bien, y pídoos que os alegréis comigo, y me deis el parabién desta gloria que espero. ¿Quién jamás vió pedirse tal gozo y tal parabién como éste? Esto suelen pedir los amigos á otros amigos cuando han alcanzado alguna nueva dignidad. Mas pedirlo estando en la cárcel, y esperando la espada del verdugo, ¿quién jamás lo vió? Lo que muchas veces se ha visto, es desmayar los hombres, y perder el sueño y la comida y toda alegría, cuando en tal estado se ven, y ir al lugar de la muerte ya medio muertos. Mas tener tal alegría, y pedir á los amigos que festejasen este día y que se alegrasen con él, ¿quién jamás lo vió? ¿Dónde está aquí el amor tan natural de la vida? ¿Dónde el temor natural de la muerte que todos los animales temen? ¿Dónde las leyes de naturaleza, que con tan fuertes inclinaciones procura la conservación de cada uno? ¿Qué haces aquí, naturaleza humana? ¿Quién te ha privado de tus derechos? ¿Quién te ha despojado de tus fuerzas? ¿Quién te ha así trocado y subjectado á otras nuevas leyes? Pues ¿quién será tan rudo que no vea cómo no óbra

(1) Philip. 2.

aquí la naturaleza, sino la gracia, no la virtud humana, sino la divina, no el hombre solo, sino Dios con el hombre?

Pues aún más admirable cosa es la que diré. Porque con todas estas máquinas de tormentos no sólo no pudieron todos los reyes y emperadores impedir la conversión de los hombres, mas antes (lo que sobrepuja toda admiración) cuanto más los perseguían, tanto más se convertían, y cuanto más cristianos martirizaban, tanto más se multiplicaban, sabiendo cuántos linajes de tormentos les estaban aparejados, recibiendo la fe. Á los cuales la prudencia humana hablaba á cada uno en su corazón, y le decía: ¿qué haces, hombre, qué determinas? ¿Qué acuerdo es ése que tomas? ¿No ves que están contra ti armados los reyes y emperadores? ¿No ves que hasta los mismos padres se encruelescen contra sus hijos, y los persiguen como á enemigos por esta nueva doctrina? ¿No ves que es locura dejar los dioses que adoran los emperadores y todas las naciones del mundo, por adorar un hombre crucificado? ¿No ves las cárceles llenas de hombres presos por esta causa? ¿No ves las justicias y carnicerías que cada día se hacen en ellos? ¿No te espantan los ríos de su sangre que cada día se derraman por todas partes? Pues ¿no está claro que así el demonio como la prudencia del mundo representarían todo esto y mucho más á los corazones de los que de nuevo trataban de convertirse á la fe? Pues todas estas razones y miedos vencieron innumerables hombres y mujeres y doncellas y niños que se convertieron, sin embargo de ver todo esto cada día con sus ojos. Pues ¿quién no reconocerá aquí la virtud de Dios en tan gran mudanza de corazones? Aquí vemos lo que acaesció á los hijos de Israel en la tierra de Egipto, que cuanto más el rey Faraón los perseguía y quería diminuir, mandando ahogar los hijos varones, tanto más ellos se multiplicaban: así también en la conversión del mundo, cuanto con mayor ansia trabajaban los emperadores por apocar el número de los fieles, tanto más ellos crescían, porque el mismo Dios que allí resistía al rey Faraón, aquí resistía á los emperadores del mundo, y el que allí multiplicaba los hijos de Israel, aquí multiplicaba los fieles. Y si nadie puede negar que allí obraba Dios, mucho menos lo podrá negar aquí, porque allí Faraón hacía guerra á aquel pueblo mandando ahogar los niños, mas aquí hacían guerra los emperadores con extraños tormentos.

Prosigue la misma materia.

§ III

ESTE pues dije al principio que era el mayor de todos los milagros, por concurrir en él tantas maravillas juntas. Porque una maravilla fué desterrar la idolatría del mundo, confirmada con la costumbre de todos los siglos pasados. Otra fué hacer que los hombres creyesen que un hombre justiciado entre ladrones, y muerto y sepultado, era verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Otra maravilla fué mudarse las costumbres de los hombres de una vida tan deliciosa y perversa á una tan sancta y tan áspera. Otra fué padescer tantos cuentos de mártires tan exquisitos tormentos con tan grande constancia y alegría. Otra fué que mientra más perseguidos eran los cristianos, más se convertían cada día y se multiplicaban. Y otra fué haber Dios acabado esta tan grande obra por medio de unos pobres pescadores y hombres rudos y idiotas.

Son todas estas cosas juntas y cada una por sí tan grandes y tan admirables, que era imposible acabarse sin socorro sobrenatural de Dios. Y dejados aparte todos aquellos misterios que al principio propusimos de la resurrección de los cuerpos, y de la Beatísima Trinidad, y del Sanctísimo Sacramento del altar, pongamos los ojos en solo el misterio de la Cruz, y acordémonos de lo que al principio propuse, que en aquel tiempo era muy más afrentoso nombre el de la cruz, que agora lo es el de la horca, y el del crucificado que el del ahorcado, por las razones que allí alegamos. Porque, pondere agora quien tiene juicio, ¿qué parecería predicar en aquel tiempo que un hombre justiciado con este tan vergonzoso tormento entre ladrones era Dios, y afirmar esto, no Aristóteles, ni Platón, ni otro algún insigne filósofo, sino unos hombres desharrapados, que nunca aprendieron letras ni sciencias humanas? Pues ¿cómo era posible creer esto tantos millares de hombres de todas las naciones del mundo, así sabios como simples, si no fueran movidos por el Espíritu Sancto, y convencidos con evidentísimos milagros, mayormente poniendo á manifestísimo peligro sus vidas los que esta fe recibiesen?

Mas para que mejor esto se entienda, pongámoslo en práctica con algún ejemplo particular. Fué el emperador Constantino uno de los más valerosos emperadores del mundo así en la guerra como en la paz, según está ya declarado, el cual solo poseyó el sceptro del imperio romano sin otro compañero. Pues ¿cómo era posible que un príncipe de tan gran valor desechase y pisase todos los dioses de los emperadores sus antepasados, en cuyo tiempo habían ellos conquistado el mundo, y subjectádolo á su imperio, y adorase por único y solo Dios un hombre ahorcado entre ladrones? Uso (como dije) deste nombre por mostrar la ignominia en que la cruz entonces era tenida. ¿Cómo era pues posible que un tan valeroso príncipe tal creyese, si la fuerza de los milagros y la virtud del Espíritu Sancto no le persuadieran esta verdad tan ardua y tan dificultosa de creer, y que esto creyese con tanta firmeza, que en todos sus estandartes y banderas no trajese otra señal sino la de la Cruz? Mas entre otros milagros, el primero fué que habiendo de entrar en batalla contra Majencio, tirano que imperaba en Roma, vió él juntamente con todo su ejército la gloriosa señal de la Cruz hecha en el cielo, hacia la parte del mediodía sobre la tarde, con estas palabras escritas: Constantino, con esta señal vencerás. Y Eusebio Cesariense cuenta que él mismo oyó al dicho Emperador contar á muchos esta maravilla, y afirmarla con juramento. Y luego puso esta gloriosa señal en su estandarte, y con ella venció al tirano sin sangre de los suyos ni de los romanos, que era lo que él más deseaba. Pues por este ejemplo se entenderá cuán grande maravilla fué que no solo este Emperador, mas también tantas diferencias de naciones pudiesen acabar consigo creer que un hombre con tan vergonzoso tormento justiciado era Dios. ¿Qué dijeras, Aristóteles, si esto oyeras? Y ¿qué sintieras, si á fuerza de milagros lo creyeras, pues era tan grande la estima que tenías de aquella altísima y divinísima Substancia, que juzgabas por cosa indigna de su majestad pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura? ¿Qué sintieras, si creyeras que pasó tan adelante la bondad y caridad deste Señor, que vino á hacerse hombre por amor de los hombres? Y ¿cuál fuera tu pasmo, si junto con esto creyeras que ese mismo Señor llegó á padescer la muerte que por ellos padesció? ¿Qué espanto fuera el tuyo, si te vieras sumido en este abismo de tan grande bondad y

caridad, y entendieras los fructos inestimables que desa muerte procedieron?

Ésta es pues aquella maravilla que el Apóstol encarece, cuando dice: Claramente se ve cuán grande misterio haya sido haberse manifestado Dios en la carne, y ser él testificado y aprobado por el Espíritu Sancto, ser revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído del mundo, que es haber rendido y subjectado los entendimientos humanos á creer cosa tan admirable.

Esta victoria compara el profeta Esaías con la que alcanzó Gedeón de los madianitas, cuando dice (1): Alegrarse han, Señor, los tuyos delante de ti, como se alegran los labradores en el tiempo que recogen las mieses, y como se gozan los vencedores habida una gran presa, cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima de tu pueblo el yugo pesado del enemigo, y la vara de sus hombros, y el sceptro del tirano, así como lo quitaste de tu pueblo en el día de la victoria contra Madián. Esta victoria alcanzó Gedeón contra un ejército innumerable de los madianitas, que tenían oprimido el pueblo de Israel, al cual mandó Dios que no llevase consigo más que trecientos hombres, cada uno de los cuales llevaba en la una mano una trompeta, y en la otra una hacha encendida dentro de un vaso de barro. Y quebrados los vasos, resplandesció la lumbre que dentro estaba, y tocando las trompetas, espantados los enemigos, ordenándolo así Dios, volvieron las armas contra sí mismos, y unos á otros se mataron, y con esta tan gran victoria el pueblo de Israel, que estaba oprimido de los madianitas, quedó libre. Pues ¿qué hombre habrá tan bruto, que no vea claramente esta victoria haber sido alcanzada por solo el poder de Dios? Pues con esta manera de victoria compara el Profeta la que Cristo por medio de sus ministros alcanzó del poder y tiranía del príncipe deste mundo, el cual tenía tiranizado todo el género humano, oprimiéndolo con la pesada carga de los pecados, y azotándolo con la vara de sus mismos apetitos y pasiones, pidiéndoles cada día el tributo de aquel primer pecado, que era la muerte y las penalidades que dél se siguieron, con otros nuevos pecados que de aquél procedieron. Porque así como Gedeón con el sonido de

(1) Esai. 9.

las trompetas y con el resplandor de aquellas lumbreras que se descubrieron, quebrados los vasos de barro, así el Salvador con el sonido de la predicación del Evangelio y con la claridad de las virtudes que en las costumbres y vida de los varones apostólicos resplandecía (la cual señaladamente se veía en la mortificación de su carne con todos sus apetitos, y en la paciencia que tenían en el despedazamiento de sus cuerpos) con estas dos cosas nos libró de la subjección y captiverio deste crudelísimo tirano. Pero esta victoria fué tanto más esclarescida que aquélla, cuanto fué mayor cosa librar los hombres del poder de los demonios, que á los hijos de Israel de la subjección de los madianitas, y cuanto es más triste la servidumbre y captiverio de las ánimas que la de los cuerpos, y cuanto es mayor hazaña subjectar el mundo al imperio de Cristo que vencer un ejército de enemigos. Pues si confesamos que aquella victoria de Gedeón fué milagrosa, ¿cuánto mayor milagro es haber alcanzado ésta con tan pocos hombres, y ésos tan rudos y bajos como aquí habemos declarado?

Y para que se vea cuánto esta obra sobrepuja toda la facultad del poder y saber humano, consideremos cuán grandes filósofos y cuán elocuentes y sabios hubo en el mundo, los cuales no fueron parte para acabar esta obra, ni sacarlo de tan abominable ceguera y engaño, y miremos por otra parte quiénes fueron los que esto pudieron acabar. Y dejados aparte otros insignes filósofos, pongamos los ojos en solo Platón, que fué, según Tulio cree, el principal de todos. Cuán grande haya sido la sabiduría y elocuencia deste filósofo, sus obras lo declaran. Y no fué menor su virtud y el deseo que tuvo de inducir los hombres al amor della. Y viendo que en Atenas nada aprovechaba su diligencia, pasó de ahí á Sicilia y á Cirene, á Egipto y á Italia, para ver si en estos lugares hallaría personas á quien persuadiese la virtud que deseaba. Pues si la opinión y fama de la virtud pudiera algo, ninguno fué en aquellos tiempos más afamado en la virtud que él. Si la elocuencia es poderosa para persuadir lo que quiere, y arrancar de raíz las opiniones falsas, ninguno hubo en Atenas (donde nasció y cresció la elocuencia) que fuese más elocuente que él. Y para traer los hombres al amor de la virtud, no les ponía delante trabajos, sino la hermosura y la dignidad y gloria que andan en compañía della. Mas veamos agora, con todas estas partes tan principales, ¿qué acabó con los hombres? ¿Qué vi-

cios desterró? ¿Qué desórdenes quitó? ¿Qué república, de la manera que él tanto deseaba, fundó? Claro está que ninguna. Mas estos nuestros pescadores, idiotas y rudos y ajenos de todas las artes y letras polidas, mudaron el mundo, y apartándolo de innumerables vicios y pecados horrendos en que estaba sumido, lo levantaron al amor y estudio de la verdadera religión y sanctidad, y de tal manera lo armaron y persuadieron, que por no perder la virtud, consintiesen en perder la vida. Pues ¿quién no reconoce aquí el poder de aquel soberano Señor que con los hombres más bajos del mundo acabó la mayor obra de cuantas se han visto en el mundo?

Pongamos otro ejemplo. Cuán gran número de predicadores hay hoy día en la Iglesia que toda su juventud gastaron en aprender letras para hacer este oficio competentemente. Pregunten pues á alguno dellos, aunque sea de los más afamados, cuántos hombres de los que estaban envueltos en pecados, sacaron de pecado, y hicieron amadores de la virtud, y veremos cuán pocos podrán señalar. Y éstos tienen ya medio camino andado, pues predican á los que ya tienen recibida la fe, ni el que aceptare la doctrina tiene por qué temer cárceles y tormentos, como temían los que en aquel tiempo se convertían, antes con la virtud ganan crédito y reputación, y con todo esto son tan pocos los que por la doctrina mudan la vida, que los podríamos contar por los dedos. Mas aquellos pescadores, sin embargo de todo lo dicho, fueron parte para que tantas gentes y naciones de tal manera mudasen las vidas, que de hombres infernales se hiciesen divinos y celestiales. Pues ¿qué diré de aquel oficial mecánico (1), que en compañía de otro oficial del mismo oficio trabajaba noche y día con sus manos para sustentar á sí y á sus compañeros? El cual con toda esta ocupación y bajeza de oficio hinchió todas las tierras vecinas al mar Ilírico de la predicación y sanctidad del Evangelio. Pues ¿qué cosa más admirable y más fuera de toda esperanza y fuerzas humanas que ésta? ¿Quién no ve aquí clara la asistencia y favor de Dios? Esto pues baste para que veamos con cuán gran lluvia de maravillas está fundada y confirmada la fe y religión cristiana.

Ni hay para qué hacer aquí mención de la secta de Mahoma,

(1) Act. 20.

que tan dilatada está por el mundo, porque ningunas dificultades ni circunstancias concurren en ella de las que aquí habemos declarado. Porque primeramente no propuso este engañador al entendimiento humano cosa alguna dificultosa de creer. Porque no le obligó á creer más de que hay un solo Dios, cosa que todos los grandes filósofos alcanzaron, y se alcanza por sola razón natural sin lumbre de fe. Tampoco á la voluntad y á los apetitos de la carne propuso otras cosas más de lo que ellos se quieren, que es tener licencia para fornicar (porque la fornicación simple no la puso por pecado) y tener cuantas mujeres pudieren mantener, cosa que ni en las aves se halla, ni los romanos gentiles usaron. Tal ley como ésta recibieron abiertos los brazos los hombres carnales, porque eso era lo que su carne deseaba. Ni aquí hubo contradición de emperadores, ni mártires innumerables que padesciesen por esta ley tan agradable á carne y á sangre, ni fué confirmada con milagros ni con razones, sino con armas, con las cuales se ha dilatado, por ser muy grande el poder y señorío que la carne tiene en el mundo, y muy pequeño y estrecho el del espíritu. Ni esta secta en sus principios fué recibida sino de gente bruta y bárbara, como quiera que nuestra Religión en sus principios haya sido recibida en las naciones más insignes y políticas del mundo, que fueron en el imperio romano (donde estaba la monarquía del mundo) y en Grecia (donde florecían las escuelas de la sabiduría) y en Judea, donde reinaba el conocimiento del verdadero Dios y la doctrina de los Profetas revelada por él.

Y quien mirare esta secta, verá que es una ensalada de todas las leyes que hizo este engañador, para atraer á sí los profesores de todas ellas. Porque de los judíos tomó la circuncisión y el no comer puerco, de los cristianos tomó decir grandes alabanzas de Cristo y de su sanctísima Madre, y confesar que Cristo le hacía grande ventaja: y de sí mismo tomó aquel deshonestísimo y sucísimo paraíso de comer y beber y vicios sensuales, de que arriba hecimos mención, con otras patrañas y fábulas mentirosísimas, como cuando dice que un pedazo de la luna le cayó en la manga, y que él se lo tornó á pegar en su lugar, y otras cosas desta cualidad, de que está lleno su Alcorán: y al cabo, por quitarse de contiendas, viene á decir que cada uno se salva en su ley, lo cual es imposible, si no es la ley verdadera. Pues si es verdadera la ley de los cristianos, y ella condena todas las otras leyes, y las

da por falsas, ¿cómo se pueden salvar los hombres en ellas? Mas dejado aparte este monstruo, discípulo de la escuela del Epicuro y de Arrio, vengamos á las profecías con que está confirmada nuestra sanctísima Religión.

DE LA POSTRERA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER CONFIRMADA CON EL TESTIMONIO DE LAS PROFECÍAS

CAPITULO XXIX

Después del testimonio de los milagros síguese el de las profecías, que no es de menor autoridad, pues el uno y el otro tiene por testigo á Dios, el cual solo por excelencia puede hacer milagros, y solo sabe las cosas que están por venir, aunque sean las que penden del libre albedrío y voluntad del hombre, de lo cual él muchas veces se gloría en el profeta Esaías. Mas aunque el un testimonio y el otro sean de igual autoridad, pero más nos mueve el testimonio de las profecías que el de los milagros, porque los milagros creémoslos, mas no los vimos, pero las profecías juntamente creemos y vemos, porque vemos en nuestros tiempos el cumplimiento de muchas dellas, como parecerá por lo que aquí dijéremos. Destas profecías unas son del Testamento Viejo, de que se trata en la cuarta parte desta escritura, y otras del Nuevo, que agora tocaremos.

Entre las cuales pongo en el primer lugar aquella profecía que claramente testifica este soberano milagro de la conversión del mundo, que acabamos de explicar. Porque estando el Salvador vecino ya á su sagrada pasión, viendo que por ella se acercaba la redempción del mundo y la victoria contra el demonio, dijo estas palabras en presencia del pueblo: Llegada es ya la hora del juicio del mundo, agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. Y añade luego el Evangelista: Esto decía para declarar el linaje de muerte que había de padescer, que era ser levantado en una cruz. Esta profecía denuncia en pocas palabras la conversión del mundo, como dijimos. Porque decir que el príncipe deste mundo ha de ser juzgado y echado fuera dél, es profetizar que el demonio, que en todas las naciones del mundo y en todo lo que el sol mira (sacado el rinconcillo de Judea) era

adorado de reyes y emperadores y de todas las gentes, había de ser despreciado y acoceado, es denunciar el mayor de los triunfos de Cristo, que fué el de la idolatría, de que arriba tratamos. Y decir que siendo él muerto en cruz, traería todas las cosas á sí es decir que él sería reconocido, obedecido y adorado por verdadero Dios, desechados los falsos y fingidos dioses. Pues esto es acrecentar una maravilla sobre otra maravilla, y un milagro sobre otro milagro. Porque un gran milagro fué la conversión del mundo, como ya vimos, y otro fué profetizarla antes que fuese, que es cosa que á solo Dios pertenece, como dijimos. Porque decir un hombre de sí lo que ha de hacer adelante, no es cosa nueva, mas decir lo que pende de voluntad de otros, y no de pocos sino de gentes y reinos y príncipes, no es cosa de hombres, sino de solo Dios, el cual con su sabiduría ve todas las cosas que han de ser, y con su omnipotencia muda las voluntades para todo lo que quiere hacer, y así las mudó para que los hombres, dejados sus dioses, adorasen la Cruz y al que en ella fué crucificado. Esta circunstancia de la gloria de la Cruz (la cual tocamos arriba brevemente) engrandesce con mucha razón Sant Crisóstomo (1).

Mas para que entendamos la grandeza desta gloria, debemos considerar lo que arriba tocamos de la ignominia del tormento de la cruz. Porque entre cuantas maneras de tormentos habían inventado los gobernadores del mundo, ó para castigar los malhechores, ó para descubrir la verdad de los delictos, cuales eran azotes, cárceles, cadenas, cruces, tenazas, dientes de hierro, plomo derretido, braseros de fuego, aceite hirviendo, y otros tales, que sólo verlos pone horror, éste de la cruz se llama en la Escriptura maldito (2), por ser el más infame, más amenguado, más terrible y más vergonzoso de todos, como arriba declaramos. Pues ¿qué cosa de mayor admiración que venir la más ignominiosa cosa del mundo á ser la más gloriosa dél, y mucho más que las coronas reales de los reyes y emperadores, pues éstos mismos quitan las coronas, y reciben en sus cabezas esta gloriosa señal? Ésta ponen en su púrpura, ésta en sus armas, ésta en sus coronas, ésta en las entradas de los templos, ésta en los altares, ésta en la consagración de los sacerdotes, ésta en la gavia de los navíos, en los lugares públicos, en la soledad, en los

(1) Chrysost. ubi supra. (2) Deut. 21.

caminos, en los montes, en los cuerpos de los endemoniados y de los enfermos, en las batallas, en las banderas y finalmente en todas las cosas. Y de esto ninguno se afrenta, ninguno se avergüenza de traer sobre sí la señal del tormento maldito, antes con ella están los hombres más adornados que con piedras preciosas y collares de oro. Dónde vemos cuán diferente orden es el de las obras de Dios y de los hombres. Vemos en el mundo reyes y príncipes, que mandan las gentes, que mueven guerras, que enseñorean pueblos, que destierran los que quieren, que matan á unos y dan vida á otros. Los cuales siendo tan poderosos y gloriosos en la vida, son muchas veces después della olvidados de todos, y sus leyes anuladas, y sus estatuas derribadas, y toda aquella su gloria desaparece como humo ó como una farsa, cuando se acaba de representar. Mas ¡cuán diferente camino llevan las obras de Dios! En vida del Salvador la cruz era, como dijimos, señal de maldición y de ignominia, y después de su muerte resplandece en el mundo más que el sol y que todas las estrellas: antes era aborrecida y temida, agora amada y deseada. Y así á ella se acogen en todos sus trabajos y peligros los grandes y los pequeños, los señores y los siervos, los reyes y los vasallos, y finalmente todos los estados y condiciones de hombres. Antes de la Cruz el príncipe de los Apóstoles tembló de las amenazas de una mozuela, y todos sus compañeros huyeron y desampararon al Señor: mas después de la Cruz desafiaron al mundo, y acocearon todos los dioses y príncipes de la tierra, burlando de sus amenazas, y despreciando sus tormentos. Y no sólo la Cruz, sino también los Apóstoles que la predicaron (los cuales en vida fueron tenidos por las heces y escoria del mundo) después della fueron más estimados y reverenciados que los reyes de la tierra, y sus sepulcros y reliquias tan veneradas, que los mismos reyes tienen por grande gloria ser sepultados cerca dellos. Pues ya el que puede haber un pedacico de aquel sagrado madero, ¡cuán ricamente lo viste de oro y perlas preciosas, y lo trae al cuello por ornamento y escudo de todos los peligros! De manera que ésta que era señal de maldición, se ha hecho materia de bendición, muro de seguridad, azote de nuestro adversario, y freno de los demonios. Ésta destruyó la muerte, quebrantó las puertas del infierno, despedazó los cerrojos de hierro, combatió los castillos del príncipe deste mundo, cortó los niervos del peca-

do, libró al mundo de la condenación á que estaba subjecto, y curó la llaga de la naturaleza humana. De manera que lo que no habían podido acabar con los hombres los mares abiertos, y los carros de Faraón anegados, y el maná del cielo, y el agua de la peña dura, y las otras maravillas que obró Dios en la salida de Egipto, obró la virtud de la Cruz, no en una sola gente, sino en todo el mundo. En lo cual se verá cuán grande misterio está encerrado en estas tan breves palabras del Salvador: Si yo fuere levantado de la tierra (que es ser puesto en una cruz) todas las cosas traeré á mí. Lo susodicho es de Crisóstomo.

§ I

Otra profecía leemos en el Evangelio consecuente á ésta. Porque derramando aquella piadosa mujer un precioso ungüento sobre la cabeza del Salvador, y indignándose desto los discípulos por lo que allí se desperdiciaba, aprobó el Salvador lo que la piadosa mujer había hecho, y dijo: En verdad os digo que doquiera que este Evangelio fuere predicado en todo el mundo, se dirá lo que esta mujer hizo en memoria de ella. Así se cumplió, como el Salvador lo dijo. Esta profecía engrandesce el mismo Sant Crisóstomo por estas palabras (1): En todas las iglesias los reyes, los cónsules, los duques, los hombres, las mujeres, las personas nobles y ilustres oyen con sumo silencio el oficio desta mujer. Cuántos reyes ha habido en el mundo, que hicieron grandes beneficios á muchos, que dieron batallas poderosamente á otros, que levantaron sus banderas y triunfos con grande gloria, que gobernaron gentes, y edificaron ciudades, y ennoblecieron y acrescentaron sus repúblicas, y con todo eso, así ellos como sus beneficios están echados en olvido. También ha habido reinas y mujeres clarísimas, las cuales hicieron grandes beneficios á sus pueblos y vasallos, de cuyos nombres y beneficios no hay noticia ni memoria. Mas esta pobre mujer, que no hizo más que derramar un poco de ungüento, en todo el mundo es celebrada, y con haber tantos años que esto pasó, no se ha olvidado su memoria, ni olvidará jamás. Y con ser este hecho de poca substancia (porque

(1) Chrysost. Homil. I contra Judaeos.

¿qué mucho era derramar un poco de ungüento?) y ser particular la persona, y no ser muchos los testigos desta obra (porque entre los discípulos pasó el negocio) ni ser el lugar público y frecuentado de gentes, sino una pequeña casa, y con todo esto, ni la particularidad de la persona, ni el pequeño número de los testigos, ni la escuridad del lugar han podido escurescer la memoria desta mujer, la cual hoy día está más celebrada que todos los reyes y reinas del mundo. Pues ¿quién fué poderoso para hacer que este Evangelio se predicase por todo el mundo, y quién pudo profetizar tantos años antes lo que agora vemos cumplido y cumplirse cada año? ¿No está claro que nadie pudo hacer esto sino Dios, ni profetizarlo antes que fuese, sino solo él?

Con esta profecía podemos juntar otra semejante á ella, pero aún más ilustre, la cual profetizó en su Cántico la serenísima Virgen nuestra Señora, cuando dijo: Porque el Señor tuvo por bien poner los ojos en la humildad y bajeza de su sierva, por tanto me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Todas las circunstancias con que S. Crisóstomo engrandece el milagro de la profecía pasada, hay en ésta, y algo más. Porque la fama de aquella mujer solamente corre dentro de los términos de la Iglesia católica y de las naciones que han recibido el Evangelio, mas la gloria y alabanza desta Virgen pasa más adelante, porque demás desto corre por todas las naciones de moros, de turcos, los cuales con toda su infidelidad engrandecen el nombre de Cristo y de su sanctísima Madre. Y así en el Alcorán leemos grandes alabanzas así del Hijo como de la Madre, y esto en tanto grado, que ellos rezan á nuestra Señora la oración del Ave María, quitándole aquella palabra Madre de Dios. Porque gente fundada en la herejía del perverso Arrio, aunque engrandecen á Cristo, no quieren reconocer la gloria de su divinidad. Pues esta profecía de tan grande y tan universal gloria entre tantas y tan diversas naciones, aunque sean de infieles, dijo una pobre virgen, desposada con un carpintero, y díjola entre cuatro paredes, con un solo testigo, que fué la madre del sancto Baptista: y con ser esto así, vemos volar la fama desta Virgen por todos los siglos presentes y pasados, y llamarla todas las gentes bienaventurada. Pues ¿quién pudo trazar y disponer el mundo de tal manera, que el Hijo desta Virgen fuese adorado, y ella como madre de tal hijo, llamada bienaventurada? Fácil cosa era decir esto

una mujer por palabras, mas la ejecución de cosa tan grande, ¿quién la pudo obrar sino Dios, y quién revelarla antes que fuese, sino Dios?

§ II

Hay también otra profecía semejante y consecuente á las pasadas, en la cual profetizó el Salvador la fundación y estabilidad de su Iglesia contra todo el poder del mundo, cuando dijo á S. Pedro: Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infiérno no prevalecerán contra ella. Y por las puertas del infierno entiende todas las tempestades y persecuciones que los demonios infernales por medio de sus miembros y ministros habían de levantar contra ella. Donde primeramente profetiza la conversión del mundo, que fué la maravilla de que arriba tratamos, con todas sus circunstancias, y por esto no repetimos aquí nada de lo dicho. Lo segundo, aquí profetiza las persecuciones que se habían de mover contra esta Iglesia, las cuales profetizó más á la clara por S. Lucas (1), diciendo que habían de levantarse los incrédulos, y poner las manos en sus discípulos, y perseguirlos, y encarcelarlos, y presentarlos ante los reyes y presidentes, en testimonio de la verdad. Y luego más abajo dice: Seréis entregados en juicio por mano de vuestros padres y parientes y amigos, y matarán á muchos de vosotros, y seréis aborrecidos de todo el mundo por amor de mí, y con todo esto no se perderá un cabello de vuestra cabeza, y por virtud de vuestro sufrimiento y paciencia alcanzaréis la salvación de vuestras ánimas. Estas mismas persecuciones profetizó el Salvador y encareció por S. Juan, previniendo á los discípulos para que no se escandalizasen cuando se viesen en ellas, y así les dice (2): Habéis de saber que os han de echar fuera de sus compañías y ayuntamientos, y que es llegada la hora en la cual los que os mataren, pensarán que hacen servicio á Dios. Éstas pues eran las puertas y poderes del infierno, los cuales no pudieron impedir la fundación y dilatación de la Iglesia.

Mas cuán grandes hayan sido las tempestades y persecuciones que las fuerzas del infierno levantaron contra la Iglesia (de-

(1) Luc. 21. (2) Joan. 16.

más de lo dicho y de lo que adelante se dirá) declara S. Crisóstomo (1), para que se vea más claro la grandeza del poder y de la sabiduría de quien pudo hacer cosa tan grande. Porque ¿quién podrá explicar cuántas batallas se levantaron contra la Iglesia, cuántos ejércitos se armaron contra ella, qué género de tormentos hubo que para esto no se inventasen, sartenes, parrillas, piedra zufre, cal viva, pez derretida, despeñaderos, lagos, hornos encendidos, ollas hirviendo, dientes de bestias, mares, destierros, perdimiento de bienes, y otros tormentos innumerables, que ni se pueden decir, y mucho menos sufrir, y éstos no solamente procurados por los extraños, sino también por los domésticos y hermanos? Porque ésta era una guerra civil, que ocupaba todo el mundo, ó por mejor decir, más cruel que toda guerra civil. Porque no solamente peleaban ciudadanos con ciudadanos, sino también parientes con parientes, y domésticos con domésticos, y amigos con amigos: mas nada desto bastó para derribar la Iglesia ni menoscabarla. Y lo que parece más increíble, es que esta tempestad se levantó al principio de la fundación de la Iglesia. Porque si se levantara después de haber echado ya raíces, y plantádose por todas las partes del mundo, no fuera gran maravilla no haber podido el mundo derribarla. Mas habiendo acaescido esto en el principio del Evangelio, y recién sembrada la doctrina de la fe, y estando aún tiernas las ánimas de los fieles, que tantas ondas de persecuciones no sólo no bastasen para derribar la Iglesia, mas antes con todas ellas creciese cada día el número de los fieles, esto sobrepuja todos los milagros del mundo. Y por esta causa consintió la divina Providencia que en aquel tiempo fuese tan poderosamente combatida la Iglesia, sin ser nunca vencida, por que la muchedumbre de fieles que agora tiene en este tiempo de paz, no se atribuya al favor de los emperadores cristianos, sino á solo Dios, que en tiempo de tanta contradición de los emperadores infieles la defendió y multiplicó. Lo cual aún se ve más claro por la muchedumbre de herejes que después, no con armas, sino con engañosos argumentos la quisieron derribar. Los cuales todos se deshicieron como niebla, y la Iglesia edificada sobre esta firme piedra persevera fija y entera en su lugar. Lo susodicho es de Crisóstomo.

(1) Chrysost. ubi supra.

§ III

Todas estas profecías que hasta aquí habemos referido (aunque con diversas palabras) profetizan la conversión del mundo, sino que cada una añade alguna particular cosa, como se ve en cada una dellas. Mas las que agora se siguen, profetizan la destrucción de Hierusalem y de todo aquel reino de Judea, por la culpa cometida en la muerte del Salvador. Y así escribe S. Lucas que caminando él á Hierusalem, y llegando á vista de la ciudad, hizo llanto sobre ella, diciendo (1): Si conocieses agora tú este día de paz que te ha venido. Mas él está escondido de tus ojos. Porque vendrán días en ti, y cercarte han tus enemigos con un vallado, y cercarte han por todas partes, y ponerte han en grande aprieto, y derribarán por tierra á ti y á los moradores que hubiere en ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no quisiste conocer el tiempo de tu visitación. Pues ¿qué profecía pudiera ser más clara que ésta? Y ¿qué entendimiento habrá tan ciego, que no se convenza con ella, viéndola tan perfectamente cumplida? Porque realmente así pasó el negocio como aquí se pinta. En las cuales palabras el Salvador no sólo cuenta en general la destruición desta ciudad, sino también en particular declara cómo de tal manera había de ser destruída, que no quedase en ella piedra sobre piedra. Porque la ciudad con su templo, muros y casas, de tal manera fué asolada, que como escribe Josefo (2), quienquiera que la viera, juzgara que nunca allí hubo población de gentes. Hace también mención del vallado y del cerco, del cual escribe el mismo historiador que todos los soldados del ejército movidos (dice él) con un divino ímpetu, cercaron toda la ciudad con un tan firme y alto vallado, que era como un grande muro, para que ni de fuera pudiese venir socorro ni bastimento á los cercados, ni de dentro pudiese alguno salir y escapar del peligro. Y lo que es más de maravillar, con ser este vallado tan grande, que se extendía por espacio de treinta estadios (que hacen más de legua) se acabó en solos tres días, que parece cosa de espanto, como refiere el mismo historiador. Y el mismo

(1) Luc. 19. (2) Joseph. de bello Jud.

Evangelista cuenta que mostrando los discípulos una vez al Salvador la hermosura y grandeza de las piedras y labores del templo, díjoles (1): ¿Veis todas estas labores? En verdad os digo que no ha de quedar aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada. Y preguntando ellos cuándo había esto de ser, entre otras cosas respondió: Cuando viéredes cercar á Hierusalem de un ejército, entended que es llegada la hora en que ha de ser asolada. Y añade más: En este tiempo los que están en Judea, huyan á los montes, y los que están en medio della, huyan della, y los que están en la comarca, no entren en ella, porque éstos son días de venganza, en que se han de cumplir las escripturas de los Profetas. Mas ¡ay de las mujeres preñadas y de las que crían en aquellos días! Porque será grande el aprieto que habrá en la tierra, y grande la ira divina contra este pueblo, y morirán los hombres á cuchillo, y serán llevados captivos á todas las gentes, y Hierusalem será hollada de las gentes hasta que se cumpla el tiempo de las naciones, que es, hasta que los gentiles, dejada la idolatría, se conviertan á Dios, porque entonces volvió la ciudad á ser habitada de fieles. Esta profecía del Salvador es tan grande confirmación de nuestra fe, que aunque faltaran esotros millares de profecías, ésta sola bastaba para confirmación della. Porque si el rey Faraón creyó que el patriarca Josef tenía espíritu de Dios (2), porque profetizó la abundancia y esterilidad de los siete años, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador haber profetizado cuarenta años antes la destruición de Hierusalem con todas las particularidades de cercos y matanzas y captiverios y ruina de la ciudad y del templo que había de haber en ella? Y si el rey Nabucodonosor, monarca del mundo, adoró prostrado en tierra á Daniel (3), y mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios, porque le reveló un sueño que había soñado, de que estaba olvidado, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador profetizar tan distintamente y tan por menudo las cosas que estaban por venir á esta ciudad, pues no es menos proprio de Dios saber lo venidero, que revelar los secretos de los corazones? En lo cual vemos el cuidado de la divina Providencia, que por tantas vías quiso que se aprobase y testificase la verdad de nuestra fe.

---

(1) Luc. 21. Marc. 13. (2) Genes. 41. (3) Daniel, 2.

§ IV

Esta profecía incluye y comprehende la destruición de aquel famoso templo que en la ciudad había, de quien escribe Josefo que el emperador Tito quisiera conservar: mas no faltó quien contra su voluntad, aunque por dispensación divina, puso fuego al templo, y así ardió y fué asolado, como el Salvador había dicho. Donde nota S. Crisóstomo el cumplimiento de aquellas palabras que están escritas en Job: Si el Señor destruyere, ¿quién reparará? Y si edificare, ¿quién le irá á la mano? Quiso (como ya vimos) edificar en este mundo su Iglesia, y toda la potencia del mundo y del infierno no bastó para impedirlo, y quiso derribar este templo por los pecados del pueblo, y nunca hasta hoy han podido sus devotos reedificarlo, ni aun teniendo por ayudador desta obra al emperador Juliano, como ya declaramos. Y la primera vez que este templo fué asolado por Nabucodonosor, pasados setenta años, los que salieron de captiverio lo reedificaron, porque Dios los ayudaba: mas agora pasa de mil y quinientos, y no se ha reedificado, porque Dios no los ayuda. Pues ¿cuál puede ser la causa deste desamparo sino que Dios agora ni los mira, ni los favoresce como entonces?

Con esta profecía de la destruición de Hierusalem podemos juntar otra, en la cual el mismo Señor profetiza lo mismo que en ésta, no con lágrimas, mas con el mismo afecto y sentimiento que en ésta mostró, como parece por estas palabras (1): Yo, dice él, os envío profetas y sabios y doctores, de los cuales á unos mataréis, y á otros crucificaréis, y á otros azotaréis en vuestras sinagogas, y persiguiréis de ciudad en ciudad, para que cargue sobre vosotros toda la sangre de los justos, que se ha derramado sobre la tierra, dende la sangre de Abel justo hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matastes entre el templo y el altar. Hierusalem, Hierusalem, que matas los profetas, y apedreas los ministros que te son enviados, cuando yo quise recoger y abrigar tus hijos, así como la gallina sus pollos, y no quisiste. Por tanto vuestra casa (que es, vuestra república y templo) será

(1) Matth. 23.

desamparada. Hasta aquí son palabras del Salvador. Pues ¿quién no ve agora el cumplimiento dellas y la verdad desta profecía? ¿Dónde está agora aquel reino y aquella república tan antigua? ¿Dónde el templo, dónde los sacrificios, dónde el sanctuario, y los sacerdotes, y las vestiduras sacerdotales y vasos sagrados? Todo esto desaparesció, y de todo esto no hay agora memoria, siendo pasados más de mil y quinientos años, mayormente después de la postrera destruición del emperador Elio Adriano, de que adelante se trata.

Esto también profetizó el mismo Señor en la parábola de la viña (1), en la cual después de haber referido cómo los viñaderos mataron al hijo del señor de la viña, por quedarse con ella, dice que el señor de la viña tomará venganza destos homicidas, y quitará la viña de sus manos, y darla ha á otros que acudan mejor con los frutos della á sus tiempos. Y porque no entendían los fariseos el sentido desta parábola, declarósela luego el Salvador diciendo: Quitarse ha de vuestras manos el reino de Dios, y darse ha á gente que dé fruto de buenas obras con él. Esto vemos agora cumplido. Porque derribado el templo, y quitados los sacrificios y fiestas que en él se habían de celebrar, junto con los sacerdotes y profetas y reyes y favores de Dios, han perdido el reino que poseían, el cual junto con las sanctas Escrituras y con el conoscimiento del verdadero Dios de Israel y del Salvador que por él fué enviado, se pasó á la gentilidad. Esta profecía añade algo á la pasada, porque aquélla dice que les será quitado el reino de Dios, mas ésta añade que este reino que á ellos se quitare, será dado á los gentiles, los cuales recibieron al Salvador y juntamente al Espíritu Sancto con todos los sacramentos y tesoros de la Iglesia.

Las profecías de lo que toca al misterio de Cristo, más pertenecen al Testamento Viejo que al Nuevo. Por lo cual dijo el Salvador que la ley y los profetas duraban hasta la venida de Sant Juan Baptista. Y por ser muchas, trataremos dellas adelante, aunque al fin desta segunda parte pondremos la suma de las más principales dellas.

Éstas son, cristiano lector, las principales excelencias y hermosuras de nuestra sanctísima fe y religión cristiana, las cuales

---

(1) Matth 21

suficientísimamente testifican ser ella dada y revelada por Dios, que es lo que al principio desta segunda parte propusimos.

En cabo de lo dicho me paresció advertir á los ignorantes que no hace contra la verdad y sinceridad de nuestra fe proponerse en ella cosas que sobrepujan la facultad de la razón humana, antes ésas (si bien se mira) son indicios de la verdad della. Porque por experiencia se ve que los que han pretendido introducir en el mundo nuevas sectas y falsas religiones, y engañar y atraer á sí el pueblo, hácenle muy llano el camino de su salud, y propónenle cosas fáciles de creer y de hacer, porque si lo contrario hiciesen, fácilmente serían desechados, como vemos que lo hizo el príncipe de los herejes Mahoma, y lo hacen agora los desventurados herejes de nuestros tiempos, los cuales andan quitando todas las cosas arduas y dificultosas, y dejando las fáciles y conformes á los apetitos de nuestra carne. Por lo cual hallaron muchos devotos y seguidores, á quien tales cosas agradaban. Mas la verdad, como no tiene cuenta con agradar ni desagradar, sino solamente pretende decir lo que es, lleva otro camino, por lo cual tanto más merece ser creída, cuanto más lejos está deste estilo que llevan los engañadores. Así que decir cosas arduas y que sean muy conformes á toda virtud y honestidad, y contrarias á los gustos de nuestra sensualidad, indicio es que hace en favor de la verdad, y no contra ella. Y demás desto, pues ponemos por fundamento de nuestra fe que ella fué revelada y dada por Dios, y no inventada por razón humana, es justo que exceda los límites de esa razón humana, y enseñe cosas proporcionadas á la sabiduría de quien las reveló. Los animales brutos confesamos ser encaminados y regidos por la divina Providencia, y de aquí nace ver en ellos cosas que no sólo exceden la facultad dellos, sino también la del hombre, y son proprias de la sabiduría divina, como es conocer todas las yerbas medicinales para la cura de sus enfermedades, y adevinar las tempestades y serenidades y lluvias y mortandades de ejércitos y mudanzas de aires antes que vengan, y repararse para ellas. Pues si confesamos que nuestra ley es instrución y doctrina de solo Dios, y no de los hombres, justo es que tenga cosas que excedan la capacidad de los hombres, y sean proporcionadas á la sabiduría de quien la dió, porque á no ser así, no parecería ella ser ley divina, sino puramente humana, pues no excedía los límites de la sabiduría humana.

Y es aquí mucho de notar que convenía haber en la doctrina de la fe muchas cosas que sobrepujasen la facultad de nuestra razón, para que no quedase en el hombre cosa que no se emplease en el amor y servicio de quien lo crió. Ca pues él lo crió todo, justo es que con todo sea servido, y mucho más con las cosas mayores que hay en nosotros, pues las tales están más cercanas y vecinas á Dios. Entre las cuales tienen el primer lugar la voluntad, que es la reina de todas las potencias de nuestra ánima, y el entendimiento, que es su consejero, el cual nos diferencia de los brutos y hace semejantes á los ángeles. Pues si estamos obligados á servir con nuestra voluntad al Criador, no menos lo estamos á servirle con el entendimiento. Mas así como el servicio perfecto desta voluntad no es cuando amamos las cosas que nosotros fácilmente ó naturalmente solemos amar, como cuando los padres aman á sus hijos, sino cuando cortamos por nuestra voluntad y la mortificamos, negándole lo que ella mucho desea, por hacer la voluntad de Dios. Pues así conviene que nuestro entendimiento sirva también á Dios, y el perfecto servicio suyo es cuando (como dice el Apóstol) captivamos nuestro entendimiento y razón á creer lo que está sobre toda razón, por mandarlo así Dios, el cual así como por ser la misma bondad conviene ser amado, así por ser la misma verdad debe ser creído. Y no es liviandad creer lo que excede la facultad de nuestra razón, pues tantas razones como aquí están dichas, nos obligan á creer lo que sobrepuja los términos della, y siendo cierto que (como Aristóteles dijo) nuestro entendimiento es tan rudo y desproporcionado para entender las cosas altas y divinas como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol.

CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO
Y DECLARACIÓN DEL FRUTO QUE DE TODO ELLO SE SACA

CAPITULO XXX

Ya es tiempo de comenzar á filosofar sobre lo que se ha tratado en esta segunda parte, y coger los frutos della. Pues por lo susodicho conoscemos primeramente la dignidad y excelencia de la religión cristiana, en la cual se hallan todas las excelencias y firmezas que el entendimiento humano puede comprehender. Lo cual nos mueve á dar gracias á nuestro Señor por el beneficio de la fe, que es por haber querido que entre tantas naciones de infieles y herejes como hay derramadas por todo el mundo, nos cupiese esta tan dichosa suerte de haber nacido en el gremio de la católica Iglesia, y de padres cristianos, para que luego fuésemos lavados y sanctificados con el agua del sancto baptismo, y hechos hijos y herederos de Dios, y miembros vivos de Cristo su hijo. Porque tener fe es tener una luz del Espíritu Sancto en nuestra ánima, la cual nos puede guiar por camino derecho á la felicidad de la vida eterna, si quisiéremos seguir el camino que ella nos enseña.

El segundo fruto que aquí señaladamente pretendemos declarar, es una maravillosa suavidad y alegría espiritual que de la consideración destas excelencias susodichas resulta en las ánimas puras y limpias, que es aquel fruto del Espíritu Sancto, que el Apóstol deseaba á los fieles, cuando decía: Dios, que es autor de la esperanza, hincha vuestras ánimas de paz y alegría en el creer: esto es, que tal fe alcancéis, y de tal manera creáis, que no sólo no titubeéis ni vaciléis en la creencia de los misterios de la fe, mas antes seáis llenos de paz y alegría con la certidumbre y firmeza della. Esta alegría experimentó aquel tesorero de la reina de Etiopía, cuando recibió la fe y el sancto baptismo por la predicación de S. Filipe Diácono: de quien se escribe (1)

(1) Act. 8.

que iba por su camino muy alegre por haber hallado este tesoro de la fe, el cual él preciaba más que todos los tesoros de la reina su señora.

Para entender el fundamento y causa desta alegría, se debe presuponer primeramente que como Aristóteles dice (1), el conoscimiento de las verdades y causas altísimas, y señaladamente de la primera verdad y primera causa, que es Dios (cuyo conoscimiento se alcanza por la fábrica deste mundo y por la orden de las cosas criadas) aunque sea poco y con poca certidumbre, trae consigo un grande gusto y suavidad. La cual había de confesar este filósofo ser muy grande, pues en esta contemplación ponía el último fin y la felicidad de la vida humana. Digo pues que si el conocimiento de Dios natural y adquisito, con ser pequeño y no muy cierto, traía consigo esta tan grande suavidad y alegría que Aristóteles dice, ¿cuánto más podrá causar esto el conocimiento de las verdades que nos enseña la fe, la cual pasa de vuelo sobre todos los cielos y sobre todos los entendimientos humanos, y llega donde la razón no puede llegar, y esto no con dubda y poca certidumbre (como los filósofos) sino con certidumbre infalible y verdad de Dios?

Lo segundo, conviene también presuponer lo que el mismo filósofo dice, que la señal de ser una cosa verdadera es concordar y (como él dice) consonar todas las cosas con ella. Para lo cual es de saber que todas cuantas cosas hay en el mundo, tienen causas que les preceden, y otras que las acompañan, y otras que se siguen dellas, y á veces también otras que les vienen de fuera. Preceden las causas, acompañan los accidentes y propriedades de las cosas, síguense los efectos, y viene de fuera lo que se ha dicho ó tratado ó testificado de las tales cosas. Dice pues este filósofo que la señal de ser una sentencia verdadera es que todas estas cosas digan y concuerden con ella, porque si alguna ó algunas le contradicen y repugnan, no puede ser verdad, sino mentira.

Pues esta manera de correspondencia y consonancia se halla perfectísimamente en todos los misterios de la fe y religión cristiana. Callo la consonancia de las profecías y figuras del Testamento Viejo con el Nuevo, y de todos los pasos de la vida de

(1) Aristót. 8 Ethic.

Cristo, y de todas las conveniencias del misterio de nuestra redempción (de que adelante se trata) y vengo á ésta, que es la consonancia de todas estas excelencias susodichas con la verdad de la fe y religión cristiana. Pues aquí veremos cómo todas ellas, y cada una en su manera, dicen y concuerdan con la verdad della. Porque resumiendo todo lo dicho en pocas palabras, ¿qué religión ha habido en el mundo que más alta y magníficamente sienta de Dios, que mejores leyes proponga, que más saludables consejos enseñe, que tales sacramentos y medicinas espirituales tenga, que tanto favorezca la virtud, prometiéndole tan grandes bienes, y tanto desfavorezca el vicio, amenazándole tan terribles castigos, que tal doctrina contenga, cual es la de las sanctas Escripturas, llenas de tantos misterios, y de tan saludables sentencias y documentos, y de tan eficaces estímulos para mover los hombres al amor y temor de Dios, aborrescimiento del pecado y menosprecio del mundo? Y si por la dignidad y excelencia de los efectos se conoce la de las causas de do proceden, ¿qué religión ha habido en el mundo de donde haya salido tanta infinidad de mártires, de confesores, de sanctísimos pontífices y doctores, de vírgines y de innumerables monjes, que mudaron los desiertos en sanctuarios, y hicieron vida más de ángeles que de hombres? ¿En qué religión, en qué tiempo, en qué lugar se halló tal fortaleza como la de nuestros mártires, tal pureza, tal abstinencia, tales entrañas de misericordia, tal menosprecio del mundo, tal estudio de oración y contemplación como hubo en todos nuestros sanctos? Pues las consolaciones y alegrías espirituales de que gozan los amigos de Dios aun en esta vida, la paz y quietud y confianza con que viven, por estar arrimados á Dios y amparados por él, ¿quién la explicará? Éstos son los efectos particulares desta sanctísima ley. Mas los generales que obró en el mundo, ¿quién dignamente los engrandecerá? ¿Quién desterró el mayor de todos los males del mundo, que era la idolatría? ¿Quién con tan admirable constancia resistió á los reyes y emperadores que la defendían? ¿Quién hizo de los templos de los ídolos oratorios de cristianos? ¿Quién trajo los hombres al conocimiento del verdadero Dios? ¿Quién mudó la fiereza de los hombres soberbios en mansedumbre de corderos, y la astucia de serpientes en simplicidad de palomas? Pues ¿á quién se deben estos tan grandes beneficios, sino á esta sanctísima religión?

Porque no era razón que una tan grande luz y una tan sancta ley, dada por el mismo Dios, estuviese arrinconada, sin echar sus rayos hasta los fines del mundo, y alumbrar á los que vivían en tinieblas y sombra de muerte.

Mas porque hacen mucho al caso para prueba de la verdad los testigos abonados, ¿qué religión ha habido en el mundo, que tales testigos tenga? Porque testigos son primeramente innumerables doctores sanctísimos, doctísimos, elocuentísimos y consumados en todas las sciencias de los filósofos y letras sagradas, los cuales profesaron, predicaron, testificaron y defendieron esta sanctísima religión contra las calumnias y falsedades de los herejes que se levantaron contra ella. Testigos también son innumerables mártires, á los cuales ni cárceles, ni peines de hierro, ni dientes de fieras, ni parrillas encendidas pudieron apartar de la confesión desta fe, y así la dejaron testificada y firmada, no con tinta, sino con ríos de sangre. Cuyo testimonio no se cuenta por humano, sino por divino, porque como el cuerpo humano sea el más delicado de los cuerpos (el cual apenas puede sufrir una picadura de alfiler) imposible era sufrir tantos y tan crueles tratos y tormentos, repetidos unos sobre otros (mayormente en cuerpos de doncellas tiernas y delicadas, y de mozos de poca edad) si no fueran poderosamente fortalecidos y ayudados de Dios. Pues ¿qué diré del testimonio de tantos y tan claros milagros, con que está confirmada nuestra fe, como ya recontamos? El cual testimonio es de infalible verdad, porque es el del criador y autor de la naturaleza, el cual solo puede dispensar y revocar las leyes della. Y sobre todo esto, ¿qué diré de las profecías de las cosas venideras, que también son milagros y obras de solo Dios?

Pues volviendo al propósito principal, cuando el ánima religiosa, estando ya resoluta y muy vista en todo lo que hasta aquí habemos dicho, considera cuasi con una vista todas estas excelencias y testimonios de la verdad, y ve cómo todos ellos concuerdan y dicen con ella, y todos testifican y predican esta verdad, vienen con esto á confirmarse grandemente en la fe, y despedir de sí todas las nubes que se le podían ofrecer, y á quedar en una paz y satisfación quietísima, de la cual se le sigue una grande alegría de verse tan asentados y confirmados en cosa tan grande. Porque como la verdad de la fe sea la más alta y más excelente de todas las verdades, y la más saludable y provechosa de todas

(pues nos da conoscimiento de Dios, y nos enseña y descubre, como ya dijimos, el camino de la felicidad y vida eterna) de aquí viene la tal ánima á alegrarse de haberle cabido en suerte un tan precioso tesoro. Y ya no siente dificultad en creer, porque ve que sería de animal bruto no creer, donde tantos y tan manifiestos testimonios lo inducen á ello.

§ I

Pues el que quisiere que esta paz y alegría crezca en su ánima, considere con humildad y atención todas estas excelencias susodichas, y mire cómo todas ellas testifican y aprueban esta verdad, y todas concuerdan con ella, porque la verdadera fe y religión todas estas excelencias y condiciones ha de tener, y con esta correspondencia y consonancia de todas las cosas será su ánima por una manera maravillosa esforzada, consolada y recreada. Para lo cual es de saber que como hay música y melodía corporal, así también la hay espiritual, y tanto más suave, cuanto son más excelentes las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces de tal manera se ordenan, que vienen á concordarse y corresponder las unas con las otras. Y desta orden y proporción procede la melodía, y désta la suavidad de los oídos, ó por mejor decir, del ánima por ellos, porque como ella sea criatura racional, naturalmente se huelga con su semejante, que es con las cosas bien proporcionadas y muy puestas en razón. Y así se huelga con la música más perfecta, y con la pintura muy acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido en razón y perfeción. Pues así como hay melodía y música corporal, que resulta de la consonancia de diversas voces reducidas á unidad, así también la hay espiritual, que procede de la conveniencia y correspondencia de diversas cosas con algún misterio. La cual melodía es tanto más excelente y más suave que la corporal, cuanto son más excelentes las cosas divinas que las humanas. Ejemplo desto tenemos en S. Augustín, el cual escribe de sí mismo que después de recibido el sancto baptismo, y renunciados con él todos los cuidados de la vida pasada, no se hartaba en aquellos días de pensar con una maravillosa dulcedumbre la alteza

del consejo que la divina Sabiduría había tomado para salvar el género humano. Esta admirable dulcedumbre resultaba de contemplar este sancto varón las conveniencias admirables que hay en este divino misterio, así para la gloria de Dios como para la redempción y sanctificación del hombre y para el remedio de sus miserias. Las cuales se curaron con los frutos del árbol de la sancta Cruz, de que adelante se trata. Pues la conveniencia de todas estas cosas era una suavísima consonancia y música espiritual que causaba este tan gran deleite en el ánima deste Sancto. Porque todas estas conveniencias, ¿qué eran sino suavísimas voces que resonaban dulcemente en los oídos de su ánima, y causaban en ella esta melodía y suavidad? Con lo cual se confirmaba más en la fe deste misterio, y se encendía más en el amor de su Redemptor, y se arrebataba y suspendía en la admiración deste consejo divino.

Pues aplicando esto á nuestro propósito, digo que así como en el misterio de nuestra redempción se hallan estas conveniencias y consonancias que tan perfectamente concuerdan con él, así también todas estas excelencias que aquí habemos explicado, concuerdan con la verdad de nuestra religión. Y así como de aquellas conveniencias resultaba una consonancia y melodía (de la cual se siguía una maravillosa suavidad, y con ella una grande confirmación de la fe) así también de la concordia y correspondencia de todas estas excelencias con la verdad de la fe resulta otra melodía y consonancia espiritual, de la cual se sigue otra semejante suavidad y alegría y nueva confirmación de la fe. Y por aquí se entiende lo que al principio alegamos del Apóstol, el cual pedía á Dios nos diese esta paz y alegría en el creer los misterios de la fe.

Y dejadas aparte todas las excelencias referidas (cada una de las cuales es una grande confirmación desta verdad) quiero referir al cabo el mayor y más evidente testimonio della, que son cuatro principales profecías del Testamento Viejo. La primera denuncia la conversión del mundo, como lo testifica el Padre eterno por Esaías, hablando con su Hijo en cuanto hombre, por estas tan claras palabras (1): Poco es que me sirvas en resuscitar los tribus de Jacob y convertir las heces de Israel. Yo te he en-

(1) Esai. 49.

viado para que seas luz de las gentes y salud mía hasta los fines de la tierra. De semejantes profecías está lleno todo este Profeta. La segunda profecía declara el lugar de dónde habían de salir los que habían de ser ministros de Dios para esta obra tan grande, que era de la ciudad de Hierusalem, como expresamente lo declara el mismo Esaías en el capítulo 2, y Miqueas en el 4, y David en el Psalmo 109. Porque todos estos tres Profetas á una voz dicen que de Hierusalem habían de salir los ministros desta conversión del mundo. La tercera profecía declara el tiempo en que el Salvador había de padecer, después del cual tiempo esta conversión se había de comenzar, que era después de las setenta hebdómadas ó semanas de Daniel (1). La cuarta es del mismo Profeta, el cual testifica con clarísimas palabras que después de la muerte de Cristo había de ser asolada la ciudad de Hierusalem con su sanctuario, que es con el sancto templo.

Resta agora de ver qué años comprehenden estas setenta semanas. Porque los maestros de los hebreos, viéndose apretados con este tan claro testimonio del Profeta, declaran como quieren estas semanas. Á los cuales respondemos que en toda la sancta Escritura no se hallan más que dos maneras de semanas, una de días y otra de años. Y setenta semanas de años hacen cuatrocientos y noventa años. Y querer fingir otra cosa, es hablar de su cabeza sin fundamento de la Escritura. Mas pruébase esto por otra razón tan evidente, que concluye todos los entendimientos humanos. Porque dos cosas juntas profetiza este Profeta que se han de seguir después destas setenta semanas, que son, la muerte de Cristo y la destrucción de aquella ciudad con su sanctuario. Vemos pues que cumplido este número de los cuatrocientos y noventa años, poco después fué aquella ciudad y templo asolado: luego éste era el número de años que por aquellas setenta hebdómadas era significado. De modo que el tiempo en que se cumplió lo que estaba profetizado, nos declara qué años comprehendían estas hebdómadas, pues al cabo destos años susodichos se ejecutó lo que esta profecía dice. ¿Qué se puede responder á esta razón?

Pues filosofando sobre lo dicho, todos sabemos que estas cuatro cosas fueron profetizadas muchos años antes que fuesen, y

(1) Daniel. 9,

vémoslas agora perfectísimamente cumplidas. Porque primeramente vemos aquella república de Judea poco después de la pasión de Cristo destruída, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio, sin rey y sin figura de república, derramada por toda la tierra. Lo segundo vemos la conversión del mundo, desterrada la idolatría de él, y plantado en su lugar el conoscimiento del verdadero Dios. Lo tercero vemos que de la ciudad de Hierusalem salieron los discípulos de Cristo, los cuales pelearon constantísimamente contra la idolatría hasta morir y derramar su sangre sobre esta demanda. Lo cuarto vemos que todo esto se comenzó á cumplir en el tiempo que estaba profetizado. Pregunto pues agora: ¿quién pudo profetizar tantos años antes estas dos tan señaladas obras, con estas dos tan particulares circunstancias del lugar y del tiempo en que se habían de hacer, sino solo Dios? Porque esto fué concluir todos los entendimientos, y cerrar la puerta á todas las dubdas que sobre esto se podían levantar. Porque profetizar dos cosas tan grandes que solo Dios podía hacer, y añadir más, que esto se cumpliría de ahí á tantos años, y cumplirse así: y profetizar más, que de la ciudad de Hierusalem habían de salir los que habían de emprender esta tan grande obra, y acabarla á pesar de todos los monarcas del mundo, y cumplirse ello así (como consta por todas las historias sagradas y profanas) es cosa bastante para dejar atónitos todos los entendimientos humanos, considerando en esto la grandeza del poder y sabiduría de Dios, que tales cosas pudo hacer y profetizar. Y no menos quedan atónitos viendo cómo sin embargo de ser esta verdad tan clara, ha lugar la incredulidad y ceguedad de los que no han querido adorar y conocer á Cristo.

§ II

Pues de la firmeza de la fe, que así destas profecías como de todo lo dicho hasta aquí se alcanza, se sigue un singular fruto, al cual se ordena todo lo contenido en esta segunda parte. Para lo cual es de saber que así como cresce el hábito de la caridad y de todas las otras virtudes con el uso y ejercicio dellas y con el socorro de la divina gracia, y se van haciendo más perfectas y arraigándose más en el ánima, así también cresce la lumbre y há-

bito de la fe, fortificándose y aclarándose más en el entendimiento con la consideración de las excelencias della y con los dones intelectuales del Espíritu Sancto, según aquello de Salomón, que dice (1): La senda de los justos es como una luz que resplandece, la cual va cresciendo y procediendo hasta el día perfecto, que es el día claro de la eternidad, donde cesarán las sombras, y con la lumbre de gloria veremos al Señor y Dador della. Pues esta fe suele venir á tanta perfección por estos medios susodichos, que á muchos se les figura que ya no tienen fe, sino otra lumbre mayor que la fe. Y engáñanse, porque no es otra esta fe, que la que antes tenían, mas ésta viene á estar tan fortificada y aventajada en el ánima, que les parece ser otra, no lo siendo. Tal era la fe de los sanctos mártires, por la cual tan terribles tormentos padescían con tan grande constancia, especialmente la de aquéllos que sin ser acusados, ellos mismos inspirados por Dios se ofrecían al martirio por la verdad della.

Supuesto pues este fundamento, es de saber que cuando el ánima religiosa con humildad y devoción considera todas estas excelencias de la fe (las cuales todas á una voz cantan y testifican con clarísimas conveniencias y testimonios la verdad y sinceridad de ella) viene á concebir una tan gran firmeza de la fe, y con ella una tan grande paz y alegría (pareciéndole que de nuevo ha hallado este incomparable tesoro) que apenas hay palabras con que esto se pueda explicar. Y como acaesce al que se viste de una ropa nueva, así le parece haberse vestido su ánima de otra nueva luz y nueva fe.

Y descendiendo á considerar en particular los misterios de nuestra fe, viene á mirarlos con otros ojos y con otros afectos y sentimientos de los que antes tenía, cuando pasaba por ellos de corrida. Y considerando el artículo de la fe que propone pena y gloria para buenos y malos, de nuevo se espanta de la eternidad de las penas del infierno y de la terribilidad del juicio venidero, donde se ha de dar esta pena. Asimismo, cuando pone los ojos en el misterio de nuestra Redempción, queda como atónito de ver cómo aquella altísima y incomprehensible Majestad quiso vestirse de nuestra carne, y conversar en la tierra con los hombres, y después (lo que sobrepuja todo espanto y admiración) querer

(1) Prov. 4.

morir en cruz, por obligarnos con este incomparable beneficio á amar á Dios y aborrecer el pecado, cuyo remedio tan caro le costó. Con la cual consideración se espanta de la facilidad con que muchos hombres cometen un pecado mortal.

Pues cuando pasa adelante y pone los ojos en el Sanctísimo Sacramento del altar, queda como fuera de sí, viendo cómo aquel Señor que tan inaccesible era en los tiempos pasados, pues no consentía que nadie entrase en su Sanctuario, donde estaba el arca del testamento (1), sino solo el Sumo Sacerdote, y esto una sola vez en el año, y cuando el arca iba camino, no consentía que se llegase el pueblo á ella, sino que hubiese dos mil pasos de distancia entre él y ella, y ni á la halda del monte donde él daba la ley, permitía que llegase hombre ni bestia so pena de muerte. Pues cuando todo esto considera, espántase de ver cómo el mismo Señor que por aquella arca era figurado, haya querido dar tanta copia de sí á los hombres, que quiera estar aposentado acá en la tierra en todas las iglesias en compañía de ellos, y lo que más es, hacer templo vivo de sus ánimas, y ser rescibido en ellas. Dónde podemos exclamar con aquellas palabras que Salomón dijo, acabado aquel magnífico templo: ¿Es posible que Dios quiera morar acá en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cómo bastará esta casa que yo te he edificado? Pues como cada cosa déstas sea tan soberana y tan admirable, cuando el hombre la mira con esta nueva luz y firmeza que le han dado, viene á concebir en su ánima este tan grande espanto y admiración.

Pues ya cuando se ofrescen tentaciones del enemigo, acude luego, como lo aconseja S. Pedro (2), á este escudo de la fe, y acordándose que Dios murió por destruir el pecado, y que hay infierno para él, cuanto esto cree con mayor firmeza, tanto más fácilmente lo despide de sí. Pues si se ve fatigado con enfermedades y tribulaciones, y padesce trabajos y contradiciones por hacer lo que Dios manda, acude luego á esta sagrada áncora, diciendo lo que un Sancto decía viéndose afligido: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita. Y aquello del Apóstol: No son iguales las pasiones deste siglo á la gloria que

(1) Josue 3. (2) I Petri. 5.

por ellas se nos ha de dar. Desta manera el siervo de Dios se aprovecha de la fe, cogiendo agua desta fuente para regar todas las plantas de las virtudes, porque todas ellas tienen cierta dependencia de la fe como de la primera raíz de todas ellas. Por dónde así como el hortelano que quiere tener bien parada su huerta, emplea todo su trabajo en cultivar y regar las raíces de los árboles (porque cuanto ellas más medradas y cultivadas estuvieren, tanto los árboles estarán más hermosos y fructuosos) así el cristiano debe trabajar cuanto le sea posible por crecer en la virtud de la fe, porque cuanto esta raíz de las virtudes estuviere más perfecta y más fortalecida, tanto tendrá por ella más favor y ayuda para el fruto de la buena vida. Para lo cual sirve todo lo que en esta segunda parte habemos tratado, con lo demás que en las siguientes trataremos.

Mas con todo esto advierto que no basta sola esta consideración para causar esta manera de fe tan excelente, si no juntare con ella la limpieza de corazón y pureza de la vida y el estudio de la humilde y perseverante oración, porque como la fe sea don de Dios (según el Apóstol dice) y mucho más esta fe tan poderosa, á él se ha siempre de pedir, y dél se ha de esperar, que es padre y fuente de las lumbres. Porque no puede ser mayor confirmación de la fe que la vista de los milagros, y sabemos que muchos déstos vió Faraón (mayormente cuando vió los mares abiertos) y muchos más vieron los fariseos, pues demás de los otros milagros supieron el de la resurrección de Lázaro, y con todo esto no solamente no creyeron en Cristo, mas antes de aquí tomaron ocasión para tratarle la muerte, porque por su mala vida no merescieron que Dios moviese eficazmente sus entendimientos á creer lo que testificaban aquellos milagros. Por lo cual no debe nadie estribar tanto en estas tan eficaces confirmaciones de nuestra fe que aquí habemos escrito, que no entienda que la declaración y confirmación dellas ha de venir de lo alto, alcanzada más por humildes y continuas oracíones, que por curiosas especulaciones. Porque sin esta divina luz, toda otra luz humana es imperfecta y escura, y toda lengua es muda, cuando no habla interiormente Aquél que nos reveló la doctrina. Mas no piense nadie que sola esta segunda parte trata de las excelencias de nuestra fe, porque en toda esta escritura, á vuelta de otras materias, verá otras singulares y maravillosas excelen-

cias della, con las cuales el piadoso lector será grandemente consolado y confirmado en la verdad della.

Asimismo advierto que cuando el hombre quisiere confirmar su ánimo más en esta divina virtud, y para esto recorriere á estas excelencias sobredichas (que después de la lumbre y hábito de la fe son los principales fundamentos della) no debe poner los ojos en una ó dos particulares, sino en todas juntas, porque así como muchas voces reducidas á consonancia causan más suave música y melodía que una sola, así todas las excelencias susodichas (que son, según dije, como unas dulces consonancias de la verdad, que con ella concuerdan) hacen más suave el conocimiento della.

§ III

Verdad es que entre estas consonancias (que son clarísimos testimonios de la verdad y excelencia de nuestra religión) cuatro hay tan principales, que cada una por sí sola deja satisfecho y concluído todo sano entendimiento. Los cuales apuntaré aquí brevemente, remitiéndome á lo que está ya dicho. El primero es el cumplimiento de las profecías, y señaladamente destas cuatro tan claras y manifiestas que agora acabamos de referir, las cuales perfectamente vemos cumplidas en nuestros tiempos. El segundo es el de los milagros, entre los cuales hay algunos así de los tiempos pasados como de los presentes, que ningún hombre de juicio podrá negar. Y si un solo milagro basta para confirmación desta verdad, ¿cuánto más tantos y tan grandes? El tercero es la mudanza que hizo el mundo después del misterio de la Cruz, pues en todas las naciones dél (adonde antes reinaban las mayores abominaciones y torpezas que se pueden imaginar) se levantaron millares de sanctos y sanctas en todos los estados, que hacían vida de ángeles en la tierra, como arriba dijimos y adelante declararemos más á la larga. El cuarto es de la destruición y anihilación de aquella antiquísima república y reino de Israel, más antiguo que el de los romanos, el cual en tiempo de David estaba tan multiplicado, que lo compara la Escriptura con las arenas de la mar. Por lo cual su hijo Salomón en su tiempo lo repartió en doce partes (1), debajo de doce gobernadores, uno de

(1) III Reg. 4.

los cuales tenía á su cargo sesenta ciudades grandes, cercadas de muros y con puertas y cerraduras. Ved por aquí qué sería lo que cabría á los otros once gobernadores. Y después que se apartaron los diez tribus, y quedó solo el de Judá con el de Benjamín, estuvo solo este tribu tan poderoso y tan multiplicado en tiempo del rey Josafat, que (como se escribe en el capítulo 17 del segundo libro del Paralipómenon) tenía este rey debajo de sus capitanes generales un cuento y ciento y sesenta mil hombres de guerra, y éstos muy valientes y esforzados, demás de la gente de guarnición que tenía repartida por todas las fronteras y presidios del reino. Pues este tan grande y tan esclarecido reino, con aquella tan insigne, tan hermosa y tan fortificada ciudad de Hierusalem, y con aquel famosísimo templo, celebrado en todo el mundo, fué totalmente asolado, destruído y anihilado, y sus moradores derramados por todas las naciones del mundo, y en ellas avasallados y maltratados. Y este derramamiento y destierro pasa de mil y quinientos años que dura, sin que Dios los libre y socorra, ni envíe algún favor, como siempre lo hizo en los tiempos antiguos, no cometiendo ellos agora el pecado de la idolatría, por el cual fueron llevados captivos á Babilonia. Pues ¿qué otro pecado pueden haber cometido, merecedor de tan largo y tan extraño castigo, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, como el mismo Salvador derramando muchas lágrimas sobre la ciudad de Hierusalem se lo profetizó, como ya dijimos? Pues ¿qué entendimiento habrá tan obstinado y tan ciego que no quede convencido con este tan espantoso castigo?

En cabo desta materia quiero proveer de una gran consolación y remedio á muchas personas simples, que son gravemente tentadas de la fe, las cuales tentaciones les dan grandísima pena. Y como las tales personas no saben estos tan sólidos fundamentos de nuestra fe, están como atados de pies y manos, y puestos en una escuridad que les da grande tormento. Pues para los tales querría yo fabricar aquí un lugar de refugio, donde se acogiesen y guareciesen en este tiempo. Y éste querría que fuese un oratorio fabricado sobre cuatro colunas firmísimas, que son cuatro verdades tan ciertas, que ningún entendimiento las pueda negar. Y en medio ha de estar un Crucifijo, á donde el hombre se acoja en este tiempo. Las verdades son éstas. La primera es que hay Dios, lo cual predica esta tan grande y tan hermosa fá-

brica del mundo, junto con todas las naciones dél, por bárbaras que sean, las cuales, aunque no sepan cuál sea el verdadero Dios, saben que lo hay. La segunda, que Dios es la cosa más perfecta, más noble, más excelente, más alta de cuantas hay en el mundo, y de cuantas el entendimiento humano puede alcanzar, y que él es autor y dador de todos los fructos y beneficios de naturaleza, y él es por quien vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera, que se sigue désta, es que ninguna cosa hay en el mundo más justa, ni más debida, ni más obligatoria, ni más hermosa que servir, amar y honrar á este Señor más que á todos los padres y reyes y bienhechores del mundo, pues él es más que padre, y más que rey, y más que señor, y más bienhechor que todos cuantos bienhechores pueden ser. La cuarta es, que entre cuantas maneras de servirle y honrarle se han descubierto en el mundo, ninguna ha habido que más honre á Dios, y más bien sienta dél, ninguna que mejores leyes y consejos tenga, ninguna que más favorezca la virtud y desfavorezca el vicio, ninguna que tales efectos haya obrado así en particulares personas como en todo el mundo, ninguna que más sanctas Escrituras tenga, ninguna que con tantos testimonios sea aprobada así de sanctísimos y doctísimos varones como de gloriosísimos mártires y de clarísimos milagros y evidentísimas profecías: lo cual todo está manifiestamente probado en esta segunda parte. Pues siendo esto así, enciérrese el que fuere tentado en este oratorio, y abrácese con estas cuatro tan firmes colunas, que toda la potencia del demonio no podrá derribar. Porque por esta causa dijo Ricardo que puede el cristiano decir á Dios: Señor, si somos engañados, vos nos engañastes, pues tales cosas consentistes que tuviese esta fe y religión, que no pudiese dejar de ser creída.

Fundado pues el hombre en esta católica doctrina, cuando el demonio comenzare á molestarle con tentaciones de la fe, no se ponga á disputar con él (porque es él gran sofista, y apretarle ha) sino luego en asomando la tentación, con toda la priesa posible corra á este oratorio, y derríbese con el espíritu á los pies de Cristo crucificado, protestando de vivir y morir en su sancta fe católica. Y hecho esto, abrácese con estas cuatro colunas susodichas, diciendo en su corazón: Yo sé que hay Dios, y sé que él es padre, rey y señor y conservador de todo el universo, y que ninguna cosa hay más obligatoria, ni más justa, ni más necesaria, ni más

debida que servirle y honrarle, y sé también que ninguna manera de honra ni de servicio se puede imaginar más perfecta que la que enseña la religión cristiana. Con esto me contento y me consuelo, y sé cierto que si yo viviere conforme á lo que manda esta sanctísima religión, voy por el camino más cierto, más seguro, más religioso de cuantos pueden comprehender todos los entendimientos humanos. Asegurado pues con estas verdades tan ciertas, abrazado con estas colunas tan firmes, toda la potencia del demonio no prevalecerá contra él. Y para el conocimiento más claro de las tres primeras verdades sirve la primera parte, donde se trata de la creación del mundo y de las perfecciones divinas, las cuales nos declaran cuán grande sea este Señor, cuán perfecta sea la providencia y cuidado que tiene de todas sus criaturas, y cuánto merezca él ser honrado y servido por lo uno y por lo otro.

Este remedio susodicho para todos es muy provechoso, mas para aquéllos lo es mucho más, que tienen tan purificado el amor de Dios, que no le aman por lo que dél esperan (aunque esto sea bueno y sancto) sino por sólo ser él quien es, que es, por su infinita bondad. Del cual amor dice S. Bernardo que ni toma fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza, queriendo decir que ni sirve á Dios por lo que espera dél, ni le dejaría de servir aunque nada esperase dél. Pues el que este amor tan desinteresado tiene, con estas cuatro verdades tan firmes fácilmente despide todas las saetas del enemigo, viendo que no hay manera de vida más dispuesta para agradar á este Señor, que la que está dicha. Mas así á los unos como á los otros conviene leer más que una vez toda esta doctrina susodicha, para estar más resolutos en ella y así más firmes y constantes en el conocimiento, amor y servicio de su Criador. Al cual sea alabanza y gloria en los siglos de los siglos. Amén.

§ IV

También me paresció responder aquí brevemente á la turbación que algunos resciben cuando tienden los ojos por esos mundos, y ven tanto número de infieles como hay derramados por él. Á esto primeramente respondo que así en todo lo dicho como en

lo que resta por decir, tenemos clarísima y suficientísima prueba de la verdad de nuestra fe, porque como ya dijimos, aunque los misterios de nuestra fe no sean evidentes, pues son de las cosas que no vemos, mas es cosa evidente que deben ser creídos por razón de los milagros y profecías tan claras y otros testimonios con que están confirmados. Y siendo esto cosa tan clara, no me debe perturbar que muchos hombres que están ciegos con sus pecados y maldades, no la quieran creer. Porque si yo veo claramente que tengo cinco dedos en la mano, ¿por qué me ha de quitar la verdad deste conoscimiento si todo el mundo dijese lo contrario? Á solo Noé dice Dios que halló justo en toda aquella primera edad del mundo, y no por eso dejó el sancto varón de serlo y tener su fe entera, aunque todo el mundo caminase por otro camino. Y pocos más justos había en tiempo de Abraham, y no bastó esto para escurescer ó menoscabar aquella tan admirable fe entre tanto número de infieles, que el Apóstol tanto engrandesce. Por tanto debe el hombre contentarse y consolarse con el conoscimiento desta verdad tan cierta, y juntamente con esto humillarse, considerando la bajeza de su entendimiento, y dejando de entremeterse en deslindar los secretos y juicios de Dios, que son (como dice David) un abismo sin suelo. Y por esto debe exclamar con el Apóstol: ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y sciencia de Dios! ¡Cuán incomprehensibles son sus juicios, y cómo no se pueden rastrear sus caminos!

Mas con todo esto sabemos cierto que nuestro Señor Dios está aparejado para recibir y ayudar á quien á él se convertiere, y que á nadie niega la ayuda suficiente para convertirse: y sabemos que en todos los entendimientos humanos imprimió él la ley natural, que es el conoscimiento del bien y del mal, y nos dió libre albedrío para poder libremente escoger lo uno ó lo otro, y (como el Eclesiástico dice) nos puso delante el agua y el fuego, y dió libertad para que escogiésemos destas dos cosas la que quisiésemos. Y por esto cuando pecamos, pecamos por sola nuestra malicia y mala voluntad, sin que nadie á eso nos fuerce. Por tanto, si los jueces de la tierra tienen poder para ahorcar y castigar los malhechores, también es razón que lo tenga aquel Juez soberano. Mas diréis: Su castigo es pena eterna. Es verdad, mas es cierto que este castigo viene tasado y proporcionado por sentencia de aquel Señor, que no sólo es justo, mas es la misma rec-

titud y justicia, el cual así como galardona las buenas obras más de lo que ellas merescen, así castiga los pecados menos de lo que merescen. Y si dura para siempre esta pena, la razón es porque la divina Sabiduría ordenó de tal manera las cosas humanas, que la vida presente fuese para merescer ó desmerescer, y la venidera para rescibir el premio ó castigo de lo merescido. Y pues los malos tuvieron tan largo espacio y tan larga espera de Dios para emendar su vida, y no quisieron aprovecharse de este plazo que les dió, justo es que en la otra padezcan la pena de su desagradescimiento y menosprecio. Á lo cual añade S. Gregorio (1) que pues los hombres desalmados (que son los que principalmente se condenan) nunca pusieron fin á sus maldades, y así, si siempre vivieran, siempre pecaran, por esto quiere la divina Justicia que no tengan fin sus penas, pues nunca ellos lo pusieron, ni pusieran, á sus culpas.

Pues ¿qué diréis de aquéllos, á cuya noticia no llegó la predicación de la fe? Digo que éstos no penarán por el pecado de la infidelidad (el cual no les será imputado, pues no les fué predicada la fe) mas penarán porque pecaron contra la ley natural que Dios imprimió en sus corazones, y por las malas obras que hicieron por su propria malicia y mala voluntad. Ni nos debe perturbar ser mayor el número de los que se condenan que el de los que se salvan, porque todavía (como dice S. Juan) son innumerables los que se salvan, á cuya compañía irán los que imitaren su inocencia, ó hicieren digna penitencia. Dónde será tanto mayor la gloria de los que fueren salvos, cuanto mayor fuere el número de los condenados, pues á los tales cupo tan dichosa suerte que entre tanto número de malos fuesen ellos del número de los escogidos. Y esta condenación de los malos redundará en gloria de la divina Justicia, que ningún pecado deja sin castigo, y en mayor consolación y alegría de los buenos, pues escaparon de tan gran peligro. Con esto pues se debe quietar y sosegar el corazón humilde, sin querer escudriñar el secreto de los juicios divinos. Porque como dice Lactancio, ¿qué diferencia habría entre Dios y el hombre, si él quisiese por su ingenio alcanzar los consejos y ordenaciones de aquella incomprehensible Majestad? Y por el mérito desta humildad con que el hombre da gloria á Dios, y se

(1) 4 Dialog.

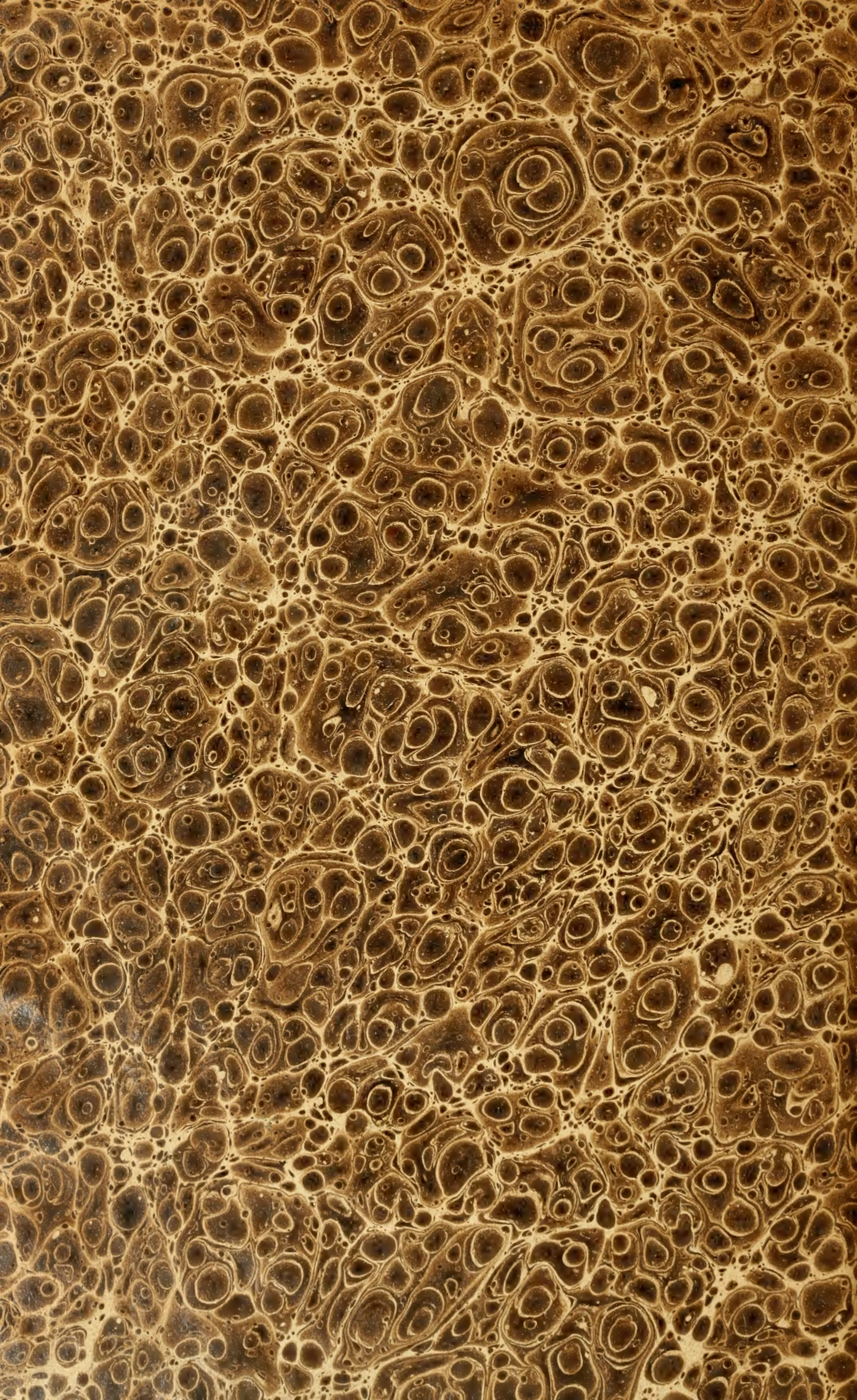
mide con su propria medida, conociendo la bajeza y rudeza de su entendimiento, merecerá que el Señor le dé aquella paz y quietud y alegría que da á sus fieles amigos en el conocimiento de los misterios de la fe. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

MADRID
EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
SIETE DE ABRIL
1908

TABLA DESTA SEGUNDA PARTE

FIN DE LA TABLA




BX
2349
L84
1906
v.6
c.1
ROBA

